Aleksandra Kolontái

Narrativa completa

ediciones
mnemosyne

ALEKSANDRA KOLONTÁI

NARRATIVA COMPLETA

Edición especial 150º aniversario (1872-2022)

0ª Edición, agosto de 2022

Imagen de la portada:
discurso de Kolontái en la Internacional Comunista (1921)

Traducción de los textos inéditos en castellano:
Jordi Mesalles García

De la cubierta, las notas y la edición, Ediciones Mnemosyne.
Nuestro trabajo puede ser reproducido, compartido y difundido libremente mientras se den los créditos apropiados y sin fines comerciales.

Ediciones Mnemosyne

www.ediciones-mnemosyne.es

info@ediciones-mnemosyne.es

«Podemos convencernos, gracias a la experiencia evidente de la gran revolución rusa, de que cada paso en dirección al comunismo acerca efectivamente a las mujeres a su liberación total y universal.»

Kolontái, 1921

PRÓLOGO

Aleksandra Kolontái es una figura groseramente maltratada. Ciento cincuenta años después de su nacimiento, cien después de que escribiera la mayoría de las obras aquí reunidas, y setenta después de su muerte, el público castellanoparlante no dispone de una edición seria de su obra, ni política ni –hasta ahora– literaria. A pesar del amplio prestigio del que goza Kolontái entre los marxistas de casi todas las corrientes y los medios feministas y académicos, los esfuerzos para volcar su obra a nuestro idioma han sido siempre parciales, poco sistemáticos y, con demasiada frecuencia, abiertamente tergiversadores. A la autora cuya *Narrativa completa* ahora publicamos se le han querido endosar, con completa falta de rigor histórico y filológico, posiciones que no sólo nunca defendió, sino que le habrían resultado ofensivas y contra las que habría luchado… ¡y luchó en vida! Kolontái ha sido presentada a veces, tanto por algunas corrientes trotskistas[1] como feministas, como una voz díscola, pero callada, frente a la supuesta *reacción estalinista* y *machista* que, según estas tendencias, habría sufrido la Unión Soviética en la década de 1930.

[1] Una excepción es, por ejemplo, la de los compañeros trotskistas de Alejandría Proletaria, que en su *Introducción* a la amplia *Recopilación de materiales* de Kolontái por ellos editada (disponible en el archivo MIA), reconocen con pleno rigor que, a nuestra autora, por un lado, no se la puede considerar feminista; por el otro, que defendía las posiciones políticas de Stalin contra las de Trotsky y otros opositores.

Este tipo de afirmaciones carecen de todo fundamento, como por ejemplo demuestra su artículo de 1946, hasta hace poco inédito en castellano, que hemos traducido y publicado en la antología *La emancipación de la mujer soviética*. Sus últimos diarios (1946-1951), igualmente, revelan que en sus postreros años de vida consideraba a la URSS «un sueño realizado», «el Estado de mis sueños».[2] En Kolontái se ha querido encontrar, asimismo, cierto «feminismo bolchevique», «marxista» o «soviético». Pero estas etiquetas, además de un evidente anacronismo –pues se defienden injustificadamente diciendo que «Kolontái, hoy, *sería* feminista»–, son insostenibles a poco que se conozca la obra de la dirigente comunista. En las mismas *Memorias* antes citadas, tras alrededor de medio siglo de actividades revolucionarias, la nacida en Finlandia resume así el contenido de sus tareas políticas en el frente de la mujer:

> La labor de aquellos años [hacia 1908] tenía como eje arrancar a las mujeres trabajadoras de las redes de las feministas.[3]

Esta posición, obviamente, no queda circunscrita a «aquellos años». De hecho, al relatar sus esfuerzos en aras de crear lo que luego sería el *Zhenotdel* (Departamento de Obreras y Campesinas del Partido Bolchevique de la Rusia Soviética), fundado en 1919, Kolontái se lamenta de que algunos camaradas, estrechos de miras, consideraban este Departamento especial una «desviación feminista».[4] Para la ideología marxista del bolchevismo, de la que no puede desgajarse a Kolontái, el «feminismo» no era una opción legítima, sino un movimiento burgués que, en el seno de la clase obrera, sólo podía constituir y considerarse –y así lo consideraba también nuestra autora– como una «desviación». Igualmente, en el artículo antes mencionado, escrito tan tarde como 1946, Kolontái se mantiene firme en su manifiesta

[2] KOLLONTAY, A.: *Memorias*, p. 390. Editorial Debate, Madrid, 1979.
[3] *Ibídem*, p. 383.
[4] *Ibídem*, p. 279.

oposición de principio al feminismo. En ese instructivo texto establece lo siguiente:

> La lucha por la democracia y la paz duradera contra la reacción y el fascismo es la tarea fundamental hoy en día. El hecho de aislar a las mujeres de esta tarea principal e importante, de intentar encerrarlas dentro de organizaciones feministas «sólo de mujeres», sólo puede debilitar el movimiento democrático de las mujeres. Sólo la victoria de la democracia asegurará la igualdad de derechos de las mujeres.[5]

Declaraciones de este tipo, en las que Kolontái expresa con plena claridad su antagonismo respecto al feminismo, abundan en toda su obra y son plenamente coherentes con la línea de todos los militantes bolcheviques, tanto hombres como mujeres. Lo señalamos, simplemente, para restituir una verdad histórica que, a fuerza de constantes tergiversaciones, parece haber sido olvidada por el gran público: la política revolucionaria marxista para la emancipación de las mujeres nunca fue «feminista», y es imposible comprender la obra de Kolontái si no se parte de esta certeza.

Por eso, con nuestra edición de su *Narrativa completa*, buscamos reivindicar a Aleksandra Kolontái como lo que fue: una comunista revolucionaria. Todo su legado, tanto sus innegables méritos como sus evidentes errores, son patrimonio de la rica historia del proletariado marxista. Decimos, con toda claridad, que queremos arrancar de las manos de la burguesía el recuerdo de esta dirigente revolucionaria: que el proletariado autogestione su propia herencia política y cultural es condición para su independencia de clase.

* * *

[5] KOLONTÁI, A. M.: *La mujer soviética: una ciudadana de pleno derecho de su país*; en *La emancipación de la mujer soviética*, pp. 160-161. Ediciones Mnemosyne, 2022.

Excepto el cuento PRONTO (DENTRO DE 48 AÑOS), escrito y publicado por primera vez en 1919, todos los relatos que el lector tiene ahora entre sus manos fueron escritos hacia 1922 y publicados en dos colecciones aparecidas en 1923: EL AMOR DE LAS ABEJAS OBRERAS y LA MUJER EN CRISIS (BOSQUEJOS PSICOLÓGICOS). Cada una de estas colecciones recopilaba tres obras: una novela corta y dos relatos breves. En el primer caso, VASILISA MALYGUINA, EL AMOR DE TRES GENERACIONES y HERMANAS; en el segundo, UN GRAN AMOR, TREINTA Y DOS PÁGINAS y UNA CONVERSACIÓN ESCUCHADA. Nuestra edición, empezando con PRONTO (verdadero fresco del futuro comunista proyectado por los bolcheviques), presenta los demás textos en el orden en el que los acabamos de enumerar, respetando la forma en que la autora los agrupó cuando fueron publicados en 1923, pero poniendo al frente en cada uno de los dos bloques la novela correspondiente, ambas más enjundiosas que los relatos breves.

Por nuestra parte no queremos abundar en los detalles biográficos de Kolontái, suficientemente conocidos y accesibles. Sólo merece la pena anotar un detalle cronológico, sin el cual resulta difícil comprender el contexto en el que fueron concebidas todas estas obras (excepto PRONTO): 1922 fue un año decisivo en la vida de Kolontái. En primer lugar, porque marca un punto de inflexión en la historia de la lucha de concepciones que vivió el Partido Bolchevique, sobre todo, tras el fin del «comunismo de guerra» y la victoria roja en la guerra civil. Hacia 1920 y 1921 iban tomando forma una serie de agrupamientos y plataformas en el Partido que estaban en contradicción con la línea defendida por Lenin. Una de ellas fue la conocida como Oposición Obrera, a la que se sumó Kolontái hacia 1921, redactando un extenso folleto en el que trataba de sistematizar y dar forma a las caóticas reivindicaciones de esta tendencia. Para 1922, tras la aprobación de la Nueva Política Económica (NEP, por sus siglas en ruso), esta Oposición Obrera, de naturaleza «anarcosindicalista» según Lenin, había sido definitivamente derrotada y sus máximos exponentes relegados de la primera línea del Partido. Kolontái escribe los seis textos antedichos hacia finales de 1922, tras esta derrota política; y, de hecho, en varios de sus relatos aún expresa su

inconformidad con la línea política aprobada por el Partido. Esta línea, en aras de reconstituir la economía nacional, restablecía el intercambio mercantil, sancionaba ciertas concesiones a la producción privada y otorgaba la dirección de las empresas industriales a especialistas burgueses bajo las condiciones establecidas por la dictadura proletaria soviética y el control político de los cuadros obreros. Tal inconformidad es particularmente evidente en VASILISA MALYGUINA, la más extensa y ambiciosa de sus piezas narrativas, cuyo texto está trufado de reconvenciones de la NEP y alguno de cuyos personajes encarna los peligros que ella había denunciado ya en su folleto de 1921. En este panfleto de la Oposición, por ejemplo, dice que

> El Partido dispersa esta vanguardia [del proletariado revolucionario] por las administraciones (...) y ahí esos comunistas, bien educados, abnegados y quizás incluso llenos de talento, se ahogan y se pudren en la atmósfera general de rutina y burocracia que rodea los órganos que, entre nosotros, presiden la «actividad económica». La influencia de estos camaradas se borra y debilita, y su iniciativa se apaga.[6]

En VASILISA MALYGUINA, es el personaje de Vladimir quien encarna esta «degeneración» de algunos cuadros comunistas propiciada por la presión de las tareas administrativas y estatales, que los separan de la masa trabajadora y los ponen en relación con la rutinaria labor de oficina y los especialistas y mercachifles burgueses, portadores de todos los vicios, prejuicios, hábitos y concepciones de la vieja sociedad. Otros pasajes de la obra reflejan también, quizá de manera más sutil, los puntos de vista de la Oposición. Por ejemplo, cuando Vasilisa vuelve a su ciudad y los niños del distrito le cuentan cómo sus iniciativas de «autogestión» han sido desmontadas. La imagen evoca, casi literalmente, otro de los pasos del folleto:

> Todos nuestros camaradas recordarán sin esfuerzo decenas de casos en que los obreros han pensado organizar por su

[6] KOLONTAI, A. *La Oposición obrera*, p. 86. Editorial Anagrama, Barcelona, 1975.

> cuenta una cantina, una guardería, una tala de madera, etc.; en cada ocasión, su interés vivo e inmediato por esta obra ha sido eliminado por la lentitud burocrática, por el interminable papeleo, por las peregrinaciones a través de las secciones, las negativas, las nuevas gestiones, etc. Y ahí donde se habría podido, *con sus propias fuerzas* y con su ardor, organizar una cantina, una tala de madera, o bien una guardería, se recibía una negativa basada en la falta de los almacenes centrales de utensilios de cocina, de caballos para el transporte de la madera o de local para la guardería...[7]

Pero la verdadera esencia política de esta Oposición era el papel que otorgaba a los sindicatos en la dirección inmediata de la economía soviética de posguerra; la clave teórica, la concepción que de los sindicatos tenían los adherentes a esta tendencia. Kolontái llega a afirmar, en este mismo folleto, que los sindicatos son «la auténtica organización de la clase obrera», «su expresión más clara y diferenciada», que en ellos «el contenido proletario es más denso».[8] Ideas todas ellas que están en contradicción con la doctrina marxista, y muy especialmente con la teoría bolchevique del Partido revolucionario como organización superior de la clase obrera. Contradicción que, aunque le pesara a nuestra autora, explica claramente por qué la Oposición Obrera constituía una desviación «anarcosindicalista», y también, seguramente, por qué fue combatida por la línea de Lenin y derrotada por ella.

Pero 1922 marca otro punto de ruptura en la vida de Kolontái, esta vez en el plano personal. Nosotros, como la propia Kolontái expresa en su prefacio a la edición inglesa de 1927 de su VASILISA, consideramos que la vida personal de cualquier individuo es un asunto íntimo que, salvo en casos excepcionales, no debe estar sometido al escrutinio público ni político. Por eso nos limitamos a indicar, del modo más aséptico posible, que algunos de los personajes e historias de Kolontái tienen basamento autobiográfico: el más evidente es, de nuevo, el Vladimir de VASILISA, cuyos problemas con el Partido y su intento de suicidio están sin duda

[7] *Ibídem*, p. 90.
[8] *Ibídem*, pp. 78, 84 y 86.

inspirados en Pável Dybenko, militar bolchevique que fue compañero de Kolontái, precisamente, hasta 1922.

Esta doble crisis, política y personal, explica los motivos por los cuales Kolontái, publicista de prestigio que hasta entonces no se había adentrado en el campo literario (salvo en PRONTO), decide expresar sus inquietudes también en forma narrativa: su implicación en la Oposición Obrera la relega a la segunda fila del Partido, ya no dirige el *Zhenotdel* y su vida sentimental conoce severos tormentos. No obstante, a pesar de todo, sus novelas y relatos persiguen aún los mismos ideales comunistas –como ejemplifica perfectamente el final de su VASILISA–, y lo hacen específicamente en el frente al que más se ha dedicado la propia Kolontái: la emancipación revolucionaria de las mujeres trabajadoras. En sus *Memorias* afirma:

> Mis relatos literarios perseguían la misma finalidad [que sus artículos y folletos]: la lucha contra la moral burguesa por la emancipación de las mujeres. Lo que determina la fisionomía moral de las mujeres no son las relaciones sexuales, sino el valor que tiene en la esfera laboral, en el trabajo de utilidad pública.[9]

Esta tesis contra la hipócrita moral burguesa –muy similar a opiniones manifestadas por Engels–, que tolera o incluso aplaude en el hombre una conducta sexual que censura en las mujeres, preside todas sus narraciones. Pero, además, los problemas personales y afectivos de sus personajes femeninos se resuelven siempre en una interpelación: lo verdaderamente importante para la vida de las mujeres con conciencia de sus intereses de clase es su contribución a la causa de la revolución comunista. Kolontái desliza constantemente esta idea, y trata de hacerlo desde el plano del estudio psicológico y no desde la plana y simple apologética panfletaria. Que haya logrado sus objetivos estéticos lo dejamos al juicio del lector; que sus intenciones políticas

[9] KOLLONTAY, A.: *Memorias*, p. 390. Editorial Debate, Madrid, 1979.

están claras, y no son otras que la construcción del comunismo, nos parece de suyo evidente para cualquiera que lea su obra narrativa… ¡y ensayística!

* * *

Las traducciones aquí reunidas proceden de distintas fuentes. El cuento PRONTO (DENTRO DE 48 AÑOS) lo reproducimos tal cual apareció en nuestra reciente edición independiente del mismo (mayo de 2022), traducido directamente del ruso por Jordi Mesalles García. El texto de VASILISA MALYGUINA lo tomamos de nuestra primera edición de la novela, que publicamos en el otoño de 2021 y cuya detallada nota editorial reproducimos más abajo. El relato llamado EL AMOR DE TRES GENERACIONES lo tomamos de la antología de la autora titulada *Marxismo y revolución sexual*, publicada por Castellote Editor en 1976. Nos ha sido imposible identificar al anónimo traductor, por lo que no podemos darle el merecido crédito. Hemos contrastado el texto con la versión de Fernando Otero Macías que se incluye en su edición de *El amor de las abejas obreras*, publicada por Alba Editorial en 2008. Hemos usado esta misma edición para comparar el texto de HERMANAS, para el que usamos como base la traducción de Valeriano Orobón Fernández –el anarquista español que compuso la letra de *A las barricadas*–, publicada por la Editorial Zeus en 1930. Los demás textos –UN GRAN AMOR, TREINTA Y DOS PÁGINAS y UNA CONVERSACIÓN ESCUCHADA–, hasta ahora inéditos en nuestro idioma si no nos falta información, han sido traducidos directamente del ruso, también por Jordi Mesalles García, por encargo de nuestra Editorial. La práctica totalidad de las notas a pie de página son de nuestra Editorial.

PRONTO
(Dentro de 48 años)

Siete de enero del año 1970. Es un día claro, cálido, animado y festivo en la Casa de del Reposo, donde los veteranos de los «años gloriosos» de la revolución mundial pasan sus días.

Los veteranos decidieron recordar su infancia, su juventud, y montar un árbol de Navidad para Nochebuena, un auténtico abeto navideño como los que había antes de la revolución mundial. Los jóvenes, adolescentes y niños acogieron esta idea con ánimo. Especialmente cuando se enteraron de que la «abuela roja» hablaría sobre el grandioso año 1917.

Conseguir el árbol de Navidad era relativamente fácil, aunque debían de negociar con el órgano encargado de la protección forestal. Pero al final pudieron convencer a los guardianes del reino vegetal de que el bosque no se reduciría por el hecho de que un solo árbol sirviera para decorar una fiesta tan extraña y peculiar.

Lo más difícil fue lidiar con las velas. La nueva forma de iluminación, con la ayuda de rayos reflectantes, no sólo desplazó definitivamente las lámparas de queroseno, sino que también llevó la electricidad a las provincias más alejadas, donde las innovaciones de la última década aún no habían conseguido llegar. La generación más joven nunca ha visto las velas: el veterano de los «años gloriosos» tuvo que dibujarlas, e incluso convocar en una reunión extraordinaria a los antiguos miembros del Consejo de Economía Nacional de los años de la revolución para inventar formas de preparar velas con la ayuda de las manos aptas y acostumbradas a todo tipo de trabajos de jóvenes con iniciativa.

Pero, cuando después de una serie de fracasos, pequeños malentendidos y obstáculos inesperados, se decoró el árbol de Navidad con adornos de papel, dulces, nueces, jugosas y dulces naranjas, rojizas manzanas y velas caseras de varios tipos en candelabros también caseros, los veteranos, los jóvenes y los niños decidieron por unanimidad que la Décima Comuna nunca había visto una fiesta tan original e interesante. Los jóvenes se divirtieron como se divierte la juventud de todas las épocas. Bromas, risas, canciones, juegos, bailes...

Pero valió la pena observar atentamente a los jóvenes para ver que éstos ya no eran los que lucharon en las barricadas durante los «años gloriosos», y aún menos aquéllos que vivieron bajo el yugo del capitalismo.

Sobre todo, los jóvenes de la Décima Comuna se distinguían por tener un cuerpo joven, flexible y hermoso con salud y fortaleza. Las chicas tenían trenzas largas y exuberantes, las cuales dejaban su cabeza muy bonita, ya que en la comuna se cumplía estrictamente la regla de que cada uno de sus miembros tuviera tiempo no sólo para descansar, sino también para cuidarse, y porque los comuneros amaban la belleza y la sencillez, y no dañaban ni desfiguraban la naturaleza.

La juventud vestía ropa libre y pintoresca, y en sus manos se podía sentir la fuerza y la habilidad.

De entre todos los jóvenes de la comuna reunidos en la fiesta del árbol de Navidad no había ni uno sólo con un rostro pálido, enfermo o agotado. Sus ojos, llenos de curiosidad, brillaban alegres; los movimientos de sus cuerpos jóvenes y elásticos eran rítmicos, flexibles y audaces. Pero lo más dichoso de todo fueron las risas alegres que llenaron sin parar la sala brillante y festiva.

A los jóvenes de la Décima Comuna les encantaba la vida, las risas y sólo fruncían el ceño cuando tenían que luchar contra el único enemigo que le quedaba a la humanidad: la naturaleza. Pero ellos fruncían el ceño no porque la lucha no estuviera en sus corazones, sino para concentrarse más y escoger el mejor camino para derrotar al enemigo.

Aún quedaba mucha lucha contra la naturaleza. Y cuanto más la dominaba la humanidad comunista, más «enigmas» planteaba

a los científicos, a los técnicos y a los valientes que luchaban contra los elementos.

Pero a los jóvenes les encantaba esta batalla. ¡Qué sería la vida sin lucha, sin la superación de los obstáculos, sin una búsqueda inquisitiva de la mente, sin el eterno afán de avanzar hacia lo desconocido, hacia lo inalcanzable!

Sin esta lucha sería muy aburrido vivir en la comuna. La vida está organizada de acuerdo a una rutina racional. Cada uno tiene su propia especialidad y su oficio favorito. Llamamos «especialidad» a aquel trabajo que el miembro de la comuna realiza dos horas al día, en que sus fuerzas se utilizan en beneficio de la comunidad. El resto del tiempo cada uno entrega sus fuerzas a su tipo de trabajo favorito: a la ciencia, a la tecnología, al arte, a la agricultura avanzada, a la enseñanza... Chicas y chicos trabajan juntos en el mismo oficio, en las mismas especialidades. Y la vida está establecida para que vivan, no con las familias, sino asentados según la edad. Los niños y niñas en los Palacios de la Infancia, los chicos y chicas en casas divertidas, rodeadas por jardines; los adultos en residencias, adaptadas al gusto de cada uno; y los ancianos en la Casa del Reposo.

En las comunas no hay ni ricos ni pobres; estas palabras son vocablos ya olvidados. No expresan nada. Los miembros de la comuna poseen todo lo que necesitan para no pensar en lo esencial, en lo material. Ropa, alimento, libros, entretenimiento: todo esto se le proporciona a cada miembro de la comuna. A cambio, cada comunero entrega sus manos trabajadoras durante dos horas al día; y su creatividad, la búsqueda inquisitiva de su mente, durante el resto de tiempo de su vida.

La comuna no tiene enemigos, ya que todos los pueblos y naciones vecinas hace ya tiempo que organizaron también comunas; la tierra entera constituye una federación mundial de comunas. La generación más joven desconoce lo que es la guerra...

—¡Abuelos, habladnos sobre los frentes rojo y blanco, y sobre cómo luchasteis contra otros seres humanos! —les pidieron los jóvenes a los veteranos de los «años gloriosos».

Pero en la fiesta del árbol de Navidad los veteranos no querían explicar nada sobre la guerra. A ellos les parecía que sería más adecuado hablar sobre los grandes líderes de la revolución.

—Dejemos que se consuman las velas del árbol de Navidad y que los niños reciban golosinas, entonces os hablaremos de los grandes líderes.

Los jóvenes se apresuraron a colocar en la sala las mesas de cristal con ruedas, sobre las cuales, en jarrones con pinturas artísticas, fueron repartidas las golosinas favoritas de los niños.

«Pronto estarán saciados los niños con los dulces… Pronto se habrán consumido las velas del árbol de Navidad», pensaban, ansiosos, los jóvenes.

Pero los veteranos miraban con tristeza el fuego de las velas consumiéndose. Este fuego les recordaba el pasado, el lejano y ya olvidado régimen capitalista, al que odiaban, cuando aún eran jóvenes, con tanta pasión como lo hace ahora la actual juventud comunista; pero a la vez les recordaba esa época de búsqueda de grandes avances y logros… Los sueños de sus años de juventud se cumplieron, pero ahora la vida ha pasado por delante de ellos y, a causa de su vejez, ya no pueden alcanzar el vuelo de la juventud… Ellos no entienden mucho sobre cómo vive y sueña la juventud comunista…

—¡Abuelo! Yo ya sé lo que significa la palabra «capitalista» — se jacta un chiquito animado, comiendo pastel navideño.

— ¡Y yo sé qué significa «noble»!

— Y yo lo que significa el rublo y, en general, todo tipo de dinero. Hemos visto dinero en el museo. Abuelo, ¿tú también tenías dinero? ¿Lo llevabas en una cartera en tu bolsillo? Y había gente… a los que llamaban ladrones, que te quitaban el dinero, ¿verdad? ¡Qué curioso!

Las voces resonantes se fundían con una risa amistosa. Y los veteranos de la revolución se sentían de algún modo incómodos y ofendidos por ese pasado tan lejano, cuando había capitalistas, ladrones, dinero, nobles…

El fuego de las últimas velas ya se había consumido; las mesas con golosinas ya habían sido retiradas. Los jóvenes impacientes rodeaban a los que narraban.

—¡Abuela! ¡Abuela roja! ¡Habla sobre Lenin! ¿Tú misma lo viste? ¿Vivo? ¿Él vivía como toda la gente? ¿Comía? ¿Reía? ¿Y a las estrellas, abuela, alguna vez Lenin las miró?

Jóvenes curiosos con su mirada omniabarcante. La «abuela roja» agitaba la cabeza. ¿Qué tienen que ver aquí las estrellas? Entonces, cuando Lenin vivía, aún había mucho trabajo por hacer en la tierra misma... Después de todo, había hambre. El pueblo estaba agotado... Guerra y hambre... Hambre y guerra... Sufrimiento, sacrificio, sangre; pero también coraje, martirio, heroísmo, fe inquebrantable en la victoria, en el triunfo de la revolución, en el acierto de cada camino tomado.

La «abuela roja» quería que los jóvenes comprendieran toda la grandeza de esa lucha social del pasado, de la última y sangrienta lucha de clases.

Pero los chicos y chicas escuchan a los veteranos como ellos mismos escucharon alguna vez las leyendas, como un cuento de Navidad...

Capital, ganancia, propiedad privada; también «frente», hasta «situación de emergencia» e incluso «especulación» y «checa»: todo esto se ha convertido en «vocabulario histórico». A los niños se les enseñan estas palabras en la escuela, cuando les hablan de los «años gloriosos» de la revolución.

Allí, a esa extensión en lo alto, llamativa y estrellada, se dirigen las miradas de los jóvenes de la comuna mundial... Ellos no entienden la grandeza de la lucha pretérita. No entienden las alegrías y los miedos pasados por el destino de la revolución.

—¿Y tú misma, abuela roja, disparaste a alguna persona? ¿A otro ser humano?

Los ojos de los jóvenes de la comuna miraban con asombro; en ellos se podía ver el reproche, el desconcierto... ¿Disparar a otro ser humano?... ¡Si la vida es sagrada!

—¡Nosotros mismos también fuimos a la muerte! Lo sacrificamos todo por la revolución —se justificaba la «abuela roja».

—¡Como nosotros por nuestra comuna! — respondían con orgullo los jóvenes.

Y la abuela guardaba silencio... ¡La vida siguió adelante! Los «años gloriosos» han dejado de ser «realidad». No se pueden inflamar los corazones de los jóvenes con historias sobre las hazañas en las barricadas de todo el mundo en los años de «la lucha final». El problema social ya está resuelto. La idea del comunismo ha funcionado. La humanidad está libre de la esclavitud,

del extenuante trabajo asalariado, de la dependencia material, de la lucha por el pan de cada día.

Nuevas tareas, inconmensurablemente grandiosas, ponen a prueba el propio espíritu curioso y rebelde del hombre... Y, en comparación con los vastos horizontes que se abrían ante los jóvenes en el año 1970, toda la vieja lucha contra fuerzas sociales parecía cosa de fácil solución...

—El hambre. Vosotros pasabais hambre... ¡Qué desorganizados erais, abuela roja! ¡Qué ignorantes!

«Desorganizados», «ignorantes»: la joven comuna no pudo pronunciar una sentencia más terrible sobre los contemporáneos de la «abuela roja».

—¡Pero, niños, si no fuera por nosotros, por nuestra persistente fe en el comunismo, por nuestra lucha obstinada y feroz contra el capitalismo, contra los enemigos de los trabajadores, nunca hubierais conocido la felicidad de la organización universal y la alegría del trabajo libre y creativo!

—Habéis hecho lo vuestro, lo sabemos. ¡Pero nuestra tarea es más grande! Nuestra audacia es mucho mayor, inmensa.

Las lozanas y valientes cabezas de los jóvenes, desafiantes, dirigen su mirada alegre hacia el cielo estrellado, que cubre con un fondo negro las amplias ventanas abiertas del salón de fiestas.

—Lo habéis conseguido, y nosotros lo haremos también. Habéis doblegado a las fuerzas sociales. Nosotros subyugaremos a la naturaleza. Canta con nosotros, abuela roja, nuestro nuevo himno de lucha contra los obstinados elementos. Abuela, conoces su melodía: es vuestra querida *Internacional*. Pero nuestra letra es nueva: nos llama a la gran lucha, a la hazaña, al eterno anhelo de ir siempre hacia adelante... ¡Dejad que se consuma la fiesta del árbol de Navidad! ¡Nuestra fiesta está por venir! ¡La vida está en la lucha, en la búsqueda eternamente rebelde, y no en el logro...!

VASILISA MALYGUINA

Nuestra edición de Vasilisa Malyguina *toma como base la pronta versión castellana publicada por* Ediciones Oriente *en 1928 (como* La bolchevique enamorada*) cuya anónima traducción se elaboró, con toda seguridad, a partir de la edición inglesa publicada en Nueva York en 1927 por la* Seven Arts Publishing Company *(bajo el título de* Red Love*). Para ofrecer al lector una versión lo más rigurosa posible, hemos tenido en cuenta esta edición norteamericana, así como la traducción directa del ruso publicada en 2008 por* Alba Editorial*, hoy descatalogada y prácticamente imposible de adquirir. De este modo, y consultando también, puntualmente, el original ruso, hemos podido subsanar los numerosos errores y omisiones de la traducción de 1928 (hasta donde sabemos, reimpresa sin cambios por* LaSal, Edicions de les Dones *[1978] y* Txalaparta *[2008]), así como las pequeñas discordancias que presentaba también la, por lo demás, buena versión inglesa.*

Las modificaciones que introducimos en la traducción española de 1928 son tan numerosas, y de tan pequeño alcance cada una tomada individualmente, que sería imposible señalarlas todas. Sólo llamamos la atención sobre dos de ellas: hemos restituido, allí donde correspondía, el trato «de usted», usado en la lengua rusa entre personas cuya relación no es familiar*, y que se había perdido en la versión de* Ediciones Oriente *(seguramente por haber pasado antes por el tamiz inglés); hemos corregido, también, el inexplicable e intolerable uso que esta misma edición hacía de la palabra «compañero» en lugar del mucho más preciso y poderoso «camarada» («tovarisch»). Inexplicable, pues la versión inglesa que le sirve de base usa, naturalmente, «comrade»; intolerable, porque este cambio diluye notablemente la particular psicología de los protagonistas (constantemente*

remarcada por la autora), inicialmente unidos, también, por vínculos ideológicos y políticos, diferentes y superiores a los del mero deseo, la sana amistad o incluso el sincero amor de pareja.

Asimismo, incorporamos algunas notas y recuperamos íntegramente el prefacio que la autora escribió para la edición estadounidense de su novela, ignorado por Alba Editorial *y ligeramente incompleto en todas las ediciones castellanas anteriores. Por último, dado que hace más cómoda la lectura, mantenemos la subdivisión interna que presenta esta «traducción autorizada» neoyorquina, que no estaba presente en el original, y que fue sólo parcialmente incorporada a la edición de 1928 (y a sus reimpresiones en* LaSal *y* Txalaparta*): catorce capítulos organizados en tres partes intituladas. ¿Fue la propia Kollontai la que «autorizó» la versión inglesa y este nuevo seccionado de la novela, que antes fluía en torrente ininterrumpido? El prólogo que elaboró* ad hoc *para dicha edición permite suponerlo, por lo que nos hemos tomado la libertad de hacer nuestra tal partición. Devolvemos a la novela, igualmente, su sencillo título original:* Vasilisa Malyguina*, relegando el caprichoso y sensacionalista rótulo de* La bolchevique enamorada *al subtítulo, por el solo pero grave motivo de la tradición editorial española.*

Si el trabajo que ha implicado nuestra edición contribuye en algo a recordar a los lectores la perspectiva comunista de Kollontai y su defensa marxista del principio colectivista contra la arcaica institución familiar, nuestra editorial se dará enteramente por satisfecha.

PREFACIO DE LA AUTORA A LA EDICIÓN INGLESA

Esta novela no es ni un estudio «moral» ni un cuadro de los estándares de vida en la Rusia soviética. Es puramente un estudio psicológico de las relaciones sexuales del período de postguerra.[1]

He escogido mi propio país como medio y mi pueblo como protagonista porque lo conozco mejor y puedo dar un cuadro más nítido de su vida y carácter interiores. Muchos de los problemas que presento en mi libro no son exclusivos de la Rusia soviética; son hechos de alcance universal, que se dan en todos los países. Estos callados dramas psicológicos, originados por los cambios ocurridos en las relaciones sexuales y la evolución que ha tenido lugar, especialmente, en los sentimientos de la mujer, son hechos bien conocidos por la joven generación europea.

¿Juzgamos a un hombre por su conducta en los asuntos amorosos? Generalmente, si éste no pasa de ciertos límites, muy flexibles, decimos que su vida sexual es un «asunto privado». El carácter de un hombre se evalúa no por su conducta en la moral familiar, sino por su habilidad para el trabajo, por su intelecto, por su voluntad o por su utilidad para el Estado y la sociedad. Como la mayoría de las mujeres no tienen deberes directos con respecto al Estado o hacia la sociedad, como en general toda su actividad ha estado concentrada hasta ahora dentro de los límites de la familia, las naciones civilizadas no exigían a la mujer otras cualidades que una «buena moral» en lo que atañe a la vida sexual y familiar.

Pero ahora que más de la mitad de las mujeres adultas de la mayoría de los países trabajan y luchan al igual de los hombres, la sociedad exige nuevas cualidades a la mujer. La habilidad de la mujer para responder a sus deberes sociales como ciudadana empieza a tener más valor que su «bondad» y la «pureza» de la

[1] La autora se refiere a la Guerra Civil rusa entre el proletariado revolucionario y las múltiples fuerzas de la contrarrevolución. Aunque la guerra terminó formalmente en 1922-23, para 1920 estaba decidido el desenlace favorable para el poder soviético.

moral familiar. La vida de familia no es el único campo de actividad de la mujer de nuestro tiempo; muy a menudo, sus deberes familiares entran en amargo conflicto con su trabajo fuera del hogar y sus deberes públicos. Es sencillamente natural, entonces, que la forma de evaluar a una mujer sea diferente de la de nuestros abuelos y abuelas.

Aun cuando una mujer pueda conseguir en el presente la «perfección» a que aspira el ideal burgués de la moral familiar y llegue a ser «estimada» por los suyos, no recibirá verdadero reconocimiento de la sociedad ni el «respeto» del Estado. Sencillamente, no será tenida en cuenta. Por el contrario, una mujer puede no ser «inmaculada» desde el punto de vista de la actual moral sexual burguesa; pero si es una destacada figura en política, arte, ciencia, etc., nadie murmurará a sus espaldas. Si ponemos en la balanza dos mujeres, una de «buena moral», pero que nunca haya realizado ningún trabajo de utilidad para su país o la Humanidad, y otra cuya «moral familiar» no esté libre de crítica, pero que haya realizado un trabajo social de provecho, no habrá dudas en cuanto a la elección.

Nuestro criterio acerca de la moral sexual está siempre cambiando. Nunca se detiene. Simplemente hay períodos en la historia de la Humanidad en los que la evolución de las ideas morales marcha más rápidamente, y otros (correlativos a un estancamiento general en todos los aspectos de la vida) en que el cambio parece ralentizarse. Hace apenas medio siglo, Dumas (hijo) escribía de una mujer divorciada como de una criatura «caída», mientras hoy día Francia discute abiertamente la cuestión de la igualdad de los derechos de la madre natural con los de la mujer legalmente casada. Cada día desaparece más y más la vieja hipocresía burguesa en la manera de concebir y juzgar la moral sexual.

Espero que este libro ayude a combatir la vieja hipocresía burguesa de los valores morales y a demostrar una vez más que empezamos a respetar a la mujer, no por su «buena moral», sino por su competencia, por su sinceridad con respecto a los deberes de su clase, de su país y de la Humanidad como conjunto.

Ciudad de México, 10 de marzo de 1927

PRIMERA PARTE: AMOR

CAPÍTULO I

Vasilisa era una muchacha obrera, una tejedora de veintiocho años. Era delgada, anémica; una típica criatura de la ciudad. El pelo, rapado después del tifus, le crecía en rizos. Lisa de pecho, vestía blusa y falda, y un cinturón de cuero: de lejos parecía un muchacho. No era bonita. Pero sus ojos sí eran hermosos: castaños, cariñosos y observadores. Bastaba con mirarlos para sentirse reconfortado. Unos ojos pensativos, de los que no pueden pasar por alto ninguna pena.

Era comunista. Al comienzo de la guerra se había hecho bolchevique. Desde el principio odió la guerra. En la fábrica se había recaudado dinero para el frente; la gente estaba dispuesta a trabajar horas extraordinarias para contribuir a la victoria de Rusia. Pero Vasilisa protestaba. La guerra era un desastre sangriento. ¿Qué había de bueno en la guerra? La guerra ocasionaba desgracias al pueblo. ¡Se siente uno tan triste al ver a los soldados, a los pobres muchachos conducidos al matadero como ovejas! Cuando Vasilisa se encontraba en la calle un destacamento que marchaba hacia el frente, tenía que volverse para no verlo. Iban a reunirse con la muerte, pero cantaban a voz en grito. Cantaban alegremente como si desfilasen en alguna fiesta. ¿Quién les obligaba a ello? Debían negarse: «No queremos matar a otros hombres.» Entonces se terminarían las guerras.

Vasilisa sabía leer y escribir muy bien. Su padre, que era cajista, le había enseñado. Leía a Tolstoy y le gustaban sus obras.

En la fábrica era la única que estaba «por la paz». Podía haber sido despedida, pero todas las manos eran necesarias, y aunque el encargado la miraba con recelo, no prescindía de ella porque no le convenía. Pronto fue conocida Vasilisa en todo el barrio como persona que estaba contra la guerra y como partidaria de Tolstoy.[2] Las otras mujeres dejaron de hablarla: había renegado de su patria. No amaba a Rusia. Era cosa perdida.

---

[2] Aunque murió antes de la Gran Guerra de 1914, la doctrina de Tolstoy predicaba, entre otras cosas, el pacifismo.

El dirigente bolchevique del distrito oyó hablar de ella. Conoció a Vasilisa y le habló. Enseguida expresó su opinión: «Una muchacha de carácter. Sabe dónde está. El Partido debe utilizarla.» La atrajeron a la organización, pero Vasilisa no se hizo enseguida bolchevique. Discutía con los miembros del Partido. Les hacía toda clase de preguntas, y se marchaba indignada de las reuniones. Poco a poco fueron entendiéndose; volvió por su propio impulso, diciendo: «Quiero trabajar con vosotros.» Y se convirtió en una bolchevique.

Durante la Revolución ayudó en el trabajo de organización y llegó a ser miembro del Soviet. Simpatizaba con los bolcheviques y admiraba a Lenin porque se oponía a la guerra de una manera muy resuelta.

Cuando discutía con los mencheviques y con los socialrevolucionarios hablaba con sagacidad, con calor, impetuosamente; nunca se quedaba atrás por falta de palabras. Las restantes obreras eran tímidas, pero Vasilisa hablaba sin titubeos siempre que era necesario hacerlo, y todo lo que decía resultaba claro y concreto.

Se ganó el respeto de todos sus camaradas. Durante el Gobierno de Kerensky fue candidata a la Duma municipal. Las otras tejedoras estaban orgullosas de ella. Ahora cada una de sus palabras era ley. Vasilisa sabía cómo dirigirse a las mujeres de su clase, hablándolas amistosamente o amonestándolas, según los casos. Conocía las cuitas de todas porque estaba en la fábrica desde niña y porque defendía sus intereses. Algunas veces los camaradas le decían: «¿No puedes olvidar a tus mujeres? No tenemos tiempo para esto; hay cosas más urgentes que hacer.»

Vasilisa se enfadaba; discutía con los compañeros y se peleaba con el secretario del distrito, pero nunca daba su brazo a torcer. «¿Por qué han de ser los problemas de las mujeres menos importantes? Esta idea es un hábito en vosotros. Por eso están las mujeres tan atrasadas. Pero no triunfaréis en la Revolución sin las mujeres. Las mujeres son decisivas. El hombre hace lo que ella piensa o le insinúa. Si conseguís conquistar para nuestra causa a las mujeres, habremos andado la mitad de camino.»

En 1918, Vasilisa era una activa militante. Sabía lo que quería, y, por lo tanto, no transigía. Muchos habían perdido el

entusiasmo; poco a poco se quedaron rezagados, hasta que terminaron por quedarse en casa. Pero Vasilisa continuaba igual: siempre trabajando, luchando, organizando, cumpliendo objetivos, debatiendo.

Era incansable. ¿De dónde sacaba tantas energías? Estaba delicada. Su cara daba la sensación de que no tenía ni una gota de sangre: era toda ojos. Ojos dulces, inteligentes, sabios.

Vasilisa recibió cierto día una carta: la carta larga y ansiosamente esperada de su marido, su compañero, su amado. Estaban separados hacía ya meses; nada podían hacer para evitarlo. Primero la guerra civil; luego el «frente industrial». El Partido tenía necesidad de movilizar a todos sus miembros. La Revolución no es un juego de niños; exigía sacrificios de todos. Y Vasilisa ofreció también su sacrificio a la Revolución: casi continuamente tenía que vivir sola, sin su amado, siempre muy lejos de él. Arrancada de sus brazos, vivían en extremos opuestos de Rusia... Sus amigas decían: «Mejor es así. Os querréis más tiempo, porque no podréis cansaros el uno del otro.» Tal vez fuese cierto. Pero le echaba de menos, le echaba tantísimo de menos... Verdad es que Vasilisa tenía poco tiempo libre. Desde por la mañana hasta la noche estaba abrumada de trabajo para el Partido y para el Soviet local. Trabajo importante, urgente, interesante. Pero cuando regresaba a su tabuco (su «buhardilla», decía ella, como si estuviera en la aldea) su corazón se enternecía llamando al amado. Se sentaba a tomar té y a pensar. Sentía que nadie la necesitaba; que no tenía compañeros, a pesar de haber estado durante todo el día trabajando con ellos; que aquello por lo que luchaba no tenía ninguna finalidad. ¿De qué serviría todo aquello? ¿Quién lo deseaba? ¿La Humanidad? Los hombres no eran capaces de apreciar el esfuerzo. Hoy, una vez más, los compañeros habían echado a perder algo; se habían insultado y quejado. Parecían no querer comprender que tenían la obligación de vivir para la «colectividad». No lo podían comprender.

Hasta la misma Vasilisa había sido insultada, groseramente maltratada; le habían echado en cara que recibía sus raciones de «obrera modelo». ¡Que el diablo se llevase esas raciones extra! No las necesitaba para nada. Pero los mismos compañeros la

habían convencido de tomarlas, porque se sentía sin fuerzas, estaba mareada... Allí sentada, de bruces sobre la mesa, bebía té, y recapacitaba sobre todas las afrentas del día. En esos momentos no podía ver nada bueno ni grandioso en la Revolución. Sólo fracasos, querellas y lucha.

Si al menos su amado estuviera allí tendría alguien con quien hablar y descargar su corazón. Y él la acariciaría tiernamente.

—¿Por qué tan desanimada, Vasia? Una muchacha resuelta como tú, que no tiene miedo de nadie, retando siempre a todo el mundo, que no pasa nada por alto, está ahora como un gorrión, con las plumas alborotadas bajo el alero.

La levantaría en sus brazos; era fuerte y la podía llevar por todo el cuarto como a un niño. Después la cantaría una tonada. Entonces se reirían, y sería feliz hasta dolerle el corazón. ¡Oh, cómo adoraba Vasilisa a su amado, a su marido, a su camarada, un muchacho guapo, dulce y cariñoso!

Pensando en él, Vasilisa se sintió aún más desgraciada. ¡Su buhardilla estaba tan triste, tan sola! Suspiró, y al recoger los cacharros del té se regañó a sí misma. «¿Se puede saber lo que quieres? ¿No deseas más que gozar de la vida? Te gusta tu trabajo. Cuentas con el aprecio de tus camaradas. ¿También necesitas a tu enamorado a tu vera?... ¿No sería demasiado, Vasilisa Dementyevna? La Revolución no es una fiesta; todo el mundo ha de sacrificarse. Todo por el bien común. Todo por la causa de la Revolución.»

Así se sintió Vasilisa durante el invierno. Pero ahora era primavera. El sol brilla alegremente; los gorriones piaban bajo los aleros. Por la mañana temprano, Vasilisa los contemplaba sonriendo, porque recordaba que su amado la había llamado gorrión. La primavera cantaba su canción a la vida. Pero cada vez era más difícil trabajar. Vasilisa estaba anémica; tenía una lesión en el pulmón. Justo entonces estalló un gran escándalo. Vasilisa había organizado una casa-comuna, trabajo que había emprendido por propio impulso y que nada tenía que ver con el trabajo general que realizaba en el Partido y en el Soviet. De todos sus trabajos, el de la casa-comuna era el que más amaba. Desde hacía mucho tiempo tenía la idea de organizar una casa modelo, donde

prevaleciese el espíritu comunista. No una casa-comuna cualquiera, donde cada uno viviese para sí, donde a nadie le importase su vecino y en donde lo regular fuesen las riñas, las disputas y el descontento; donde nadie estuviese dispuesto a trabajar por el bien común; donde todo el mundo estuviese constantemente pidiendo cosas. No, Vasilisa había proyectado algo completamente distinto. Pacientemente, casi en secreto, preparó la casa. ¡Cuántas dificultades tuvo que vencer! Dos veces le apartaron de la casa. Esto la ocasionó innumerables disputas. Pero al fin venció. Todo estaba organizado: una cocina comunitaria, una lavandería, un cuarto destinado a los niños, un comedor (que era el orgullo de Vasilisa, con cortinas y geranios en las ventanas) y una biblioteca amueblada como el salón de un club. Al principio todo marchó bien. Las mujeres que vivían en la casa cubrían a Vasilisa con sus insistentes besos. «Eres nuestra madrecita, nuestro ángel custodio. Es demasiado admirable tu labor.»

Pero después comenzaron las dificultades. Se rompían todas las reglas de la casa. No había forma de mantener la limpieza. Era imposible acostumbrar a las mujeres a que no riñesen en la cocina por los pucheros y las cacerolas. Dejaban que los baños se desbordasen, inundando la casa. Y cada falta, cada riña, cada desorden traía quejas contra Vasilisa, como si fuese la «patrona», como si hubiera tenido ella la culpa. Los castigos se hicieron necesarios. Los inquilinos se enfadaron, se sentían ofendidos; algunos se mudaron.

Así siguieron las cosas, de mal en peor, con riñas y conflictos diarios. Había una pareja de verdaderos revoltosos, los Fedosseyev, a los que nada parecía bien. Constantemente protestaban, aunque ellos mismos no sabían por qué, y excitaban a los demás. Y todo porque habían sido los primeros en ocupar la casa y se creían que les pertenecía. Pero ¿qué era lo que querían? ¿Qué era lo que no les gustaba? Vasilisa no lo podía comprender. Le amargaban la vida, originándole dificultades todos los días.

Ya no podía más. Vasilisa, fatigada por esta lucha, llegaba incluso a llorar. Veía que todo empezaba a desmoronarse. A todo esto, se habían promulgado las nuevas medidas económicas.[3]

[3] La Nueva Política Económica (NEP).

Todo debía pagarse al contado: el agua y la electricidad. Había que pagar impuestos; los tributos debían cubrirse. Vasilisa se veía bloqueada por todas partes. No veía medio de salir adelante. Éste era el «nuevo rumbo» de la economía: nada podía hacerse sin dinero.

Vasilisa trabajaba como una esclava. Quizás sería mejor abandonar el asunto. Pero no era de ese tipo de personas; una vez que se ponía a hacer algo, tenía que conseguirlo.

Fue a Moscú y visitó varias oficinas, día tras día. Se acercó a las más altas personalidades. Todos sus informes y cuentas fueron recibidos favorablemente. Por último, recibió su casa-comuna. Hasta le dieron una asignación para reparaciones. Pero, a pesar de todo, tenía ella que procurar que en el porvenir la casa-comuna pudiera sostenerse por sí misma.

Vasilisa volvió encantada. Sin embargo, los Fedosseyev se mostraron huraños. Estaban resentidos con ella, como si les hiciera daño que triunfase en la lucha por la existencia de la casa-comuna.

Otra vez comenzaron los disgustos. Ahora se extendía el rumor de que Vasilisa no llevaba bien las cuentas de la casa, que sacaba una pequeña ganancia. ¡Lo que tuvo que aguantar! ¡No quería ni acordarse de aquello!

Fue muy duro entonces no tener a su amado. Necesitaba tanto a su compañero... Le escribió, le llamó. Pero asuntos importantes le impidieron ir. Tenía un buen cargo, de gran responsabilidad. Tenía que reorganizar los asuntos de la empresa donde anteriormente había sido un empleado. Había pasado el invierno lamentándose; era una tarea difícil. Le era completamente imposible alejarse, pues todo descansaba sobre sus hombros.

Así es que Vasilisa pasó sola sus contrariedades, soportando la ingratitud humana. ¿Y quiénes eran los ingratos? Los suyos, sus camaradas, los trabajadores. Si los ingratos hubieran sido los burgueses... Menos mal que el Comité la apoyó. No permitió que el asunto llegara a los tribunales. ¡Era evidente que se trataba de una calumnia, fruto de la ruindad y la ignorancia!

Cuando los Fedosseyev iban a ser expulsados de la casa, los dos suplicaron a Vasilisa que les perdonase, asegurando que siempre la habían apreciado. Pero Vasilisa no pudo gozar con su

victoria. Estaba cansada, agotada, demasiado extenuada para alegrarse. Se sentía enferma. Volvió al trabajo. Sin embargo, algo había muerto en su alma. Ya no amaba la casa-comuna. Era como si hubiesen atropellado a su hija. Sentía algo semejante a cuando, siendo niña, su hermano Koly le enseñó un caramelo, y cuando ella se empinaba para cogerlo, él se echó a reír maliciosamente. «Voy a hacer que te dé asco, para que no lo quieras.» Y escupió sobre el caramelo. «¿Por qué no te comes el caramelo, Vasilisa? Está muy bueno.» Pero Vasilisa se volvió, llorando: «¡Sucio! ¡Malo! ¡Cobarde! ¿Por qué me has estropeado mi caramelo?» Esto era lo que sentía ahora respecto a la casa-comuna. Estaba harta de ella. Es verdad que la dirección continuaba en sus manos, pero su corazón no estaba allí. ¡Si hubiera podido marcharse! Sus relaciones con los vecinos se habían malogrado. ¿No habían estado contra ella? ¿No habían apoyado a los Fedosseyev? Y todo, ¿por qué?, ¿por qué?

Perdió en general su interés por la gente. Antes Vasilisa era más afectuosa: siempre estaba pensando en los demás, compadeciendo y preocupándose por todos. Ahora sólo pedía una cosa: que la dejasen sola. «No me toquéis. Estoy cansada.»

CAPÍTULO II

La primavera se asomaba a través de la ventana del cuarto de Vasilisa, allá en lo alto, bajo el tejado. El sol ardiente penetraba en la habitación y el cielo de primavera brillaba con sus nubes blancas y delicadas, disolviéndose a lo lejos. Al lado, el tejado de la que fue una mansión señorial, destinada ahora a ser una casa de maternidad. Detrás de ella se extendía un jardín; los capullos comenzaban a abrirse. La primavera, la adorada primavera, que se había retrasado, llegó al fin.

También hoy era primavera en el corazón de Vasilisa, casi helado durante el invierno; siempre abandonado, siempre solo, lleno de constantes inquietudes, luchas y provocaciones. Pero hoy era un día de fiesta, un verdadero día de fiesta. Tenía una carta de su amado, de su adorado Volodia. ¡Y qué carta! Hacía mucho tiempo que no había recibido una carta como aquélla.

No me tortures, Vasia; ya no aguanto más. ¡Cuántas veces me has prometido venir a verme! Pero siempre me desilusionas. Me haces daño, mi querida niña. ¿Has estado luchando contra todo el mundo otra vez? Hasta a los camaradas de aquí han llegado noticias tuyas. Dicen que has salido hasta en los periódicos. Pero puesto que has vencido en ese asunto, ven ahora a tu amado Volodia, que no puede esperarte más. Verás, viviremos como gente distinguida. Tengo un caballo y una vaca de mi propiedad, y un automóvil siempre a mi disposición. Tengo servicio, y, por lo tanto, no tendrás nada que hacer en la casa y podrás descansar. Ya es primavera aquí; los manzanos han florecido. Vasia mía, mi niña, vida mía, nunca hemos pasado una primavera juntos. Pero nuestra vida debe ser siempre como la primavera.

Lo cierto es que te necesito mucho ahora. Tengo dificultades con el Comité local del Partido. No me aprecian; no pueden olvidar que fui anarquista. Todo se debe a Savelyev, como ya te escribí. Tendrás que arreglar este asunto. Estoy cansado de todos estos entrometidos, pues apenas le dejan a uno respirar. Pero es difícil que encuentren nada contra mí; yo cumplo con mi deber. De todos modos, ahora me haces mucha falta.

Beso con pasión tus ojos castaños.

Tuyo siempre,

Volodia

Vasilisa estaba sentada al lado de la ventana observando las nubes blancas, meditando. Sus ojos sonreían. ¡Qué carta tan hermosa! Volodia la quería mucho, mucho. ¡Y cómo le amaba ella! Dejó la carta sobre su regazo y la acarició suavemente, como si hubiera sido la cabeza de Volodia. No veía el cielo azul, el tejado, las nubes. Sólo veía a su adorado Volodia, con sus inquietos ojos, que le miraban cariñosamente. Vasilisa le adoraba, tanto que le dolía el corazón... ¿Cómo había podido vivir todo un invierno sin él? No le había visto en siete meses. Y hasta le parecía que había pensado poco en él, que no le había anhelado demasiado. No encontró tiempo para pensar en su hombre, para suspirar por él. ¡Cuántas preocupaciones e inquietudes tuvo todo el invierno! El fruto de su corazón, su hija, la casa-comuna, se había salvado, pero había tenido que luchar con gente necia, incomprensiva, sin

cultura. Y había escondido su amor hacia Volodia en el rincón más oculto de su corazón. Su amor por él llenaba su alma; no había cambiado, era imperecedero. Pensando en él, sentía Vasilisa que estaba allí en su corazón. Probablemente porque siempre había estado llena de inquietud por él. ¡Si fuera posible que no le sucediese nada malo! Pero no mantenía la disciplina. Los camaradas tenían razón, y Vasilisa lo sabía, cuando le tachaban de «anarquista». No le gustaba seguir las instrucciones, que no eran para él sino otra forma de opresión... Pero esto se le podía dispensar por el trabajo que realizaba.

Ésta era la causa de vivir separados; de este modo el uno no distraía al otro. Porque ella también se daba a su trabajo en cuerpo y alma. Pero cuando Volodia estaba a su lado, ella se sentía atada a él y su trabajo se resentía.

«Primero nuestro trabajo y luego nuestro amor. ¿No piensas así, Vasia?», decía Vladimir. Y Vasia asentía.

Tenían las mismas ideas. ¡Era tan hermoso que no sólo fuesen marido y mujer, sino camaradas también! Ahora, una vez más, la llamaba para que le ayudase como a un camarada, a fin de que resolviese sus contratiempos. ¿Qué clase de contratiempos? Vasilisa leyó la carta otra vez. Parecía que una niebla se alzaba ante sus ojos. Si era a causa de Savelyev debía ser una cuestión poco edificante. Este Savelyev era un especulador, un individuo poco honrado. ¿Por qué tenía Volodia relaciones con él? Un director como era Volodia tenía que ser intachable; debía evitar el trato con toda clase de tunantes. Volodia, sin embargo, era un ser confiado. Le daba pena de Savelyev; hasta condescendía con él. Sin embargo, nadie debía compadecer a hombres de esa clase, que estaban robando lo que era propiedad del pueblo. Que sufran el castigo por sus fechorías. Pero Volodia era un bonachón y los otros no podían comprenderle; siempre darían otras explicaciones a esta relación. Volodia tenía muchas enemistades porque era vehemente y no podía dominar la lengua. ¡Si todo pudiera resolverse como hace tres años! ¡Si no tomaran ninguna decisión contra él! Era muy fácil perder la reputación, porque una acusación podía ser lanzada contra cualquiera. La experiencia le había enseñado eso a Vasilisa. ¿No había estado la gente molestándola todo el invierno? Ahora le tocaba a Volodia.

Tendría que ir con él y ayudarle. Tenía que estar a su lado para que los compañeros de allí se avergonzasen de sí mismos. No había que pensar más; lo dispondría todo y partiría.

Pero ¿y su comuna? No le importaba. No había nada que salvar ahora, porque de todos modos se iba a venir abajo. Aunque Vasilisa había ganado la batalla, los Fedosseyev eran los verdaderos vencedores. Era imposible salvar nada.

Vasilisa suspiró. Acercándose a la ventana miró al patio, como si mandase el adiós a la casa. Allí estuvo mucho rato: seria, cabizbaja.

De repente, algo la agitó: «¡Pronto volveré a ver a Volodia!» Sus mejillas se sonrojaron; su corazón saltaba de gozo. «Mi adorado, mi vida. Voy, voy contigo, Volodia mío.»

Vasilisa, sentada en su vagón, dormitaba; era el segundo día de viaje. Todavía le quedaban veinticuatro horas más.

Este viaje era completamente distinto a todos los demás que había hecho. Iba cómodamente instalada, con todo confort, como una burguesa. Vladimir le había enviado el dinero para el viaje (todo en estos tiempos tenía que pagarse en efectivo), y le había pedido que fuese en coche-cama. Además, le había enviado un corte de tela para un vestido. La señora de un director debía ir bien vestida. Vasilisa se echó a reír cuando un compañero vino de parte de Vladimir Ivanovitch, el director, y le trajo el dinero y la tela. Alabó la calidad del paño, como un perfecto tendero. Vasilisa se rio y gastó bromas al compañero; pero él pareció ofenderse. No bromeaba; la tela era verdaderamente excelente. Vasilisa ya no dijo nada. Estos «nuevos camaradas», los gestores, estaban más allá de su comprensión.

Durante un gran rato estuvo Vasilisa dándole vueltas y más vueltas a la tela. No estaba acostumbrada a pensar en los vestidos. Pero si Volodia lo deseaba, para que su mujer no llamase demasiado la atención, estaba bien. Encargaría que le hicieran un vestido a la moda, como los que todo el mundo llevaba.

Fue a ver a una amiga, la costurera Grusha, y le contó lo que pasaba. «Hazme un vestido bonito y elegante, Grusha, como los trajes que lleva todo el mundo.»

Grusha sacó varias revistas de moda que un compañero le había traído de Moscú el otoño pasado. Había estado todo el invierno guiándose por ellas y toda su parroquia había quedado satisfecha.

—Magnífico, Grusha; elige tú. Yo no entiendo de estas cosas. Me conformo con que sea decente y no esté roto. No conozco la moda.

Humedeciendo la punta de los dedos, Grusha estuvo pasando y repasando las hojas de la ya manoseada revista. Finalmente, encontró lo que deseaba.

—Aquí está. Este modelo te sentará bien. Eres delgada y necesitas algo que te haga parecer más ancha. Este parece hecho para ti. Un poco de vuelo a los lados y pliegues en el delantero. Así no parecerás tan lisa. Ya verás cómo lo hago para que le gustes a tu amado.

—Es perfecto.

Quedaron conformes en el precio, se besaron y Vasilisa se marchó satisfecha. Era una buena cosa que existieran modistas en el mundo, porque ella no hubiera podido hacerse nunca un vestido. Volodia, sin embargo, conocía las modas de los vestidos de las mujeres. Claro es que en los Estados Unidos había estado empleado en una tienda de modas. Ahora esta práctica le era útil. Los «comerciantes rojos» debían saber algo de los trajes de las mujeres, porque eran una mercancía más.

Vasilisa iba sentada junto a la ventanilla de su departamento, en el coche-cama. Estaba sola. Su compañera de viaje era una *nepmansha*[4], muy llamativa, vestida con sedas, perfumada, con pesados pendientes; se había pasado al compartimiento de al lado, donde se reía de una manera tumultuosa con varios «admiradores». Procuraba evitar el contacto con Vasilisa. Se dirigía a ella fríamente, torciendo los labios con desprecio. «Perdón, querida, pero te has sentado sobre mi chal y vas a arrugarlo.» En otra

[4] *Nepmansha* (pl. *nepmanshy*): mujer del *nepman*. El traductor había volcado *Nep-girl* como «muchacha de la "NEP"», por lo que preferimos el ágil y comprensible vocablo ruso. Los términos se refieren a los miembros de la nueva «clase media» que emergió con la restauración parcial de la libertad de comercio privado que permitió, con la NEP, el poder soviético.

ocasión le dijo: «¿Por qué no te sales al pasillo, querida, mientras me desvisto para acostarme?» ¡Como si ella, aquella *nepmansha*, fuese la dueña del vagón y se aviniese a compartirlo con Vasilisa sólo pon caridad! A Vasilisa no le gustaba que aquella *nepmansha* la llamase «querida». Pero no se sentía con ganas de reñir. ¡Que se fuese al diablo!

Era casi de noche. Sombras grises, azuladas, se extendían por los primaverales campos. Sobre la lejana faja negro-purpúrea de los bosques, el sol colgaba como una pelota de fuego. Las cornejas alzaban el vuelo sobre los campos, describiendo círculos en el aire. Los alambres del telégrafo subían y bajaban entre los postes.

Con la media luz del anochecer una inexplicable ansiedad se apoderó del corazón de Vasilisa. No se sentía triste, sino añorante. Añoranza, ¿de qué? ¿De dónde? ¿Por qué?

Vasilisa no tenía una respuesta. Los últimos días habían sido tan luminosos, tan alegres... Los había dedicado a los preparativos del viaje. Había arreglado sus asuntos para que quedaran en manos de otras personas. Y de repente todo el mundo estaba triste porque ella se marchaba; quizás no regresase jamás.

Hasta la mujer de Fedosseyev se había acercado a ella, la había abrazado, llorando, y le había pedido perdón. Vasilisa se sintió incómoda. En el fondo no sentía ningún rencor contra los Fedosseyev; pero no los estimaba porque no podía estimar a ninguno de su clase. Los camaradas de Vasilisa la habían acompañado a la estación; incluso aplazaron una reunión del distrito, porque el tren salía a última hora de la tarde. Había gente del Soviet, del Comité del Partido... Los niños de la casa-comuna le llevaron flores de papel que habían hecho ellos mismos.

Vasilisa se daba cuenta de que no había dado sus fuerzas y energías en vano. La semilla estaba sembrada... ¡Algún fruto daría!

Cuando el tren comenzó a marchar, las lágrimas se le saltaron. Agitaban las gorras despidiéndose. De repente sintió cuánto los quería a todos. ¡Era muy duro dejarlos!

Pero apenas quedó la ciudad detrás de sí; apenas las fajas de los bosques y los barrios de los suburbios se acercaban a ella para alejarse de prisa, como si corrieran, Vasilisa olvidó la casa-comuna, las alegrías y las penas del invierno. Más ligeros que el

tren, sus pensamientos se precipitaban muy lejos, hacia su amado, su extrañado marido y camarada... «¡Vamos, tren, aprisa! ¡No escatimes vapor! Contigo llevas un fogoso y anhelante corazón de mujer. Llevas como presente para el amado los ojos castaños de Vasia y su alma delicada, que no flaquea en su amor...»

¿Por qué se sentía ahora tan melancólica? ¿Cuál era la causa de aquel desconsuelo que invadía su corazón? Era como si un frío tornillo lo apretase. ¿Por qué se desconsolaba?

Quizás porque con la casa-comuna un pedazo de su vida caía en el pasado para no volver nunca más. Había desaparecido como aquellos estrechos campos que brillaban, lo mismo que el ámbar, bajo el sol primaveral.

Se echó a llorar quedamente. Después se secó las lágrimas y se sintió aliviada, como si aquella fría pena que había torturado su corazón se hubiese deshecho juntamente con sus lágrimas, sobre la falda de su vestido nuevo.

Dieron luz en el vagón; bajaron las ventanillas. Inmediatamente se hizo más agradable la estancia.

El corazón de Vasilisa, no su cabeza, le decía: dos noches más y entonces vería a Volodia, lo vería y lo abrazaría. Sentía sus labios ardientes, sus brazos robustos, oía su voz.

Una dulce languidez estremecía su cuerpo; sus ojos reían. Si no hubiera sido por la *nepmansha*, que se acicalaba delante del espejo, Vasilisa se habría puesto a cantar. Muy alto, como los pájaros cantan en la primavera.

La *nepmansha* se había marchado dando un portazo. ¡Qué mujer más estúpida! Cerrando los ojos, Vasilisa pensó en Vladimir, su amado.

Soñando, repasaba página por página la historia de su amor. Hacía cinco años que se querían. Casi no podía creerlo. ¡Cinco años! Parecía como si se hubieran conocido ayer. O, al revés: ¿de veras había existido ese tiempo en que su querido, su adorado Volodia no había entrado aún en su corazón?

Se instaló más cómodamente, con los pies extendidos y los ojos cerrados. El agradable balanceo del coche acunaba todo su cuerpo. Sin embargo, sus pensamientos se precipitaban.

Se puso a recordar. ¿Cómo fue su primer encuentro?

Fue en un mitin, poco antes de los días de Octubre. Una época de inquietud. Sólo había un puñado de bolcheviques, pero ¡cómo trabajaban! Los mencheviques y los socialrevolucionarios estaban en el Poder. Los bolcheviques eran atacados por todos lados. La gente empleaba casi la violencia física contra ellos: «espías de los alemanes», «vendepatrias». Sin embargo, el grupo crecía de día en día. Ni ellos mismos sabían muy exactamente lo que iba a pasar, aunque estaban seguros de una cosa: que la paz llegaría y que los «patriotas», los verdaderos traidores, serían expulsados de los Soviets. Porque esto era seguro continuaban luchando, de una manera ardiente, obstinada, incondicional. Una inefable resolución brillaba en los ojos de todos: «¡Moriremos si es necesario, pero jamás transigiremos!» Nadie pensaba en sí mismo. ¿Había alguien que en aquellos momentos pensase en el «individuo»?

Al recordar aquellos tiempos, Vasilisa no podía verse a sí misma; veía al «grupo». Los diarios mencheviques y socialrevolucionarios habían hablado de ella. Historias, mentiras, calumnias. ¡Qué importaba todo eso! No podía ser de otra manera. De todas formas, la gente no leía todo lo que publicaban los diarios; simplemente creía que la justicia estaba del lado del Partido, de los bolcheviques.

—¿No te da lástima de tu madre? ¡Eres la vergüenza de la familia! ¡Mezclada con los bolcheviques! ¡Estás vendiendo tu patria a los enemigos! —se lamentaba la pobre anciana.

No queriendo escuchar tales reprimendas en su casa, Vasilisa se fue a vivir con otra muchacha. No podía condolerse de las lágrimas de su madre. Los extraños le parecían más allegados. Sólo un objetivo se levantaba ante ella con toda claridad: la victoria del bolchevismo. Parecía impulsada por alguna fuerza, le era imposible detenerse. Aunque esta fuerza la hubiera lanzado a un abismo, hubiera continuado luchando, peleando, combatiendo...

La controversia se hacía más aguda y el aire más sofocante. La tormenta era inevitable. Se recibían noticias de Petrogrado: las resoluciones del Congreso, los discursos de Trotski, las proclamas del Soviet de Petrogrado.

Entonces se conocieron. El público se amontonaba; el salón estaba abarrotado. Había gente sobre los poyos de las ventanas,

sentada en el suelo, en los pasillos. Apenas había sitio para respirar. ¿Qué clase de mitin era? Vasilisa lo había olvidado. Pero recordaba nítidamente la imagen del estrado: por primera vez fue elegido presidente un bolchevique, y el comité también estaba formado por bolcheviques y socialrevolucionarios de izquierda. Entre ellos estaba un anarquista, de una cooperativa, conocido en la ciudad por Vladimir «el americano».

Fue la primera vez que le vio. Pero antes había oído hablar mucho de él. Algunos estaban entusiasmados con él y decían: «Es todo un hombre. Sabe lo que hay que hacer para que la gente le escuche.» Otros le encontraban faltas. «Es un presumido.» Pero le apoyaban las cooperativas de panaderos y los dependientes de comercio. Los bolcheviques se alegraron cuando votó contra los mencheviques y se enojaron cuando dijo algo contra ellos. ¿Qué era lo que quería?

El secretario del Partido no lo podía resistir. «Está loco; mejor estamos sin amigos de esa clase.» Pero Stepan Alexeyevitch, el bolchevique más apreciado en toda la ciudad, se reía en sus propias barbas grises y le decía: «¡Calma, no nos precipitemos! ¡Puede llegar a ser un magnífico bolchevique! Está ansioso de lucha. Veréis que pronto se le van de la cabeza todas esas fantasías que ha traído de América.»

Vasilisa había oído hablar de él, pero no le había prestado atención. ¡Había tanta gente que aparecía sin que se supiera la menor cosa sobre su vida! No valía la pena ocuparse de ellos. Llegó tarde al mitin, sin aliento. Había estado hablando en una fábrica de ladrillos. En aquellos días había mítines por todas partes. Tenía que hacerse así. Vasilisa era oradora entonces. A la gente le gustaba que una mujer, una obrera, hablara en público. Vasilisa hablaba de una manera objetiva; no había nada gratuito ni inútil en sus palabras. Había dominado esta manera de hablar dura, pero transparente. Casi no podía atender a todas las peticiones que le hacían.

Cuando llegó al mitin fue directamente a la plataforma. Se había anunciado que ella hablaría. El camarada Yurotchkin (ya fallecido; murió en el frente) le tiró de la manga:

—¡Hemos ganado! Los bolcheviques han ganado en la elección de presidente. También hay dos socialrevolucionarios de

izquierda y, además, «el americano». Ya es casi un bolchevique. Va a hablar dentro de un minuto.

Vasilisa miró al americano, y algo que había en él la sorprendió. ¡Vaya con el anarquista! Le habría tomado por un señor. Llevaba cuello almidonado y corbata, y el pelo con raya. Un hombre guapo, con pestañas largas. Le llegaba el turno. Se adelantó, tosió y se puso la mano delante de la boca. ¡Igual que un caballero! Y no pudo menos de reírse.

Su voz era agradable, atrayente. Habló durante un gran rato, haciendo reír frecuentemente al público. Vasia se rio también. Después de todo, el anarquista era un muchacho ingenioso. Cuando se volvía a la mesa de los oradores tropezó, sin querer, con Vasia. Cuando dio la vuelta para pedirle perdón, Vasia se ruborizó. Y, por haberse ruborizado, le entró aún más vergüenza y enrojeció más todavía... ¡Qué rabia! Pero el anarquista no se dio cuenta. Se sentó, se echó hacia atrás en su silla y encendió un cigarrillo.

El presidente se volvió hacia él, y señalando su cigarrillo dijo: «No estamos acostumbrados a fumar aquí.» Vladimir se encogió de hombros y continuó fumando. «Quiero fumar y seguiré fumando. Vuestras reglas no son para mí.» Chupó dos o tres veces más el pitillo, y viendo que el presidente estaba ocupado en otra cosa lo tiró.

Vasia no había olvidado nada. Algún tiempo después gastó bromas a Vladimir sobre esto. Pero en aquel tiempo ni siquiera se había fijado en ella; no se dio por enterado hasta que ella comenzó a hablar.

Vasilisa habló muy bien aquella noche, y, aun cuando él estaba detrás, ella sentía en la nuca los ojos del «americano». Premeditadamente alabó a los bolcheviques en oposición con los mencheviques, los socialrevolucionarios y los anarquistas, aunque entonces no sabía muy bien lo que eran los anarquistas. Quería herir al «americano», que actuaba demasiado, como si fuera un señor.

Vasilisa recordaba cómo, al hablar, se le deshizo el moño. Por entonces tenía un hermoso pelo largo que trenzaba y enrollaba sobre su cabeza. Estaba hablando con todo su corazón,

apasionadamente, y las horquillas se le cayeron. Era incómodo; el pelo le estorbaba; se lo echó hacia atrás.

No sabía que su trenza fue lo que atrajo a Vladimir.

—No me fijé mientras hablabas. Pero cuando el pelo cayó sobre tus hombros vi claramente que no eras una oradora, sino mi Vasia, mi adorada Vasia. ¡Una mujer! ¡Y una mujer tan extraña! Estabas avergonzada, pero te mantenías en tu puesto. Accionabas con las manos y atacabas a los anarquistas cuando el pelo se te deshizo y culebrillas rizadas se ensortijaban sobre tu espalda como hilos de oro... Fue entonces cuando me propuse conocerte, Vasiuk...

Vladimir le había dicho esto más tarde, cuando se amaban. Pero ella no lo sabía en el mitin. Cuando terminó el discurso se recogió el pelo. Yurotchkin le recogió las horquillas.

—Gracias, camarada.

Aquello era muy azorante. Todo el mundo la miraba fijamente. No quería mirar al «americano», pero seguramente él lo había notado y ya habría formado su opinión. Había algo que le molestaba; estaba enfadada con «el americano». Pero ¿qué tenía que ver con él?

El mitin había terminado. Todo el mundo se fue. El americano se paró ante ella.

—¿Puedo presentarme yo mismo? —Le dijo su nombre y le explicó quién era. La estrechó su mano; alabó su discurso. Otra vez se ruborizó Vasilisa. Empezaron a hablar, a discutir. Ella defendía a los bolcheviques; él, a los anarquistas. Entre la multitud llegaron a la calle. Era una noche de viento y frío.

Un coche de la cooperativa esperaba. El anarquista propuso llevar a Vasia a su casa. Aceptó ella y subieron al coche. Estaba oscuro y era estrecho. Se sentaron muy juntos. El caballo echó a andar, salpicando el barro con sus herraduras.

Vasilisa y Vladimir dejaron de discutir, sentados, juntos y silenciosos. Los dos iban serios, pero contentos... No eran conscientes de que en aquellos precisos instantes estaba naciendo su amor.

Hablaron de cosas sin importancia: de la lluvia, del mitin que tendría lugar al día siguiente en la fábrica de jabón, de la

asamblea en la cooperativa. Pero sus corazones estaban llenos de alegría.

Llegaron a la casa de Vasia y se desearon buenas noches. Los dos sentían separarse tan pronto, pero ninguno lo dijo.

—¿Está segura de que no se mojó usted los pies? —preguntó con gran interés Vladimir.

—¿Los pies? —preguntó Vasia, gratamente extrañada; por primera vez en su vida alguien se había preocupado por ella. Y Vasia se rio, enseñando sus dientes iguales y blancos.[5]

La puerta se abrió; el sereno dejó pasar a Vasia dentro de la casa.

—Adiós, hasta mañana en la cooperativa. No se olvide. El mitin comienza a las dos en punto. Hacemos las cosas «a la americana».

Vladimir se quitó el sombrero y se despidió con una inclinación de cabeza. Vasia se volvió en el umbral como si esperase algo más.

La puerta se cerró y Vasia se encontró sola en el pequeño y oscuro portal. Y de repente, toda la alegría se le fue. Su corazón estaba inquieto, enfermo de anhelo... Algo le daba pena; algo le causaba daño. ¡Se vio tan insignificante, tan inútil!

CAPÍTULO III

Vasilisa estaba sentada en su compartimento, con la cabeza apoyada en su chal de lana a modo de almohada. No dormía, sino que veía el pasado como en un sueño; como en el cine: rollo tras rollo, escena tras escena; alegría y tristeza; toda su vida con Vladimir, con Volodia. Hermosos recuerdos. Y al recordarlos, hasta sus penas le parecían agradables. Se instaló más cómodamente. El coche se balanceaba deliciosamente. ¡Qué bien estaba así!

Con los ojos de la mente, vio Vasilisa la asamblea de la cooperativa: una reunión ruidosa, con gritos. Los panaderos eran una

[5] En la edición inglesa de 1927 y la española de 1928, sigue: «Vladimir la hubiera cogido entre sus brazos para besar aquellos dientes húmedos, blancos e iguales».

muchedumbre turbulenta, indomable. Vladimir estaba en la presidencia; sólo él sabía dominarlos. Fue difícil, pero finalmente lo consiguió. Las venas de su frente estaban hinchadas por el esfuerzo; mas consiguió lo que quería. No vio entrar a Vasia, que se sentó modestamente junto a la pared y observaba.

Se acordó una resolución de condena contra el gobierno provisional y poner la cooperativa en manos de los trabajadores. Inmediatamente fue nombrado entre ellos un comité. Los accionistas, los miembros de la Duma Municipal y los burgueses fueron borrados de las listas. Desde ese momento, ya no sería una cooperativa municipal; pertenecería solamente a los panaderos y demás empleados.

Pero los mencheviques no querían que todo esto les sorprendiese dormidos. Enviaron a algunos de sus hombres a dar cuenta de lo que pasaba.

La reunión comenzaba a disolverse y se iba a quedar solamente el comité administrativo para celebrar una reunión, cuando, de repente, con gran consternación de todo el mundo, apareció en la puerta el comisario menchevique, la más alta autoridad de la ciudad, un partidario de Kerensky. Detrás de él, los jefes de los mencheviques y de los socialrevolucionarios. Al verlos Vladimir, sus ojos brillaron astutamente.

—¡Camaradas, la asamblea ha terminado! Solamente se quedará el comité administrativo de la cooperativa de panaderos revolucionarios para celebrar una sesión. Mañana celebraremos una reunión para discutir asuntos de carácter general. Ahora todo el mundo a casa.

La voz de Vladimir resonaba tranquila y resuelta. La concurrencia se levantó con alboroto.

—¡Deteneos, camaradas, deteneos! —gritó con irritada voz el comisario—. Os ruego que no suspendáis la asamblea.

—El comisario llega tarde. Ya se ha suspendido la reunión. Pero si desea enterarse de las resoluciones, puede disponer de ellas. Aquí están. Teníamos intención de enviarles una delegación. Pero usted ha venido personalmente. Mucho mejor. Así debe ocurrir en épocas de revolución. Es tiempo de que la gente aprenda que no es obligación de las organizaciones llevar a toda

prisa sus resoluciones a las autoridades, sino que deben ser las autoridades las que vengan hasta los obreros para saber noticias.

Vladimir permanecía impasible, reuniendo sus papales, y en sus ojos, bajo las largas pestañas, pequeños diablillos reían y bailaban.

—¡Tiene razón, tiene razón! —gritaba la muchedumbre. Algunos reían. El comisario intentó protestar. Subió hasta donde estaba Vladimir. Se excitó y dio grandes voces. Vladimir permaneció sereno; sus ojos sonreían; su voz era fuerte y clara. Su contestación al comisario fue oída en toda la sala. El público reía y aplaudía. Estaban encantados cuando oyeron que Vladimir invitaba al comisario a una cena para celebrar el haber pasado la cooperativa de manos de la burguesía a las de los panaderos.

—¡Es un muchacho inteligente este americano! No tiene pelos en la lengua...

El comisario tuvo que marcharse sin realizar su propósito. Amenazó con hacer uso de la fuerza.

—¡Inténtelo! —gritó Vladimir, cuyos ojos brillaban. Y la sala entera repitió: «¡Que lo intente, que lo intente!»

La atmósfera se hacía amenazadora. El comisario y sus mencheviques hicieron una apresurada retirada por una puerta lateral.

Pero en la sala continuó el tumulto. La sesión del comité administrativo fue aplazada hasta la noche. La gente tenía primero que comer. Estaban extenuados, porque la asamblea había comenzado por la mañana. Vasia regresó con la multitud. De repente, se encontró con que Vladimir estaba ante ella. Tranquilo ya, sus ojos reían. ¡Qué distinto de los otros, con su buen traje azul! Pero ahora no veía al «señor». Hoy, pensaba, «nos pertenece». Después de todo, ¿en qué se diferenciaba de un bolchevique? Era valiente, no tenía miedo a nada. Se enfrentaría con las balas si era necesario, a pesar del cuello duro. Repentinamente, se despertó en Vasia no sólo el pensamiento sino el deseo de abandonar su mano confiadamente en la fuerte mano de Vladimir. Le gustaría ir a través de la vida con él, a su lado, alegre y confiada. Pero, ¿qué era ella para un hombre como Vladimir? Comparándose con él, Vasia suspiró. Era guapo, había visto mucho, había estado en Norteamérica. ¿Y ella? No era bonita, era

ignorante y nunca había salido de su provincia. ¡Cómo iba a fijarse en ella! Tampoco aquel día había advertido su presencia.

Sin embargo, apenas habían cruzado por su mente estos pensamientos, cuando oyó la voz de Vladimir a su lado.

—¡Encantado de verla, camarada Vasilisa! ¿Qué tal? Hemos hecho enrojecer la nariz del comisario. ¡Para que aprenda! Ya no intentará emplear sus trucos otra vez. No volverá más por aquí. Se lo aseguro. Además, le dijimos lo de las resoluciones por pura fórmula.

Vladimir estaba excitado, entusiasmado. Vasilisa se contagió. Comenzaron a hablar; los dos se reían y estaban contentos. Si los compañeros no hubieran venido a buscar a Vladimir, se hubieran estado mucho más tiempo en el vestíbulo, hablando del comisario y de las resoluciones.

—Bueno, tengo que marchar; no puedo entretenerme más, camarada Vasilisa.

Vasia comprendió que en su voz había pena. Su corazón latió gozosamente. Levantó sus dulces ojos observadores hasta los suyos. El alma de Vasia estaba reflejada en sus ojos. Vladimir se miró en ellos. Silenciosamente, como si se hubiera perdido en ellos.

—¿Por qué no viene, camarada Vladimir? No haga esperar a la gente. Estamos abrumados de trabajo.

—Ya voy.

Precipitadamente estrechó su mano y partió.

Vasia vagó por la ciudad, sin saber adónde iba, sin ver las calles ni los transeúntes; sólo veía a Vladimir.

Esto era algo nuevo para ella.

Era una noche clara y helada de invierno. Estrellas, infinitas estrellas, brillaban en el cielo. La nieve, recién caída, todavía blanca e inmaculada, cubría las calles; se había acumulado en tejados y graneros; adornaba los árboles como escamas colgantes.

Vasilisa y Vladimir volvían de una sesión del Soviet. Los días de Octubre habían pasado ya. Ahora el Poder estaba en manos de los Soviets. Los mencheviques y los socialrevolucionarios de derecha habían sido echados. Sólo quedaban los «internacionalistas». La fuerza de los bolcheviques aumentaba. El Partido lo

gobernaba todo. Los obreros estaban con los bolcheviques. Sólo los burgueses, los popes y los oficiales del ejército estaban contra ellos. El Soviet los combatía. La vida no había vuelto aún a su curso normal. Las olas de la Revolución no se habían calmado todavía. Por las calles patrullaba la Guardia Roja; había todavía choques de vez en vez. Pero lo peor había pasado.

Vasilisa y Vladimir hablaban de los días en que «tomaron el Poder». Los panaderos de Vladimir se habían mantenido en la brecha. Hombres excelentes, resueltos; Vladimir se sentía orgulloso de ellos. Y éstos le habían llevado al Soviet. Vasilisa y Vladimir hablaban, uno al lado del otro, por las calles tranquilas. Las patrullas de la Guardia Roja pedían la contraseña. Vladimir tenía también una estrecha banda roja en la manga. Llevaba una gorra de piel; se había alistado en la guardia obrera y había estado bajo el fuego. Una bala había atravesado el hombro de su abrigo; él se lo enseñaba a Vasilisa. Aunque se habían visto mucho durante este tiempo, nunca tenían ocasión de hablar. No había tiempo para eso.

Aquel día, sin embargo, habían salido juntos sin haberse puesto previamente de acuerdo. ¡Qué alegría! ¡Tenían tantas cosas que decirse! Sentían como si fueran dos viejos amigos que se reuniesen para contarse todas sus cosas. No obstante, de pronto los dos se quedaron silenciosos. Se sentían más próximos que nunca. Pasaron por delante de casa de Vasilisa sin darse cuenta; habían llegado hasta el extremo del barrio, donde empezaban las huertas. ¡Dónde se habían metido! Se detuvieron y se echaron a reír, llenos de asombro. Levantaron la vista hacia el cielo, en el que las estrellas centelleaban y brillaban. ¡Qué bien se está así! ¡Qué ligereza en el alma! Eran jóvenes. Animosos.

—No tenemos reloj en nuestra aldea; así que conocemos la hora por las estrellas. Mi padre las conocía muy bien. Siempre podía decir exactamente la hora.

Vladimir habló de su infancia. Habían sido una familia numerosa en una casa de campesinos pobres. Había demasiado poco de todo. Volodia quiso ir a la escuela; pero estaba demasiado lejos. Así que hizo un convenio con la hija del pope. Él cuidaría de sus gansos y ella le enseñaría a leer y a escribir.

Vladimir evocaba la aldea, los campos y los bosques de su pueblo natal. Se puso tierno y melancólico.

—¡De modo que era así! —Vasilisa estaba sorprendida. Y le quiso más.

Él le habló de los Estados Unidos, de cómo había ido allí de niño, decidido a abrirse solo un camino en la vida. Después de pasarse dos años a bordo de un carguero, había trabajado en el puerto. Participó en una huelga y lo metieron en la lista negra. Finalmente fue deportado y tuvo que pasar a otro Estado. Tenía hambre, y trabajó en todo lo que se le presentaba. Durante algún tiempo fue mozo de limpieza en un gran hotel de lujo. ¡Cuánta gente rica vio allí! ¡Y qué mujeres! Todas elegantemente vestidas, con sedas, encajes y diamantes. Después fue portero de una gran tienda de modas, donde le pagaban muy bien. Llevaba un uniforme galoneado. Gustaba por su buena figura. Pero pronto se cansó. Todas aquellas clientas ricas le ponían nervioso. Entonces fue chófer y viajó por los Estados Unidos con un rico comerciante en algodón, recorriendo cientos de millas en un auto elegante. Sin embargo, se cansó también de esto. Después de todo, era poco menos que un esclavo. El comerciante le hizo conocer el negocio de algodón, donde se hizo dependiente y aprendió contabilidad. Y después... la Revolución. Abandonándolo todo se apresuró a regresar a Rusia. Había pertenecido a organizaciones obreras en los Estados Unidos. Había estado detenido una vez después de un choque con la policía. Pero el comerciante de algodón había venido en su ayuda porque le apreciaba como chófer y le tenía estima, aunque sabía que era un anarquista. También le echaba una mano siempre. ¡Los Estados Unidos eran diferentes a Rusia!

Vladimir amaba los Estados Unidos a su manera.

Y así continuaron a través de las calles. Vasia escuchaba; el torrente de palabras de Vladimir era inagotable. Parecía que le estaba confesando toda su vida. De nuevo se encontraron en la puerta de la casa de Vasia.

—¿Por qué no me invita a tomar una taza de té, camarada Vasilisa? Estoy muerto de sed. Y realmente no tengo ganas de ir a dormir todavía.

Vasia no sabía qué hacer. Su amiga debía estar ya en la cama a aquellas horas.

«¡Qué más da! Haremos que se levante. Y los tres pasaremos muy bien la velada.»

¿Y por qué no había ella de invitar al americano a entrar en su casa? Ella no quería que se marchase, porque eran amigos.

Entraron, preparó el samovar y Vladimir la ayudó.

—Uno debe ayudar siempre a las señoras. Eso es lo que hacemos en los Estados Unidos.

Tomaron el té tranquilamente, gastando bromas a la amiga de Vasia, a la que habían hecho salir de la cama medio dormida.

Vasilisa no podía estar más contenta.

De nuevo habló Vladimir de los Estados Unidos, de las bellas señoras con medias de seda que iban en sus autos a la gran tienda, delante de la cual permanecía él con su uniforme galoneado de portero, con una pluma en su sombrero de tres picos. Una de ellas le pasó secretamente una nota, proponiéndole una cita. Pero él no fue. No se preocupaba de esa clase de mujeres. No daban más que disgustos. Otra le dio una rosa...

Escuchando los cuentos de Vladimir sobre las bellas mujeres norteamericanas con medias de seda, Vasilisa se sentía cada vez más insignificante, menos atractiva...

La alegría de su corazón había muerto y el mundo le pareció negro.

—Supongo que se enamoraría usted de esas bellezas...

La voz de Vasia sonaba falsa. Estaba pesarosa de haber dejado escapar aquella pregunta.

Vladimir la miró atentamente, con cariño. Movió su cabeza.

—Toda mi vida, Vasilisa Dementyevna, he defendido mi corazón y mi amor. Los reservo para una muchacha pura. Pero esas bellas señoras son demasiado ligeras todas ellas. Peor que prostitutas.

Y de nuevo su corazón se inundó de alegría, para vaciarlo otra vez enseguida.

¿Conservaba su corazón para una muchacha pura? Vasia no era «pura» ya. Había tenido relaciones con Petya Razgulov, del departamento de máquinas, hasta que se marchó al frente. Después estuvo con un militante del Partido; ella dijo que estaban

prometidos. Éste también se había ido fuera y habían dejado de escribirse. Y ella le había olvidado.

¿Y ahora, qué? «¿Sólo una muchacha pura?»

Vasia miraba a Vladimir, escuchando su voz; pero no oía lo que decía. ¡Le dolía tanto el corazón! Vladimir pensó que la aburría con sus historias.

Dejó de hablar y se levantó. Rápidamente, fríamente, se despidió.

Vasia luchó para que no se le saltasen las lágrimas. Deseaba echarse en sus brazos. Pero él no la necesitaba. ¡Había visto tantas mujeres hermosas! Y reservaba su corazón para una «muchacha pura».

Vasia lloró toda la noche. Decidió alejarse de este «americano». ¿Qué podría ella significar para él?

Vasia había hecho el firme propósito de apartarse del camino del «americano», pero la fatalidad decidió aproximarlos aún más.

Al llegar un día a una reunión del comité, se encontró con una violenta discusión. Tenía que ser nombrado un nuevo comandante de la ciudad. Algunos propusieron a Vladimir, otros se negaron a considerar esa proposición. El que más se opuso fue el secretario del Comité del Partido. No debía ni siquiera pensarse en eso. La ciudad entera estaba contra «el americano». Recorría la ciudad en el coche de la cooperativa como si fuera un gobernador. Exasperaba al pueblo; no quería reconocer la disciplina. Se habían formulado recientemente quejas contra él. Se habían recibido quejas por su negativa a aplicar los decretos en la cooperativa.

Vasia defendió a Vladimir. Le dolió oír hablar de él de aquella manera, oírle llamar anarquista. La sospecha era estúpida. ¿No hacía mejor obra que muchos bolcheviques? Stepan Alexeyevitch estaba también en favor de Vladimir. Se decidió ponerlo a votación.

Siete en contra de Vladimir, seis a favor. Bien, ya no se podía hacer más. Después de todo, Vladimir también tenía algo de culpa. Había querido destacarse demasiado.

Pero Vladimir estaba enfadado. ¿Por qué no tenían confianza en él? ¿No estaba él con la Revolución en cuerpo y alma? Cuando supo la votación del comité, se puso furioso. Y con toda intención comenzó a insultar a los bolcheviques.

—¡Estatistas! ¡Centralistas! ¡Quieren establecer otro régimen policíaco!

Habló de los Estados Unidos; mencionó a los I.W.W.[6] todo lo que pudo.

El comité se excitó y exigió que Vladimir «acatara las decisiones».

El enfrentamiento se hizo más fuerte de día en día. Vasia sufría mucho. Trabajó intensamente en defensa de Vladimir. Discutió hasta quedarse ronca.

El asunto se elevó ante el Soviet. La cooperativa seguía sin cumplir las órdenes.

Vladimir, mientras, repetía una y mil veces:

—¡No acepto vuestras medidas policiales! Cada organización es dueña de sí misma. ¿Disciplina? Me importa una mierda vuestra disciplina. No hicimos la Revolución, derramamos sangre y echamos a los burgueses para encadenarnos de nuevo. ¿Para qué necesitamos jefes? ¿No podemos dirigimos a nosotros mismos?

Disputas, griterío.

—Si no acata las órdenes, le echaremos —amenazó el presidente.

—¡Inténtelo! —gritó Vladimir, cuyos ojos ardían—. Sacaré a todos mis muchachos de la milicia. ¿Quién os defenderá entonces? Pronto estaréis en manos de los burgueses de nuevo. ¡Y a eso es a lo que va el Soviet! Más que un Soviet, parece la policía del distrito.

---

[6] Industrial Workers of the World, sindicato de tendencia anarcosindicalista. Toda la diatriba de Vladimir en este fragmento recoge los elementos más típicos de la longeva disputa entre anarquistas y marxistas: la oposición ácrata, por principio, a cualquier entidad estatal; su defensa de la federación de pequeñas comunidades frente al centralismo (democrático) marxista, así como la idea de la organización «desde abajo», sin eslabones jerarquizados, opuesta a la concepción marxista tanto del Partido como del Estado de dictadura del proletariado; su talante liberal en la crítica de toda autoridad, etcétera.

El corazón de Vasilisa dejó de latir. ¿Por qué decía aquello? Ahora todos usarían esto para ir en contra de él. No se equivocó. El mitin estalló en cólera. ¿Qué? ¿Insultaba a los Soviets? Vladimir permanecía en pie, pálido, defendiéndose. Pero se desencadenó en contra suya una tempestad. La gente se abalanzaba hacia él.

—¡Expulsad del Soviet a ese miserable! ¡Arrestadlo! ¡A la calle!

Gracias que estaba allí Stepan Alexeyevitch. Acudió en su ayuda. Dijo a Vladimir que se retirase al cuarto de al lado. El Soviet discutiría la cuestión sin estar él presente.

Vladimir se fue y Vasia le siguió.

Se sentía abochornada. Había sido estúpido por su parte. También estaba enfadada con el Soviet. ¿Cómo podían condenar a un hombre por sus palabras? Debían juzgarle por sus hechos. Todo el mundo sabía que Vladimir estaba con los Soviets. Si no hubiera sido por él, los bolcheviques podrían no haber triunfado en la Revolución de Octubre. Fue él el que desarmó a los oficiales. Fue él también el que obligó al alcalde de la ciudad a huir, el que había obligado a trabajar a los más obstinados enemigos del pueblo.

¿Por qué había que expulsarle del Soviet? ¿Por una palabra ligera?

Extraordinariamente agitada pasó Vasia al cuarto de al lado. Vladimir estaba sentado ante la mesa, caviloso, con la cabeza apoyada en la mano.

Al levantar la cabeza para mirarle, Vasilisa vio pena, disgusto, angustia en sus ojos. De repente, parecía pequeño y desvalido como un niño.

El corazón de Vasilisa se llenó de compasión. Haría cualquier cosa por amortiguar la pena de su querido amigo Vladimir.

—Bueno, ¿se han achantado los partidarios del Estado? —preguntó pretenciosamente Vladimir—. ¿Los he asustado con mis amenazas? Las cosas no han llegado aún a tal extremo...

Se paró en seco. Vasia le contemplaba cariñosamente. Había reproches en su mirada.

—Está usted equivocado, Vladimir Ivanovitch. Usted tiene la culpa. Se hace daño a sí mismo. ¿Por qué dijo usted eso? Ahora parece como si estuviera contra el Soviet.

—¡Y estaré en contra si el Soviet va a ser otro departamento de policía! —insistió Vladimir.

—¿Por qué dice cosas que ni usted cree? —Vasia e acercó a él, con mirada maternal, grave y tierna.

Al levantar los ojos hasta ella, Vladimir permaneció silencioso.

—Reconoce que le traicionaron los nervios.

Vladimir inclinó la cabeza.

—No pude evitarlo. Estaba furioso.

Y de nuevo se miró en los ojos de Vasia, como un niño que confiesa la falta a su madre.

—Ahora ya no puede hacerse nada. Todo ha terminado.

La apartó de su lado. Pero Vasia se acercó aún más. Su corazón estaba lleno de tristeza y de ternura. ¡Le era tan querido! Pasó su mano por la cabeza de él, acariciándola suavemente.

—No, Vladimir Ivanovitch. ¿Por qué pierde usted el valor? ¿No es anarquista? Ésa no es forma de actuar, Vladimir. Debe creer en sí mismo y no dejar que le insulten.

Vasia estaba inclinada sobre Vladimir, acariciando su cabeza como si fuese un niño. Y él apoyó su cabeza, lleno de confianza, sobre el corazón de la amiga como si buscase su apoyo. ¡Tan grande, y, sin embargo, lleno de angustia como un chiquillo!

—Es duro para mí. Me he llevado tantas decepciones... Creí que la Revolución, los camaradas... todo cambiaría.

—Y así será, pero hay que tratar de hacer las cosas amistosamente, con camaradería.

—No, la buena voluntad no sirve para nada. Yo no sé cómo tratar con la gente.

—Ya aprenderá usted; estoy segura.

Vasia levantó la cabeza de Vladimir y le miró a los ojos, como queriendo infundirle su propia confianza con la mirada. Su mirada estaba llena de ansiedad. Al inclinarla de nuevo, Vasia besó cariñosamente su pelo.

—Bueno; tendremos que arreglar el asunto. Usted tendrá que excusarse, decir que obró con ligereza, que interpretaron mal sus palabras.

—Está bien —convino obedientemente Vladimir, buscando ayuda en los ojos de Vasia. Repentinamente extendió sus brazos hacia ella y la estrechó contra su corazón hasta hacerse daño. Y sus labios ardientes buscaron la boca de Vasia.

Vasia corrió hacia la plataforma y se dirigió a Stepan Alexeyevitch. Las cosas eran de éste y de este modo. Vladimir tenía que ser ayudado para salir de aquel conflicto.

El incidente quedó zanjado.

Pero la actitud hostil contra Vladimir no desapareció. El Soviet estaba dividido en dos campos. Los alegres días de paz habían pasado.

Vasia no quería recordar más; pero sus pensamientos volaban. No había medio de detenerlos.

¿Cómo se unieron? Fue poco después de este incidente en el Soviet. Vladimir solía acompañarla a su casa. Siempre salían juntos aquellos días. Se buscaban. Cuando estaban solos, su conversación era cercana.

Un día, la amiga de Vasia había salido. Y Vladimir, cogiendo en sus brazos a Vasia, la besó ardientemente, apasionadamente. Aún recordaba aquellos besos. Pero ella se soltó, retrocedió y le miró a los ojos sinceramente.

—Volodia, no debes besarme así. No podría resistir una desilusión.

Sorprendido, no entendió.

—¿Desilusión? ¿Crees que quiero engañarte? ¿No comprendes que te quiero desde que te conocí?

—¡No es eso! No es eso, Volodia. Claro que te creo. Pero es que yo... yo... No, no me beses. Reserva tu corazón para una «muchacha pura». Yo no soy pura, Volodia. He tenido otros amantes.

Mientras hablaba, pensaba temblando: «Mi felicidad quedará ahora hecha pedazos».

Vladimir no le dejó terminar.

—¿Qué me importan a mí tus amantes? Tú eres mía. No hay nadie más puro que tú en el mundo, Vasia... Es tu alma la que se conserva pura.

Apasionadamente la estrechó contra él.

—¿Me quieres, verdad, Vasia? ¿No es cierto que me quieres? ¿No eres mía? ¡Mía! ¡Y de nadie más! Mira, no me vuelvas a hablar de tus amantes. No me cuentes nada. No quiero saber nada. No quiero. Tú eres mía, y basta.

Y así fue el principio de su unión.

SEGUNDA PARTE: FAMILIA

CAPÍTULO IV

El compartimento del tren estaba oscuro. La *nepmansha* se había acostado después de perfumar el vagón entero con agua de colonia. Vasilisa estaba acostada sobre la litera superior. ¡Si le fuera posible conciliar el sueño! Pero los recuerdos del pasado se le presentaban insistentemente. Era como si estuviese haciendo balance. Pero ¿por qué hacerlo? Tenía toda su vida aún delante de ella. Amor y dicha la esperaban. Sin embargo, en algún rincón oscuro de su corazón, Vasia sentía que las cosas no eran ya como habían sido antes. Había pasado ya la felicidad de hacía cuatro años; su amor había cambiado y Vasilisa tampoco era la misma.

¿Por qué? ¿De quién era la culpa?

Con las manos en la cabeza, Vasilisa pensaba. En aquellos años nunca había tenido tiempo para pensar. Vivía y trabajaba. Pero ahora tenía el sentimiento de haber olvidado o descuidado algo... ¿El qué? Las desavenencias en el Partido. Los enfrentamientos en las instituciones.

Entonces todo era diferente. Volodia también era diferente.

Verdad que por él había estado más ocupada. De no ser por ella hubiera reñido con las autoridades. Pero Vasia podía siempre convencerle; él tenía confianza en ella y siempre seguía sus consejos.

Los blancos comenzaron su ofensiva; la ciudad estaba en peligro. Vladimir decidió alistarse para el frente. Y Vasia no le retuvo. Lo único que intentó fue persuadirle para que se uniese al Partido antes de marchar. Al principio se resistió. Pero al fin lo hizo.

De este modo se hizo bolchevique y partió.

Se escribían poco. De cuando en cuando venía a pasar con ella un día o dos. Y después, semanas y meses de separación. Como si no pudiera ser de otro modo. Casi no se echaron de menos, porque no había tiempo para tales cosas. Entonces fue cuando Vasia supo, en una reunión del Comité, que se había presentado una proposición contra Vladimir. ¿Qué podría ser aquello? Trabajaba para la intendencia. Se decía que se había corrido algunas

juergas, que las cuentas no estaban claras; que no era completamente honrado.

Vasilisa se indignó; aquello no era verdad; ella no lo creía. Era una conspiración, un chisme calumnioso.

Se apresuró a saberlo todo. Parecía un asunto serio. El caso no había sido llevado todavía ante el Tribunal, pero le habían destituido de su puesto. Vasilisa suplicó a Stepan Alexeyevitch que le proporcionase un permiso para un tren de mercancías que llevaba suministros al frente. A los tres días se puso en camino.

Era muy difícil llegar. En todas partes retrasos. Los trenes no enlazaban. Sus papeles no estaban en regla. El vagón de suministros para el frente no se enganchó al convoy. Estaba extenuada e inquieta. Podía haberse celebrado ya el juicio. Sólo entonces se dio cuenta Vasia de cómo quería a Vladimir, de lo que significaba para ella. Creía en él todo cuanto es posible creer en alguien. Cuanto más sospechaban los otros, porque a un anarquista le suponían capaz de todo, tanto más intensamente le defendía ella. Nadie conocía su corazón tan bien como Vasilisa. Y su corazón era tierno como el de una mujer; la rudeza y la obstinación estaban sólo en la superficie. Vasia sabía que con cariño y dulzura podría siempre conducirlo por el camino recto.

Pero era verdad que su carácter se había hecho más agrio. La vida de los proletarios era dura.

Al fin llegó Vasilisa al local central, donde después de mucho trabajo pudo averiguar dónde vivía Vladimir. Tuvo que atravesar toda la ciudad, en medio de una gran lluvia. Menos mal que un camarada fue acompañándola.

Estaba cansada, tiritando de frío. Pero contenta, porque sabía ya que todavía no había terminado la investigación, que no había pruebas, que las opiniones variaban aun dentro del mismo ejército. Los rumores y denuncias eran corrientes. Vasia sólo se turbó con la desagradable sonrisa con que la gente la miraba, como ocultándole algo, cuando ella se presentaba abiertamente como su mujer. Intentó enterarse de todo. Después tendría que ir a ver al compañero Toporkof, del gobierno central. Conocía a Vladimir y sabía cómo trabajaba. La persecución tendría que cesar. ¿Por qué le acosaban? Otros también habían sido mencheviques o

socialrevolucionarios, pero nadie los perseguía. ¿Por qué un anarquista tenía que ser peor que ellos?

Llegaron a la casita de madera donde vivía Vladimir. Las ventanas estaban iluminadas y la puerta cerrada. El camarada que iba con ella llamó insistentemente, sin obtener respuesta. Los pies de Vasia estaban empapados hasta los tobillos; su ropa, mojada. Tenía frío. No pensaba en la alegría de ver de nuevo a Vladimir, sino en entrar lo más pronto posible en una habitación caliente para cambiarse el vestido y las medias. Había pasado casi cinco noches sin dormir apenas, en un vagón de suministros.

—Llamaremos a la ventana —propuso el camarada.

Rompió una rama de abedul y dio con ella en la ventana.

Alguien levantó el visillo y Vasia vio la cabeza de Volodia. Parecía que no llevaba puesta más que la camisa. Mientras sus ojos se esforzaban para ver en la oscuridad, una cabeza de mujer asomó por detrás de su hombro, para desaparecer enseguida.

Vasia sintió que le herían en su corazón. Un dolor punzante, que le repugnaba.

—¿Por qué no abres la puerta, camarada? Traigo a tu mujer.

La cortina cayó, ocultando a Volodia y a la mujer. Vasia y su acompañante subieron los escalones que conducían a la puerta. Esperaron. ¿Cómo tardaban tanto? A Vasia el tiempo se le hacía interminable.

Finalmente se abrió la puerta. Vladimir estrechó entre sus brazos a Vasia, apretándola contra sí y besándola. Su cara estaba radiante, sus ojos humedecidos por las lágrimas.

—¡Has venido! ¡Has venido a mí, mi amiga Vasia, mi compañera!

—Coja al menos sus cosas —refunfuñó su acompañante—. ¿Acaso quiere que me las quede?

—Vamos inmediatamente adentro. Comeremos algo. Debes estar calada hasta los huesos.

Entraron en la casa. Estaba reluciente y limpia. Un comedor con un dormitorio detrás. Al lado de la mesa del comedor estaba sentada una enfermera con un pañuelo blanco alrededor del cuello y una banda roja en la manga. Una belleza. Y Vasia sintió otra punzada en su corazón. Volodia las presentó.

—Ésta es la enfermera Bárbara. Mi mujer, Vasilisa Dementyevna.

Se estrecharon las manos y se miraron atentamente, como si cada una quisiera sondear a la otra.

—¿Qué haces, Vasia? Quítate el abrigo. ¡Estás en tu casa! Mira qué bien vivo aquí. Mejor que tu pequeño zulo. Dame el abrigo. ¡Qué mojado está! Debemos colgarlo al lado de la estufa.

La enfermera había quedado de pie.

—Bien, Vladimir Ivanovitch, dejaremos nuestras discusiones de negocios para mañana. No quiero perturbar su alegría familiar esta noche.

Dio la mano a Vasia y a Vladimir y se fue con el acompañante de Vasia.

Vladimir cogió en brazos a Vasia y la paseó por toda la habitación. La acarició; la besó lleno de alegría.

El corazón de Vasia se sintió menos pesado, y tuvo vergüenza de sí misma. Sin embargo, preguntó casualmente, entre dos besos:

—¿Quién es esa enfermera?

Y le echó hacia atrás la cabeza para ver mejor los ojos de Vladimir.

—¿La enfermera? Vino a buscarme para tratar del aprovisionamiento del hospital. Los envíos deben hacerse más rápidamente. Siempre hay retrasos en la línea. No pueden prescindir de mí, a pesar de que me han suspendido en mi trabajo. Tan pronto como algo va mal, vienen a buscarme.

Cambió la conversación hacia las acusaciones que se le hacían; habló del asunto que les preocupaba a los dos. Puso a Vasia en el suelo y pasaron al dormitorio. Otra vez sintió Vasia aquella punzada. La cama estaba mal hecha, como si alguien la hubiese arreglado apresuradamente. Miró a Vladimir. Éste, con las manos en la espalda, una actitud que Vasia conocía y amaba, paseaba arriba y abajo del cuarto. Le contó su asunto, lo que había pasado, cómo había empezado. Escuchándole, Vasia sufría por él. Veía claramente que todo se habría originado por envidia. Las manos de Volodia estaban limpias. Estaba convencida de ello; no podía ser de otra manera.

Sacó un par de medias de su maleta. Pero no tenía otros zapatos. ¿Qué hacer?

Vladimir se dio cuenta.

—Así eres tú. Ni siquiera tienes un par de zapatos para cambiarte. Claro es que yo puedo encontrar cuero y nuestro zapatero te hará un par, como favor especial. Déjame que te quite los zapatos. ¡Qué mojados están!

Le quitó los zapatos; tiró las mojadas medias de Vasia al suelo; cogió sus pies fríos entre sus manos calientes.

—¡Qué pies más chiquitos tienes! Como los de una muñeca — e inclinándose besó sus pies.

—¿Qué haces, Volodia? ¡Qué tonto eres!

Reía; su corazón estaba alegre otra vez.

«¡Me quiere! ¡Me quiere! ¡Me quiere!»

Tomaron té, hablaron, celebraron consejo. Vladimir se lo contó todo. Cómo había sido grosero cuando no debía; cómo había desatendido las instrucciones y hecho las cosas a su modo. No podía resistir que le mandasen. Le contó todas las veces que se había excedido y a los indeseables que había empleado. Pero eso de ser ligero de manos, Vasia seguramente no podía creerlo de él. Vladimir permanecía ante ella ahogado de rabia.

—¿De modo que tú también puedes pensar eso de mí? ¿Tú, Vasia?

—No, Volodia. Solamente temía que tus cuentas pudieran estar algo embrolladas. ¡Son ahora tan severos!

—Mis cuentas no deben preocuparte. Los que han iniciado este asunto han errado el tiro. Mis cuentas son tan transparentes como el cristal. La contabilidad que aprendí en los Estados Unidos me ha venido muy bien ahora.

Vasilisa sintió que le quitaban un gran peso de encima. Ahora ya sólo era necesario reunirse con los camaradas, consultar con ellos, explicarles el cómo, el cuándo y el dónde.

—Ha estado muy bien que hayas venido —dijo Volodia—. Yo no me atrevía a esperarte. Sé cuán intensamente trabajas y me figuré que estarías demasiado ocupada para pensar en tu marido, en tu Volodia.

—¿Por qué? ¿No sabes que no tengo paz cuando no estás conmigo? Siempre estoy intranquila. «¿Qué estará haciendo? ¿Cómo se sentirá? ¿Le habrá ocurrido algo?»

—Eres mi ángel de la guardia. Ya lo sé —hablaba gravemente y besó a Vasia. Sus ojos se pusieron tristes y pensativos—. No te merezco, Vasia. Sólo te quiero a ti. Te quiero más que a todas las cosas. Me crees, ¿verdad? Te quiero, te quiero. Sólo a ti. Todo lo demás es absurdo.

Esto no lo entendió Vasia. Aquella vehemencia extraña, aquella agitación la confundía.

Pasaron al dormitorio. Era hora de dormir. Para arreglar la cama, Vasia tiró al suelo las mantas. ¿Que era aquello? Sus sienes le golpeaban, sus rodillas le temblaban. Sobre la sábana había una compresa de mujer... y una mancha de sangre en la sábana.

—Volodia, ¿qué es esto?

Su voz temblaba, gemía. Vladimir se precipitó hacia la cama y salvajemente arrojó la compresa al suelo.

—Esa desvergonzada, mi patrona. Se acostó otra vez aquí cuando yo no estaba. ¡Ha ensuciado la cama!

Y arrojó las sábanas al suelo.

—¡Vladimir...!

Vasia, con los ojos desmesuradamente abiertos, estaba ante él. Su expresión lo decía todo.

Vladimir la contempló y se quedó callado.

—¿Por qué esto, Volodia? ¿Por qué?

Volodia se echó sobre la cama, retorciendo sus manos.

—¡Lo he echado todo a perder! Pero te juro, Vasia, que sólo te quiero a ti, ¡sólo a ti!

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué no te acordaste de nuestro amor?

—Soy joven, Vasia. Meses enteros solo. Esas descaradas no me dejaban en paz... Las odio a todas, a todas estas malditas mujeres.

Extendió sus brazos hacia ella. Por las mejillas le corrían lágrimas, grandes lágrimas abrasadoras.

—Tienes que comprenderme. ¡Compréndeme! Si no, no puedo vivir. Ten lástima de mí. ¡La vida es tan dura!

Vasia se inclinó y besó su cabeza, como hacía ya tanto tiempo en el Soviet. Y otra vez sintió pena por él; de nuevo tuvo compasión de aquel hombre grande, desvalido como un niño. ¿Quién podría comprenderle si ella no le comprendía? Aun ahora todo el mundo estaba dispuesto a tirarle piedras. ¿Podía ella dejarle porque la hubiera lastimado? ¿No estaba ella dispuesta a resistir todo golpe que se le dirigiera? ¡Pobre cosa era su amor si le dejaba la primera vez que le había hecho sufrir!

Inclinándose sobre Vladimir, acarició silenciosamente su pelo, buscando la manera de resolver aquello. Alguien llamó a la puerta. Un golpe duro, autoritario. ¿Qué era aquello?

Cambiaron una mirada y los dos comprendieron. Un abrazo apresurado, un beso apasionado, y salieron a la puerta. Habían acertado.

La investigación había terminado y Vladimir tenía que ser arrestado. A Vasia le pareció que la tierra temblaba bajo sus pies.

Vladimir permaneció tranquilo. Recogió sus cosas, dijo a Vasia dónde encontraría sus papeles, a quién debía llamar como testigos, quién le podía dar información.

Después se lo llevaron.

Hacía muchos años, pero Vasia no olvidaría jamás aquella noche.

Fue la más terrible de su vida, y nunca podrá pasar otra peor.

Su corazón estaba torturado por una doble pena: el sentimiento, tan viejo como los siglos, insuperable, de la esposa, y la angustia de la amiga, de la camarada, por el daño causado a un ser querido por la maledicencia de los hombres, por la injusticia del mundo.

Vasia andaba por la alcoba como loca. No podía descansar.

Aquí, antes de llegar ella, en este mismo cuarto, sobre esta cama, Vladimir había amado, abrazado a otra mujer. ¡A aquella bonita mujer de gruesos labios y exuberantes pechos! ¿Podría acaso no amarla? ¡Quizás le había mentido por lástima!

Vasilisa quería saber la verdad, sólo la verdad. ¿Por qué se habían llevado a Vladimir en ese momento? Si estuviera allí, ella lo hubiera averiguado todo, le hubiera preguntado. Si estuviera allí, se hubiera libertado a sí misma de sus propios pensamientos, que se hubieran colmado de piedad hacia él.

Su corazón de mujer sufría. Y se ponía furiosa contra Vladimir. ¿Cómo se había atrevido a hacer aquello? Si realmente la quería no debió buscar otra mujer. Y si no la quería, debía habérselo dicho francamente en vez de torturarla con mentiras.

Vasilisa andaba de un rincón a otro. No podía descansar.

Y de repente un nuevo pensamiento hería su corazón. ¿Y si las acusaciones fueran realmente serias? ¿Y si había una razón para su detención? ¿Y si los «indeseables», los canallas, le habían comprometido, dejando toda la responsabilidad sobre él?

Olvidó su dolor de amor, olvidó a la enfermera de los labios rojos y sensuales. Ahora sólo sufría un temor paralizante por Vladimir, despedazado y estrujado. Le habían robado su reputación, le habían arrestado inhumanamente. ¡Y aquellos eran sus camaradas!

Comparado con esto, con lo que le habían hecho a su adorado Volodia sus propios «camaradas», ¿qué era su ofendido «honor de esposa»? Se sintió herida, no porque él hubiera besado a otra mujer, sino por constatar que ni siquiera la Revolución hubiera podido traer una era de verdad y de justicia.

Vasilisa olvidó su cansancio, como si su cuerpo hubiera desaparecido. Sólo le quedaba su corazón, su corazón destrozado por las agudas garras de su pensamiento. Esperó la mañana, y con ella vino la resolución de luchar para ayudar a Vladimir. ¡Que no se lo tocasen! Ella lo libraría de aquellos intrigantes llenos de envidia. Sin ayuda de nadie convencería a todo el mundo de que Vladimir era honrado. Las calumnias eran falsas, falsos los ataques infamantes contra su buen nombre.

Entonces ya era algo más grande que su amor lo que mandaba en ella. El honor de Vladimir, que era el suyo, levantaba en su conciencia ese mandato ineludible que se llama responsabilidad.[7]

[7] Este último párrafo, que no aparece en la edición inglesa de 1927 ni en la española de 2008, sí figura en la edición castellana de 1928. Sabiendo que ésta se tradujo a partir de la versión inglesa del año anterior, desconocemos la procedencia del fragmento. Decidimos mantenerlo, poniendo sobre aviso al lector, puesto que tomamos como base la mencionada edición española.

CAPÍTULO V

Aquella mañana, temprano, un soldado del Ejército Rojo le llevó una carta de Volodia.

> ¡Vasia! ¡Mi querida mujer, mi adorada camarada! No me importa ahora nada la acusación contra mí. Deja que me pierdan. El único pensamiento que me enloquece es que pueda perderte. No puedo vivir sin ti, Vasia. Debes saber esto. Si ya no me amas, no hagas nada en mi favor. Deja que me fusilen.
>
> Tuyo, sólo tuyo,
>
> *Volodia*

Y en una de las esquinas, diagonalmente:

> Sólo te quiero a ti, me creas o no. E insistiré en esto hasta que muera.

En otra esquina, otra frase:

> Nunca te he reprochado tu pasado. Intenta comprender y perdóname ahora. Tuyo en cuerpo y alma.
>
> *Volodia*

Vasia leyó y releyó la carta y se sintió más feliz. Tenía razón. Él nunca le había echado en cara el que ella no fuera virgen cuando se conocieron.

Después de todo, los hombres son así. ¿Qué podía hacer él cuando aquellas mujerzuelas se le echasen al cuello? ¿Hacer lo que un monje?

Leyó otra vez la carta, la besó, la dobló cuidadosamente, y se la metió en el bolsillo. Y ahora, a trabajar para sacar a Volodia de aquel conflicto.

Se extenuó, corriendo de la Ceca a la Meca, excitándose, perdiéndose en la burocracia y la indiferencia de los hombres. Estuvo a punto de abandonarlo todo, de perder toda esperanza. Enseguida reunía de nuevo todas sus fuerzas y comenzaba a luchar

con gran energía. No permitiría que triunfase la falsedad; no permitiría que aquellos calumniadores perdiesen a Volodia.

Triunfó en su punto más importante. El camarada Toporkof tomó el asunto en sus propias manos, y, después de haberlo estudiado, formuló la siguiente decisión: «Como las acusaciones no están fundamentadas, el caso tendrá que ser abandonado. Hay que detener a Luiridof y Malitchanco.» Pero, a la mañana siguiente, Vasia no pudo abandonar el lecho. Había cogido el tifus. Por la noche no reconocía a nadie, ni siquiera a Volodia cuando regresó.

Los recuerdos que Vasilisa tenía de su enfermedad le parecían como un sueño borroso. Era de noche cuando volvió en sí. Miró alrededor. Una habitación desconocida, botellas de medicina en la mesa, una enfermera con un delantal blanco, sentada al lado de la cama. Robusta, ya no joven, con una expresión seria en la cara. A Vasia le molestó ver a una enfermera sentada allí. El pañuelo blanco la irritaba. ¿Por qué? Ni ella misma lo sabía.

—¿Quieres beber?

La enfermera llevó un vaso a sus labios.

Vasia bebió y perdió de nuevo la noción de lo que le rodeaba. Vagamente, como en sueños, sintió que Volodia se inclinaba sobre ella y le arreglaba la almohada. Perdió el conocimiento por completo.

Creyó ver que había dos sombras en el cuarto. No, sombras no: dos mujeres; pero tampoco eran mujeres... Una blanca y otra gris; agitándose, entrelazándose, agarrándose. No bailaban; era una lucha. Vasia comprendió. La vida y la muerte estaban ante ella, luchaban por ella. ¿Quién vencería?

Vasia tuvo miedo; tanto miedo que quiso gritar; pero no pudo articular un sonido. Esto la asustó aún más. El corazón le latía, le saltaba como si fuese a estallar en cualquier momento. ¡Pum, pum, pum! Había tiros en la calle.

Abrió los ojos. A la doble luz de la lámpara vio que estaba sola. Era de noche. Escuchó. Escarbaban los ratones, como si arrancaran algo bajo el piso. Cada vez más cerca. Y ahora Vasia se sentía aterrorizada por un nuevo temor. Creía que los ratones

intentaban subirse a la cama, encima de ella. Y ella no podría espantarlos.

Llorando llamó débilmente: «¡Volodia, Volodia, Volodia!»

—Vasia querida, amor mío, ¿qué te pasa?

Volodia se inclinaba sobre ella, mirándola con anhelo a los ojos.

—Volodia, ¿estás vivo? ¿De veras?

Su mano, sin fuerzas, había caído sobre la cabeza de Volodia.

—Estoy vivo. Los dos estamos vivos, vida mía. ¿Por qué lloras? ¿Qué le pasa a mi Vasia? ¿Soñabas? ¿Deliras otra vez?

Besó sus manos dulcemente y acarició sus cortos cabellos sudados.

—No, no soñaba. Los ratones arañaban tan...

Se defendía a sí misma con una debilitada sonrisa.

—¿Los ratones? —Volodia se rio—. Mi Vasiuk se ha hecho tan valiente que tiene miedo de los ratones. Ya le dije a la enfermera que no te dejara sola. ¡Menos mal que llego a casa en este momento!

Vasia hubiera querido preguntarle dónde había estado. Pero estaba tan débil que no podía hablar. Una debilidad deliciosa, sin embargo; una especie de adormecimiento. Y lo mejor de todo era que él estuviera sentado a su lado. Retuvo su mano; no le dejaría irse. Sus labios, sonrientes, suspiraron: «¡Está vivo!»

—Claro que estoy vivo —dijo Vladimir riendo; y gentilmente besó su frente.

Vasia abrió los ojos.

—Pero ¿qué le ha pasado a mi trenza? ¿Me la han cortado?

—Eso no es nada. No te preocupes. Ahora eres un verdadero mozalbete, un auténtico Vasiuk.

Vasia sonrió. Era feliz, como no lo había sido desde la infancia.

Volodia no la dejó. Se sentó en la silla a la cabecera y veló su sueño.

—Duerme, Vasia, duerme. No debes mirarme con tus ojazos. Ya tendrás tiempo de sobra para mirarme cuando estés sana. Si no duermes ahora te pondrás mala otra vez y el médico me reñirá. Me dirá que soy mala enfermera.

—¿No te irás?

—¿Dónde quieres que me vaya? Duermo aquí todas las noches, en el suelo, a tu lado. Estoy más tranquilo cuando puedo verte. Durante el día trabajo mucho.

—¿Trabajando? ¿En tu antiguo puesto?

—¡Claro! Todo está bien otra vez. Esos bribones han sido detenidos. Pero tú no debes hablar, incorregible Vasia. Duerme; si no te duermes, me voy.

Sus dedos, sin fuerzas, se apretaron sobre su mano. Pero cerró los ojos bastante sumisamente.

¡Era tan hermoso, tan dulce dormirse con Volodia sentado a su lado, mirándola ansiosa y tiernamente!

—Mi amor...

—Debes dormir; eres un mozalbete malo, travieso.

—Estoy dormida; pero te adoro.

Volodia se inclinó y la besó los párpados, dulce, suavemente.

Y Vasia, en aquel instante, hubiera podido llorar de gozo. Se hubiera muerto en aquel momento, allí mismo. Nunca podría gozar de más felicidad.

El recuerdo de lo que entonces sintió hizo estremecerse a Vasia. ¿Era imposible ahora una cosa así? ¿Tuvo razón su corazón cuando le dijo que no conocería nunca una felicidad mayor?

¡Aquella alegría, aquella felicidad, no volvería jamás! Iba a reunirse con él, con su amado. Él la había llamado, la esperaba. Le había enviado un camarada para que se apresurase. Y el dinero para el viaje. Y un vestido. Debía de amarla. ¿Por qué, entonces, no podría ser tan feliz otra vez? ¡Deseaba tanto Vasia creer en su felicidad! Pero la duda se había apoderado de su pecho; no tenía verdadera fe. ¿Por qué? ¿Qué había cambiado?

Vasia volvió su pensamiento al pasado.

Habían tenido que separarse repentinamente por entonces. El frente cambió. Cuando Vladimir se fue, Vasia estaba todavía tan débil que apenas podía andar. Se separaron completamente reconciliados. No volvieron a mencionar a la enfermera. Vasia había llegado a comprender que la enfermera no significó para él más que un vaso de whisky. «Una vez tomado se olvida.»

Vasia regresó a su casa e inmediatamente comenzó su trabajo. Por aquel entonces creía que todo estaba como antes, que todo

marchaba bien de nuevo. Ahora, sin embargo, recordaba que aun entonces había sentido un peso sobre su corazón. Algo, por algún sitio, estaba asomando la cabeza. ¿Era amargura a causa de la enfermera de labios sensuales o era desconfianza? Y, a pesar de todo, Vasia amaba a Volodia. El dolor que habían compartido y su enfermedad los había unido aún más. Antes se amaban también, pero nunca se habían sentido tan cerca el uno del otro. Ahora, después de las penas que habían sufrido juntos, sus corazones estaban más unidos. Sin embargo, Vasia no podía encontrar en su amor la alegría de una brillante mañana de primavera. Su amor se había hecho más melancólico; se había cubierto de nubes. Y aun así era más profundo y fuerte.

Además, ¿cómo podía estar uno para el amor y la alegría?

Los frentes; las divisiones y conspiraciones; la movilización de los comunistas. Estaban amenazados por todas partes, con un trabajo abrumador. Trabajando en la comisión de vivienda del Soviet, Vasia tuvo que ocuparse de los refugiados. Allí fue donde se le ocurrió la idea de organizar una casa-comuna conforme a sus ideales. Stepan Alexeyevitch le ayudó de palabra y de obra.

Así vivió varios meses. Claro que pensó en Vladimir; siempre lo tenía en su corazón. Pero no disponía de mucho tiempo para suspirar por él. Y él también tenía trabajo. Todo parecía que marchaba bien. Estaba en buenas relaciones con sus superiores.

Inesperadamente, Vladimir sorprendió a Vasia en su buhardilla. Había sido herido en una refriega durante la retirada. Nada serio; sólo necesitaba descanso. Le dieron un permiso y venía a pasarlo con su mujer.

Vasia se alegró. Sin embargo, no pudo menos de pensar: «¿Por qué precisamente en este momento? ¿No podría haber sido dos meses antes o un mes después?» ¡Vasia estaba tan preocupada y tan abrumada de trabajo! Se celebraba entonces un Congreso y el comité de vivienda estaba reorganizándose. Además, ella luchaba por su casa-comuna. Era imposible decir cuándo terminaría el trabajo. Y ahora Volodia estaba allí, herido, necesitando cuidados. ¿Cómo se iba a arreglar?

Las preocupaciones ensombrecían la dicha de Vasia.

Vladimir, en cambio, estaba alegre como un chiquillo.

Le había traído un par de zapatos, cumpliendo la promesa que le hizo el primer día que Vasia llegó a su casa.

—Póntelos, Vasia, quiero ver cómo les están a tus piececitos de muñeca.

Vasilisa no tenía tiempo. Tenía que acudir a una reunión del comité de vivienda. Pero no quería lastimar a Vladimir.

Se los puso, y sintió que reconocía sus pies por primera vez en la vida. Verdaderamente parecían los de una muñeca.

Radiante de gozo miró a Volodia, tanto que se olvidó de darle las gracias.

—¡Cómo me gustaría cogerte en brazos, Vasiutka! Pero no puedo por la mano. Adoro tus piececitos y tus ojos castaños.

Vladimir estaba contento, excitado y feliz. Hablaba y bromeaba.

Pero Vasia, que debía estar en la reunión ya hacía mucho, escuchaba sólo a medias. A hurtadillas miraba al despertador colocado al lado del pequeño espejo de su tocador. Los minutos pasaban velozmente. La estarían aguardando impacientes. Estaba haciendo esperar a todo el mundo y no estaba bien que la presidenta llegase tarde.

Vasilisa regresó tarde a su casa; era ya casi de noche. Estaba cansada y preocupada, porque habían ocurrido incidentes desagradables.

Al subir la escalera de su buhardilla pensó: «Es bueno, después de todo, tener aquí a Volodia. Podré contarle todas mis contrariedades.»

Cuando entró en su habitación, Volodia no estaba allí. ¿Dónde podría estar? Ahí estaba su gorra, y su abrigo estaba colgado en su sitio.

Habría salido un momento. Vasia puso en orden el cuarto y la tetera en el hornillo de petróleo. Pero Volodia no volvía.

¿Dónde estaría? Salió al pasillo y no le vio. Esperó, comenzó a inquietarse.

De nuevo salió al pasillo. Allí estaba Vladimir, saliendo de la habitación de los Fedosseyev. Se reían y se despedían como los mejores amigos del mundo. ¿Por qué se había ido con ellos Volodia? Bien sabía de su hipocresía.

—¡Al fin has vuelto, Vasia! Tu jaula me deprimía tanto que estaba a punto de ahorcarme. ¡Completamente solo durante todo el interminable día! Me alegré encontrar al compañero Fedosseyev, que me llevó con él.

—No tengas nada que ver con ellos, Volodia. Ya sabes que están siempre urdiendo algo.

—¿Quieres que me muera de aburrimiento en tu jaula? No te vayas durante todo el día y no me iré con los Fedosseyev.

—Pero tengo mucho que hacer. Hubiera querido volver más pronto a casa, pero no puedo. Es imposible.

—Ya sé que estás muy ocupada. Pero ¿no lo arreglé yo para estar velándote por las noches cuando tenías el tifus? Y también durante el día me escapaba para ver cómo estabas. He venido a verte, Vasia, con un permiso por enfermedad. Todavía tengo fiebre.

Vasia oyó reproches en su voz. Estaba ofendido porque ella había estado todo el día fuera. Pero ¿qué podía hacer? Tenía que reorganizar su departamento y el próximo Congreso.

—Veo que no te alegras de tenerme —dijo Vladimir—. No creí que fuera a encontrarte así.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Que no estoy alegre? ¿Yo? Eres lo que más quiero en el mundo.

Se echó en sus brazos, casi tirando la lámpara de petróleo.

—Vale, vale... Ya estaba a punto de pensar que no me querías. Que tenías a otro. ¡Parecías tan fría, tan indiferente! Hasta tus ojos parecían extraños, sin dulzura.

—¡Estoy tan cansada, Volodia! ¡No me quedan ya fuerzas!

—No tienes remedio, siempre estás dando guerra...

Estrechándola contra él, Vladimir la besaba.

De esta suerte vivieron juntos en su «jaula».

Al principio se arreglaron. Aunque para Vasia resultaba difícil dedicarse al trabajo y a su marido a la vez, era feliz a pesar de todo.

Siempre tenía con quién hablar, quien la aconsejase, quien la comprendiese cuando se desanimaba, quien la ayudase en sus planes para el futuro.

Pero el cuidado de la casa era un estorbo. Vladimir, en el frente, se había acostumbrado a la buena comida. ¿Y la cocina de Vasilisa? Compraba la comida de la cocina pública. No tenía azúcar para el té. Solamente algunos caramelos. Los primeros días vivieron con provisiones que Vladimir había traído.

—Te he traído algunas cosas de comer: harina, azúcar, embutido, porque sé que vives como un gorrión bajo el alero, sin un bocado para comer en casa.

Cuando se terminaron las provisiones de Volodia, no tuvieron más remedio que proveerse de la cocina pública. Y a Volodia no le gustaba. Refunfuñaba.

—¿Es que siempre me vas a alimentar con mijo? Yo no soy un gallo.

—No podemos tener otra cosa. Tengo que vivir de mi ración.

—Pero ¿qué estás diciendo? Los Fedosseyev no tienen más que tú y ayer me sirvieron una comida de verdad y muy buena. Patatas fritas, arenque y cebollas.

—La Fedosseyev tiene tiempo para ocuparse de la casa. Pero yo, ¿no ves que me estoy matando atendiendo solamente a mis asuntos?

—Te has metido en demasiadas cosas. Ahí está el problema. ¿Por qué te molestas por esta casa-comuna? Los Fedosseyev estaban diciendo que...

—¡Sé lo que los Fedosseyev dicen! —le cortó Vasia, enfadada al ver a Vladimir en relación con sus enemigos—. Y tú no te portas como un compañero cuando los escuchas y te unes a ellos en contra mía.

Riñeron. Los dos perdieron la calma. Después se avergonzaron de sí mismos e hicieron las paces. Vasia, sin embargo, estaba preocupada por su falta de habilidad para atender mejor a su marido. Él había venido herido a reunirse con ella y Vasia le había ofrecido comida de la cocina pública. Cuando fue al revés, él había sabido cuidarla mejor y además le había traído un par de zapatos.

Le dolía ver que Volodia no comía nada. Se tragaba dos o tres cucharadas de sopa y apartaba el plato.

—Prefiero pasar hambre que tragarme este calducho soviético. Haz té y procura conseguir pan de alguna manera. Yo te

enviaré después, desde el frente, harina para que la puedas devolver.

No podían seguir así. Había que buscar alguna solución.

Vasia se apresuró a ir a la reunión. Pero su cabeza era un revoltijo de resoluciones. ¿Qué le daría a Volodia para cenar? Si tuviera siquiera tiempo encontraría una salida, pensaría y prepararía algo.

Se alegró cuando en el camino encontró a su prima. Precisamente en el momento oportuno. La prima tenía una hija, una muchacha viva, capaz, que acababa de salir de la escuela. Ahora vivía con sus padres y no tenía ocupación definida, sino que ayudaba a su madre en el arreglo de la casa. Su nombre era Styosha.

No hubo ninguna dificultad en el arreglo. Styosha pasaría el día con ellos, atendiendo a los quehaceres domésticos. A cambio, Vasia compartiría sus raciones con su prima. Con un peso menos en su mente, Vasia se fue corriendo a la reunión. Desde mañana Volodia tendría comidas decentes.

Styosha resultó dispuesta. Y se entendía bien con Volodia. Arreglaban la economía doméstica juntos, cambiaban algunas de sus provisiones, al mismo tiempo que Volodia recibía muchas cosas de la cooperativa, en recuerdo de los tiempos pasados. Vasia estaba contenta. Volodia ya no se quejaba de la comida. Pero ahora tenía otro agravio contra ella: «Te ocupas de todo el mundo, pero yo no significo nada para ti.»

Otra vez Vasia estaba angustiada. ¿Por qué había llegado en aquella época tan febril?

Intentó explicárselo a Vladimir. Pero él estaba enfadado y no lo quería comprender.

—¡Te has vuelto tan fría, Vasia! Te has olvidado hasta de besar.

—¡Estoy tan cansada, Volodia! Toda mi energía ha desaparecido —ésta era toda su excusa.

Pero Volodia estaba enfadado.

La misma Vasia se daba cuenta de que las cosas no podían continuar de aquel modo. Su amado había venido a visitarla después de una ausencia sin fin y ella estaba todo el día trabajando, volviendo tarde por la noche, muerta de cansancio, sin fuerzas

para nada más que desplomarse en la cama. ¡Cómo podía pensar en besar!

Hubo incidentes dolorosos. Una noche Volodia comenzó a acariciarla, pero ella se quedó dormida en cuanto su cabeza cayó sobre la almohada.

A la mañana siguiente, Vladimir se lo echó en cara. ¡Qué gracia tenía acariciar, mimar a un cuerpo sin vida! Se reía, pero Vasia comprendió que estaba ofendido. Ella también se sentía desgraciada, porque creía que tenía la culpa. Él podía creer realmente que ya no le quería. Pero ¿de dónde sacar energía para todo?

Un día Vasia volvió a casa antes que de costumbre.

Vladimir estaba preparando él solo la cena.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Styosha?

—Tu Styosha es un pequeño demonio. La he echado. Si se atreve a presentarse aquí otra vez, la tiro escaleras abajo.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho?

—Debes creerme: es una descarada. No tengo que contarte toda la historia. Sólo conseguiría excitarte. Es una criatura vulgar, obscena. No quiero ver ni rastro de ella por aquí.

Vasia comprendió que estaba furioso contra Styosha y decidió no hacer más preguntas. Pensó que probablemente había robado algo. Eso pasaba a menudo, y Vladimir era muy severo con sus cosas. A pesar de que era muy generoso y siempre estaba dispuesto a compartir lo que tenía con sus camaradas, tenía instinto de posesión. ¡Que alguien se atreviese a coger algo sin su permiso! Nunca se lo perdonaría.

—Pero ¿cómo apañaremos las tareas domésticas?

—¡Que se vaya al diablo la casa! Me iré al hotel. He encontrado algunos amigos. No me moriré de hambre.

Styosha fue a ver a Vasia al comité de vivienda, a pedirle las raciones que habían acordado.

—Styosha, ¿qué ha pasado entre tú y Vladimir Ivanovitch? ¿Qué hiciste?

—Nada, yo no hice nada malo —los ojos de Styosha llameaban al mismo tiempo que se sujetaba más firmemente la peineta en el pelo—. Tu Vladimir Ivanovitch intentó propasarse conmigo.

Así es que le di un buen bofetón, bien merecido. Echó sangre por un buen rato. Y ya no le quedarán ganas otra vez.

—No seas tonta, Styosha. Vladimir no hacía más que jugar contigo —dijo Vasia queriendo permanecer tranquila, aunque la cabeza le daba vueltas.

—¡Bonito juego el suyo! ¡Si me echó contra la cama! Menos mal que yo soy fuerte. Y nadie puede poseerme contra mi voluntad.

Vasia trató de convencer a Styosha de que todo había sido jugando, por broma, y que ahora Vladimir Ivanovitch estaba realmente enfadado con ella. Pero Styosha no se convenció. Además, ¿qué más daba una cosa que otra? Nunca más cruzaría aquel umbral.

El corazón de Vasia quedó preocupado. No acusaba a Volodia, ni se sentía herida. Ella era la culpable. ¿Por qué era tan fría? Había ofendido a Volodia. Él probablemente creía que ya no le quería. Pero aquello era obsceno. ¿Cómo se había atrevido a tocar a aquella niña? Styosha apenas había salido de la infancia. Menos mal que ya conocía la vida. ¿Qué hubiera pasado si no? Este incidente agobiaba la mente de Vasia. No sabía si decirle a Vladimir que lo sabía todo o permanecer callada. Pero Vasia no tuvo ya ocasión de hablar con Vladimir.

El nuevo estado de cosas comenzó. Vladimir buscó a sus antiguos amigos, los empleados de la cooperativa. Desaparecía durante varios días. No se veían nunca. Por la mañana, cuando Vasia se marchaba al comité de vivienda, Volodia dormía todavía profundamente. Cuando ella volvía durante el día, no estaba ya allí. Cuando regresaba a casa por las noches, la buhardilla estaba todavía vacía.

Vasia se ponía nerviosa. No sabía si acostarse o esperarle para tomar el té juntos. Calentaba su cena en la lámpara de petróleo, arreglaba sus papeles para el día siguiente y escuchaba los pasos que sonaban en el corredor.

«No, esos no son los de Vladimir.»

Apagaba el fuego por ahorrar; recogía los papeles otra vez. Preparaba los informes; clasificaba las peticiones.

Alguien subía muy deprisa la escalera. ¿Sería él? No, no era Vladimir.

Vasia se iba al fin sola a la cama y pronto se dormía, con sueño de extenuación. Pero aun en sueños le esperaba. ¡Era tan frío y triste la buhardilla sin él!

Algunas veces, él estaba alegre cuando regresaba a casa. Despertaba a Vasia y hacían el amor. Estaba ansioso de contárselo todo; tenía miles de proyectos en la imaginación.

Entonces Vasia se sentía tan feliz, tan contenta, que todas sus penas habían desaparecido.

Otras veces Vladimir no estaba completamente sobrio cuando volvía; andaba pesadamente, mirando en derredor con sus ojos claros. En estas ocasiones le remordía la conciencia; pero culpaba a Vasia también. ¡Qué vida! ¡En una jaula, bajo el tejado! Ningún placer, ninguna diversión... ¡una mujer, y, sin embargo, no la gozaba! ¡Y no tenía hijos!

Era lo que más hería a Vasia. Aunque no quería tener hijos, deseaba tener uno para complacer a Vladimir. Pero esto parecía imposible. Nunca quedaba embarazada. Otras mujeres lloraban y se lamentaban porque no podían evitar la lluvia de hijos. Pero parecía que, a ella, a Vasia, le estaban negadas las alegrías de la maternidad.

«Anemia», opinaba el doctor.

Para animar a Vasia, Vladimir decidió llevarla al teatro; compró las entradas.

Vasia llegó a casa a la hora fijada. Vladimir se componía ante el espejo. Se había puesto su traje nuevo, y parecía otra vez un «señor». Vasia le gastaba bromas y se reía; pero adoraba a su hombre, tan guapo.

—Y tú, ¿qué vas a ponerte? —dijo mirándola con ansiedad—. ¿No tienes un vestido de noche?

Vasia se echó a reír otra vez. ¿Qué quería decir con un «vestido de noche»? Debía de haber aprendido aquello en los Estados Unidos, donde la gente se viste de una manera distinta para cada actividad. Se pondría una blusa limpia y los zapatos nuevos que Volodia le había traído. Eran sus únicos lujos.

Vladimir se enfadó. La riñó de tal modo que tuvo miedo.

—¿Crees que la gente sólo te mirará a los pies en el teatro? ¿Crees que tus vestidos pueden ser de tela de saco?

—No comprendo por qué te enfadas así, Volodia.

—¡Cómo no voy a enfadarme con los estatalistas! Han arreglado nuestras vidas como si estuviéramos en una cárcel. Mírate a ti; no gozas de ninguna diversión, ni tienes una casa de verdad, ni siquiera un vestido decente. Tienes que vivir en una cueva, beber agua, comer desperdicios y llevar trajes de pordiosera. ¡Cuando no tenía trabajo en los Estados Unidos vivía mejor!

—No se puede tener todo de una vez. Ya sabes... el colapso...[8]

—No me hables del colapso. ¡Qué clase de organizadores tenemos! Lo han destruido todo con sus propias manos; pero si alguien quiere hacer algo constructivo, gritan: «¿Queréis convertiros en burgueses? ¡Arriba las manos!» No, no sabéis vivir. Por eso todo se hace pedazos. ¡Yo, desde luego, no hice la Revolución para llevar esta vida!

—¿Qué dices? La Revolución no se hizo para nosotros.

—¿Para quién, entonces?

—Para todo el mundo.

—¿También para los burgueses?

—¡No seas tonto! Claro que no se hizo para los burgueses. Se hizo para los obreros, para el proletariado.

—¿Y qué crees tú que somos nosotros? ¿No somos trabajadores, no somos proletarios?

Discutieron, discutieron tanto que casi llegaron tarde al teatro.

Iban a través de las calles, chapoteando en el barro del deshielo primaveral; Vladimir delante, silencioso, dando pasos tan grandes que Vasia apenas podía seguirle.

—No corras tanto, Volodia. No puedo ir tan rápido.

Se paró de repente y esperó. Después continuó andando despacio, pero sin querer dirigirle la palabra.

En el teatro, Vladimir encontró algunos amigos, con los cuales pasó los entreactos. Y Vasia se quedó en su asiento sola...

---

[8] En la versión que seguimos, «derrumbamiento» en lugar de «colapso». Referencia a la profunda desorganización económica que sufrió la Rusia soviética tras encadenar la Gran Guerra de 1914-18 con la posterior Guerra Civil. La NEP se proponía, entre otras cosas, reconstruir el tejido económico del país.

El teatro no le produjo ningún placer. ¿Por qué habría malgastado la noche? Ahora tendría que trabajar el doble a la mañana siguiente.

El Congreso se inauguró poco antes de la marcha de Vladimir. Asistió a él, aunque no era delegado. Hubo discusiones acaloradas; se formaron varias tendencias. Vladimir estaba del lado de Vasia. Abandonó a sus amigos y trabajó por el grupo de ella con toda su alma. Vasia y Vladimir eran ahora inseparables. Iban y volvían juntos del Congreso y en casa discutían su punto de vista. El cuarto de Vasia estaba siempre lleno de compañeros pertenecientes a su tendencia. Allí redactaban las resoluciones. Vladimir las escribía en una máquina que había conseguido. Todo el mundo trabajaba febrilmente. Se excitaban, reñían; después volvían a reír, sin más motivo que su juventud. Amaban la lucha por la lucha misma. Les hacía olvidar todas sus contrariedades.

Stepan Alexeyevitch estaba allí también, sentado a la mesa, acariciándose su fina barba gris de mercader. Sus ojos geniales, aniñados, observaban la juventud. Vasilisa siempre estaba cuchicheando con él. La alababa mucho, la colocaba muy alto, diciendo que estaba por encima de lo corriente. Pero parecía bastante frío con respecto a Vladimir. A Vasia le daba tristeza presenciar esto. ¿Por qué esa actitud? Vladimir, a su manera, también parecía mantener las distancias.

—Tu Stepan Alexeyevitch es demasiado suave para mí. Huele a incienso. No es un luchador comunista. No es más que un adulador.

La tendencia de Vasia fue derrotada. Pero había obtenido más votos de los que ella esperaba. Eso también era una victoria.

Al aproximarse la clausura del Congreso, se acercaba también la marcha de Vladimir. Otra vez Vasia tenía que partirse en dos. Tenía que equiparle para su viaje, pero el Congreso aún continuaba.

Con todo, en el fondo de su corazón Vasia estaba contenta. Una vez más había sentido que su marido no era sólo su amado, sino también su camarada. Estaba orgullosa de él porque había sido de gran ayuda a su grupo. Los compañeros no querían que se marchase.

—Adiós, Vasia mía; mi gorrión se queda solito otra vez bajo el alero. Ahora ya no tendrá a nadie a quien contarle sus penas. Pero, en cambio, nadie te estorbará en tu trabajo.

—¿Me has estorbado acaso alguna vez?

Y le abrazaba y acariciaba.

—¿No te has dicho alguna vez que tu marido te ocupaba todo el tiempo? ¿No te quejabas por el arreglo de la casa?

—¡Oh, no hables de eso! Es mucho peor no tenerte.

Y apoyó su cabeza sobre el pecho de él.

—Tú no eres sólo mi amor, sino mi camarada. ¡Por eso te adoro!

Se despidieron tiernamente como los mejores amigos del mundo.

Después de ir a despedir a Vladimir, se dio prisa a volver al Congreso. Iba pensativa. A pesar de lo bueno que era estar juntos, estando sola se sentía más libre. La presencia de su amado la distraía de sus pensamientos y su trabajo no progresaba. Ahora podría consagrarse por entero a sus tareas. Trabajar y descansar. No había dormido nunca lo suficiente mientras él había estado a su lado.

—¿Has ido a despedir a tu marido? —le preguntó Stepan Alexeyevitch en el Congreso.

—Sí, Vladimir ya se ha ido.

—Mejor para ti. No hacía nada más que agotarte.

Vasia sé quedó sorprendida. ¿Cómo lo sabría Stepan Alexeyevitch? Pero no contestó. Si lo admitiese, el prestigio de su amado podría sufrir.

CAPÍTULO VI

El tren llegaba por la mañana. Vasilisa se levantó con el primer resplandor de la aurora. Recogió sus cosas y se vistió para gustar a su Volodia. Habían sido muy duros aquellos siete meses de separación.

Vasilisa estaba alegre, feliz, gozosa. Sentía en el aire la primavera.

La *nepmansha* estaba todavía en la cama, acostada y mirándose en el espejo de mano. Pero Vasia ya se había lavado, peinado cuidadosamente y puesto el vestido nuevo que le había hecho Grusha. Se miró en el espejo de la pared. Sólo se vio los ojos. Brillaban tanto que toda su cara parecía hermosa.

Todo estaba bien. Esta vez Vladimir no la sermonearía por ir «vestida con trapos».

Una estación. Vasilisa se asomó a la ventanilla. Era muy temprano, pero el sol brillaba. Allá, en el norte, casi no se notaba que hubiese llegado la primavera. Pero aquí todo florecía. Los árboles también estaban cuajados de flores. Arboles extraños, raros. Las hojas como las del aliso negro, pero de color más delicado, y las ramas cubiertas de flores blancas que se parecían a las lilas, pero que no lo eran. Su perfume suave y delicado penetraba por la ventanilla.

—¿Cómo se llama ese árbol? —preguntó Vasia al conductor—. En mi tierra no los hay.

—Acacias blancas.

—¿Acacias blancas? Son bonitas.

El conductor rompió algunas ramas y se las alargó. ¡Qué aroma tan dulce!

Y Vasia se sentía tan feliz que casi se le saltaban las lágrimas. ¡Todo lo que la rodeaba era tan hermoso, tan encantador! Pero lo más importante era: «¡Dentro de una hora veré a Volodia!»

—¿Llegaremos pronto? —preguntó dirigiéndose de nuevo al conductor. A ella le parecía que el tren no se movía. Se había parado otra vez en un apartadero. Por fin continuó su marcha.

Ya se divisaba la ciudad. Las catedrales, las barracas, los suburbios. Los andenes de la estación. Pero, ¿dónde estaba Volodia? ¿Dónde?

Vasia se asomaba por la ventanilla abierta. Volodia, que había subido al coche por el otro extremo, la abrazó.

—¡Ay, Volodia! ¡Cómo me has asustado!

Se besaron.

—Pronto, déjame que coja tus cosas. Éste es nuestro secretario. Haga el favor de cogerlo todo, Iván Ivanovitch. Vamos al auto. Tengo un par de caballos, Vasia, una vaca y un auto. Y pienso tener cerditos. Tenemos mucho sitio; es una verdadera

granja. Ya verás, vivirás como la señora de la casa solariega. Las cosas marchan bien. No hace mucho abrimos una sucursal en Moscú.

Vladimir hablaba, hablaba. No podía contarle bastante deprisa las cosas en las que estaba ocupado, que llenaban todo su pensamiento. Sentada en el auto, Vasia escuchaba. Y aunque tenía gran interés en todo lo que Volodia decía, hubiera preferido que hablasen de sus cosas, saber cómo se las había arreglado sin ella. ¿La había echado mucho de menos? ¿La había esperado con ansiedad?

Llegaron a la casa. Una buena casa individual con jardín. Un muchacho barbilampiño, un botones, con una gorra galoneada, estaba de guardia a la puerta. Les ayudó a bajar del coche.

—Vamos a ver, Vasia, si te gusta nuestra casa. Veremos si la encuentras mejor que tu jaula bajo el tejado.

Alfombras en las escaleras; un espejo. Un salón para recibir. Vasia se quitó el sombrero y dejó caer el abrigo. Sofás, alfombras. En el comedor un reloj enorme. En marcos dorados varias naturalezas muertas. Astas de venados en las paredes.

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Te gusta?

Vladimir estaba radiante de orgullo.

—Me gusta —replicó Vasia, bastante insegura mirando alrededor. No sabía ella misma si le gustaba. ¡Todo era tan extraño, tan poco familiar!

—Y éste es nuestro dormitorio —dijo Vladimir abriendo con orgullo la puerta de par en par.

Dos ventanas se abrían sobre el jardín. Esto encantó a Vasia inmediatamente.

—¡Árboles! —gritó entusiasmada—. ¡Acacias blancas!

Y se dirigió a la ventana.

—Mira antes el cuarto. Ya tendrás tiempo de sobra para correr por el jardín. ¿No es bonito lo que he preparado para ti? Yo mismo he elegido y arreglado cada una de las cosas. Y te he esperado desde el momento en que me mudé aquí.

—Gracias, vida mía.

Vasia se estiró para besar a Volodia. Pero él pareció no verlo; la cogió por los hombros y la hizo volverse de modo que se viese en el gran espejo del ropero.

—Mira qué cómodo es. Cuando uno se viste se puede ver desde los pies a la cabeza en el espejo. Tiene estantes dentro para tu ropa interior, para tus sombreros, para todas tus baratijas.

—¿Pero cuántos sombreros y baratijas crees que tengo? ¡Has dado en el clavo! —dijo riendo Vasia.

Volodia continuó:

—¿Quieres fijarte en la cama? La colcha de seda me costó mucho encontrarla. Me pertenece; no me la dieron entre mis enseres. Y mira, una lámpara rosa para encender por las noches.

Vladimir le mostró todo, haciéndola fijarse en cada detalle, gozoso como un niño.

—¿Qué? ¿No he preparado un nidito mono para mi chiquilla?

Vasia escuchaba, sonriendo a su felicidad; pero todavía no se sentía en su casa. No lo podía negar; las habitaciones eran bonitas, espléndidas. Alfombras, cortinas, espejos. Pero no íntimas. Como si hubiese entrado en una casa que no fuese la suya. Las cosas no eran las que Vasia necesitaba. No había mesas donde desparramar sus libros y papeles. Sólo una cosa le gustaba de verdad: que desde las ventanas que daban al jardín podía ver acacias blancas.

—Arréglate ahora; enseguida almorzaremos —dijo Vladimir, yendo a las ventanas para echar las cortinas.

—¿Por qué haces eso? —objetó Vasia—. ¡Es tan bonito ver el jardín!

—No puede ser. Las cortinas tienen que echarse de día, porque si no la tapicería se decolora.

Abajo fueron los grises trasparentes; como fuertes párpados, escondieron el jardín, que se asomaba brillando por la ventana. Y el cuarto quedó gris, monótono, aún menos íntimo. Vasia se lavó las manos y se peinó los rizos ante el espejo.

—¿Qué es eso que llevas puesto? ¿Te has mandado hacer ese vestido con la tela que te envié?

—Sí, claro...

Vasia levantó la vista, mirando a Volodia interrogativamente, esperando una palabra de aprobación.

—Déjame que te mire.

Dio la vuelta alrededor de ella. Por su expresión comprendió Vasia que no le gustaba.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir fruncir toda esa tela en las caderas? Tienes el cuerpo delgado, precisamente lo mejor para las modas que ahora se estilan. ¿Quién te ha hecho esa cosa tan horrible?

Vasia, avergonzada, se puso roja hasta la raíz de sus cabellos. Se sentía culpable.

—¿Por qué es tan horrible? Grusha dice que es lo que se lleva ahora.

—¡Qué sabe Grusha de eso! Ha estropeado la tela. Pareces la mujer de un pope. Mejor es que te quites ese vestido y te pongas la falda de diario. Así parecerás más tú. Con ese traje no eres ni pescado, ni carne, ni ave.

Volodia no vio la desilusión de la cara de Vasia. Se fue al comedor a ver si estaba preparado el desayuno.

Con el corazón oprimido, se quitó Vasia la obra de Grusha, apresurándose a ponerse su usada falda y la blusa con el cinturón de cuero.

No estaba nada alegre. Dos pequeñas lágrimas cayeron sobre la gastada blusa. Se secaron rápidamente. Y en los ojos de Vasia había una desagradable frialdad...

La «criada del director» fue a cumplimentarla durante el desayuno. Se llamaba María Semiónovna. Una mujer de edad madura, robusta, de aspecto respetable.

Vasia le tendió la mano.

—Eso no era necesario —dijo Vladimir después de que María Semiónovna abandonara el comedor—. Si no te portas como la señora de la casa te perderán el respeto.

Vasia le miró con asombro.

—¡No sé por qué!

Volodia sirvió el desayuno a Vasia. Pero ésta no tenía apetito; no se encontraba en su centro.

—Te gustará el mantel de lienzo de Morozov. Las servilletas tienen el mismo dibujo. Pero he dicho que no las pusieran; cuesta demasiado lavarlas.

—¿De dónde sacaste todas esas cosas? ¿Has comprado de verdad todo esto?

Vasia miraba escrutadoramente a Vladimir.

—Vasia, ¿sabes lo que todos estos muebles costarían hoy día? ¡Millones! ¿Cómo puedes pensar seriamente que mi sueldo de director me permita comprar todos estos lujos? Todas esas cosas me han sido cedidas en calidad de director. Tuve bastante suerte de llegar cuando era posible obtenerlos, y con la ayuda de unos cuantos amigos conseguí todos estos muebles, antes en dependencias oficiales. Ahora ya no lo permiten. Nadie puede actualmente amueblar una casa como ésta. A menos que lo paguen al contado. Además, yo he comprado muchas otras cosas por mi propia cuenta durante el invierno: el armario de luna del dormitorio, la colcha de seda, la lámpara de la sala...

Vladimir lo enumeraba todo contento, alegremente.

Los ojos de Vasia, cada vez más fríos, brillaban de cólera. No parecían ya castaños, sino verdes como los ojos de un gato.

—¿Y cuánto te han costado todas estas cosas tan espléndidas?

La voz de Vasia temblaba. Vladimir no lo notó y continuó comiendo una chuleta y bebiendo cerveza.

—Bueno, si se calcula el total de todo lo que he comprado a crédito, según el sistema de plazos, sube a...

Despacio, como para causar impresión a Vasia, Vladimir dio una suma considerable. Levantando sus ojos, llenos de gozo, hasta su cara parecía querer decirle: «¿Has visto qué marido tienes?».

—Vasia, ¿qué te pasa?

Se había levantado como si la pinchasen y estaba ante él.

—¿De dónde has sacado el dinero? ¿De dónde? Dímelo enseguida.

—¿Qué te pasa, Vasia? Cálmate. ¡No irás a creer que lo he conseguido por malos procedimientos! ¿O es que no sabes nada del valor del dinero? Compáralo con mi salario y verás.

Le explicó la cantidad de su sueldo mensual y el tanto por ciento que recibía por las ganancias.

—¿Ése es tu sueldo? ¿Tu sueldo mensual? Pero ¿cómo te atreves tú, un comunista, a gastarlo en tales tonterías? ¡Y cada vez mayor pobreza! ¡A tu derredor miseria y hambre! ¿Te has olvidado de ellos, y de la gente sin trabajo? ¿Te has vuelto un verdadero «director» de empresa?

Los ojos verdes, furiosos, de Vasia se acercaron aún más a Vladimir.

—Bien, señor director, al menos podrías contestarme; ¿serás tan amable de contestarme?

Vladimir no se dio por vencido, queriendo volver a la razón a Vasia, convencerla por las buenas. Se echó a reír.

—Vives como un gorrión bajo el alero y no sabes el valor del dinero. Hay aún otros que ganan mucho más y viven mucho mejor. Con verdadera ostentación.

Pero a Vasia no era fácil vencerla con palabras. Estaba decidida a exigirle cuentas. ¿Por qué no vivía como un comunista? ¿Por qué tiraba el dinero en frivolidades mientras la pobreza y el hambre crecían a su alrededor?

Vladimir se dio cuenta de que no la podía convencer de aquella manera. Intentaría otra. Probaría a darle una explicación política. Todo eso no era más que parte de su cargo de director. Instrucciones de «arriba». Lo principal era hacer todo lo que pudiera para que el negocio floreciese, para que aumentasen las ganancias de su compañía. Y éste era su punto más fundamental. Vasia debía esperar hasta que viese lo que había hecho en un año. Todo había sido edificado en un lugar desierto; había aumentado la producción total, de manera que ahora toda la empresa dependía de su superintendencia. Lo vería con sus propios ojos. Aunque «vivía como una persona», se preocupaba de cada uno de sus empleados, hasta del más humilde obrero. En cuanto ella echase una ojeada a todo, pensaría de modo diferente. Pero lo que no podía nunca esperar era que su amiga Vasia, su mujer, su compañera, fuese a engrosar el coro de sus enemigos. Así era muy difícil trabajar. Había dado toda su energía a la causa, y éste era su pago. Hasta su mujer se ponía contra él, queriendo acusarle.

Vladimir estaba ofendido y furioso. Sus ojos eran los de un lobo rabioso. Echaban fuego a Vasia como si quisieran quemarla por su sospecha, por su acusación.

Vasia escuchaba pensativa. Pudiera ser que estuviese en lo cierto. Todo era completamente distinto ahora. Lo más importante era que sus cuentas estuviesen claras y el trabajo hecho. La riqueza nacional tenía que ser aumentada. Ella no discutía esto.

—Entonces, ¿qué hay de malo en que compre algunas cosas y quiera arreglar mi casa? ¿Es que tengo que vivir toda mi vida en casas-comuna? ¿Y por qué estamos peor que los obreros norteamericanos? Deberías ver cómo viven allí. Tienen su piano, su Ford y su moto.

Entretanto, la servicial María Semiónovna había entrado en el comedor varias veces. Quería servir la comida y vio que aquella pareja reñía en el momento que se reunían. Así pasaba con la «gente distinguida» de verdad, a la que había servido antes de la Revolución. Aquéllos y los comunistas, todos eran iguales. Sólo que aquello era malo para la comida, que se estropearía de tanto esperar.

Vladimir llevó a Vasia a todos los sitios. Le enseñó las oficinas, los almacenes, los pabellones. La llevó también al departamento de contabilidad.

—Echa un vistazo a nuestros libros; no encontrarás en ningún sitio este sistema de contabilidad. Fíjate qué magníficamente lo he organizado todo y dime, entonces, que no sirvo para nada.

Dijo a los empleados de contabilidad que explicasen a Vasia el principio de su sistema, que era sencillo, pero exacto. Había recibido la aprobación del centro.

Vasia escuchaba, aunque no podía comprenderlo todo. Vio que trabajaban con ahínco y que les gustaba su trabajo. Volodia también estaba metido en él en cuerpo y alma.

La llevó a las casas de los empleados, y con toda intención preguntó a las mujeres si estaban satisfechas.

Miraba a Vasia triunfalmente. Todas decían lo mismo:

—¿Que si estamos satisfechas? En estos tiempos no se podía estar mejor. Debemos nuestra vida a su ayuda, Vladimir Ivanovitch.

—¡Ahí tienes! ¡Y me acusabas de derrochador! Créeme, lo primero de que me ocupo es de los empleados. Les he dado todo cuanto he podido. Y sólo entonces he pensado en mí. Ya ves cómo viven. Los obreros están tan bien como los empleados. He hecho especiales esfuerzos en su favor. De verdad que he hecho todo cuanto he podido.

—Está muy bien que tú hayas hecho todo eso. Pero ¿y ellos? ¿Qué han hecho por ellos mismos?

—¡Qué ideas más raras tienes, Vasia! ¿No tenemos los mismos intereses ellos y yo? Antes, claro está, el director estaba a un lado y los obreros en otro. Pero ahora, no; por lo menos aquí. Te has quedado anticuada, Vasia.

Bromeaba, y, sin embargo, Vasia sentía que Vladimir no estaba complacido y que ella le había ofendido. Se pasó el día hablando de todos los edificios de la «firma». Vasia estaba rendida. Le latían las sienes; sentía una punzada en el costado; le dolía la espalda. ¡Si pudiera irse a casa, acostarse y dormir! Su cabeza oía todavía el traqueteo de las ruedas del tren. Pero Volodia le acababa de decir que tenían convidados a comer; tenía que recibirlos.

Llegaron a casa; entraron en el recibimiento. El botones abrió la puerta y permaneció en el sitio como si esperase alguna orden.

Al verle, Vladimir sacó del bolsillo su libro de notas, escribió unas palabras y dio el papel al muchacho.

—Date prisa, Vassia, no llegues tarde. La contestación me la entregas a mí en persona. ¿Comprendes?

Se volvió hacia Vasia, mirándola con expresión extraña, mitad culpable, mitad escudriñadora.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué abres los ojos así?

Su voz sonaba algo insegura.

—No me pasa nada. Es que... oye, ¿el botones se llama también Vasia?

—Sí; ¿qué, no te gusta que haya dos Vasias en mi casa? ¡Quién se lo podía imaginar! Tienes celos. Pero no te preocupes. Otra Vasia como tú no la hay en el mundo.

Cariñosamente la abrazó, se miró en sus ojos y la besó. Era la primera vez en todo el día que la acariciaba. Cogidos del brazo, pasaron al dormitorio.

Los convidados llegaron: Savelyev e Iván Ivanovitch, el secretario de la dirección de la empresa. Savelyev era un hombre alto, enjuto. Llevaba un traje gris. El pelo fino, cuidadosamente peinado; en uno de sus dedos brillaba una sortija de sello. Vivo, con ojos algo astutos y una sonrisa desagradable sobre su boca afeitada. Parecía que lo inspeccionaba todo y que todo le era

indiferente mientras no le perjudicase. Por lo menos así le pareció a Vasia.

Cuando la saludó se llevó su mano a los labios. Ella la retiró.

—No tengo costumbre de eso.

—Como quiera; pero yo nunca pongo reparos para besar la mano de una mujer joven. Es una agradable costumbre que pone celosos a los maridos. A usted, Vladimir Ivanovitch, no le faltan motivos para estarlo, ¿verdad que sí? ¡Confiese!

Mientras hablaba daba palmadas en la espalda de Vladimir. Éste se reía.

—Vasia es una esposa modelo; no hay por qué tener celos de ella.

—¿O sea que no sigue el ejemplo del marido?

Savelyev guiñó el ojo a Vladimir, y éste quedó perplejo y asustado.

—No creo que nunca haya hecho nada para...

Savelyev le interrumpió:

—Bueno, bueno, da igual. Ya conocemos lo que son los hombres casados. Yo también lo he sido. Ahora hago vida de soltero.

A Vasia no le gustó Savelyev. No le gustaba nada. Pero Volodia hablaba con él, como con un amigo, de negocios, de política. Vasia no hubiera discutido de política con un «especulador» como ése; no se hubiera reído con él del presidente del Comité Ejecutivo. Tendría que hablar con Volodia, convencerle para que abandonase aquella amistad.

Bebieron vino en la comida. El secretario, Iván Ivanovitch, lo había traído en una cesta. Parecían preocupados por unas grandes remesas que no habían llegado y temían que no estuvieran a tiempo para la feria.

Vasia escuchaba, procurando comprender el significado de todo aquello. Pero le pareció que no era tan importante, como si el objeto principal no debiera ser mencionado. El martilleo de sus sienes le molestaba; le dolían los ojos. ¡Cuándo terminaría la comida!

Inmediatamente después de acabar, Vladimir pidió el auto. Tenía que asistir a una reunión importante sobre la cuestión del transporte.

—Pero ¿va usted a ir a la reunión? Debe quedarse con ella, Vladimir Ivanovitch. Lo contrario no estaría bien.

Savelyev le miraba con sonrisa maliciosa.

—Imposible —interrumpió Vladimir, encendiendo absorto su cigarrillo—. Quisiera quedarme, pero los negocios...

Savelyev no pudo menos de decir:

—Hay negocios y «negocios».

Y Vasia otra vez pensó que le guiñaba el ojo a Vladimir, riéndose de ella. Era un especulador desagradable.

—Si yo estuviera en su lugar lo dejaría todo para pasar la primera velada con mi mujer. Los negocios no se van.

Vladimir no contestó, pero cogió enfadado su gorra.

—Bueno; ¿podemos irnos ya, Nikanor Platonovitch?

Salieron.

Iván Ivanovitch se fue con ellos.

Vasia quedó sola. Sola en aquella casa tan grande, completamente desconocida. Fue a todas las habitaciones. Solitarias, tristes, frías. Estuvo un rato apoyada en la ventana. Después se echó sobre la cama con la colcha de seda y se durmió enseguida.

Se despertó sobresaltada. Era de noche. Encendió la lámpara y miró el reloj. Las doce y cuarto. ¿Había dormido tanto tiempo? Más de media noche y Vladimir no había vuelto.

Se levantó, se lavó la cara y fue al comedor.

La mesa estaba puesta; la luz, encendida. Reinaba el silencio.

La habitación estaba vacía y el resto de la casa a obscuras. Fue a la cocina, donde María Semiónovna ponía en orden sus cacharros.

—¿No ha vuelto todavía Vladimir Ivanovitch?

—No, todavía no.

—¿Viene siempre tan tarde de sus reuniones?

—Según.

María Semiónovna era adusta y muy parca de palabras.

—¿Y usted? ¿Está esperándole? ¿No se acuesta?

—Vassia y yo nos turnamos. Un día le espera él; otro, yo.

—¿Tomará algo Vladimir cuando vuelva?

—Si trae convidados me figuro que sí. Si no, se va derecho a su cuarto.

Vasia se quedó un poco más allí, en silencio. Vio que María Semiónovna estaba entretenida en sus cosas y no se ocupaba de ella.

Al volver a su cuarto, Vasia abrió la ventana. Una noche fresca, serena, de primavera. El aire, lleno del penetrante perfume de las acacias. Las ranas croaban muy fuerte, de una manera algo extraña. Al pronto Vasia creyó que eran aves nocturnas.

El cielo era obscuro, moteado de infinidad de estrellas titilantes. Vasia contempló el jardín obscuro, el cielo, las estrellas. Su corazón se calmó. Olvidó a Savelyev, el especulador; olvidó la pena que Vladimir le había causado involuntariamente durante el día. En este momento sentía con toda su alma que había llegado hasta él, a su amado, para guiarlo. El que se asocia con toda la gente de la NEP puede apartarse del buen camino. Para esto la había llamado a ella, su amiga, su mujer.

Recordando cómo Vladimir lo había organizado todo, Vasia se sentía orgullosa de él. ¡Qué activo era! Ahora comprendía, veía las cosas bajo otra luz. Todo parecía más claro, más inteligible, más alegre que durante el día.

Vasia estaba tan abstraída en sus pensamientos que no oyó ni llegar el coche, ni los pasos de Vladimir sobre las alfombras. El sonido de su voz la hizo estremecerse.

—¿Qué estamos pensando tan profundamente, Vasia mía?

Al inclinarse, los ojos de Vladimir brillaban cariñosos y amantes.

—¡Querido, por fin llegas! ¡Te he esperado tanto…!

Rodeó su cuello con sus brazos.

Vladimir la levantó como en los primeros días de su amor y la llevó por toda la habitación como a un niño adorado.

Vasia estaba feliz, contenta. Volodia la quería, la quería como siempre. ¿Por qué se había sentido tan herida por la mañana?

Tomaron té juntos, charlando íntima, afectuosamente. Vasia dio su opinión respecto a Savelyev. «Es mejor no ser amigo suyo.»

Vladimir no lo negó. Agregó que tampoco sentía respeto hacia él. Pero era útil; todo el negocio hubiera sido imposible sin él. Tenía muchas relaciones de antes y gozaba de la confianza de los compradores; había sido posible ponerse en contacto con ellos

gracias a su mediación. Volodia, además, había aprendido mucho de él. Francamente hablando, no valía mucho como hombre. Era un burgués genuino; pero en los negocios era indispensable. Por eso Volodia le había defendido, cuando las autoridades más altas, los «superhombres», le habían arrestado. Era, además, muy apreciado en Moscú. Las autoridades locales habían sido llamadas al orden a causa suya.

—Bien; pero ¿no me escribiste que sus manos no estaban muy limpias?

—¿Cómo te lo explicaría? Es nuestro agente comercial. Por supuesto que mira por sí mismo. Pero no es peor que los otros. Además, los otros dan vueltas sin hacer nada, mientras que él trabaja a conciencia. Conoce a fondo su trabajo y le gusta.

Aparte de todo esto, Vladimir prometió, sin embargo, verle menos. El negocio era el negocio; pero no era preciso una amistad.

Habiendo terminado de tomar el té, volvieron, abrazados, al dormitorio. Vladimir oprimió la cabeza de Vasia contra su pecho; besó sus rizos y habló pensativa, tiernamente.

—¡Mi cabecita adorada! Siempre será mía, ¿no? No existe otra como tú, Vasia. ¡Sólo te quiero a ti, mi Vasia, mi dulce rebelde!

Vasia se despertó tarde; hacía ya mucho que Vladimir se había ido a trabajar. Pero ella no se sentía bien. Tenía grandes dolores en el costado; se sentía febril y comenzaba a toser. ¿Se habría enfriado en el tren? Aunque hacía un día espléndido de sol, se arropó en un chal. No quería moverse, ni levantarse. Mejor sería reposar. María Semiónovna vino al cuarto; se quedó en la puerta, con los brazos cruzados, como si esperase algo.

—Buenos días, María Semiónovna.

—Buenos días —fue la seca respuesta—. ¿Qué manda que haga para comer? Al marchar, Vladimir Ivanovitch dijo que se ocuparía usted de todo. Traerá convidados.

Vasia se vio perdida. No sabía qué disponer. En su casa, en la casa-comuna, sólo comía lo que el Estado suministraba.

Viendo que Vasia no sabía nada de aquellas cosas, María Semiónovna propuso varios platos. Vasia dijo que sí a todo; pero quiso saber los precios. ¿Costaría muy caro?

—Si quiere comer bien, no puede hacer economías. No se puede comprar nada sin dinero. Los comunistas han quitado el sistema de racionamiento.

—¿Tiene usted dinero?

—Un poco que sobró de ayer; pero no basta para hoy. La carne es cara y también habrá que comprar manteca.

—¿No le ha dejado dinero Vladimir?

—No me ha dejado nada. Sólo me ha dicho: «Busque a Vasilisa Dementyevna y que disponga ella.»

¿Qué hacer? María Semiónovna estaba allí esperando el dinero y no se iría. Vasia tenía un poco de dinero; pero la casa pronto se lo llevaría y se quedaría sin un céntimo. Esa idea le disgustaba.

—¿Por qué no me presta un poco de dinero para que luego se lo devuelva Vladimir? —propuso María Semiónovna.

—Tiene razón, no se me había ocurrido.

Y todo quedó arreglado.

Cuando María Semiónovna se fue, Vasia bajó al jardín. Durante un gran rato paseó arriba y abajo de sus veredas hasta que se cansó. ¡Se sentía extenuada! Se echó sobre la cama, cogió un libro para leer, pero se quedó dormida.

Vasia estaba echada sobre la cama. Las mejillas le ardían; su sueño era perturbado por pesadillas atormentadoras. Al despertar miraba con espanto en derredor. ¿Por qué se había dormido? Hubiera sido mucho mejor ir a ver la ciudad. No había venido a ver a Vladimir para ponerse enferma. Y, sin embargo, no tenía fuerza para levantar la cabeza. Cerró los ojos y sus pensamientos se confundieron inmediatamente. No dormía, ni estaba amodorrada. Pero tampoco estaba completamente consciente.

—¡Vasilisa Dementyevna! Vladimir Ivanovitch vendrá a comer dentro de poco. Debe vestirse. Así podría hacer la cama. A él le disgusta ver la casa sin arreglar.

María Semiónovna se inclinaba sobre Vasia, como si por ser la mayor quisiese corregirla.

—¿Tan tarde es?

—Más de las cuatro... Y usted ni siquiera ha almorzado. Quise despertarla antes, pero dormía profundamente. Eso es del viaje. No ha descansado bastante todavía.

—Puede que sea del viaje o que haya cogido frío.

—Debe ponerse el vestido de lana. Abriga más. Esa falda que lleva no le sirve.

—El vestido me sienta mal y no le gusta a mi marido.

—¿Por qué dice eso? No está tan mal. Quizás tenga demasiados pliegues en las caderas y la línea de la cintura no esté donde debiera estar. Ahora se lleva la cintura... Yo he sido modista también. Sé arreglar vestidos. Le arreglaré la falda. Arreglaremos el vestido de modo que Vladimir Ivanovitch no lo reconozca.

—¿Estará para la hora de la cena?

—Eso es pedir demasiado; lo haremos con calma; no tenemos prisa. Mire, póngase la falda negra y la chaqueta. No está mal así.

Nunca había pasado Vasia tanto tiempo ante el espejo. María Semiónovna encontraba más cosas que se podían arreglar. Prendió alfileres; en otros sitios dio puntadas largas. Encontró también un cuello de encaje. El efecto era bastante bueno. Sencillo, pero elegante. Hasta a Vasia le gustó. ¿Qué le parecería a Vladimir?

Apenas terminaron llegó Vladimir con los convidados: un oficial de la G.P.U.[9] y su esposa. Las puntas de su bigote eran finas, como puntas de alfiler; iba vestido de una manera afectada, con polainas de cuero hasta las rodillas. ¡Y que se llamara a sí mismo un comunista! No le gustó a Vasia. ¡Y su mujer! Parecía una prostituta. Llevaba un vestido muy fino, zapatos blancos y un chal de piel, sobre los hombros. Los dedos le relucían de sortijas. Vladimir le besó las manos, gastando bromas con ella. ¿De qué hablaban? No lo podía comprender. No decían más que tonterías. Vladimir, galantemente inclinado, flirteaba.

Vasia se sentó al lado del hombre de la G.P.U. Era un comunista, pero ella no sabía qué decirle.

---

9 «Directorio Político del Estado», organismo de seguridad sucesor de la antigua Checa («Comisión Extraordinaria Panrusa») a partir de 1922.

Bebieron vino también. Vladimir brindó con su invitada. Ella le dijo algo en secreto y los dos se echaron a reír. Aquello era molesto para Vasia. Pero el invitado tampoco se ocupaba de su mujer. ¡Como si no le perteneciese! ¡Qué cosa tan extraña! No le gustaba eso.

En broma hablaron del ayuno. La dama dijo que era religiosa y que se confesaba, aunque no ayunaba. ¿Cómo podía ser eso? ¡Un compañero de la G.P.U. casado con una creyente!

Vasia frunció el ceño. Se puso de mal humor. Vladimir tenía culpa también. ¿Qué clase de amigos tenía?

Hacia el final de la comida, Iván Ivanovitch vino para decirles que Savelyev tenía un palco para el teatro y les invitaba.

—Iremos, ¿verdad, Vasia? —preguntó Vladimir.

—¿Con Savelyev?

Vasia quiso encontrar sus ojos, pero él hizo como si no entendiera.

—Sí, claro, con Nikanor Platonovitch iremos todos. Dan una opereta nueva. Te divertirás.

—No; yo no voy.

—¿Por qué no?

—No me encuentro bien. He debido enfriarme en el tren.

Vladimir se acercó a ella para mirarla de cerca.

—Verdaderamente, Vasia, no tienes buena cara. Tienes los ojos un poco hundidos. Dame la mano. ¡Si la tienes ardiendo! Claro que no puedes ir, ni yo tampoco.

—¿Por qué? Anda, ve.

Los convidados también persuadieron a Vladimir, y éste accedió.

En el recibimiento, delante de todos, Vladimir abrazó a Vasia y le dijo al oído: «Estás hoy más bonita que nunca, Vasia».

Llamó a María Semiónovna y le dijo que cuidase de Vasilisa Dementyevna.

—Vete enseguida a la cama, Vasia. Volveré pronto. No me quedaré hasta el final.

Partieron.

Vasia vagó por las habitaciones, abatida.

No le gustaba esta vida. No sabía exactamente lo que no le agradaba. Pero se sentía como una extraña; nadie la necesitaba.

Vladimir podía amarla, pero, ¡pensaba tan poco en ella! La había abrazado y besado y se había ido. Sería distinto si tuviese que irse a una asamblea, al trabajo. ¡Pero al teatro! ¿Por qué se había ido sin ella? ¿No había ido bastante al teatro durante el invierno? Algo preocupaba, inquietaba a Vasia. No lo podía expresar; no se sentía en su casa.

«Me quedaré una semana —pensó—. Veré cómo marchan los asuntos de Volodia y me iré.»

Pero ahí estaba la dificultad. ¿Dónde se iría? ¿Otra vez a la casa-comuna? Su cuarto, su sotabanco bajo el tejado, ya no lo tenía. Su amiga Grusha, la costurera, vivía en él. Además, allí estaban los Fedosseyev. Habría chismes y disgustos. Otra vez tendría que reñir con todo el mundo a causa de la casa. Y se sentía demasiado agotada para eso. Además, había perdido la fe en su obra. Y eso era lo más importante.

No, no tenía dónde ir.

Este pensamiento agobió aún más su corazón, atravesándolo como una hoja de acero.

Vasia tenía frío; tiritando metió las manos en la manga. Vagó por los cuartos obscuros, vacíos. Sentía que aquella casa tan extraña le preparaba muchas penas.

¿Premoniciones?

¿Podía un comunista ser supersticioso? No podía ser otra cosa. ¿Por qué, si no, esa melancolía, esa melancolía infinita, sin nombre, estéril?

CAPÍTULO VII

Vladimir volvió a casa temprano, como había prometido. Vasia estaba en la cama, leyendo.

Se sentó a su cabecera y le preguntó cómo se encontraba. La miraba a los ojos mientras hablaba, y su mirada, grave y triste, inquietó a Vasia. Sus ojos expresaban sufrimiento.

—¿Qué te pasa, Volodia? ¿Por qué están tan triste?

Hundiendo la cabeza en la almohada habló con tono desalentado:

—La vida no es un lecho de rosas, Vasia. Tú no sabes lo dura que es para mí. Sólo ves un aspecto de mi vida. Y no quieres comprender. ¡Si pudieras leer en mi corazón cuánto he intentado portarme bien durante el invierno...! No me condenarías. Me tendrías lástima. ¡Eres tan buena, Vasia!

Ella acarició su cabeza para calmarle. Y aunque le daba mucha pena su tristeza, su corazón rebosó de alegría. Sentía que los dos pensaban lo mismo, sufrían la misma pena.

—No es fácil para un proletario ser director —le dijo.

Pero Volodia inclinó la cabeza, pesaroso.

—No es sólo eso, Vasia; no es sólo eso. Hay algo, además, que me atormenta, que no me deja vivir en paz.

—¿Están conspirando contra ti?

Volodia se quedó callado. Parecía que quería contarle algo, pero que no podía encontrar las palabras. Vasia rodeó su cabeza con sus brazos.

—Vida, dime lo que te apena —dijo apoyando la cabeza en su hombro—. ¡Hueles a perfume! ¿Cuándo te lo has puesto?

Levantando la cabeza, le miró fijamente.

—¿Perfume?

Volodia pareció azorado. Pensó un poco:

—Me lo pondrían al afeitarme. Sí; el barbero me lo debe de haber puesto.

Vladimir se levantó; lio un cigarrillo despacio, cuidadosamente, y se alejó de Vasia. Tenía la necesidad absoluta de revisar unos papeles aquella noche.

Vasia tosía un poco. Se encontraba bastante mal, febril, con punzantes dolores en el costado. Vladimir se dio cuenta, aunque no se quejó en su presencia. Su tos le molestaba y ordenó que le hicieran la cama en el sofá de la sala.

Los días pasaban, ¡tan monótonos! No tenía nada que hacer. Sólo de cuando en cuando pequeñas contrariedades de ama de casa. Vladimir quería ahorrar, pero insistía en que todo estuviera «como debía». Vasia dio sus pocos ahorros para los gastos de la casa, porque le molestaba que Vladimir le hiciese reproches.

—¿Has gastado ya todo el dinero para la casa? Nunca gana uno bastante...

¡Como si fuese Vasia la que invitase a los convidados y quisiese servir tres platos para la cena! Sin embargo, no tenía motivos para quejarse de Vladimir. Era muy atento en lo demás. Estaba inquieto por su salud y él mismo fue a buscar al médico. Éste diagnosticó debilidad general; también el pulmón derecho estaba ligeramente afectado. Le ordenó que se acostase al sol todo cuanto pudiese y que comiese alimentos nutritivos. Vladimir preguntaba constantemente si hacía lo que el doctor había mandado. María Semiónovna tenía que cuidarse de que Vasia comiese a las horas debidas. Le buscó cacao y una tumbona para que tomase el sol en el jardín. Vladimir parecía muy inquieto a causa de su salud.

Cuando llegaba a casa iba inmediatamente a su lado. No se veían mucho porque Vladimir estaba muy ocupado en aquellos momentos. Era una época de trabajo activo. La feria se inauguraba pronto. Vladimir estaba preocupado, pensativo y bastante deprimido.

Echada en la tumbona, Vasia, como un lagarto, gozaba de la vida. Se volvía de un lado, de otro, tostándose como una gitanilla. Una vida rara, sin trabajos ni preocupaciones. Pero también sin alegrías. Como en sueños. Pensaba constantemente: «Ya, ya voy a despertarme y volveré a mi pueblo, a la casa-comuna.» Y de nuevo pensaba en el comité de vivienda, en los camaradas, en Stepan Alexeyevitch, en Grusha, en los Fedosseyev. Había vivido una vida agotadora, pero más feliz.

Esperaba a Vladimir. Le había prometido volver más pronto aquel día. Vasia tenía la sensación de que podría hablar mucho con él, de que podía tener una conversación íntima. Pero los días pasaban y nunca hablaban. Siempre había convidados o trabajo urgente.

Savelyev ya no les visitaba. Pero ahora asistían otros invitados, los miembros de la administración de la empresa, que eran poco interesantes y extraños a Vasia. Su conversación no giraba más que sobre partidas, desembarcos, envíos, ventas y de la subida de los precios. Vasia sabía que todo esto era esencial para la Revolución, que la economía nacional no podía edificarse sin el intercambio de mercancías; pero se aburría escuchando. Cuando guiaba la conversación a los asuntos del Partido, a un

artículo de Bujarin, a las informaciones de los periódicos sobre los comunistas alemanes, la escuchaban y volvían a su asunto: consignas, embarque, peso bruto.

Vladimir no se aburría. Los colegas le daban la vida. Discutía con ellos, dejaba que le aconsejasen. Únicamente cuando se quedaba solo con Vasia crecía su melancolía. Suspiraba, acariciaba sus manos y la miraba tristemente. Parecía pedir su ayuda o pedirle perdón por alguna culpa con la que él cargaba y que ella no sospechaba. ¿Qué le pasaba? Las intrigas contra él parecía que se habían terminado. No había oído nada desde su llegada.

Pero ¿qué era lo que le ponía tan triste? ¿Pensaría que Vasia podía morirse? Esta absurda idea le causó alegría. De ser así, debía quererla mucho. La verdad era que apenas estaba con ella. Tampoco ella había permanecido a su lado cuando fue a visitarla. También estaba fuera todo el día, y apenas le quedaba tiempo para ocuparse de su marido. Le inquietaba pensar que, por su conducta de entonces, él ahora la quisiera menos.

Echada en su tumbona, Vasia estaba encantada, mirando las copas de los árboles, que se destacaban bajo el cielo azul. Una brisa de verano los mecía suavemente, como si los acariciase. Los grillos chirriaban sobre la hierba. Los pájaros cantaban alegremente en los árboles.

Vasia se levantó y por la vereda cubierta de hierba se dirigía a un árbol de lilas lleno de flores. ¡Qué dulce aroma! Rasgó una rama; una abeja pasó volando por delante de ella, posándose sobre una rama purpúrea, llena de flores, donde se limpiaba el polvo de sus alas. «Bien, muy bien, eres valiente. ¿No tienes miedo de la gente?» Vasia se reía. Y de repente se sintió tan alegre, tan libre, que se sorprendió a sí misma. Miró alrededor, como si viera el jardín por vez primera. La hierba verde, el penetrante perfume de las lilas, el pequeño pozo cubierto de musgo, lleno de ranas croando, llamándose unas a las otras.

¡Qué preciosidad, qué maravilla!

Vasia no se atrevía ni a moverse. Tenía miedo de que este alborozo repentino, este ligero gozo, volase de su corazón. Nunca antes había sentido o comprendido qué era «vivir». Ahora lo hacía. No sentía decaimiento ni prisas, ni tenía que trabajar, ni sentía placer, ni necesitaba abalanzarse hacia un fin; era la vida pura

y simple. La vida, como la vida de la abeja, dando vueltas sobre las lilas; como los pájaros, cantando en los árboles; como los grillos, chirriando en la hierba. ¡Vivir, vivir, vivir! ¿Por qué no podría pasarla uno entre las lilas? ¿Por qué el hombre no podía ser como todas las criaturas de Dios? ¿Dios? Se enojó consigo misma. ¿Desde cuándo pensaba en Dios? Ése era el resultado de su pereza, de su vida burguesa a expensas de Vladimir. Fácilmente podría convertirse en una *nepmansha* si continuaba viviendo así.

Vasia se apresuró a meterse en la casa. Tuvo miedo de entretenerse allí.

Pero aquel sentimiento gozoso perduró. Estaba optimista. Había adquirido fuerzas y recobrado la salud.

Apenas había entrado Vasia en el dormitorio y puesto lilas en el jarrón, cuando llegó Vladimir en el auto.

Fue directo a ver a Vasia.

—Ya han empezado. Ya me habían dejado en paz bastante esos intrigantes. Han encontrado nuevas energías para desenterrar cosas viejas. Acaban de presentar una demanda ante la Comisión de Control.[10] Están abriendo un proceso contra mí. Pero ya veremos, ya veremos quién puede más —Vladimir corría de un lado a otro de la habitación, con una mano a la espalda, signo en él de agitación—. Otra vez me acusan de anarquismo, de falta de disciplina, y sabe el diablo de cuántas cosas más. Yo matándome a trabajar para que todo funcionase bien, y en vez de ayudar, esos individuos del Comité Ejecutivo no hacían más que poner cuñas a sus ruedas. Si continúa esta persecución dejaré el Partido. Y lo dejaré por mi propia voluntad. No necesitan amenazarme con la expulsión.

Vasia comprendió que era una cosa seria. Se quedó muy preocupada y oprimida. ¿Era éste el desastre escondido que presentía? Pero no dio muestra de estar preocupada. En cambio, intentó calmar a Vladimir, hacerle entrar en razón.

---

[10] Máximo organismo disciplinario del Partido Comunista, encargado, principalmente, de asegurar el cumplimiento del programa y los estatutos por parte de los militantes.

—Y lo que es tu Stepan Alexeyevitch es un buen individuo. Le han pedido informes sobre mí. ¿Y sabes lo que ha hecho? No se le ha ocurrido nada mejor que alabar mi trabajo, pero en cuanto a lo demás, padezco de ser demasiado «egocéntrico» y «moralmente voluble». Estos individuos son como sacerdotes, que juzgan a los hombres, no por su trabajo y acciones, sino por su moralidad. ¡Que no vivo «como un comunista»! ¿Querrán mandarme que me haga monje? ¿Acaso ellos son mejores? Y si no, dime: ¿por qué no llevan al tribunal al jefe de la división de propaganda por haber abandonado a su mujer y tres hijos y haberse liado con una prostituta? ¿Debe hacer eso un comunista? ¿Por qué esperan que yo viva como un asceta? ¿Qué derecho tienen a ocuparse de mi vida privada?

En esto no pudo ya estar conforme Vasia. El Partido tenía razón. No era correcto en un comunista imitar a los burgueses. Un comunista, que además era un director, debía llevar una vida ejemplar.

—Pero ¿en qué te fundas para acusarme? ¿Dónde está mi falta de comunismo? ¿En mi negativa a vivir entre basura? ¿En mi obligación de tener relaciones con gentuza por mi trabajo? ¿Por qué no establecen a quién puede uno recibir en su casa, cuántas sillas se deben tener, o cuántos pares de pantalones puede usar un comunista?

Vladimir estaba furioso; discutía con Vasia; pero ella estaba agradecida de aquella oportunidad que se le presentaba para decirle todo lo que había guardado en su corazón. No sabía precisamente qué era lo que estaba mal; pero le parecía que la vida y las acciones de Vladimir no eran las de un comunista. Vladimir intentaba decir que los negocios no marcharían si no hubiera espejos y alfombras en la casa del director; pero ella no lo creía. Vasia no podía convencerse de que fuera necesario ser íntimo amigo de Savelyev, o que los negocios fueran a ir mejor porque Vladimir besase la mano a todas las mujeres.

—¿De modo que estás de acuerdo con ellos? Lo sabía, lo pensaba. No has venido como mi amiga, sino como mi juez. Te unes al coro. Y ahora ya sé que tú me desprecias como los otros. ¿Por qué no lo dices claramente? ¿Por qué contienes tu cólera? ¿Por qué me atormentas?

Vladimir estaba lívido. Sus ojos llameaban. Su voz denotaba furia e indignación. Vasia no comprendía. ¿Por qué se encolerizaba así? ¿No estaba permitido contradecirle ahora? ¡Qué amor propio! ¡Si al menos no se arrepintiera después!

—¡Oh, Vasia, Vasia! Nunca pensé eso de ti. Jamás supuse que me abandonarías cuando te necesitaba. Pero veo que me he equivocado. ¡Que se lo lleve todo el demonio! Estoy destinado a perecer. Muy bien; entonces al menos descansaré.

Pagó su cólera sobre la mesa tirando el jarrón. Las fragantes ramas purpúreas cayeron al suelo; un brillante riachuelo de agua corría por el tapete de seda.

—¡Mira lo que has hecho!

Alejándose de ella, Vladimir se fue a la ventana. Miraba afuera con murria. Al verle así, Vasia sintió, como siempre, una gran lástima. No era fácil para él. Pero las cosas eran duras para todo proletario. Era difícil ver el camino de cada uno, saber lo que estaba bien, lo que nos está permitido.

—Dejemos esto, Volodia. ¿Por qué te sientes tan abatido? Es todavía pronto. El asunto tiene que ser investigado. Y tú no has cometido ningún crimen. No es más que una cuestión de insubordinación. Espera, yo iré al Comité e intentaré saber de qué te acusan. Y todo se arreglará bien.

De pie, al lado de Vladimir, dejó caer su mano sobre su hombro e intentó verle la cara. Pero él pareció no darse cuenta y permaneció tristemente absorbido en sus pensamientos. ¿No la habría oído? ¿Qué le pasaba? ¿Por qué estaba tan alejado el uno del otro, como si no fueran «camaradas»?

Vasia pensaba en silencio. Toda la alegría de su corazón había desaparecido. Sólo quedaba ansiedad, una triste y agresiva ansiedad.

A la mañana siguiente Vasia fue al Comité del Partido. Cuanto más preguntaba a Vladimir, más motivo tenía para alarmarse. Aunque las acusaciones parecían infundadas, había que tomarlas en consideración. ¿Cómo se resolvería aquello?

Vasia se apresuraba por la desconocida ciudad, preguntando el camino a los transeúntes, sin importarle cuanto veía. Quería

llegar al Comité del Partido lo más pronto posible. No podía tranquilizarse.

Estaba en un gran edificio independiente, con la bandera roja a la puerta. El letrero, al lado de la puerta, le era tan familiar que sintió como si estuviese en su casa, en su provincia. Y se sintió alegre, ansiando ver a «los suyos». No consideraba a los camaradas que visitaban a Vladimir miembros del Partido.

Preguntó por el despacho del presidente. El muchacho que estaba en la mesa de información le dio instrucciones.

—Escriba su nombre y lo que desea. Es posible que no pueda verle hoy y que tenga que esperar hasta el jueves.

¿Qué burocracia era ésta? No le agradó; pero no tuvo otro remedio que aguantarse. Se sentó en una silla y llenó un impreso.

—Toma, da esto al secretario —dijo el oficial de información al muchacho—. Y usted suba y gire a la derecha. Encontrará la sala de espera. Siéntese allí. —Dio estas explicaciones con voz aburrida. De repente pareció despertarse—: ¡Manyka, Manyka! ¿Qué haces por aquí?

Era una adolescente que llevaba una falda corta y sombrero de moda. Le guiñó un ojo con coquetería.

—Iba a ver a unos amigos. ¿Por qué no había de venir al Comité del Partido?

Vasia la calificó de prostituta. En tiempos pasados, una muchacha así no visitaría a sus «amigos» en el local del Partido.

Vasia pasó por el brillante *hall*; empleados, hombres y mujeres pasaban deprisa ante ella. Todo era actividad. Todo el mundo estaba ocupado. Sólo ella estaba ociosa.

En la sala de espera fue recibida por un empleado, un joven sin barba. Con aire importante le preguntó su nombre y lo miró en un libro de registro que llevaba un jorobado.

—Falta mucho para que le llegue el turno. Su asunto no es urgente; tendrá usted que esperar.

Vasia se sentó en el fondo del cuarto. Había otros que esperaban. Entre ellos, campesinos con caras enfermizas y penosas y trajes muy usados. Estaban absorbidos en animada conversación. Era, indudablemente, una delegación. Un caballero alto, bien vestido, con lentes, un «especialista», desde luego, leía

atentamente un diario viejo. Una viejecita, una obrera, con un impermeable, estaba pacientemente sentada y suspiraba.

Había también un soldado rojo, un alegre muchacho, rebosante de salud. Un campesino con una chaqueta corta y a su lado un pope con su sotana. ¿Qué haría allí?

—Es vuestro turno, padre —dijo el oficial, acompañándole al despacho del presidente—. Pertenece a la Iglesia viviente —explicó al resto de los que esperaban—. Un hombre inteligente. Puede sernos útil.

Varias empleadas entraron; muchachas comunistas, con el pelo corto, con faldas cortas usadas, iban y venían bulliciosamente, trayendo papeles a la firma y haciendo preguntas al empleado. Le decían algo en voz baja y salían otra vez deprisa.

Entró una mujer vestida a la última moda. Tenía modales de «gran señora»; pero ahora era la mujer de un funcionario importante del Partido, aunque ella no pertenecía a él. Exigía que la recibieran sin dilación, antes de que fuera su turno. Tenía una nota de un miembro del Comité Central. Venía de Moscú y no tenía tiempo para esperar. El empleado se mantenía firme; pero la carta del Comité Central parecía obligarle. Finalmente, dijo que las órdenes no podían ser desacatadas. Si era un asunto personal tendría que aguardar a que llegase su turno. La «señorona», que era lo que Vasia pensaba de ella, estaba indignada. No podía comprender este reglamento provinciano. En Moscú le hubieran dado audiencia inmediatamente, allí luchan contra la burocracia... pero aquí siempre están inventando reglas nuevas. «¡Ah, funcionarios!»

Tomó asiento, profundamente ofendida, arreglándose el vestido.

Un hombre corpulento, haciendo mucho ruido, entró precipitadamente, con la gorra echada para atrás y el abrigo desabrochado. «Un *nepman*», pensó Vasia.

—Oiga, camarada, ¿qué clase de sistema es éste que hay aquí? Mi tiempo vale mucho; estamos haciendo un envío y me están retrasando el trabajo con todo género de simplezas. ¡Pues no quieren que llene unas hojas! Anúncieme: Konrachef.

Y echó su cabeza atrás con aire satisfecho, como si hubiera sido el propio Lenin. Vasia sintió que todo su antiguo odio contra

los burgueses ardía dentro de ella. Un individuo así debía ser arrestado, llevado a los tribunales. ¡Descarado, sinvergüenza!

El empleado se excusaba. Lo que pedía no podía hacerse. Había que cumplir las órdenes. El *nepman* no quiso escuchar. Insistió en sus demandas y, por fin, venció. El secretario fue a la otra habitación para anunciarle, pero volvió a poco con nuevas excusas.

—El presidente le ruega que tome asiento. Tiene que ver, para asuntos urgentes, a otras dos personas antes que a usted.

—¿Qué demonios de organización es ésta? ¡Y quieren que un individuo haga negocios con ellos! Nos lo piden todo y aún nos amenazan. Nos llaman saboteadores. Me gustaría saber quién es el que hace sabotaje aquí.

Con el pañuelo se secó el sudor. La «señorona» movía la cabeza en señal de aprobación. El caballero de los lentes la miraba con gesto de reproche. Los obreros estaban ocupados con sus propios asuntos y no habían notado al ruidoso *nepman*.

Eran los primeros que debían entrar. Después de ellos le tocaba el turno al «especialista» de los lentes.

Era una espera molesta. Dirigiéndose a la ventana, Vasia miró al jardín, donde dos niños corrían persiguiendo a un perro. Sus voces claras se oían desde arriba:

—¡Tira del rabo a *Bobka*! Verás cómo chilla. Pero no muerde. ¡Aquí, *Bobka*! ¡Cógelo, coge a *Bobka*!

Le llegó el turno a Vasia. El presidente era un hombre pequeño, apenas visible detrás de la gran mesa. Llevaba la barba en punta y lentes. Era tan delgado que los huesos de sus hombros se marcaban a través de la chaqueta.

Miró a Vasia fríamente y le dio la mano sin levantarse.

—¿Qué desea? ¿Algún asunto personal? —dijo breve, secamente, como si ella hubiese hecho alguna petición.

—Vengo a dar cuenta al Comité de mi llegada —Vasia pensó que era mejor no hacer mención al principio de la cuestión de Volodia—. Vine aquí hace poco.

—Así me lo habían dicho. ¿Va a estar usted aquí mucho tiempo?

—Tengo permiso para dos meses; pero puede ser que me quede más tiempo a causa del estado delicado de mi salud.

—¿Viene sólo para descansar o desea algún trabajo?

Mientras hablaba no miraba a Vasia, sino que arreglaba sus papeles, como si quisiera hacerla comprender que no tenía tiempo para una conversación poco práctica.

—No puedo aceptar ningún trabajo regular, pero puede emplearme en trabajo de propaganda.

—La emplearé, desde luego. Empezamos ahora el trabajo de transición al sistema de presupuesto local. ¿Es verdad que usted se ha especializado en el ámbito de la vivienda?

De nuevo miró a Vasia, para volver a sus papeles.

—He trabajado en el comité de viviendas durante dos años. He organizado una casa-comuna.

—¡Ah! Eso es interesante. Tiene que enseñarnos cómo se organiza una casa-comuna para que pueda mantenerse a sí misma.

—No puedo hacer eso —respondió Vasia, negando con la cabeza—. Cuando quise hacer la casa independiente todo se derrumbó. Una casa-comuna debe considerarse lo mismo que una escuela, para desarrollar el espíritu comunista.

—Sí, pero nosotros no tenemos tiempo para esas cosas. Denos una idea razonable del coste, un presupuesto que pueda evitar una nueva carga en el presupuesto central del Estado. ¿Para qué quiere combinar la casa con la educación? Para eso tenemos escuelas y universidades.

Sonrió con superioridad, lo que molestó a Vasia.

De repente se levantó.

—Adiós, camarada.

—Adiós.

Esta vez la miró con más detenimiento. Vasia también le miró fríamente a los ojos.

—Puede ir al departamento de propaganda y registrarse allí. También puede pasar por la división de mujeres, donde siempre se necesitan propagandistas.

—También quería preguntarle cómo está el asunto de Vladimir Ivanovitch —mientras le preguntaba le miraba atentamente, dándole a entender que sabía de su papel en aquello.

—¿Qué quiere que le diga? —frunciendo el entrecejo, el presidente apretó el pitillo, que mantenía en su boca, equívoca—. Es bastante serio. He oído hablar de usted y sé que su posición en el

Partido es muy buena. ¡Yo no debería hablarle de Vladimir Ivanovitch!

—¿De qué le acusan? Vladimir Ivanovitch no ha hecho nada delictivo.

—¿Qué entiende por delictivo? Ya le digo, yo no quiero entrar en ello. Procure saber algo en la Comisión de Control. Adiós.

Hizo un gesto de despedida y se enterró entre sus papeles. Estaba ocupado y no quería que le molestaran más.

Vasia, enfadada, furiosa, salió. En su provincia, uno que no fuera comunista nunca la hubiera recibido así. Había buscado a los suyos y la habían tratado como a una extraña. Vladimir tenía razón. Se habían burocratizado y tenían los modales de los gobernadores militares.

Vasia andaba pensativa, sin darse cuenta de que se cruzaba con un hombre de su ciudad, Michailo Pavlovitch, un obrero del departamento de máquinas de la fábrica donde Vasia había trabajado.

—¡Por todos los santos! ¿Qué es lo que veo? ¡Mi querida Vasilisa! Buenos días.

—¡Querido Michailo Pavlovitch!

Se abrazaron.

—¿Ha venido a visitar a su marido?

—Y usted, ¿qué es lo que hace aquí?

—Estamos depurando el Partido. Soy miembro de la Comisión de Control y nos pasamos la vida purgando, sin podernos ver nunca libres de basura.

Y se reía bajo su barba pelirroja. Sus ojos eran cariñosos, cordiales, como siempre lo habían sido.

Los dos estaban encantados de haberse encontrado. Se pusieron al día. Michailo Pavlovitch insistió en llevar a Vasia a su «cuchitril», al lado de la puerta principal. En los viejos tiempos había vivido allí el portero. Michailo Pavlovitch se había instalado temporalmente allí a su llegada, pero continuaba allí. Era un cuarto pequeño. Una cama, una cesta que contenía sus objetos personales, dos sillas y una mesa cubierta de periódicos, algunos vasos y tabaco…

Estaban contentos de haberse encontrado y su conversación no languidecía. Hablaron de los amigos, de los camaradas.

Salieron a la conversación los problemas de la provincia; discutieron lo que creían que estaba bien, y lo que era pésimo. También hablaron de la NEP. Michailo Pavlovitch estaba harto de ella. No podía resistir al presidente del Comité Provincial.

—Un hombrecillo pagado de sí mismo. Claro que es muy trabajador y nada tonto. Pero lo quiere ser todo. Quisiera ser hasta el presidente de la luz que pasa a través de la ventana. Los trabajadores no pueden tragarle. Dicen que el Congreso decidió la democratización; pero en cambio sólo ha aumentado la burocracia. Hay más servilismo y mucho chismorreo. Forman pandillas que nos distraen de nuestro trabajo y rebajan la autoridad del Partido. Es la obligación del presidente procurar unirlos con imparcialidad, como un padre. Pero él mantiene a la gente dividida.

—A propósito, Michailo Pavlovitch, ¿cómo marcha la cuestión contra Vladimir? ¿De qué le acusan? ¿Es seria la acusación? Dímelo como hablarías a una amiga.

Michailo Pavlovitch se acarició su barba roja. Pensó un rato antes de contestar.

—En sí, la cuestión no vale la pena. Si nuestros comunistas fueran llevados a los tribunales por cosas así, casi todos serían acusados. Toda la dificultad descansa en que Vladimir Ivanovitch no ha podido estar de acuerdo con el jefe del Comité Provincial desde el principio. Cada uno insiste en sus derechos. El presidente ha dado órdenes que Vladimir no ha cumplido, diciendo éste que eran cuestiones del Partido que no le afectaban. «Yo no soy tu subordinado; sólo rindo cuentas a las autoridades industriales. Ellas deben juzgar si cumplo bien en mi trabajo.» Ha habido discordias y el asunto fue llevado a Moscú, donde unos defendían al presidente y otros al director. No se llegó a ninguna decisión definitiva. Los dos tenían razón.

De este modo las cosas fueron de mal en peor. Ninguno de los dos se daba por vencido. A la menor oportunidad, los dos han mandado cartas denunciando al otro. Cuando las cosas estaban así, vino una comisión de Moscú para suavizar la pelea. Llegaron a un acuerdo estricto. Pero en cuanto se fue la comisión comenzaron de nuevo las discordias.

Ahora el asunto estaba ante la Comisión de Control. Michailo Pavlovitch trataría de arreglarlo pacíficamente. El director

cumplía con sus tareas de acuerdo a los criterios económicos. El Comité Central estaba satisfecho. Y, realmente, no había nada de que pudiera ser acusado. No podía haberlo. Michailo estaba seguro de ello. Conocía al «americano», al «anarquista». Todavía recordaba cómo habían tomado juntos el Soviet en 1917. En cuanto a su manera de vivir «a lo grande», su poco ejemplar conducta y sus costumbres impropias de un camarada, ¿estaba alguno de ellos libre de aquellas faltas?

Sin embargo, el presidente y los otros miembros de la Comisión querían aquel asunto para escarmentar al director y demostrar que el Partido no tomaba aquellas cosas a la ligera. Para prevenir que otros hicieran lo mismo.

—Pero ¿qué es lo que ha hecho concretamente Vladimir Ivanovitch? ¿Es porque tiene la casa muy bien puesta? ¡Pero no es de su propiedad! Pertenece al Estado y ha sido puesta a disposición del director.

—No es sólo su estilo de vida. La gente se pregunta de dónde saca dinero para mantener dos casas.

—¿Cómo dos casas? ¿Cree que Vladimir me ha estado manteniendo? ¿Cómo puede ocurrírsele tal cosa? Si realmente quiere saber la verdad, yo he contribuido con mi dinero a los gastos de la casa. Porque a Vladimir no le basta el suyo. Y su trabajo le obliga a recibir mucha gente, a tener convidados.

Mientras Michailo Pavlovitch escuchaba a Vasia, ésta creyó ver compasión en sus ojos. No le gustó eso. ¿Por qué le tenía lástima? Hace ya mucho tiempo, cuando ella comenzó a estar con Vladimir, Michailo Pavlovitch juzgó mal su elección.

—¿Por qué me mira usted así? ¿No me cree? ¿Cómo puede creer que yo le saco el dinero?

—No hablo de usted, querida... Pero ¿está bien que tenga amigos tan poco correctos?

Y escudriñó a Vasia mientras hablaba.

—¿Aludes a Savelyev?

—Sí, a Savelyev también, y a los demás...

—Savelyev ya no viene más a casa. Vladimir me ha prometido no tener con él más relaciones de negocios. Y con los demás se relaciona por su trabajo. Hay mucha gente con la que no le gusta

tratar, completamente distinta de nosotros. Pero ¿qué puede hacer? Están en el negocio, son técnicos o tienen participación.

—Sí, ya veo... —murmuró Michailo, acariciando pensativamente su barba.

Vasia le dijo que ella tampoco podía comprender muchas cosas. Algunas veces no sabía lo que estaba bien o mal, qué era lo que le estaba permitido y qué no debía hacer un comunista. La gente había cambiado. También el trabajo.

A ella le hubiera gustado estar más tiempo; pero Michailo tenía que ir a la Comisión de Control.

Al separarse quedaron en que Michailo Pavlovitch presentaría a Vasia los buenos muchachos de la fábrica. En cuanto a la cuestión del director pensaría el asunto de nuevo. Pero debía tener presente una cosa: si Vladimir continuaba como hasta ahora, estaba amenazado con la expulsión del Partido.

CAPÍTULO VIII

—¡Por fin vuelve mi alborotadora! ¿Dónde ha estado peleándose? ¿En la sede del Partido? ¿Y qué dicen por allí?

Vladimir salió a la escalera para recibir a Vasia. Debía de haber estado acechando su llegada desde la ventana.

Escuchó la información que Vasia traía, paseando arriba y abajo de la habitación y fumando. Su cara parecía preocupada.

—¿Dices que me acusan de mantener dos casas? ¿Acaso les importa a esos mojigatos? Supongamos que mantuviera cinco. ¿Qué tendrían que decir esos hipócritas? Mis cuentas están en orden, no robo ninguna mercancía ni me dejo sobornar. ¿Tienen derecho a exigir más?

Y de nuevo Vasia no se preocupó acerca de la significación que pudiera tener aquello de «dos casas».

Pero se mantuvo firme en lo referente a Savelyev. Esa amistad debía acabar. Que fuese a la oficina si quería; pero había que alejarlo de la casa. También quiso saber sus relaciones con los trabajadores. ¿Era verdad que Vladimir era mal hablado y les insultaba?

—Eso es pura mentira. Tonterías. Difamaciones. Claro que alguna vez les grito y reniego de ellos, pero todo es por alguna causa y nunca sin motivo. No se les puede dejar solos. Especialmente los cargadores son un grupo de holgazanes estúpidos.

Vasia no le dijo a Vladimir que estaba amenazado con la expulsión. Estaba ya bastante deprimido sin saberlo. Pero dijo que era necesario organizar la casa de otra manera. Comida sencilla y nada de invitados innecesarios. Vladimir tendría que deshacerse del caballo que había comprado. ¿Para qué necesitaba el caballo si tenía un auto?

Vladimir se enfadó de nuevo. Era un caballo bien domado para la silla, que hasta podía cabalgarse con montura de señora.

—Es imposible comprar uno igual ahora. Lo compré como verdadera ganga. Hoy día un caballo representa todo un capital.

—¿Capital? ¿Tienes la intención de llegar a ser capitalista? Tienes que cambiar de hábitos, Vladimir. Tal vez tengas que llorarlo después.

—¿Crees que me van a echar del Partido? ¿En qué se ha convertido el Partido para echar a la gente por razones «morales»? Deja que me echen. Trabajaré para los organismos económicos.

Viendo que volvía a ponerse furioso, Vasia no le contradijo. Sólo insistió en que todo debía cambiar. Toda su vida debía ser más retirada, más sencilla. Y lo más importante era alejarse de amistades sospechosas. Le prometió hablar de nuevo con Michailo Pavlovitch. Si lo peor llegaba, iría a Moscú y se entrevistaría con Toporkof.

Sentada en el poyete de la ventana, Vasia parecía más delgada y pálida. Toda ojos. Y sus ojos expresaban tristeza.

Vladimir la contemplaba. Tiró su cigarrillo al suelo; se acercó a ella, la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su corazón.

—Vasia, adorada mía; no me abandones. No, Vasia, ahora no. Ayúdame, aconséjame. Sé que soy culpable. No ante ellos, sino ante ti.

Y apoyó la cabeza contra sus rodillas, como un niño.

—¿De qué eres culpable, Volodia? ¿Es porque te haces daño a ti mismo? ¿Porque traicionas al proletariado? No te acuses ante mí, sino ante ti mismo.

—¿No lo entiendes, no comprendes lo que pasa? ¡Oh, Vasia, Vasia!

Vladimir se alejó desilusionado. Cambió de conversación y preguntó:

—¿Estará ya la comida? Quiero comer. No he tomado nada desde esta mañana.

Vasia regresaba de una asamblea. Trabajaba con las muchachas de las hilaturas y ayudaba a la mujer encargada del trabajo de organización a conseguir que la fábrica marchase bien. Volvía a trabajar con las masas, con toda naturalidad, como si estuviese en su casa. Michailo Pavlovitch la veía mucho por aquél entonces y ella había entablado amistad con «sus muchachos». El grupo no era muy homogéneo ni formal; pero se mantenían unidos, «luchaban» contra el presidente del Comité Provincial y se oponían a la política de los «gestores». Toda su admiración estaba concentrada en un viejo obrero, que había llegado a ser el director de la fundición de acero. Pertenecía a «los suyos». No se había distanciado de las masas, ni había adoptado «aires de gobernador».

El proceso contra Vladimir todavía no se había llevado a juicio. Michailo Pavlovitch decía que había que incorporar nuevas pruebas que no eran favorables. Aconsejó a Vasia para que pusiera sobre aviso a Vladimir. Era preciso que fuera más prudente, que se alejase de Savelyev, que andaba enredado en algún asunto. Aunque los organismos económicos protestasen, la G.P.U. no le permitiría que siguiese libre mucho tiempo.

Vasia estaba preocupada. Sufría por Vladimir, especialmente en estos momentos en que trabajaba desde por la mañana hasta la noche. Tan pronto como llegaba a casa empezaba a ajustar sus cuentas. Los órganos centrales le habían dado órdenes para que reorganizase el sistema de contabilidad. Había tomado un especialista, un empleado de banca, para ayudarle, y se estaban hasta las tres de la madrugada echados sobre los libros. Vladimir adelgazó, no dormía bien. Era natural, teniendo dobles preocupaciones. Tenía un puesto de responsabilidad, y, además, todas las intrigas y chismes que le atormentaban.

Vasia se sentía triste por él. Su corazón se desbordaba de ternura.

Ya no recibieron más invitados, ni sabían nada de Savelyev. Debía estar fuera. Mejor así. Vladimir había dejado de ir al teatro, y no visitaba tampoco a sus amigos. Pasaba las veladas en su casa, inquieto, silencioso, sombrío.

Vasia no sabía cómo apartar de su imaginación todas aquellas preocupaciones; cómo hacer más fácil el trabajo a su marido, a su amigo.

Sólo le olvidaba cuando estaba en las hilaturas, cuando trabajaba para el Partido. Las muchachas de la fábrica vivían miserablemente. Ganaban muy poco. No había habido tiempo de ocuparse de las cuentas y los jornales no se habían elevado. La dirección no podía arreglarlo. ¡Incompetentes! Vasia los acusó y defendió los intereses de las muchachas. Había puesto en marcha su sindicato y llevado sus problemas al departamento de contabilidad.

En la fábrica estaba ocupadísima. Allí se olvidaba de todo y el día transcurría sin que se diera cuenta.

Una noche, Vasia regresaba a su casa con Lisa Sorokina, una de las organizadoras. Lisa era una obrera joven y sensata. A Vasia le gustaba mucho. Mientras andaban, trazaban un plan. ¿A quién podrían movilizar para que el departamento de contabilidad se uniera a ellas?

Llegaron a la casa de Vasia sin darse cuenta.

Al entrar, Vladimir salió a recibirla. Parecía distinto. Alegre, sus ojos brillaban de contento.

Recibió a Vasia estrechándola entre sus brazos.

—Dame la enhorabuena, Vasiuk. He recibido una carta de Moscú. Me ofrecen un nuevo cargo mucho más importante. Voy a dirigir un distrito entero. Nos quedaremos aquí dos meses más, hasta que deje esto en orden. Veremos lo que hará ahora la Comisión de Control. ¿Qué dirá el presidente del Comité Provincial?

—No te regocijes tanto. Tu causa puede verse antes.

—Tonterías. Las autoridades centrales no permitirán que me insulten más. ¿No te das cuenta de que ahora soy una personalidad importante? —Gozoso como un niño, besaba y acariciaba a

Vasia—. ¡Mi incansable alborotadora! Estoy tan alegre que te he traído un regalo.

La llevó al dormitorio. Sobre la cama había seda azul y batista.

—Mira, esta seda es para un vestido. Quiero que vistas bien, mi vida. El azul agrisado de la tela te irá muy bien. Y la batista, para ropa interior.

—¿Para ropa interior? Pero, ¿cómo puede ocurrírsete eso, Volodia? —Vasia se reía—. ¿Una tela así para ropa interior?

—Es la mejor para eso. Batista sin apresto para ropa interior de señoras. Ya es hora de que dejes de llevar ropa de tela de saco, con la que pareces una bolsa de harina.

—No, prefiero hacerme blusas con ella. Y la seda, aunque es preciosa, no debías haberla comprado. Supongo que la habrás pagado al contado, ¿no? ¿Por qué eres tan derrochador?

Vasia movía la cabeza. Los regalos de Volodia no la alegraban; ahora le acusarían otra vez de malgastador. Pero no quería lastimarle.

—¿Es que no te gusta? —preguntó Vladimir.

—La tela es preciosa. Pero ¿en qué voy a usarla? Piensa un poco.

—¿Para un vestido de teatro?

—¿Quieres que vaya contigo al teatro como la «señora del director»? —Y Vasia se reía al verse a sí misma con un traje de seda azul—. Pero te lo agradezco mucho; gracias de todos modos, gracias por tu atención y tu cariño.

Y, levantándose, abrazó a Vladimir, besándole con besos largos, ardientes.

—¡Por lo menos no has olvidado besar, Vasiuk! Ya comenzaba a creer que no me querías. Me has desterrado del dormitorio. Nunca vienes a buscarme. Nunca me haces el amor.

—¡Si no tenemos tiempo! Y tú tampoco estás para eso.

—¿Me quieres todavía?

—¡Yo! ¿Y tú?

—¿Quieres que te recuerde cómo nos adorábamos antes?

Se echaron los dos a reír como si se hubieran encontrado después de una larga separación.

Vasia se daba prisa para ir a la fábrica. En las escaleras pensó que olvidaba coger *El ABC del Comunismo*, de Bujarin. Estaba en la librería de Volodia. Apresuradamente fue al despacho y abrió la puertecilla de cristal. Un paquete cayó al suelo, desenvolviéndose al caer. Vasia se inclinó y sintió que el corazón le dejaba de latir. Era un pedazo de la misma seda que Vladimir le había regalado, un pedazo igual de batista. Y, además, encajes y ligueros. ¿Por qué? ¿Para quién?

Vagamente recordó: «mantiene dos casas». ¡Imposible! Vasia tenía miedo de pensarlo, miedo de mirar a la verdad cara a cara. Pero sus celos se despertaron.

«Mantiene dos casas.» ¡Era tan variable! Tan pronto se distanciaba, apenas la miraba, para después mostrarse extraordinariamente afectuoso, como si quisiese que le perdonaran una falta. Recordó que Volodia siempre olía a perfume cuando volvía del teatro. Recordaba cómo se acicalaba ante el espejo antes de salir por las noches. Y de nuevo pensó en la ya tanto tiempo olvidada enfermera de labios gruesos... de aquella cama y la compresa manchada de sangre...

Los ojos de Vasia se nublaron; sus manos estaban como petrificadas; su corazón, abrumado por un indescriptible dolor. Su adorado Volodia, su camarada, la traicionaba a ella, a su amiga, a su Vasiuk. Veía a otras mujeres, a sus espaldas, estando ella allí. Sería distinto si estuviesen separados. ¡Pero así! Acariciaba a Vasia y le hacía sentir que eran sólo uno, con todo su corazón, con todo su amor y ternura. ¿Cómo podía?

¿Habría dejado de quererla? ¡Era imposible! El corazón de Vasia no quería reconocer tal tormento. Buscaba un clavo ardiendo al que aferrarse. Si ya no la quería, ¿cómo podría mostrarse tan cariñoso, tan atento? ¿Por qué la había llamado? ¿Podía suceder una cosa así? ¿Podía Volodia dejar de quererla? ¡Estaban tan unidos, tan íntimamente atados! ¡Eran camaradas! ¿Qué es lo que no habían sufrido juntos? Y ahora, de nuevo, otra desgracia aparecía. Vasia no lo podía creer, se negaba a creerlo. Pero la víbora de los celos vertía gota a gota su veneno en el corazón de Vasia.

¿Por qué pasaba tan poco tiempo en casa? ¿Por qué estaba tan melancólico, tan tétrico? ¿Por qué Vasia no le atraía como antes?

¿Por qué buscaba pretextos, como la tos de Vasia, para dormir solo?

Los colmillos de la serpiente eran afilados, tan afilados que Vasia casi gemía de dolor. No quería oír sus silbidos. ¡Vladimir la quería, amaba a su Vasia! ¡La quería! Si no, ¿cómo podía acariciarla como lo había hecho ayer? Y esa tela estaría destinada a alguna otra persona. Volodia podía haberla comprado para alguien. ¿Cómo sabía que el paquete le pertenecía? No tenía pruebas; todo eran imaginaciones suyas.

Pero no acababa de deshacerse de sus sospechas: «Mantiene dos casas».

Vasia se avergonzó de sus sospechas, de haber querido dudar de su esposo como una mujer vieja.

Pero la víbora de los celos todavía la mordisqueaba. ¡Vete, maldita serpiente! Cuando volviese Vladimir le preguntaría, tendría una larga explicación con él, para que todo quedase aclarado y ella conociese la verdad.

Cogió *El ABC del Comunismo* y salió corriendo para las hilaturas, porque con todo esto se le había hecho tardísimo.

Vasia volvía muy deprisa a casa. Tenía miedo de llegar tarde para la comida. En la fábrica, la serpiente de su corazón no había dado señales de vida. Pero apenas salió a la calle se despertó de nuevo.

«Mantiene dos casas». Dos pedazos de seda, dos de batista. ¿Cómo sabía Volodia que esa tela se usaba para lencería? ¿Y quiénes eran las mujeres que la usaban? Fulanas y *nepmanshy* con dinero ganado fácilmente. ¿Cómo había llamado la ropa de Vasia? Tela de saco, bolsas de harina. ¿Pero es que la ropa interior podía hacer alguna diferencia? ¿No la había amado con aquellas camisas? ¡Y antes no la hubiera dejado sola el día de su llegada! Una reunión, había dicho. Pero ¿por qué se vistió con cuidado ante el espejo? ¿Por qué olía a perfume? ¿Por qué no miraba ya a Vasia con ojos dulcemente picarescos? Se lo preguntaría en cuanto llegase a casa. «Mira, las cosas han pasado así. Dime la verdad. ¿Para quién es la tela? ¿Por qué la escondiste en la librería? Si la hubieras comprado para otra persona la hubieras

dejado sobre la mesa. Ninguna excusa, ninguna mentira. Eso no te lo perdonaré nunca.»

Vasia subió los escalones corriendo y tocó la campanilla. Tenía prisa. El automóvil estaba a la puerta: luego Vladimir estaba en casa. Le hablaría inmediatamente y le exigiría una contestación. No le perdonaría un engaño. No permitiría que su marido jugase con ella como juegan los maridos con sus mujeres legales, a las que no quieren.

Se puso roja de rabia. ¿Por qué no le abrían la puerta?

Oyó que descorrían el cerrojo. ¡Al fin!

—Hay convidados de Moscú —le dijo María Semiónovna—. Seis hombres. Y hay que darles de comer a todos. Y no es cosa fácil.

—¿Convidados? ¿Quiénes son?

Oyó voces en la sala. Conversación animada. Vladimir estaba allí haciendo de huésped. Presentó a su mujer, Vasilisa Dementyevna. Los convidados eran miembros de un *trust* industrial. Traían un nuevo programa de trabajo.

Vasilisa hubiera querido preguntarles noticias de Moscú, información sobre el debate político, en el que todo el mundo estaba interesado en aquellos momentos. Pero María Semiónovna estaba a la puerta haciéndole señas, llamándola disimuladamente. Debía necesitar ayuda. Vassia, el muchacho, había salido a buscar vino. Iván Ivanovitch se había ido a ver si encontraba entrantes. Y la insustituible María Semiónovna estaba desesperada. Tenía que guisar y poner la mesa. Vasia no tendría más remedio que ayudarla, porque a Vladimir le gustaba que todo estuviera bien. La mesa tenía que estar bien puesta.

Las dos mujeres trabajaban sin descanso. Menos mal que Iván Ivanovitch volvió y les echó una mano.

Vasia no pudo pensar en la seda azul. Y la serpiente de su corazón no dio señales de vida, como si se hubiera ido. Vasia sólo pensaba en ayudar a su marido para que causara la mejor impresión en aquellos miembros del *trust*.

El chico, Vassia, volvió sin aliento con el vino. Iván Ivanovitch descorchó las botellas. El aspecto de la mesa era magnífico, casi como comida de Pascuas. Había aperitivos, vinos, flores; las servilletas de hilo de Morosov y cubiertos de plata.

Los invitados pasaron al comedor. Vladimir echó una ojeada a la mesa y pareció quedar satisfecho con lo que vio. Pero ¿por qué no miraba siquiera agradecidamente a Vasia? ¡Había trabajado tanto! Se sintió herida, ofendida, triste.

Vasia conversaba con los invitados. Pero no podía dejar de pensar en la seda azul. ¿Para quién era? ¿Para quién?

Miraba a Volodia. Lo veía con ojos distintos, como si fuera un extraño. Si estuviera tan unido a ella, si le perteneciese, tendría lástima de ella. No hubiera permitido nunca que se despertase la víbora en su corazón.

Vasia estuvo atormentada toda la velada. Después tuvo que acomodar a los convidados. Envió al botones a por almohadas e improvisó un dormitorio en el despacho. Allí no podía dejar de mirar a la condenada librería. ¿Estaría la seda azul? ¿Para quién sería? ¿Para quién?

Estaba extenuada. Sirvió el té. Los invitados hablaban sólo de sus asuntos, de los diversos géneros, de los varios medios de empaquetar, de presupuestos y embalajes.

Eran hombres de negocios. Habían sido comerciantes. Entre ellos había dos comunistas que buscaban la salvación en el comercio. Verdaderos «comerciantes rojos».

Vladimir se animaba. Estaba orgulloso de su negocio, de estar al frente de los demás. Su negocio era joven; pero se desarrollaba. El respeto que sentían hacia él los comerciantes era evidente. Todos le escuchaban. Nadie prestaba atención a los otros miembros de la dirección.

Vasia les observaba. En circunstancias normales se hubiera alegrado por Vladimir. Pero le parecía un extraño. Negocio, sólo negocio, y ni un solo pensamiento para ella. No veía qué atribulado estaba su espíritu después del día que había llevado. Y si la había engañado, mentido, ¿no podía ser un poco deshonesto en sus negocios? ¿No tendría justificación que el Comité del Partido le pidiese cuentas?

¡Y esta gente del *trust* no se cansaba nunca de discutir! ¡Si pudiera estar sola con Vladimir! ¡Si pudiera averiguar algo sobre aquella tela azul!

Vasia se desvistió para acostarse, dispuesta a esperar a Vladimir. Aquella noche dormía con ella, porque la gente del *trust* había tomado posesión de las demás habitaciones. Escuchaba para oír sus pasos. Los invitados se deseaban buenas noches. Ahora daba instrucciones a Iván Ivanovitch para el día siguiente.

Venía. El corazón de Vasia latía con violencia; las rodillas le temblaban. Se sentó en la cama. Se lo preguntaría en cuanto entrase.

Pero Vladimir no le dio oportunidad. Tenía demasiadas noticias propias. Quería que ella le aconsejase cómo debía reorganizarse el aparato para dar más fuerza a los comunistas, para que los miembros del Partido prevalecieran sobre burgueses del *trust*.

—Aconséjame, Vasia. Piénsalo detenidamente, tú entiendes de estos asuntos. Mañana revisaremos juntos el nuevo proyecto. Pero primero lee tú sola el programa y medítalo. Estos comerciantes quisieran apoderarse del Poder; secretamente traman complots contra los proletarios. Bueno; que intriguen. Tampoco hemos nacido ayer. Es nuestra tarea organizar el aparato de modo que nada pueda hacerse sin el Partido, sin los comunistas.

—Entonces ¿por qué no te atienes a las órdenes del Partido? ¿Por qué dices tan a menudo que el que te expulsen del Partido no es lo peor que puede sucederte y que puedes vivir sin el Partido?

—¡Ah, puede uno decir tantas cosas sin quererlas decir! —dijo sonriendo Vladimir—. Tú lo comprendes. Pero ¿puede uno vivir sin el Partido? ¿Lo dejaremos algún día? —se preguntaba Vladimir mientras se quitaba los zapatos—. ¡Si pudiera deshacerme de la acusación contra mí! ¡Y cómo viviremos, Vasia! ¡Magníficamente! Ya verás qué comunista modelo seré tan pronto me trasladen a otro distrito. Y no tendré más peleas con el presidente. Seré tan bueno que me canonizarán.

Volodia estaba feliz, no sombrío como había estado tan a menudo en los días pasados. Sus ojos reían picarescamente.

—Vamos a dormir.

Vladimir intentó apagar la luz, pero Vasia retuvo su mano.

—No... espera... tengo que... quiero preguntarte una cosa.

Se apoyó en el codo para verle mejor la cara. Le latía el corazón; su voz sonaba extraordinariamente rara. Vladimir empezó:

—Di, Vasia. ¿Qué te pasa?

No miraba a Vasia, sino a la pared.

—Quería preguntarte por qué tienes esa tela en la librería. Seda y batista.

—¿Seda? ¿Quieres decir las muestras?

—No, no son muestras; un pedazo, un pedazo grande, exacto al que me has regalado... ¿Para quién...?

Y miraba a Vladimir a la cara.

—¿Quieres saber para quién es? ¿De verdad no puedes adivinarlo?

—No.

—Iván Ivanovitch me pidió que le procurase la misma tela para su novia. Quiere tener, ya lo sabes, todo lo que tengo. Me copia en todo.

Lo explicaba tan sencillamente, con tanta calma, que la sangre cubrió las mejillas de Vasia. Tenía vergüenza de sí misma.

—¿Iván Ivanovitch? ¿Su novia? Y yo que había pensado que...

—¿Qué es lo que habías pensado?

Vladimir se reía, volviéndose hacia ella.

—¡Vida mía, niño mío, mi Volodia!

Vasia le besaba. ¿Cómo había podido pensar una cosa así de él? ¿Sospechar de su amigo?

—Dime, ¿qué es lo que pensaste? ¡Oh, pequeño detective! —Volodia abrazó a Vasia, pero sus ojos parecían preocupados—. Y ahora a la cama. Se acabaron los besos. Tendremos muchísimo que hacer mañana a causa de los convidados. Será preciso madrugar.

Apagó la luz.

Vasia sintió que le quitaban un peso de su corazón. Pero en el momento en que Vladimir se durmió, la serpiente levantó de nuevo la cabeza.

¿Por qué la había llamado «pequeño detective»? ¿Es que había algo que descubrir?

Vladimir dormía profundamente. Pero Vasia, acostada, arrollada como un puercoespín, estaba completamente despierta escudriñando en la obscuridad.

¿Debía creer o dudar? ¿Creer o dudar?

La gente del *trust* se había ido. El trabajo de Vladimir era doble ahora. La reorganización le ocasionaba interminables preocupaciones. Pero había alegres compensaciones. Michailo Pavlovitch había llamado a Vasia y le había contado algunas instrucciones secretas de las autoridades centrales. El director no podía ser acusado de verdaderos delitos, y casi todo se reducía a insubordinación y a no llevar una conducta «ejemplar». El asunto debía ser resuelto lo más calladamente posible, y sin obstáculos.

Vasia respiró libremente y casi volvió a caer en su vieja costumbre de decir: «¡Gracias a Dios!». No pudo ocultar su alegría. Michailo Pavlovitch se alegró también, por Vasia. La apreciaba y tenía lástima.

Vasia, sin embargo, sufrió también una decepción: el departamento de contabilidad se decidió a favor de la dirección. Las muchachas de las hilaturas estaban decepcionadas. Una huelga parecía inminente. Trabajando como bolcheviques no afiliados al Partido, los mencheviques hacían todo lo posible para encender la hoguera.

Aunque tosía y estaba febril, iba a la fábrica todos los días. Luchaba contra la dirección, insistía, pedía concesiones. Después, intentaba calmar a las muchachas. Y este trabajo la absorbía tanto, que se olvidó por completo de la seda azul. Sólo una vez la serpiente que dormía en su corazón dio un signo de vida; se había, por lo visto, arraigado firmemente y era muy difícil echarla.

Esta vez fue a causa del perro, de un perro de lanas blanco.

Vassia, el botones, lo trajo a la casa. Llevaba un lazo de seda en el cuello.

—¿De quién es este perro? ¿Por qué lo traes aquí? ¿De dónde viene?

Vassia dijo que Vladimir Ivanovitch le había dado órdenes de que trajese el perro a la casa, y que se quedase allí por ahora. Era de Savelyev, que estaba fuera, y el perro iba a quedarse solo en la casa vacía, sin nadie que le atendiese.

Vasia, sorprendida, se preguntaba desde cuándo le gustaban los perros a Vladimir. ¿Quería hacer un favor a Savelyev? Y su

resentimiento contra Savelyev surgió de nuevo. ¿Cómo es que Vladimir continúa siendo su amigo? ¡Si es un miserable especulador!

Cuando Vladimir volvió a casa, el perro salió a recibirle, como si hubiera encontrado un amo perdido hacía mucho tiempo. Acariciándole, Vladimir le hablaba.

—¿De quién es ese perro, Volodia? ¿Es de Savelyev?

—¡Qué va! Es de la novia de Iván Ivanovitch, que está de viaje y me pidió que le tuviese una temporada.

—Vassia me ha dicho que es de Savelyev.

—¡Qué disparate! Es verdad que el perro ha estado estos días en casa de Savelyev. Vassia fue a buscarlo allí. Por eso cree que es de Savelyev.

Vasia escuchaba como si lo comprendiera todo. Pero la serpiente volvió a aguijonearla, estrujándole el corazón. ¿Podía creerle?

En cuanto llegó Iván Ivanovitch, Vasia voló hacia él. ¿De quién era aquel perro de lanas?

Con muchos detalles Iván Ivanovitch le explicó que su novia le había pedido que cuidase de su perro. ¿Qué iba a hacer él, que no tenía casa propia? Así es que se lo mandó a Savelyev. Allí, sin embargo, sólo estaban los criados, que se marchaban y dejaban al animal encerrado.

Podía ser cierto.

Pero a Vasia no le gustaba aquel perrito de lanas.

Vladimir estaba fuera por unos días. Algo del *trust*. Vasia estaba sola. Creyó que se sentiría sola y triste. Pero no fue así. Aunque estaba sola, parecía más contenta, más libre. No sentía el peso que en presencia de Vladimir la aplastaba como con una piedra. No sentía el desprecio de Volodia, que la ignoraba como si no estuviese. Sabía que estaba ocupado, que su cabeza estaba llena de mil cosas; pero su corazón, su estúpido corazón de mujer, estaba triste, ansioso de cariño.

Estaba mejor con Vladimir ausente. Cuando estaba sola no podía ser de otra manera. No esperaba nada, no oía nada, no se sentía herida.

Invitó a su casa a sus amigos: Lisa Sorokina, los muchachos de la fábrica y Michailo Pavlovitch. Organizó una cena. Estaba alegre porque podía invitar a sus amigos.

Después de la cena discutieron los asuntos del Partido, pasearon por el jardín, cantaron a coro. Todos estaban contentos y Vasia más que ninguno. ¡Qué distinto de las conversaciones con la gente del *trust*, con Savelyev, en la sala!

No se dio apenas cuenta de lo deprisa que pasaban los días durante la ausencia de Vladimir.

Regresó en un tren por la mañana temprano.

Encontró a Vasia sentada a la mesa del té.

Saltando, Vasia acudió a recibirle. No la besó, pero llevó su mano a los labios y allí los tuvo un gran rato. Cuando levantó la cabeza, Vasia vio lágrimas en sus ojos. El corazón se le oprimió.

—¿Qué te pasa, Volodia? ¿Te sucede algo otra vez?

—No, Vasia, no pasa nada. Es que... la vida es dura para mí, Vasia. Estoy cansado de todo.

Se sentó a la mesa, apoyó la cabeza en la mano y dejó correr libremente las lágrimas.

—¿Qué pasa, Volodia? ¿Qué tienes? Dímelo, vida mía; te sentirás mejor.

—¿Tú crees, Vasia? —preguntó sarcásticamente—. Le he dado vueltas y vueltas en la cabeza. ¡He pasado tanto, Vasia! ¡No, las cosas no pueden arreglarse! ¡No hay salida!

Una vez más el corazón de Vasia sufrió espantosamente.

—No me atormentes, Volodia. Dime la verdad. No puedo seguir así. Estoy agotada y no soy capaz de descansar...

No pudo seguir, porque comenzó a toser.

—¿Ves? Ya toses otra vez. ¡Cómo quieres que te lo cuente!

¿Era un reproche o era pena lo que expresaba la voz de Vladimir?

Y Vasia tosía. La cara de Vladimir expresaba claramente pena; encendió un pitillo.

—¿Por qué no bebes un poco de té? Puede que eso te calme —le aconsejó.

—No; tomaré la medicina.

Cuando se le calmó el golpe de tos, Vasia sirvió té a Vladimir y él volvió a decirle, en tono natural, lo difícil que era lograr que

todo marchase bien. Los cargadores habían formulado una protesta. Querían más jornal por las horas extraordinarias, aunque había sido preciso reducir los salarios corrientes. El *trust* perdía dinero a causa de ellos; pero amenazaban con la huelga si no se elevaban los salarios. Probablemente esto era debido a la actividad de algunos provocadores. Después de todo, uno no puede ocuparse de todas las cosas.

—Iván Ivanovitch me vino con estas noticias tan pronto como bajé del tren. ¡Quieres que esté contento! Me voy por un par de días y cuando vuelvo me encuentro con un conflicto entre manos. ¿Se puede saber lo que hacen los otros miembros de la dirección? No debían haber dejado que el asunto adquiriese esta gravedad. Ahora habrá complicaciones. Y el presidente tendrá algo nuevo también contra mí.

—¿Por eso decías que la vida era tan dura y que no había remedio? ¿Por los cargadores?

—¡Claro! ¿Qué creías?

Fumando un cigarrillo, Vladimir meneaba despacio el té y hablaba del problema. ¿Cómo podría suavizarse sin un escándalo público? Pero Vasia lo escuchaba a medias. ¿Debía creerle? ¿Habría llorado a causa de los cargadores? No era natural en él. En su cabeza había algo más. La seda azul... La víbora volvió a removerse en su interior. Pero Vasia no quería rendirse a los celos. Tal vez Vladimir estuviese cansado. La Comisión de Control le había atormentado tanto que ahora cualquier cosa le desesperaba. Quería convencerse a sí misma de que las preocupaciones de Vladimir eran debidas únicamente a los negocios. Los otros miembros de la dirección tenían la culpa de este conflicto con los cargadores.

CAPÍTULO IX

Vasia volvía a toda prisa de la fábrica. Al fin, había conseguido lo que quería. Logró obtener concesiones de la dirección. Las muchachas de la fábrica estaban entusiasmadas; acompañaron a Vasia hasta la puerta de su casa. Pero ella sabía que de no haber sido por el presidente las cosas no se habrían resuelto tan bien. Vasia

había llegado a apreciarle. Era inflexible, y cualquier cosa excepto indulgente con respecto a los «gestores».

Cuando llegó a su casa, Vasia encontró toda la entrada llena de cargadores del muelle. Una torre de Babel de voces; discutían, gritaban: «¡Salarios más altos! ¡Si no, dejamos de trabajar! ¡Nada de concesiones! ¡Que carguen los directores y los oficinistas!».

Vasia se mezcló con la multitud, escuchando, haciendo preguntas.

La reconocieron, la rodearon, sofocaron su voz. Querían contárselo todo al mismo tiempo. Los salarios eran insuficientes. No les pagaban las horas extra. Las cuentas no estaban del todo claras. Se apiñaban alrededor de Vasia, lanzando amenazas contra la dirección. ¿No era la «mujer del director»? Que les explicase todo el conflicto. En un caso así no podía haber consideraciones de familia.

Vasia escuchaba, hacía preguntas. Conocía y comprendía muy bien sus quejas. Los directores y empleados de las oficinas estaban bien tratados, bien alimentados; pero los cargadores eran verdaderos esclavos. Sus hijos estaban desnudos. Las cosas no podían continuar así. El sindicato tendría que hacer presión sobre la dirección. No se podía hacer nada sin organización y sin un programa. Los jefes se destacaron para llegar a un acuerdo con Vasia. Debían formular sus demandas por escrito, y, si la dirección se negaba a todas las reivindicaciones, apelarían directamente al departamento de contabilidad.

Vasia se exaltó. Olvidándose de su posición como «mujer del director», hizo suya la causa de los cargadores. ¿Cómo no apoyar a los «suyos» de palabra y obra? Eran una masa sin experiencia, mal dirigida.

Dijo a los jefes que pasaran a la casa para formular sus demandas.

Pasaron. Los cargadores miraron de refilón los muebles de la casa del director, al pasar por los salones para ir al dormitorio de Vasia. Sólo cuando estaban allí se le ocurrió a Vasia que no debía haber dicho a los hombres que entrasen. Pero ya era tarde para arrepentirse.

Se sentaron alrededor de la mesa de Vasia y formularon sus demandas.

En el patio ya no había tanto ruido ni gritos. Los hombres, en grupos, paseaban hablando y fumando.

De repente, los murmullos comenzaron de nuevo. Un auto había pasado ante la casa. El director entraba en el patio.

—¿Qué sucede? ¿Estáis celebrando un mitin aquí? ¿No estáis satisfechos? —La voz de Vladimir resonaba como un trueno—. No tengo el menor propósito de parlamentar con vosotros en este lugar. Ésta es mi residencia particular. Iros a la oficina. ¿No estáis satisfechos con las cuentas? Hablad con el sindicato. La dirección no tiene nada que ver con eso. Tiene otras cosas de qué preocuparse. ¿Vais a declararos en huelga? Ése es asunto vuestro. Hacedlo. Id a la huelga si el sindicato lo dice. Pero salid inmediatamente de aquí. ¡Ahora mismo! No os escucharé. Sólo os atenderé en la oficina.

Vladimir dio un portazo, y, atravesando la casa, fue directamente a buscar a Vasia al dormitorio.

Al entrar se detuvo, paralizado. Vasia estaba sentada en la mesa con los cargadores, formulando sus peticiones.

—¿Qué significa esto? ¿Quién os dejó entrar? ¿Cómo os atrevéis a estar aquí sin mi permiso? ¡Fuera, fuera de aquí!

—Escuche, Vladimir Ivanovitch. No entramos por cuenta propia... Su esposa...

—Fuera de aquí, he dicho, o...

Vladimir, blanco como el papel, levantó el brazo. Los hombres se retiraron hacia la puerta.

—¿Estás loco, Vladimir? ¿Cómo te atreves? ¡Yo los he invitado! Deteneos, camaradas. ¿Adónde vais?

Vasia corrió tras ellos, pero Vladimir salió a su encuentro y la asió tan fuertemente del brazo que soltó un quejido.

—¿Les has invitado tú? ¿Quién te ha dado permiso? ¿Quién te ha pedido que intervengas en mis asuntos? Tú no tienes que rendir cuentas ante el *trust*. ¡Si quieres organizar una huelga, ve a la fábrica de tus muchachas!

—¡Oh, me echas! ¡Porque me pongo al lado de mis hermanos! ¡Porque quiero justicia! ¡Porque no tengo en cuenta tus intereses de director! ¡Porque disminuyo tu tanto por ciento!

—Deberías avergonzarte de ti misma. Eres una odiosa hipócrita.

Vasia sintió como si la hubiese azotado con un látigo. ¿Odiosa? ¿Vasia odiosa?

Se miraron con odio, como enemigos.

Pero su corazón se llenaba con dolor de agonía, con aguda pena. ¿Era el fin de su dicha?

Los cargadores se habían dispersado y Vladimir se había ido a la oficina. Echada sobre la cama, con la cabeza enterrada en la colcha, Vasilisa dejaba que sus lágrimas mojasen la seda. Su dolor no se aliviaba con lágrimas.

El corazón, dolorido, no porque la hubiera llamado «odiosa», sino por su incapacidad para entenderse mutuamente. Como enemigos; en dos campos hostiles.

Los días que siguieron fueron lúgubres, sin alegría. Vladimir pasaba mucho tiempo en casa. Pero ¿para qué? Vivían como extraños, hablándose sólo cuando era completamente necesario. Cada uno vivía su vida. Vasia enfermó otra vez. Iván Ivanovitch fue a buscar al médico, que ordenó reposo absoluto y le prohibió todo sobresalto.

Vladimir estaba muy ocupado con su trabajo. La mitad de la noche se la pasaba en su despacho con Iván Ivanovitch y el contable. Salían para cenar. Pero sus pensamientos continuaban ocupados con los negocios; siempre taciturno y de mal humor.

De cuando en cuando, Lisa visitaba a Vasia para hablarle de las hilaturas. Las muchachas sentían que estuviese enferma.

Y, sin embargo, su enfermedad no afligía a Vasia tanto como el convencimiento de que ella y Vladimir vivían apartados. Ninguno de los dos podía olvidar la discusión de los cargadores. Ninguno de los dos podía perdonar al otro.

Vasia pensó en volver a su casa, a su provincia. ¡Quería verse en su pueblo! ¿Pero adonde iría? Grusha ocupaba su buhardilla; resultaría demasiado pequeña para dos. Tampoco podía pensar en ir con sus padres para reponerse, porque se lamentarían e insultarían a los bolcheviques. ¿Adónde ir entonces? Vasia escribió a Grusha pidiéndole que buscase un cuarto. Y escribió a Stepan Alexeyevitch para que le procurase trabajo en el Partido, entre las masas. Se iría tan pronto como recibiese sus contestaciones.

¿Para qué quedarse aquí? Nadie la necesitaba. Volodia se arreglaría bien sin ella.

Los días se arrastraban lenta, pesadamente.

Mediaba el verano. Las cerezas del jardín estaban maduras; los ciruelos se cubrían de frutos purpúreos. Las azucenas, blancas y delicadas, brillaban sobre tallos largos, llenos de rocío. Pero ahora nada causaba placer a Vasia. Paseando por el jardín se acordaba cuando en la primavera, echada en la tumbona, se había sentido feliz al sentirse viva. Y estos recuerdos abrumaron aún más su corazón.

Sentía que aquélla era otra Vasia diferente; una Vasia joven y confiada. Algo se había ido de ella. ¿El qué? No lo sabía exactamente. Pero así era. Algo había perdido, algo que no volvería nunca más.

Algunas veces, Vladimir se asomaba a la ventana y observaba a Vasia paseando por el jardín, indiferente, entristecida. Durante un rato permanecía junto a la ventana; entonces, volviéndose bruscamente, retornaba con Iván Ivanovitch a su trabajo.

Vasia suspiraba, con nuevo desencanto. Había confiado que bajaría a buscarla al jardín. ¡Y no venía! Así era. Era evidente que no sentía ningún afecto por ella. Para Vladimir el negocio era más importante que la angustia de un corazón de mujer.

Un ruido despertó a Vasia. Era ya por la mañana. Vladimir revolvía en su armario. Buscaba algo.

—¿Qué haces ahí tan temprano, Volodia?

—Tengo que ir a esperar un tren; viene una partida.

—¿Tienes que ir personalmente?

—Tengo que inspeccionar.

Vladimir, ante el espejo, se ponía la corbata nueva; pero no le salía bien el nudo. Al mirarlo, Vasia sintió de nuevo que estaba muy dentro de su corazón, muy profundamente unido a ella.

—Ven, Volodia. Deja que te ayude.

Vino obedientemente y se sentó en la cama. Vasia le hizo el nudo de la corbata. Se miraron, y, de repente, sin pronunciar una palabra, se abrazaron.

—Mí pequeña Vasiuk. ¡Vida mía! ¡Me pesa tanto vivir a tu lado, y, sin embargo, estar tan terriblemente alejado! ¿No puede

ser de otra manera? —preguntó quejosamente, apretando la rizada cabeza de Vasia contra su pecho.

—¿Crees que a mí no me duele? No quiero vivir si ha de ser así.

—Pero ¿por qué reñimos, Vasiuk?

—No sé. Hay alguna barrera entre los dos.

—No, Vasia; nada puede interponerse entre nosotros. Mi corazón es todo tuyo, sólo tuyo.

—¿Y no has dejado de amarme?

—¡No seas tontina! —dijo Vladimir, y la besó—. Ven; no peleemos más. Es estúpido hacerlo y nos hace sufrir a los dos. Y yo no podría sufrir el perderte, Vasia. No puedo vivir sin ti. Así que procuraremos no herirnos mutuamente. ¿No te parece?

—¿No intentarás representar nunca más tu papel de «director»?

—¿Y tú no incitarás a los cargadores contra mí?

Se echaron a reír.

—Bueno, duérmete ahora. Si no duermes, estarás todo el día enferma de nuevo. Yo volveré dentro de dos horas.

La tapó, besó sus ojos y se fue. Vasia se sentía feliz. Se durmió como si hubiera recuperado toda su dicha, como si no hubiera perdido nada.

Vladimir no volvió de la estación; telefoneó y dijo que tenía que ir a la oficina. Volvería para comer. Vasia se encontraba mejor, pero no fue a la fábrica. En cambio, se ocupó de las cosas de la casa, ayudando a María Semiónovna en la limpieza.

Poco antes de la comida, llamaron al teléfono. Vasia contestó:

—¡Diga!

—¿Está en casa Vladimir Ivanovitch?

—No, todavía no. ¿Con quién hablo?

—Con la oficina de la dirección de la empresa.

—Pero, ¿por qué llaman aquí? Él está ahí, en la oficina.

—No, no está aquí. Salió de la oficina hace un rato. Perdón.

¡La voz de aquella mujer otra vez! ¿Quién sería? A Vasia le desagradaba aquella voz. Los primeros días de llegar llamaba con frecuencia. Después cesó. Vasia preguntó una vez a Iván Ivanovitch, casualmente, quién llamaba desde la oficina durante las

horas de trabajo. Iván Ivanovitch le explicó que serían las oficinistas. ¡Qué extraño! Sus voces sonaban muy parecidas.

Y, de nuevo, Vasia sintió los colmillos de la serpiente.

Vladimir trajo invitados a comer a dos miembros de la dirección. Discutieron las partidas llegadas aquella mañana. Sin embargo, encontró ocasión de preguntar a Vasia cómo se encontraba y si se había echado al sol como el doctor le había mandado.

—No, no me eché al sol —contestó Vasia secamente, añadiendo como si nada—: La joven ésa que te llama con frecuencia desde la oficina volvió a telefonear.

—¿Qué joven? —Vladimir parecía sorprendido—. ¿De la oficina? Entonces debe ser la mujer de Shelgunov. ¡Sí que es joven! Una venerable madre de familia. Tú la has visto, Vasia. Es la mujer gorda, de la verruga en la cara.

Hablaba sencilla, naturalmente. Pero Vasia se sintió inquieta.

No, aquello no era natural.

Después de la comida, los señores de la dirección se fueron. Vasia se alegró. Quería estar sola con Vladimir, para aliviar su espíritu. La promesa de felicidad de aquella mañana tenía que realizarse.

Pero apenas se habían marchado los invitados, cuando el teléfono del despacho sonó de nuevo. Vladimir fue al aparato.

—Sí, soy yo —dijo secamente—. ¿No le he dicho que no telefonee?... Claro, asuntos de familia —dijo con una sonrisa—... De ninguna manera. Lo prohíbo terminantemente... Bien, bien. Pero sólo un rato —concedió—. Adiós.

Vasia, en el cuarto próximo, escuchaba. La angustia volvió a dominarla.

¿Quién sería? ¿Con quién se habría citado «sólo un rato»? ¿A quién podría prohibirle algo?

Vladimir fue del despacho directamente al dormitorio, pasando por delante de Vasia como si no la hubiera visto. Ella le siguió. Delante del espejo, él se acicalaba.

—¿Con quién hablabas, Volodia?

—Con Savelyev.

—¡Con Savelyev! ¿Ha vuelto?

—Esta mañana.

—¿Te has entrevistado con él?

—¿Qué interrogatorio es éste? ¿No sabes que estuve esta mañana inspeccionando la descarga de una partida?

Se veía que estaba nervioso.

—¡Y te vas con él enseguida! ¿Se lo has prometido?

—Sí, voy allí.

Silencio.

Vasia sintió que su corazón le daba martillazos; latía con violencia, como si fuese a estallar. ¡Ojalá estallara! No tendría que sufrir más tiempo esta agonía. Se dirigió rápidamente hacia Vladimir y cogió dulcemente su mano.

—No lo hagas, Volodia. No empieces de nuevo...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vladimir de mal humor.

—No tengas ninguna relación con ese especulador. Me lo han indicado. La principal cosa que tienen en contra tuya son tus relaciones con indeseables.

—Ya comienzas otra vez. Hablas como un miembro de la Comisión de Control. ¿Insistes en molestarme? ¿En tiranizarme? ¿Quieres atarme a las cintas de tu delantal?

Roja de indignación, Vasia retiró su mano de la de Vladimir.

—Basta, Vladimir, basta. ¿Qué dices? ¿He intentado alguna vez encadenarte a mí? No pierdas la cabeza. Hablo de ti y no de mí. Ya tienes bastantes enemigos. Si reanudas tu amistad con Savelyev...

—¿Qué tiene que ver Savelyev con esto?

—¿Qué dices? ¿Que qué tiene que ver? ¿No vas a reunirte con él?

Los ojos de Vasia miraban inquietos.

—Claro que voy a buscarle. ¿No puedes comprender que me tenga que valer de él para los negocios? Es una cosa necesaria.

—No te creo —exclamó ella con vehemencia—. Aplázalo para mañana. Dile que vaya a la oficina.

—¡Qué niña eres, Vasia! —dijo él, cambiando el tono de su voz—. Muy bien, te diré la verdad. Es cierto que Savelyev no me ha llamado para discutir ningún negocio. Eso puede resolverse en la oficina. Es que tiene gente en su casa; me ha invitado para jugar a las cartas. Tú sabes muy bien, Vasia, que no voy a ningún sitio desde hace casi un mes. Estuve en casa ocupado todo el tiempo con los asuntos del negocio. Déjame que por una vez

cambie de aire. Soy joven, Vasia; quiero vivir. No puedo ser un ermitaño.

—Comprendo, Volodia —dijo ella tristemente—. Sí, todo ha pasado como dices. Y el que te diviertas un poco no es malo. Pero tienes también que tener en cuenta otra cosa. No debes volver a empezar, a estar siempre con ese Savelyev, ese especulador canalla. Tú tampoco sientes respeto por él. ¿Para qué lo necesitas? La gente dirá enseguida que Vladimir Ivanovitch y Savelyev son otra vez uña y carne. Y todo volverá a empezar. ¡Volodia mío! No vayas hoy, te lo ruego. ¡Anula la invitación!

—¡Cuánta tontería! Si el Comité Provincial no tiene otra cosa que hacer que proceder legalmente contra un individuo a causa de sus amistades, no es un Comité Provincial, sino una letrina. Exageras, Vasia.

—Pero ¡es que a mí tampoco me gusta que vayas! Sé que no puede verme. Te ha invitado sólo para molestarme. ¿No te oí decir por teléfono que no podías ir a causa de «asuntos de familia»? Y después te echaste a reír, Volodia —comenzaba a alterarse—. ¡Y me duele ver que te ríes de mí con un extraño, y sobre todo con un tipo como Savelyev! ¡Como si yo te prohibiera ir!

—Pero ¡si no me dejas!

—¡Si así lo quieres!... Entonces, muy bien, vete. Pero acuérdate... —sus ojos flameaban— que la paciencia se me acaba. Te he ayudado, sufrido por ti, defendido en todo. ¡Basta ya! Vete si quieres. Pero yo también sabré lo que tengo que hacer.

Su voz se alzó en un agudo e histérico chillido.

—Estoy harto de tus ataques de histeria. ¿Por qué me machacas tanto? ¿Qué quieres de mí?

—¡Volodia! —dijo con la voz quebrada y llorosa—. Nunca te he pedido nada. Pero hoy te pido que te quedes. Por tu felicidad y la mía.

—¡Oh, las mujeres! Todas sois iguales. ¡No hay quien lo aguante!

Pasando apresuradamente ante ella, atravesó el recibidor; la puerta de la calle se cerró de un portazo. El motor sonó...

Vasia gemía como un animal herido.

—He venido a buscarte, Lisa. Deja que me quede contigo. Le he dejado para siempre.

Le faltaba la voz; pero sus ojos estaban secos. Su desgracia era demasiado intensa para poder verter lágrimas.

—¿Te has separado de él? Ya hace mucho tiempo que debías haberlo hecho. Todos nos preguntábamos cómo podías resistirlo tanto tiempo.

—Vivíamos como extraños, Lisa. Es horrible —gemía Vasia.

—¡Claro! Pero ¿cómo podías quererle?

Vasia no lo sabía. Apenas podía creer lo que había pasado. Nunca le perdonaría; nunca olvidaría esta indignidad. Era la primera vez que ella le pedía algo. ¿Y qué había hecho? Podía lo mismo haber pisado su cadáver. ¿Y por qué? ¿Para qué? Para jugar a las cartas con aquel ladrón, con aquel especulador de Savelyev, y una reunión de gente repugnante. ¡A él le daba lo mismo que Vasia se muriese de dolor! ¡Mientras él lo pasase bien, mientras tuviese las distracciones que le gustaban! ¿Era eso amor? ¿Era aquél su amigo y camarada? ¿Era eso un comunista?

Lisa no podía atar cabos en la explicación incoherente de Vasia. ¿Qué había pasado? ¿Qué tenía Savelyev que ver con todo aquello?

—¿Que qué tiene que ver? Si ha sido por su culpa, por culpa de ese especulador ladrón. Vladimir ha ido a reunirse con él.

—¿Crees que ha ido con él?

—¿Con quién crees tú? ¿No crees lo que te digo?

—Pero ¿cómo puedes creer eso? Toda la ciudad lo sabe; sólo tú pareces ignorarlo. ¿O es que no quieres saberlo? ¿Es que te niegas a reconocerlo?

—Dime de qué se trata, Lisa; dímelo.

—Pues de que tu Vladimir tiene una amante.

Vasia al principio no entendió y se quedó mirando fijamente a Lisa. No sintió ningún dolor, ninguna pesadumbre; sólo sorpresa.

—¿Dices que una amante? ¿Quién es?

—No es una de nuestra clase, no es una obrera. Es una de las empleadas de la oficina.

—¿La conoces?

—La he visto varias veces. Toda la ciudad la conoce.

—¿Por qué?

—Es muy fardona. Por eso están los camaradas tan indignados contra Vladimir. Michailo Pavlovitch te habló de esta «amistad». ¿Cómo no te diste cuenta? Para otras cosas no eres tonta. Pero en esta cuestión has obrado como una idiota.

Vasia, sin embargo, estaba preocupada por algo diferente.

—¿La quiere él?

—¡Cómo lo voy a saber yo! Quizá, dado que llevan ya muchos meses liados. La gente creyó que la cosa terminaría con tu llegada; pero nada de eso ha sucedido. Continúa yendo a verla en su coche.

—¿Tiene ella casa propia?

—Según dicen, mucho mejor puesta que la tuya.

Luego aquello era cierto: «mantiene dos casas».

Vasia lo comprendió todo. Todo menos un punto. ¿Por qué le había mentido Volodia? ¿Por qué la había atormentado y engañado?

—Pero ¿qué esperabas de él? ¿Tenía que ir a ti como un pecador arrepentido? ¿O crees que te iba a pedir permiso para visitar a su amante? Tú eras la que tenías que haberlo visto antes. Si no lo has visto, has sido una tonta y sólo a ti misma puedes echar la culpa.

—¿Por qué insistes en decir que he sido tonta? Eso no es lo importante. La cuestión es esta: ¿la quiere realmente o sólo le gusta?

—¿Qué quieres decir? No te entiendo. Debe quererla. ¿No la mantiene y la hace regalos caros?

—¿Lo crees así...? Pues, mira, yo no sé...

—No creerás que te quiere a ti, ¿no? No te engañes a ti misma, Vasia. Eso sólo te causará más dolor. Le agradas y te estima. ¡Pero lo que es amarte! Eso hace tiempo que pasó. Lo sé muy bien.

Vasia negó con la cabeza:

—Mira, no estoy conforme contigo.

Su estupidez aburrió a Lisa, que le empezó a hablar de la amante de Volodia. ¡Bonita como un cuadro! ¿Y sus vestidos? Siempre vestida de seda, siempre rodeada de pretendientes que la cortejaban. Savelyev era uno de éstos; ella lo sabía. En su casa,

por las noches, había siempre jolgorio. Y se murmuraba que los dos, Vladimir y Savelyev, estaban con ella.

Por un motivo u otro, esta idea repugnó a Vasia.

¿Era posible que Vladimir hubiera cambiado tanto? ¿Podría realmente amar a una fulana? Vasia no creía las cosas que oía. Algo había en todo aquello que no era cierto.

Lisa se ofendió.

—Muy bien; no me creas. Pregunta a cualquiera. Todo el mundo te dirá lo mismo. Ella estuvo en la oficina de secretaria de Savelyev, hasta que el director comenzó a pagarle todos los gastos. Es posible que también otros hagan uso de ella. Hablan de Iván Ivanovitch. Y algunos miembros de la dirección van de cuando en cuando a verla. Es una prostituta en toda regla; sólo que no está registrada. Su suerte es que en la Rusia soviética no necesitan permiso.[11]

—Vladimir nunca se hubiera enamorado de una mujer así — objetó Vasia.

—¿Por qué crees eso? A los hombres les gusta esa clase de mujeres, especialmente a los hombres como tu Vladimir. Se le ve en la cara; cuanto más depravada sea una mujer, más le gusta.

—¡Cállate, Lisa! ¿Por qué dices eso? Tú no le conoces. ¿Por qué te atreves a juzgarle así?

—¿Por qué le defiendes? ¿No te ha humillado ante toda la ciudad? Sin embargo, le defiendes como si se tratase de una fortaleza...

—¿Humillarme? ¿Y en qué forma? Dime, Lisa. ¿Qué tengo yo que ver con las acciones de Vladimir? No sufro por eso. No es por eso.

—Sí, lo sé. Sufres porque ya no te ama.

—No, Lisa; tampoco es eso. Me duele, pero eso no es lo más importante. Sé lo que quiero decir; pero no encuentro las palabras. ¿Qué ha ocurrido? Éramos camaradas; vivíamos íntimamente unidos, y, de repente, te dicen: «Vladimir se ha alejado de ti, te ha mentido, ha tenido miedo.» ¿De mí? ¿Por qué? ¿Me hubiera cruzado yo en su camino? ¿Le hubiera apartado de su

[11] Desde mediados del siglo XIX, la prostitución estaba regulada en Rusia; este registro permitía el control policíaco y «sanitario».

amor? ¡No podía, Volodia no podía pensar eso! Debe pasar algo más. No debe querer tanto a esa muchacha.

—Vuelves a lo mismo —dijo Lisa enfadada—. Es imposible hablar contigo. Tú quieres todavía a Volodia. Te maltrata y sigues amándole... Yo no soy así. Hubiera concluido con él hace mucho y le hubiera dado bastante que pensar.

Vasia no lo negó. Pero cuanto más condenaba Lisa a Vladimir, más ardientemente le defendía ella. Quería convencer a Lisa de que él había obrado mal, no por tener una amante, no por amar a otra mujer, sino por no habérselo dicho a Vasia. ¡Como si no fuese su amiga y su camarada! ¡Como si fuese una extraña! Aún peor; significaba para él menos que una extraña, porque no tenía confianza en ella. ¿La creía dispuesta a luchar por sus derechos como una legítima esposa?

—¡Claro que debes luchar por ellos! —exclamó Lisa—. ¿Cómo permites que te humille así? Tienes que dejarlo. No es digno de ti: no te llega ni a las suelas.

Seguía sin estar de acuerdo. En el fondo de su corazón Vasia condenaba a menudo a Volodia. Pero en el momento en que alguien le atacaba se pasaba a su lado y se indignaba. La gente no le entendía. Sólo ella conocía a Vladimir, «el americano». Cuando dijo «el americano», se le saltaron las lágrimas. Recordó a Vladimir, «el americano», dirigiendo su cooperativa, luchando por el Soviet. Se puso nostálgica.

Llorando, se echó en los brazos de Lisa. No pensaba en Vladimir «el director»; pero sollozaba por «el americano», sufría por él inconsolable, mortalmente.

—Es muy fuerte este golpe, Lisenyka. No puedo más.

—Lo sé, querida, lo sé. Sé fuerte. Pasará. Yo sufrí lo mismo hace un año. Y, cuando me lo encuentro, ya no me duele. En esta vida todo pasa, ya verás.

Lisa acariciaba a Vasia y trataba de consolarla. Pero ¿acaso estas penas tienen consuelo?

Vasia no podía dormir, aunque Lisa le había dejado su cama y ella yacía sobre unas sillas. Había trabajado durante todo el día y dormía profundamente. Vasia, sin poder descansar, se volvía de un lado a otro; se sentaba, se volvía a echar... No podía descansar.

Infinidad de pensamientos agitaban su cabeza y torturaban su corazón. ¡Como la noche aquella de la enfermera, cuando arrestaron a Vladimir!

No eran celos lo que sentía. La víbora estaba inmóvil, agazapada, esperando. Era la falta de confianza de Vladimir lo que la obsesionaba. Si no fuera por eso, le perdonaría todo. Nadie puede dominar su corazón. Pero Vasia no creía que amase a la otra. No lo creía. Era sólo una *liaison*. Durante muchos meses había vivido solo. Tenía un temperamento ardiente. Se acordó de lo que pasó con Styosha. Habría comenzado a acostarse con ella. Y así empezó la cosa. Probablemente ella no le dejaría marchar. Lisa también creía que era un hombre que gustaba a las mujeres. Y si era así, no debía ser un enlace de amor. Volodia seguramente habría querido alejarse, pero no habría podido. Vasia recordaba lo mudable, lo variable que se había hecho. Había sufrido muchísimo. ¡Normal! ¿Cómo podía vivir con la persona querida mientras afilaba el cuchillo a sus espaldas, como un criminal? Recordaba cuántas veces Vladimir había querido confesarle algo; cómo no se había atrevido nunca. Había estado a punto de decírselo la mañana del motín de los cargadores. Vasia sintió que se quedó con las ganas de confesarse. Ella tuvo miedo y, por desgracia, comenzó a toser y Vladimir ya no dijo nada. ¿Así que él le tenía lástima? Si era así, la quería. Pero ¿la amaba? Fácil era decirlo. Pero ¿y la tela azul? ¿La misma para las dos? «Te he comprado un regalo, adorada mía. Y he tenido que comprar también lo mismo para mi fastidiosa esposa. Toma la seda, pero no digas nada.» ¡Maldito sea! Vasia cerró sus puños como si quisiese pegar a Vladimir. Y la víbora, feliz; enroscada alrededor de su corazón; chupándole la sangre; agitando la lengua... Vasia sufría, le oprimía la angustia. Pensaba: «¿De modo que no iba a buscar a Savelyev ayer? Y Savelyev no tenía nada que ver en esto. Era sólo la pantalla.» De haber estado Savelyev detrás de todo, si Vladimir hubiera pisoteado sus sentimientos sólo por ir a juntarse con su grupete de amigos para ir a jugar a las cartas, ella no se lo hubiera perdonado jamás. Pero si ella hubiera sabido que tenía una amante que fingía amarle, no se hubiera enfadado con Vladimir. Hubiera sido desgraciada; pero hubiera comprendido. En cambio, que la dejara tirada por Savelyev, ese miserable especulador,

eso sí le parecía intolerable. Podía comprender el asunto de la amante. Pero ¿y perdonarle? ¿Como le había perdonado cuando la enfermera, cuando Styosha? ¿Sería posible que le llegase a gustar el perro de lanas blanco y olvidar la seda azul? No, era ya demasiado tarde para aquello. Todo había cambiado. Antes, ambos eran uña y carne. Eran camaradas que marchaban de la mano a la lucha. Ahora, cada uno seguía su camino particular. ¿Qué les podía mantener unidos? El corazón. Y si Vladimir había tirado también eso por la borda, ¿qué quedaba? ¿Cómo perdonarlo? ¿Cómo olvidar? Era imposible. No cabía pensar en la reconciliación. Era algo verdaderamente triste…

Vasia se sentía la persona más miserable del mundo.

CAPÍTULO X

Apenas había salido Lisa por la mañana para el trabajo cuando la puerta se abrió y María Semiónovna apareció con la cabeza cubierta por un velo de encaje. Venía sin aliento. Hacía calor; era pleno verano.

—Buenos días, Vasilisa Dementyevna. Le traigo una carta de su marido. Él quería que cogiese un coche para que llegase aquí más deprisa. Pero ¿quién encuentra un coche en estos tiempos? ¡Estoy exhausta!

Al querer Vasia abrir el sobre con la dirección de la oficina, sus dedos parecían paralizados.

> ¡Vasia! ¿Qué significa esto? ¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué me torturas tan despiadadamente? ¿Quieres un escándalo que repercuta en todo el distrito, para que mis enemigos tengan nuevos motivos para acusarme? Frecuentemente has dicho que eras mi amiga; pero te unes a mis adversarios. Has roto mi corazón. No puedo continuar esta vida. Si ya no me quieres dilo francamente. ¿Por qué me hieres por la espalda? Tú sabes que te quiero, que sólo a ti quiero. Todo lo demás que dice la gente es absurdo, efímero. ¡Escúchame! ¡Te juro que no estuve con Savelyev ayer! Te juro que donde estuve ayer te fui fiel. Mi corazón sólo late para ti. Estoy agotado, Vasia. Tenme lástima. Vuelve; deja que me mire en tus adorados ojos y te lo cuente todo. ¡Toda la verdad! Si

eres mi amiga y camarada, vendrás. Si no... Entonces, adiós. Pero debes saber que no viviré sin ti.

Tu desgraciado *Volodia*

Vasia leyó la carta dos veces. Su corazón se llenó de ternura, las lágrimas empañaron sus ojos. «Efímero». «¡Sólo te quiero a ti!» Pero a continuación se indignó. ¡Ella le torturaba! ¡Le pedía que le tuviese lástima! ¿Había tenido él lástima de ella? Y él ¿no la había atormentado? Sus ojos se secaron; sus labios, pálidos, se apretaron en delgada línea. «¡Desgraciado! ¡Que se crea desgraciado! Toda la noche se la ha pasado haciendo el amor a otra mujer; le ha regalado seda azul.» Él no le había tenido lástima. ¡Y cómo le había pedido ella ayer que no fuese! Quédate, le había dicho, con toda el alma puesta en los ojos. Y él la había rechazado; la había gritado como un marido legítimo, y se había ido. Ahora escribía: «Sólo te quiero a ti.» ¡Mentira! No la quería. ¡Bonito amor el suyo! Sólo pena, amargura. ¿Para qué necesitaba ella esa clase de amor? Y aun había escrito: «Pero debes saber que no viviré sin ti.» Sería verdad que... ¡Tonterías! Era sólo una amenaza para enternecerla, para hacerla volver a él como una mema, como si nada hubiese pasado.

Leyó la carta otra vez.

Entretanto, María Semiónovna se había sentado, indiferente a todo, y se secaba el sudor.

—Vladimir Ivanovitch volvió anoche casi justo después que se fuera usted. Preguntó dónde estaba. Yo no sabía nada. Se metió en el despacho a escribir. Luego llamó a Iván Ivanovitch y le pidió que viniera. Trabajaron juntos. A medianoche entró en la cocina para preguntar si había vuelto usted. «No», le dije, y se marchó. Entonces, acompañó a Iván Ivanovitch hasta la puerta y se fue al dormitorio. Entonces debió ver la carta que usted le había dejado. Le oí llorar como un niño desconsolado. Y no se acostó; toda la noche se la pasó dando paseos arriba y abajo. Esta mañana no ha querido ni el té. «No tengo ganas de nada», me ha dicho. «Vaya a buscar a Vasilisa Dementyevna. Vaya a casa de todos sus amigos hasta que la encuentre. No se atreva a volver sin ella.»

Vasia escuchaba dolorida, al recordar su antiguo amor por Vladimir. ¡La había esperado toda la noche, había llorado y

sufrido, la había llamado a ella, a su Vasia! ¡Qué duro había sido también para ella! ¡Cómo le había echado de menos! Había sentido celos. ¿De modo que los hilos que unían sus corazones no se habían roto? ¿Su amor no había desaparecido por completo? ¿Por qué prolongar la agonía? ¿Debería volver, volver a verle para aclarar las cosas?

—¿Qué hacía Vladimir Ivanovitch cuando salió usted? ¿Iba a la oficina?

—¿Cuándo salí? Telefoneaba a «su amiguita». Seguramente quería contarle sus penas. O tal vez quería que compartiese su alegría. ¿Quién es capaz de entender a estos hombres? ¡Sólo desean que no se forme un escándalo!

¿Había llamado a «su amiguita»? ¿Ahora? ¿En estos momentos? ¿Escribía a Vasia y telefoneaba a la otra? Lisa debía estar en lo cierto. Quería continuar con ella sólo para evitar el escándalo. Si su mujer no estuviese tenida en tan alta estima, no se preocuparía de ella. La llamaba para humillarla de nuevo. ¡No! Ya era bastante. ¡A callar, corazón estúpido! No volvería con él; no caería en la trampa que le tendía.

Aunque se le nublara el juicio de la pena.

—Dígale a Vladimir Ivanovitch que no tengo nada que contestar. Eso es todo. Y dese prisa; haga usted el favor de marcharse enseguida.

—¿Por qué tanta prisa? No conviene, además, precipitarse en estos asuntos. Tendría que haberlo meditado antes, Vasilisa Dementyevna. Claro que Vladimir Ivanovitch no se ha portado bien con usted, porque usted es su esposa; pero usted tampoco tiene toda la razón. ¿Quién deja a un hombre así, joven, solo durante tantos meses? Y si lo piensa bien, Vladimir Ivanovitch es un buen marido, al fin y al cabo. Siempre se preocupa por usted. Le ha traído cacao cuando ha hecho falta; ha traído huevos frescos cuando los necesitaba. Se preocupa más que usted misma de sus vestidos. Nunca le ha dicho que no a nada. Y en lo que se refiere a mujeres, ¿quién es el que está libre de culpa? Usted es su esposa, y él la respeta. ¿Y a la otra? Paga, da regalos; eso es todo.

A medida que María Semiónovna hablaba, el corazón de Vasilisa Dementyevna se sentía más afectado. ¡Qué sencillo sería todo si ella pudiese pensar así! Pero María Semiónovna no podía

comprender lo que a Vasilisa la hería. Vladimir ya no era su amigo. Ella no tenía ya confianza en él. ¿Cómo iban a vivir juntos sin mutua confianza?

—Debe esperar hasta la noche, Vasilisa Dementyevna. ¿No será mejor que yo vaya a casa y le diga a su marido que está usted pensándolo y que le dará la contestación esta noche? Esto es lo más razonable. Pero responder ahora y guiarse del impulso del momento... Es fácil equivocarse cuando uno está enfadado. Trato de evitarle arrepentimientos y lágrimas.

—No, María Semiónovna. No intente convencerme. Hágalo como le digo. No vuelvo. Esto ha terminado.

Sus labios temblaban al hablar, y grandes lágrimas se deslizaban lentamente por sus mejillas.

—Bien; eso es una cuestión suya. Ya he hablado bastante. Usted es la que tiene que decidir.

Y María Semiónovna se fue. De nuevo sintió Vasia deseos de gemir como un animal herido, de sollozar tan fuerte que la oyese todo el mundo en la casa, en la calle. Todo había terminado. ¡Adiós para siempre, Volodia! ¡Adiós para siempre!

Tendió sus brazos hacia Volodia. Le deseaba con todo su corazón, con toda su desagarrada alma... Le resbalaban las lágrimas por sus pálidas mejillas.

Pero la razón, implacable, repetía: «Ya basta. No vayas. Se acabó. Es el final».

Vasia lloró desconsoladamente, hasta que se quedó dormida, con la cabeza enterrada en la almohada de Lisa. No había cerrado los ojos en toda la noche.

Se despertó con el ruido de un auto que pasaba bajo la ventana.

¿De quién sería el auto? Saltó apresuradamente de la cama. ¿Vendría Vladimir a buscarla? La esperanza y la alegría despertaron su corazón.

Abrió la ventana; Vassia, el botones, estaba ante la puerta.

—Vasilisa Dementyevna: ha pasado algo terrible. Vladimir Ivanovitch se ha envenenado.

—¿Cómo? ¿Qué dice? —Vasilisa voló a encontrarse con el muchacho. Cogió su mano y preguntó—: ¿Ha muerto?

—No, todavía no. Vive, pero está retorciéndose de dolor: está agonizando. La llama a usted. Iván Ivanovitch me ha dicho que viniera a buscarla en el auto.

Sin sombrero, a medio vestir, subió Vasia en el auto. Los dientes le castañeteaban como si tuviese fiebre.

¡Le había matado! ¡Le había herido de muerte! No tuvo compasión de él. Él había suplicado aquella mañana. ¡Cómo se lo había pedido!

Con los ojos dilatados, se horrorizaba de sí misma. No expresaban tristeza, sino la fatalidad absoluta: la muerte.

Vassia, el botones, que no había reparado en aquella mirada, le contaba, con aire importante, lo que había pasado. En el fondo le agradaba que ocurriesen cosas tan extraordinarias.

Vladimir Ivanovitch había ido a la oficina por la mañana. Al cabo de media hora había vuelto a casa; se había metido en el despacho y Vassia le había visto revolver en el armario donde guardaba las muestras de los tintes, que debía probar para conocer su calidad.

Vassia, entretanto, estaba ocupado barriendo el patio. Cuando terminó y entró en la casa oyó que alguien gritaba de dolor en el despacho. Fue a ver lo que pasaba. Allí estaba Vladimir Ivanovitch, tirado en el sofá, con los ojos en blanco, la boca abierta y echando espumarajos. Y entonces fue cuando comenzó el jaleo.

Vassia había ido corriendo a avisar al médico, que vivía allí, a la vuelta. Le encontró comiendo. Pero él le explicó todo lo que sucedía: «Se está muriendo; después puede comer usted». Vassia tuvo que hacer dos viajes a la farmacia a todo correr. Vino Iván Ivanovitch. Toda la casa se puso en conmoción.

Ella escuchaba, pero sin darse cuenta de las palabras. También estaba más muerta que viva. Todo lo había olvidado; sólo tenía presente a Vladimir y sus sufrimientos. Participaba de ellos con todo su ser. Si Volodia moría, su vida también habría terminado. Sólo quedaría un vacío, un vacío más horrible que la tumba.

Entró en la casa con el muchacho. Iván Ivanovitch acompañaba al doctor hasta la puerta.

—¿Vivirá?

—Estamos haciendo cuanto es posible. Hasta mañana no sabremos de una manera cierta si vivirá.

Entró de puntillas en el dormitorio. Los gemidos de Vladimir se oían cada vez más. Parecía que gemía por los dos. ¿Podría Vladimir ser arrancado de ella, de su Vasia?

El dormitorio estaba cambiado, diferente. La alfombra recogida, la cama en otro sitio. Pero ¿dónde estaba Volodia? Había algo grande, blanco, largo, sobre el diván. Su cara estaba de un gris azulado; los ojos cerrados. Los quejidos cesaron.

¿Qué pasaba? ¿Estaba muerto?

—¡Volodia, Volodia!

El médico se volvió furioso:

—¡Silencio! Hay que calmar los nervios.

Asistido por una enfermera de gorro blanco, el doctor se ocupaba de Vladimir. Los dos parecían graves, serios. No dejaron que Vasia se acercase.

Abrió los ojos y respiró más apresuradamente. ¡Estaba vivo!

—Doctor —dijo Vasia con gran pena—, dígame la verdad: ¿hay esperanza?

—Siempre hay esperanza mientras el corazón siga latiendo —contestó ásperamente el doctor, como si le hicieran preguntas tontas.

¿Qué querría decir? ¿«Mientras el corazón siga latiendo»? ¿Y si deja de latir?

No preguntó más. El doctor estaba ocupado. Con ayuda de la enfermera levantaban la cabeza de Vladimir para echar algo en su boca.

Otra vez gemía Vladimir. Lanzaba gritos cortos, plañideros. Vasia escuchaba. Ya no experimentaba ninguna sensación. Estaba como adormecida, como si el dolor hubiera paralizado sus sentidos, como si su existencia hubiera terminado.

Crepúsculo, obscuridad. La lámpara encendida en el dormitorio. Habían venido otros doctores para una consulta. El botones fue precipitadamente al Departamento de Salud a buscar un medicamento especial.

A Vasia no le permitían ver a Vladimir. Tampoco él preguntaba por ella. Sin sentido, de vez en vez lanzaba gemidos de

angustia. Al oírle quejar, Vasia pensaba que su alma luchaba con el cuerpo; pero el cuerpo rehusaba dejar en libertad el alma.

Desamparada, como una persona que resulta inútil, Vasia andaba alrededor de los médicos sin saber qué hacer.

De repente se sobresaltó. Debían hacerse muchos comentarios por la ciudad. La gente diría: «Un comunista y ¡un suicidio! ¿Por qué?». Y empezarían las habladurías.

Tenía que apresurarse, apresurarse a detener las habladurías. ¡Había que pensar algo! ¿Qué es lo que había pasado? ¿Por qué causa? Una idea luminosa: ¡setas! Había tomado setas en el almuerzo y se moría. Recordó un caso semejante en la aldea de su abuela, una vez que fue a visitarla. Un sastre de la ciudad que había venido a pasar unos días con su hermano, había cogido setas en el campo. Y las había guisado. Murió a consecuencia de ello. Vasia comenzó a telefonear. Michailo Pavlovitch fue el primero en recibir su llamada. Le daría todos los detalles en cuanto le viera, pero quería contarle que había sucedido una desgracia. Brevemente explicado, el caso había sucedido así: Vladimir había comido setas venenosas y estaba agonizando. Luego telefoneó al presidente del Comité Provincial y a otros camaradas.

Después dio instrucciones a Iván Ivanovitch para que explicase lo sucedido a los miembros de la dirección de la empresa y para que diese cuenta en la oficina. Y muy minuciosamente le explicó a Vassia, el botones, y a María Semiónovna lo que debían decir.

Vassia, ladino y pícaro, torció los labios, levantó los hombros y no dijo nada. A él le daba igual.

Sin embargo, María Semiónovna se ofendió; apretó los labios y cruzó las manos sobre el delantal. No quiso aceptar la historia de las setas.

—¿Cómo puede un hombre envenenarse con setas? Todo el mundo dirá: «¡Pues sí que ha tenido cuidado la cocinera!».

Pero Vasia insistió. Era ésa la historia que debía contarse a todo el mundo. Había comido setas y le habían hecho daño.

—Se dirá lo que usted quiera; pero no es una idea muy brillante. ¡Si hubiera sido otra cosa! ¡Pero con setas! ¿Qué cocinera es capaz de guisar setas malas?

Vasia salió de la cocina. María Semiónovna estaba furiosa y tiraba y golpeaba las cacerolas.

—Lo enredan todo, lo echan a perder y ahora yo tengo la culpa. Primero hacen una cama en la que ni el diablo puede dormir, y ahora, si te da la gana, duerme tú en ella. «¡María Semiónovna tiene la culpa!» ¡Se ve que yo no conozco qué setas son buenas y cuáles malas! ¿Cómo pueden insultar así a una persona? Me he pasado en la cocina veinte años; no hay otra cocinera como yo; sé más que un chef. Hay que ver mi lista de servicios. Hasta la difunta señora Gollolobova, la mujer del general, que tan orgullosa era, no me llamaba de otra forma que no fuera María Semiónovna; y los Pokatilovs, aquellos millonarios, me regalaron por navidades un reloj de oro y una cadena porque mis guisos eran excelentes. Y ahora, ¡hay que ver lo que han discurrido! «¡María Semiónovna le ha dado al director setas venenosas!» No creía que una ofensa así fuese posible. ¿No he hecho todo lo que he podido? Me da pena esta Vasilisa; nunca le he dicho nada de la amante de su marido. Pero así es la gente. Sólo injusticia. ¡Y son comunistas...!

—¿Por qué se enfada, María Semiónovna? ¿Por qué se ofende? —dijo sentenciosamente Vasia, que entretanto tomaba la sopa con gran apetito—. ¡Qué importa lo que nos han aconsejado que digamos! La verdad se sabrá de todos modos. No la harán a usted responsable de nada; han inventado esta historia de las setas para que el escándalo no sea tan grande. Pero es gracioso. ¡Es muy interesante! ¿Qué valor tiene el cine comparado con todo esto?

—Tú tomas todo como cosa de diversión. ¡Qué tonto eres! Se está muriendo una persona y a ti te hace gracia. ¡Así marcha el mundo! A nadie le importa la vida. A la gente no le importa vivir. Todo porque han olvidado a Dios.

—¡Oh, olvídese también usted de Dios! Yo no soy comunista; pero tampoco creo en Dios.

—Haces mal en no creer. Ahí le tienes sentado y charlando sin hacer nada. ¿Por qué no me ayudas a secar los platos? Esos hombres, los médicos, no saben más que manchar platos. Continuamente quieren té y todo lo demás. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Eso es lo que le he dicho a esa mona compuesta, a la criada de la

amante de Vladimir Ivanovitch. Acababa de servir la sopa a los médicos cuando entró corriendo por la puerta de servicio, levantándose las faldas, con un delantal de batista y una cofia con cintas como mariposas. Menuda fresca. «Mi señora me envía a saber cómo está Vladimir Ivanovitch», dice. Y entonces voy y le digo: «Tan bien que creo que estará delante de Dios muy pronto, porque Dios castiga a todo el mundo por sus pecados. En cuanto a tu señora, dile a esa pelandrusca que mejor es que vaya a la iglesia para hacer penitencia. Después de todo es la única culpable.»

En presencia de Vasilisa, María Semiónovna estaba muy callada; pero en cuanto encontraba a alguien con quien hablar no había medio de detener el torrente de sus palabras.

Por fin hubo silencio en la casa. Durante varios días había habido mucho ajetreo: miembros de la dirección, compañeros de trabajo, médicos que deliberaban... Lisa vino para estar con Vasia por las noches, para velar, para que no se encontrase sola y sufriese esperando lo peor. Lisa sentía que en parte también era responsable. Había empujado a Vasia contra Vladimir.

—No digas eso, Lisa. Yo sola desperté contra él. Tuvo que ser la parca la que me hiciese ver que no hay nada para mí en el mundo más querido que él. ¿Cómo podré vivir sin Volodia? Su sangre caerá sobre mi cabeza.

Vasia, con su rizosa cabeza apoyada en la mano, sentada a la cabecera de la cama de Vladimir, pensaba. Si Volodia se moría, ya no podría vivir sin él. ¿Qué sería de ella? ¿La Revolución? ¿El Partido? El Partido sólo necesita a aquellos que no tienen ningún crimen sobre su conciencia. Vasia no podría olvidar nunca que había matado a Vladimir. Y si hubiera habido alguna buena razón... ¡Pero por unos ridículos celos de mujer! Si hubiera tenido negocios turbios con ladrones como Savelyev, si hubiera actuado contra los intereses del pueblo, habría habido un motivo. Pero, hacer morir a su amigo... ¡porque hubiera otra mujer! ¡Y qué amigo! Ella había creído que no la quería ya. Pero debía quererla cuando se había intentado suicidar. ¿De manera que era verdad que la vida sin ella no era nada para él? A pesar de su pena, al darse cuenta de esto, se echó a llorar, con dulces lágrimas de arrepentimiento.

Contemplando a su adorado, Vasia musitó tiernamente: «¿Me perdonarás, vida mía? ¿Podrás perdonarme, querido amigo?».

Él se agitó, movió la cabeza con ansiedad.

—Agua... agua...

—Ya voy, mi amor, ya voy.

Dulcemente, levantó Vasia su cabeza de la almohada, como le había dicho la enfermera, y le dio agua.

Vladimir bebió. Abrió los ojos, la miró; pero pareció no verla.

—¿Estás mejor, Volodetchka?

Y decía esto al mismo tiempo que se inclinaba sobre él.

No contestó. Abrió los ojos y los volvió a cerrar.

—¿Está ahí Iván Ivanovitch? —preguntó débilmente.

—No, se ha ido. ¿Le necesitas?

Dijo que sí con la cabeza.

—Hazle llamar; telefonéale.

—El doctor ha prohibido que te ocupes de los negocios.

Vladimir pareció impacientarse y molestarse.

—Haz el favor de no atormentarme. Ahora al menos. Llámale —y cerró los ojos.

Vasia sintió una puñalada. ¿Por qué había dicho eso? «Haz el favor de no atormentarme. Ahora al menos.» Luego él no la había perdonado ser la causa de aquella agonía mortal que sufría.

Mandó a buscar a Iván Ivanovitch.

Vino, y Vladimir pidió a Vasia que les dejase solos.

Ella se fue al jardín.

Las rosas se habían marchitado; pero las dalias estaban en flor. El sol ardía sobre sus manos, sus hombros, su cabeza. No la acariciaba como en la primavera; la quemaba dolorosamente. El jardín, descuidado; las madreselvas se enredaban en los tilos como yedra. El cielo no era azul; el calor le daba aspecto de plata derretida.

Vasia paseaba sobre el ardiente suelo.

¡No, Vladimir no la perdonaría! No olvidaría lo ocurrido. Si ella hubiera ido cuando la llamó aquella mañana, nada hubiera pasado. Ahora le había perdido, perdido para siempre. No sólo como marido y como amante, sino también como amigo y

compañero. Volodia ya no tendría nunca confianza en ella; ya no se apoyaría más en ella.

Vasia estaba de pie ante la acacia que en la primavera había tenido tantas flores. Cerró los ojos.

¿Por qué no se había envenenado ella en su lugar? ¿Por qué vivía todavía?

—Vasilisa Dementyevna, Vladimir Ivanovitch la llama —decía Iván Ivanovitch al tomar el coche para irse en él.

¿Adónde iba? ¿Llevaría un recado a la amiga de Vladimir? Pero esto ya no le importaba a Vasia.

El pasado no volvería ya...

Hacía calor. El sol abrasador del verano era agotador. Las cortinas estaban echadas. Vladimir dormitaba; Vasia, arrodillada al pie de su cama, le espantaba las moscas.

Tenía que dormir, recuperar sus fuerzas. Había sufrido ya bastante.

Vasia y Volodia estaban solos en la casa. María Semiónovna había salido de compras. Vassia, el botones, estaba en un recado.

A Vasia le gustaba estar sola con Volodia. Sentía así que le pertenecía, que era sólo suyo. ¡Estaba tan débil, tan indefenso!

¡Si pudiera comprenderla, leer en su corazón! Vería cuán ardientemente le quería, cómo sufría, cómo ansiaba sus caricias, cómo su soledad la mataba. ¿Por qué estaba Volodia siempre taciturno, siempre hostil hacia ella? Nunca la miraba a los ojos. Cuando no le arreglaba bien la almohada, decía agriamente: «¡Y que se llame a esto una enfermera! ¡No sabe ni siquiera arreglar unas almohadas!».

Claro que no se puede esperar mucho de un hombre enfermo. Sin embargo, ¿por qué era así? ¿Sería posible que no la perdonase? ¿Nunca? Y, si continuaban juntos, ¿tenía que ser siempre como ahora: soledad, tristeza, frialdad?

Miró a Vladimir; contempló aquella cara tan querida, familiar, aquellas pestañas largas como rayos de sol. Vasia se había enamorado de ellas desde el primer momento. Y él había quedado cautivado por su trenza; pero ella ya no llevaba aquella trenza.

Era como el viejo cuento de hadas. Su pelo le había encantado; cuando se lo cortaron, su amante la dejó de querer. ¡Cómo se adoraban en 1917! ¡Y más tarde, cuando comenzó la ofensiva de los blancos![12] La noche en que juntos arrestaron a los conspiradores, le decía:

—Si caigo, Vasia, no pierdas ni una sola hora de tu trabajo; tus lágrimas pueden esperar.

—Y lo mismo te digo a ti, Volodia. Nos lo prometemos mutuamente —se estrecharon las manos, mirándose a los ojos, y se volvieron a sus puestos. Hacía frío entonces; las estrellas brillaban; la nieve crujía bajo sus pies, mientras Vasia y Vladimir iban a reunirse con sus compañeros de destacamento.

Con estos recuerdos, el corazón de Vasia se enternecía, como si el calor que irradiaba de su perdida felicidad lo derritiese. Vasia no lloró cuando el desastre sobrevino; no se había lamentado, olvidándose de sí misma. Pero ahora, las lágrimas corrían por sus mejillas; no lágrimas amargas, abrasadoras, sino lágrimas de dulce melancolía. Lloraba por la felicidad del pasado, por todo aquello que ya nunca volvería.

—Vasia, pero Vasia, ¿qué tienes? —Volodia había levantado la cabeza de la almohada y la miraba. Sus ojos no parecían ya distantes; ya no parecía ignorarla. No eran fríos. Eran «sus ojos», los ojos cariñosos y amantes de Volodia, aunque su expresión fuese triste todavía—. ¿Qué tienes, Vasiuk? ¿Por qué lloras, nenita?

Puso su mano con cariño sobre sus rizos.

—Volodia, vida mía. ¿Me perdonarás? ¿Me perdonas?

—¡Vasia! ¿Qué quieres que te perdone? No, no llores más, para que podamos hablar. Siéntate aquí, más cerca de mí. No hablamos, y eso lo dificulta todo.

—Pero tú no debes excitarte. Tengo miedo por ti, cariño mío. Otro día hablaremos.

—No, no puede ser mejor otro día. Necesito desahogarme. ¡Soy tan desgraciado! ¡Por eso quise morir! Y aun ahora, aunque quiero vivir, no veo solución...

---

[12] Referencia a la Guerra Civil rusa. Con «blancos» o «guardias blancos» se aludía a las fuerzas reaccionarias, antisoviéticas.

—La buscaremos juntos, Volodia. Después de todo yo no soy una extraña para ti.

—¿Estás segura que lo sabes todo?

Ella inclinó la cabeza:

—Sí; lo sé.

—¿Entonces, ya sabes lo que me hiere? Y tú siempre reprochándome tonterías, siempre aludiendo a Savelyev.

—Lo sé, Volodia.

—Y has cometido otra equivocación. ¿Creías que era amor? ¿Lo creías? No, Vasia; te amo a ti, sólo a ti, mi ángel de la guarda, mi mejor amiga. Pero lo otro, Vasia, es diferente, completamente diferente. Llámalo como quieras; llámalo falta de dominio sobre mí mismo; lo que quieras, pero no amor. Estabas celosa, sospechabas de mí, me espiabas.

—Nunca, Volodia, nunca.

—¡Cómo puedes negarlo! ¡Acuérdate de la seda azul! Acuérdate de tus preguntas intencionadas: «¿Por qué hueles a perfume? ¿Dónde vas? ¿Dónde vive Savelyev? Dímelo».

—No te espiaba, Volodia. No lo hice, pero sospechaba toda clase de cosas horribles. Quería apartarlas de mí, Volodia. Quería creer en ti, conservar mi confianza en ti.

—Muy bien, serían sospechas. De todos modos, estabas celosa. No lo decías abiertamente; pero me atormentabas, me torturabas. ¿Para qué volver sobre lo pasado? ¡Los dos tenemos culpa!

Silencio. Ambos pensaban...

— Y ahora, ¿qué? ¿A partir de ahora será así nuestra vida, Volodia? —preguntó tristemente Vasia.

—No sé, Vasia. Me siento perdido. No sé qué hacer.

De nuevo quedaron en silencio. Los dos tenían mucho que decir; pero no sabían cómo comunicárselo.

—¿Y no serías quizá más feliz con la otra muchacha, Volodia? —preguntó Vasia con precaución. Ella misma se quedó sorprendida de que la pregunta no la hiriese.

—¡Vasia, Vasia! Veo que no me crees. ¿No puedes ver a quién amo? ¿Acaso no me quise matar porque te había perdido?

Y en sus ojos y voz había reproches.

El corazón de Vasia temblaba de gozo.

—¡Volodia! ¡Amor mío!

Se abrazaron; sus labios se buscaron.

—No, ahora no, Vasia. Cálmate, Vasiuk. No tengo fuerzas todavía, ya lo ves... No puedo aún ni besarte...

Sonriendo, Vladimir besaba la cabeza de Vasia; pero sus ojos estaban nuevamente tristes.

La barrera levantada entre los dos no podía ser derribada. No encontraron el camino que conducía, a través del espinoso cerco de la incomprensión, de un corazón a otro.

CAPÍTULO XI

Vladimir había vuelto por vez primera al trabajo; había ido a la oficina. Vasia recobraba su libertad. Por la mañana se fue enseguida al Comité del Partido y de allí a las hilaturas. Lisa necesitaba ayuda; había que hacer preparativos para una conferencia sindical.

Vasia iba sonriente de camino al local del Partido. Sentía como si se hubiese escapado de una jaula. Todo le encantaba. Le parecía que no había visto a los camaradas desde hacía muchísimo tiempo; ellos también se alegraron de verla. La habían echado de menos. Vasia era la más querida de todos. Trabajaba, no intrigaba y se interesaba por las desgracias de los demás. Tan pronto como llegó al local del Partido le dieron tareas: determinar lo que tenía que discutirse en la conferencia, ayudar con las intervenciones de los oradores...

Vasia miró el reloj. ¡Imposible! Marcaba casi las ocho. Y Vladimir estaría esperándola impaciente. ¿Le habrían dado de comer según las órdenes de los médicos? Vasia se había olvidado de todo. Regresaba con Lisa discutiendo las noticias que un camarada traía de Moscú. En esos días ocurrían en el Partido cosas difíciles de entender. Lisa se mostraba completamente en desacuerdo con la Nueva Política Económica. Ella defendía a los muchachos de la fábrica. Iban a presentar sus propios candidatos a la Conferencia del Partido y se disputaría de nuevo con el jefe del Comité Provincial. Vasia la envidiaba. En realidad, desde su

llegada no había tomado parte activa en nada, como si no fuese miembro del Partido, sino, simplemente, una «simpatizante».

—Es que te has convertido en la esposa del director. Si vivieras por tu cuenta, hubieras vuelto al trabajo enseguida.

Vasia suspiró. Lisa no tenía que decírselo; ya lo sabía. Pero no tenía tiempo de pensar en ello. Tan pronto como Vladimir estuviese completamente repuesto volvería a su provincia.

—¡Oh, no te irás! Estás demasiado apegada a tu Vladimir Ivanovitch. Hoy día tú eres solamente una «humilde esposa» —objetó Lisa enfadada.

Vasia se quedó silenciosa. ¿Qué podría decirle? Lisa tenía razón. ¡Pero habían pasado bastante ya! ¡Que viviera Volodia, que viviera sin sufrimientos!

Cuando Vasia llegó a la casa él no estaba.

—¿Dónde está Vladimir Ivanovitch? ¿No ha vuelto todavía?

—Claro que regresó. Estuvo aquí desde las tres y la esperó a usted para comer, pero no pudo aguardar más. Cuando comprendió que no vendría comió con Iván Ivanovitch. Se fueron no hace mucho —le comunicó María Semiónovna—. Pero le ha dejado una nota sobre la mesa.

Vasia la cogió.

> Querida Vasia:
>
> Hemos convenido ser siempre francos el uno con el otro. Me has dicho que siempre me comprenderás. Tengo necesidad de ir «allí» hoy. Ya te diré por qué después. Entonces comprenderás cómo no tenía más remedio que hacerlo. Te suplico que te acuerdes de nuestro convenio, y no te aflijas.
>
> Tu *Vladimir*

Cuando Vasia leyó la carta dejó caer pesadamente sus manos sobre la falda.

¿Otra vez? Luego aquello no había terminado. Pero ¿cómo se le había ocurrido pensar que se había acabado? ¿Lo había dicho acaso Volodia? ¿No sabía que Iván Ivanovitch estaba continuamente yendo y viniendo, haciendo de eslabón entre Vladimir y «la otra»? Volodia era ahora franco como ella se lo pedía. «¡Franqueza, sólo franqueza!» ¿Por qué entonces le dolía tanto? ¿Por

qué volvían los viejos resquemores? ¿Por qué se despertaban en su corazón una gran amargura e indignación, como si Volodia la hubiera engañado otra vez?

María Semiónovna ponía la mesa; miraba con desaprobación a Vasia.

—¿Quiere usted comer? —preguntó—. ¿Va usted a comenzar de nuevo? Nadie come aquí, y, sin embargo, una tiene que guisar. Y enseguida otra vez a comenzar con sus riñas y lágrimas interminables. Se ofenda usted o no, Vasilisa Dementyevna, debo decirle la verdad: ¡usted no es mujer para Vladimir Ivanovitch! Ahora se desesperará por su carta y llorará porque se ha ido con su amante. Pero yo digo que usted también tiene culpa. Ese hombre ha salido de la muerte, como si dijésemos. Se envenenó por usted. Y en el momento que se recupera, usted deja de atenderle. Si fuera usted a su trabajo sería distinto. Los negocios tienen sus derechos. ¡Pero para ir corriendo de una reunión a otra, soliviantando a nuestras ingenuas mujeres! ¿Por qué no arregla usted su casa antes de enseñar a las demás? ¡Es una vergüenza trabajar para usted! Esto ni es una casa ni es nada, ¡es una pocilga!

Cerrando la puerta de un golpe desapareció en la cocina. Pero a los pocos minutos volvió más amable, con una tortilla recién hecha y una taza de cacao.

—Coma, Vasilisa Dementyevna, y no piense más. Al fin y al cabo, no puede estar usted en todo.

María Semiónovna se sentó a la mesa al lado de Vasilisa y le refirió sus propias experiencias. Algo parecido había pasado en casa de la señora Gollolobova, la mujer del general, a causa de una institutriz francesa. Pero el general y su mujer se reconciliaron después y vivieron juntos hasta que ella murió. Y lo que es aún más, hasta felices.

Vasia escuchaba a medias, pero no la interrumpía. Había conocido lo que era María Semiónovna durante la enfermedad de Vladimir. María Semiónovna tenía lástima de Vasia y la reconocía como a «uno de los suyos». Odiaba a los directores, a los médicos, a los doctores. Decía que todos eran burgueses. Pero ahora Vasia tenía que oír las interminables historias de cómo había vivido el millonario Pokatilovs, y lo que a la mujer del general le gustaba comer. Estas historias aburrían a Vasia, pero no quería

herir los sentimientos de María Semiónovna. Era un alma cariñosa, aunque a primera vista pareciese arisca.

Sus historias eran en estos momentos más desagradables aún para Vasia, porque quería sopesarlo todo, aclarar todo en su espíritu, pensar las cosas de principio al fin.

—Gracias por la comida, María Semiónovna. Ahora volveré con mis papeles.

—¿Eso es todo lo que va a comer? Si lo sé no guiso nada. Se está usted matando, Vasilisa Dementyevna. Y la cosa no lo vale. Porque, a decir verdad, no daría nada por la amante de Vladimir Ivanovitch. No le llega a usted ni al dedo meñique.

Lisa había dicho lo mismo.

—¿Por qué dice eso, María Semiónovna? Dicen que es muy hermosa.

—¿Qué hay de bonito en ella? Va pintada y empolvada como un payaso. No se interesa más que en los trapos, y en sacar más y más de los hombres.

—¿La conoce usted? ¿La ha visto?

—Claro que la conozco. ¡Pues no ha dormido aquí pocas veces, antes de que usted viniera! ¡Menuda fresca! ¡Cuántas exigencias! Necesita toda clase de cosas. Agua caliente por las noches. Necesita esto y lo otro. Pretende ser una señorona, y se dice que está acostumbrada a esa vida desde pequeña. Pero no es cierto. No lo parece. La verdadera gente distinguida está mejor educada. Siempre dicen «haga el favor» y «gracias» a los criados. Pero esa descarada sólo sabe dar órdenes: «¡Tráeme eso! ¡Haz esto! ¡Llévate aquello!».

—¿Cómo se llama?

—Su nombre es Nina Konstantínovna. No me acuerdo de su apellido. Pero toda la ciudad la conoce por Nina Konstantínovna.

—Me gustaría verla alguna vez —dijo Vasia pensativamente, mientras daba vueltas en sus manos a la nota de Volodia.

—La cosa es fácil. Va al parque todos los días que toca la banda de música. Vayamos mañana y podrá usted echar una ojeada a esa fresca. En los tiempos pasados, en Moscú, esa clase de mujeres hacían la calle todas las noches.

—¿Dice usted que cuando toca la música? Muy bien, iremos. Quizá me encuentre mejor después de haberla visto.

María Semiónovna movió la cabeza; pero no intentó disuadir a Vasia. Deseaba ver cómo las dos rivales se contemplaban.

Vasia se paseaba por la casa a obscuras. No quería encender las luces. Le parecía que la obscuridad la calmaba.

Estaba muy nerviosa. Por la mañana todo parecía marchar mejor; Volodia se encontraba bien y había ido a trabajar. Ella también estaba ocupada, porque pronto regresaría a su provincia. No quería continuar siendo la «mujer del director». Desde que ella y Vladimir habían decidido hablarse con franqueza, se encontraba mejor. Pero la pena permanecía. No eran ya los celos que tanto la habían hecho sufrir. Vladimir no había faltado a su palabra. Le había dicho la verdad fielmente. Y, sin embargo, no se sentía satisfecha.

Se riñó a sí misma. ¿Se podría saber lo que quería? De ninguna manera debía pensar que Vladimir hubiese vuelto a ella, que hubiese echado a la otra de su corazón. Pero ése era precisamente su deseo. Lo que Vasia había pensado, deseado, anhelado por tanto tiempo.

¿Y cuál era el resultado? Después de todo lo que habían sufrido no habían adelantado nada. Vladimir volvía a pasar las veladas con la otra, mientras Vasia se paseaba sola por la casa, a obscuras. No tenía compasión de ella. ¿A quién amaba? ¿A ella, a Vasia, a su amiga, a su camarada, o a la otra? Él decía que amaba a Vasia; pero no era verdad. Estos pensamientos sólo aumentaban sus penas. Si supiera que había dejado de amarla, se marcharía. Pero tal y como estaban las cosas, ¿cómo le podría abandonar? ¿Y si ella se equivocaba? ¿Y si él volvía a atentar contra su propia vida? Vasia no podía abandonar a Vladimir. ¿Cómo podría vivir tan lejos, con aquella agonía en el corazón? Era más soportable su dolor allí, a su lado. Sucediese lo que sucediese, ella amaba a Vladimir.

Seguía amando a Vladimir, debía reconocerlo. No sufriría de ese modo si no fuera así. Si no, no pasaría por todo aquello.

Le amaba, pero cada día le comprendía menos. Era como si hubiesen entrado en un bosque por dos veredas distintas. Cuanto más penetraban en él más distancia les separaba. Amaba a Volodia; pero en su interior cada día le acusaba más. ¿Cómo podría

tener relaciones con una mujer así? ¡Si fuese «una de los suyos», una muchacha comunista! Entonces no se sentiría tan herida. Pero era una burguesa de los pies a la cabeza. El mismo Volodia le había dicho a Vasia que era una extraña, una joven de la aristocracia. Una niña bien. No quería saber nada de los comunistas, de los bolcheviques. Suspiraba por su vida pasada. Había sido educada con lujo. Había tenido diecisiete criados en su casa, y un caballo propio, con montura de señora. Al llegar la Revolución, su padre se unió a los blancos. Su madre había muerto poco antes. Su hermano, que era oficial, figuraba entre los desaparecidos. Sólo ella quedó. Buscó trabajo. Como sabía idiomas, la admitieron en las oficinas de la dirección como secretaría. Allí la conoció Volodia. Nina se enamoró de él y empezó a escribirle cartas. Vasia estaba muy lejos; Volodia solo. Así comenzaron sus relaciones. Pronto se dieron cuenta de ello en la empresa. Nina Konstantínovna fue mirada con hostilidad en la oficina y tuvo que abandonar su puesto. Entonces Savelyev la hizo su secretaria.

—¿Sólo su secretaria? —no pudo por menos de interrogar Vasia. Quería herir a Volodia. Pero también deseaba saber la verdad sobre «la otra».

—¿Por qué repites esas historias? —dijo con indignación Vladimir—. ¿No te avergüenzas de decir esas infamias? No creí que fueses capaz de calumniarla, como si fueras una paleta. ¿Por qué haces eso, Vasia? ¡Es indigno de ti!

Le explicó que Savelyev era una especie de padre o tutor de Nina Konstantínovna. Había conocido a sus padres, y cuando Nina se quedó sola en el mundo la atendió, la aconsejó y la ayudó materialmente. Le consiguió también la colocación en las oficinas de la dirección. Luego, cuando abandonó su cargo en las oficinas, volvió a ayudarla. Tuvo que dejar su habitación. ¿Dónde viviría? ¿Con Vladimir? No era posible. Savelyev le ofreció su casa. Pero Nina Konstantínovna no quiso aceptarla. No podía dejarla en la calle. Savelyev encontró una casa pequeña, donde instaló su oficina y ofreció allí un cuarto a Nina: «Porque es una especie de tutor para ella. Le da pena lo que le pasa, la cuida». Vasia no pudo contenerse y dijo:

—¡Y le hace el amor!

Vasia estaba enfadada; Volodia hablaba demasiado bien de aquella mujer. Siempre había sido un alma confiada. Vasia, en cambio, desconfiaba de la muchacha. Todo el mundo afirmaba que era una fulana...

—¡Es mentira! ¡Una mentira infame! ¿Por qué sientes placer repitiendo todas esas infamias? Nina sólo piensa en mí. Nina sólo es mía. Y aunque fuera verdad, Savelyev no sería el único que le hiciera el amor. ¿Conoces a Maklejof, de la Oficina de Comercio Exterior? Le ofrecía una vida de lujos; pero Nina le enseñó la puerta. No niego que a Savelyev le guste Nina. Quizá su cariño no sea completamente paternal. Pero Nina, como hombre, no puede soportarle. No hay ni que pensar en eso. Conozco a Nina y puedes estar segura.

Comprendió que se excitaba, como si no se tratase solamente de convencer a Vasia, sino de convencerse también a sí mismo. Pero lo que a Vasia le hería más era la relación que Savelyev tenía con todo aquello. Desde el primer día sintió repugnancia por él. Había, pues, motivos para que la Comisión de Control le dijese que Vladimir Ivanovitch debía apartarse de Savelyev.

—Lo que está claro es que Savelyev está mezclado en este asunto. Por eso dicen que los dos estáis con ella, que vais a medias.

—Si alguien se atreve a decir eso, escúpele a la cara. Tienes que creerme, Vasia: lo peor de todo es que Nina era virgen cuando nos acostamos por primera vez... Era pura...

—¿Pura?

Vasia sintió una punzada en el corazón, como si una aguja finísima lo atravesase. Tiempo atrás, en 1917, la noche aquella, en el cuartito de Vasia, él había afirmado: «Reservo mi corazón para una muchacha pura»; y después, la primera noche de su amor, mientras la acariciaba: «No, no hay nadie en el mundo más puro que tú.»

—¿Pura? ¡Qué tonterías dices, Vladimir! ¡Qué tiene que ver el cuerpo con la pureza! Hablas ya como un burgués.

—Intenta comprenderme, Vasia. Yo no lo pienso, pero ella sí. Para ella es una tragedia el que yo la haya poseído sin estar casados. Ahora piensa que está «perdida» para siempre. No puedes comprender todo lo que sufre. Llora constantemente. Intenta

comprenderlo, Vasia. Ella piensa de distinta manera que nosotros los proletarios. El primer hombre que la posea debe casarse con ella.

—¿Por qué no me has dicho eso antes? ¿Quién te impide que te cases con ella? ¿Soy yo?

Ahora era Vasia la que estaba fuera de sí.

—¡Oh, Vasia! Eres muy inteligente, pero en lo tocante al amor eres una mujer como todas las demás. ¿Cómo puedo casarme con ella? Somos extraños, distintos en todo. No es amor lo que siento. Es más bien lástima. ¿No lo ves tú misma?

¿Lástima solamente? ¿Sería posible?

Se estremeció de alegría. Ella quería creer que sólo era «lástima».

—Si no la quieres y no os comprendéis, ¿por qué no os separáis? ¡Así sólo logras sufrir tú y hacer que ella también sufra! — Vasia no habló de sus sufrimientos.

—¡No puedo dejarla! No es tan sencillo, Vasia. ¿Dónde irá si la abandono? ¿Con Savelyev? ¿A registrarse como una prostituta?

—¿Por qué tanta preocupación? ¡Que busque trabajo!

—¿Trabajo? Eso se dice más fácilmente que se encuentra en estos tiempos, cuando por todas partes están despidiendo a gente. Además, ¿en qué va a trabajar? Al fin y al cabo, Nina no puede entrar de obrera en una fábrica.

Vasia hubiera querido contestar: «¿Por qué no en una fábrica? ¡Vaya con la princesita!» Pero se contuvo por Vladimir. No estaba completamente restablecido, y el médico había recomendado que no se excitase. Esta conversación le afectaba mucho.

Pero ahora, cuando vagaba por la casa a obscuras, Vasia sentía haber callado. ¿Por qué le había ocultado la verdad? ¿Por qué no le había dicho a Vladimir todo lo que pensaba de aquella embustera? Ella no se creía que Nina Konstantínovna le amase. Sólo le manipulaba para sacar el máximo partido de ambos hombres. Vasia la odiaba, pero no por ser una prostituta, sino por su manifiesta falsedad. Muchas prostitutas eran mejores que la llamada mujer decente. Vasia recordaba a Sinka, una chica de cabello rizado, ejecutada por los blancos, que murió gritando: «¡Viva el Gobierno de los Soviets! ¡Viva la Revolución!». Había sido una

puta de la peor clase; pero al estallar la Revolución se transformó: trabajó en los puestos más difíciles, de más peligro. Trabajó en la Checa con verdadero entusiasmo. Vasia hubiera comprendido que Vladimir se enamorase de una mujer así. ¡Pero de una «señorona» como aquélla, de una burguesa! ¡De una mujer tan extraña a él, después de todo! Y, además, alguien sin corazón: no hacía más que engañar a Vladimir. Él era un ser confiado, tenía fe en ella. Por eso sufría tanto Vasia. Nunca podría resignarse.

¿Qué era lo que le ataba a ella? ¿Lástima? «¡Soy tan débil, estoy tan abandonada!» Vladimir afirmaba que era «pura». ¡Pura! Pero ahora no quedaba ni la más pequeña señal de aquella pureza. La había cambiado hacía ya mucho tiempo por regalos de los hombres. ¡Él, sin embargo, aún confiaba en ella! ¡Sentía compasión!

Vasia se indignaba cuando pensaba en aquella mujer.

—¿Cuánto tiempo va a estar dando usted vueltas por la casa como una loca? —dijo María Semiónovna rompiendo los pensamientos de Vasia—. Debería usted preocuparse de su salud. Necesita todas sus energías para sus reuniones. ¿Por qué no intenta descansar? Es absurdo que espere a su marido. No le querrá usted recibir en su dormitorio cuando vuelva de estar con la otra. Le voy a hacer la cama en la sala.

Vasia abrazó a María Semiónovna. Pero se sintió aún más triste. Una extraña le tenía lástima, mientras él, su amor, su marido, su compañero, sólo compadecía a la otra, a la mujer sin corazón que se arrollaba en torno él como una serpiente.

—¿Duermes, Vasiuk? —dijo Vladimir entrando en el dormitorio y encendiendo la luz.

Vasia estaba echada en la cama, con los ojos desmesuradamente abiertos. ¿Cómo era posible que durmiese con aquella agonía en el corazón?

—No, no duermo.

—¿Está mi Vasiuk enfadada conmigo? —dijo sentándose en la cama y queriendo besar a Vasia.

Ella le rechazó.

—Ya veo que estás enfadada. ¿Y nuestro convenio? Te lo he contado todo como a una amiga. Tú misma me lo has pedido. Y ahora... ¿Es entonces mejor mentir?

Vasia no contestó.

—No está bien, vida mía, que empecemos a reñir y a hacernos acusaciones otra vez. ¿Por qué te enfadas tanto? ¿Porque he ido a ver a Nina? Piénsalo bien. Yo estoy siempre contigo; ella está sola. ¿Crees que no ha sufrido mucho cuando yo he estado malo?

Vasia quiso gritar: «¿Qué me importa a mí todo eso?». Pero apretó los labios para no decir nada. Callaba, pero el corazón le latía con violencia.

—No creas que ha pasado nada, Vasiuk. No estaba solo con ella. Estaban allí también Savelyev e Iván Ivanovitch. Teníamos que aclarar las cosas. ¿Sabes por qué fui hoy? Mira, Vasia: fui a despedirme. ¿Por qué te sorprendes? ¿No me crees? Pregúntaselo a Iván Ivanovitch. Por eso le hice venir aquí, para que lo dispusiese todo, para que ayudase a Nina a irse, a pagar el alquiler y todas las demás cosas.

—¿Dónde se va? —preguntó Vasia con voz apagada.

—A Moscú. Savelyev la acompañará, porque tiene parientes con los cuales vivirá Nina y le buscarán trabajo. Es lo mejor para todos.

Vasia callaba. Sus ojos expresaban recelo.

¿Por qué aquel cambio repentino? ¿Qué pasaría? ¿Es que ya no la quería?

—No hablemos de amor. Eso es otra cuestión. Pero Nina comprende también que las cosas no pueden continuar así. Está decidida a irse a Moscú. Ya hace tiempo que lo decidió. Me lo dijo la mañana que tú me abandonaste. Me llamó por teléfono para decirme que ella no podía continuar con esta vida. Una cosa u otra. Y si no se iba a Moscú...

—¡Ah, por eso! ¿Por eso te envenenaste? Una mujer te dejaba y la otra te amenazaba también con abandonarte si no te casabas. ¡Qué tonta! Ahora lo comprendo. Y yo que creía que era por mí por lo que querías morir.

Vasia reía histéricamente, de una forma desagradable.

—¡Cómo lo cambias todo, Vasia! ¡Qué rencorosa te has vuelto! No eres la Vasiuk de antes —respondió Vladimir tristemente,

levantándose de la cama—. ¡Para qué continuar hablando! Yo quería contártelo todo para que no hubiera secretos entre nosotros. Pero veo que cuanto más sincero soy las cosas se ponen peor. ¡Te has hecho cruel!

—¡Oh, no! ¡Calla, Volodia! No te vayas —su voz sonaba como un cristal roto; temblaba con toda la desesperación encerrada en su alma—. Si vas a contarme todo, hazlo. ¿Por qué la mandas a Moscú? A ella la quieres, a mí no. Si me quisieras te hubieras quedado conmigo hoy. Pero sólo piensas en ella, sólo sientes compasión por ella.

—Vasia, Vasia, eres injusta. ¡Si supieras lo que ha sufrido Nina durante todos estos meses! ¡Es tan joven! No tiene ni un amigo verdadero. Todo el mundo le arroja cieno. ¿Y por qué, Vasia? Porque ha tenido la desgracia de enamorarse de mí. Tú, Vasia, tienes tu Partido, tienes amigos. Pero ella sólo me tiene a mí. Soy el único que la protege, el único que la defiende.

Paseando arriba y abajo de la habitación, con las manos a la espalda, Vladimir le contó que Nina había quedado embarazada. ¡Un niño! ¡Su ilusión! ¡Tanta alegría y tanto dolor!

—¿Dónde está el niño? —preguntó Vasia temblando.

—¿No creerás que Nina ha dado a luz? ¡Qué escándalo hubiera sido! ¡Y lo que tú hubieras sufrido! Pensamos en ti también. Nina sufrió lo indecible; pero por ti decidimos no tenerlo.

¿Por ella? Así que se había puesto de acuerdo con esa extraña «pensando» en ella, como si Vasia no fuese su amiga y su camarada, sino un enemigo. No era con ella con quien había contado para aliviar sus penas, sino con la otra, con Nina. Aquella mujer tenía más intimidad con Vladimir que Vasia; y a ella, no a Vasia, le pertenecía.

—El día de tu llegada supe que Nina estaba embarazada. Ahora ya sabes lo que entonces me atormentaba.

Ella asintió silenciosamente.

Vladimir continuó contándole que Nina, para evitar habladurías, se fue a otra ciudad. Savelyev le encontró una casa donde estar. Y allí abortó. Pero surgieron complicaciones. Vladimir fue a verla.

—¿Eso ocurrió cuando los cargadores iban a declarar la huelga?

—Sí, por entonces.

—Ya.

Por eso lloró aquel día en el comedor. Por Nina, y no por los cargadores.

—¿Y volvió la semana que regresó Savelyev? —Vasia quería atar cabos.

—Sí.

—Entiendo.

Los dos callaron; los dos esperaban. Ahora volverían a pronunciar palabras duras, crueles. Más tarde se arrepentirían. Pero ya estarían dichas. Palabras que destrozarían su amor, dejándolo desfigurado como un rostro atacado por la viruela. Sin rastro de belleza ni un tibio rescoldo de alegría.

—¡Vasia! —fue Vladimir el que rompió el opresivo silencio—, ¿por qué toda esta angustia? ¿Quién tuvo la culpa? Te juro que sólo pretendía ahorrarte sufrimientos, y que hice todo cuando pude para conseguirlo...

—Eso no era necesario, Volodia. Yo sólo hubiera querido que me consideraras tu amiga.

Sentándose de nuevo en la cama, Vladimir le cogió la mano.

—Sí, Vasia; sé que eres mi amiga. Por eso era tan duro para mí.

Apoyó la cabeza sobre el hombro dé Vasia, como tenía por costumbre hacer. Al acariciar aquella cabeza, Vasia sintió un suave placer que atenuaba su dolor. A pesar de todo, estaba allí con ella. ¡Aún la quería, a su modo!

—¿No sería mucho mejor, Volodia, que yo me fuese y ella se quedase? —preguntó Vasia con cautela.

—No empieces otra vez, Vasia. No me atormentes. En lugar de ayudarme me apartas del camino recto. Te he abierto mi alma como al mejor amigo. No tengo ningún secreto para ti... y me dices que te quieres ir.

—Por tu felicidad, Volodia. ¡Si es a ella a la que amas!

—¿Por qué hablas de amor, Vasia? El amor tiene que ser recíproco. ¡Y yo veo tan claramente que Nina y yo no tenemos nada de común, que ella no es mi camarada, que nunca podrá ser mi amiga como tú! Me da pena; no hago más que atenderla. ¿Qué

sería de ella si la abandonase, si la dejase? Soy el responsable de su vida. ¿Comprendes? Ella era virgen cuando la poseí.

—Esas son tonterías, Volodia. ¿Por qué has de ser tú el responsable? Ella no era una niña. Ya tenía edad de saber lo que hacía. Además, ¿quién se preocupa de esas cosas en estos tiempos?

—Tú tienes ideas proletarias, Vasia. Pero no Nina, no. Para ella es una tragedia.

—Lo sé; por eso digo que me iré para que tú te cases con ella.

—¿Otra vez, Vasia? ¿No te he suplicado que no me atormentes? Además, ya es tarde. Todo está decidido. Nina Konstantínovna se va a Moscú el jueves. No hay que hablar más de esto.

Vladimir hablaba con tanta calma, con tanta seguridad, que Vasia tuvo que creerle.

—Pero ten un poco de paciencia, Vasia. No le des más vueltas. Ella se irá y nosotros viviremos como antes. No, mejor que antes, porque hemos sufrido mucho juntos y todo lo pasado nos unirá aún más —Volodia la abrazó y besó sus ojos—. Me gustaría dormir contigo esta noche, Vasiuk. ¿Quieres? ¡Estoy tan cansado! La cabeza me da vueltas.

Vladimir se tumbó con ella. Con la cabeza apoyada en el hombro de Vasia se durmió enseguida.

Pero Vasia no podía dormir.

Si la quisiera la hubiera acariciado. Si la quisiera comprendería su sufrimiento. Le contemplaba. ¡Aquella cabeza tan querida ocultaba pensamientos tan extraños, tan incomprensibles! Aquellas grandes pestañas ocultaban miradas dulces que no iban dirigidas a ella. Aquellos labios ardientes cubrían a otra mujer de besos anhelantes y despertaban su pasión.

La víbora de los celos hincó sus colmillos en el corazón de Vasia. Mordió, desagarró... Alejó a Volodia de su hombro. ¡Para ella era un extraño!

—¿Por qué apartas a tu adorado Volya? —susurró en sueños Vladimir.

¿«Volya»? ¿Quién le llamaba así? Ella no, desde luego. Las había confundido. Hasta en sueños pensaba en la otra. Vasia miró con indignación a su marido dormido. ¿Era posible que este hombre fuese su amado, que alguna vez hubiera sido su amigo y

camarada? ¿Era éste el hombre al que había querido cuando, juntos, habían luchado por el poder soviético?

Era un extraño. Un desconocido.

Se estremeció. Se sentía sola. La víbora era dueña y señora de su corazón. Y se estaba burlando de ella.

CAPÍTULO XII

El parque. Polvoriento, marchito por el sofocante calor del verano. La lluvia, tanto tiempo y tan anhelosamente esperada, no caía. Habría limpiado los árboles del polvo de la ciudad; hubiera saciado la sed de la hierba.

La banda tocaba ante un escaso público. Los niños corrían alrededor. Algunos soldados rojos estaban sentados en grupos o paseaban con sus novias. En un banco, a la sombra, un sacerdote con traje seglar meditaba. A su lado, una niñera vigilaba a un niño.

Vasia y María Semiónovna se sentaron; aunque estaban un poco apartadas podían verlo todo.

Esperaban a Nina Konstantínovna.

—¿Cómo no habrá venido ya la «señorita»? Generalmente llega en el momento que la banda empieza a tocar, para lucir sus vestidos. Todas las señoras distinguidas vienen para ver lo que se estila este año. Lo saben por Nina, que siempre va vestida a la última.

Vasia escuchaba distraída, deseando ardientemente conocer a Nina. ¿Cómo sería? Al mismo tiempo tenía miedo. ¿Cómo se atrevería a mirarla?

—¿Es ésa, María Semiónovna? ¿Allí, en ese banco, a la derecha de la banda? ¿La del vestido rosa?

—Pero ¿cómo se le puede ocurrir eso? Nina Konstantínovna no es así. Verá enseguida la diferencia entre ella y las demás. Es una mujer verdaderamente elegante.

Estuvieron esperando.

Nina no venía.

Cuando ya se iban para casa, pensando volver al día siguiente, apareció. Venía por el otro extremo del parque, y se paró ante la

banda. Paseaba con Savelyev y otros dos oficiales del Ejército Rojo. No pareció notar los ojos que se clavaban en ella.

¡Era aquélla! Llevaba un traje blanco, que envolvía su cuerpo con pliegues suaves, que revelaban con nitidez la curva de sus senos. En las manos, largos guantes del color de la arena y sombrero del mismo tono metido hasta los ojos. Vasia no podía distinguir sus facciones; sólo veía los labios, de un rojo brillante como el de la sangre.

—¡Qué labios tan rojos!

—Es el lápiz carmín —explicó María Semiónovna. ¡Pues si le viera usted los ojos! Parece que se los haya teñido con hollín. Habría que pasarle una esponja para quitarle toda la porquería de la cara. Habría que verla entonces. Yo sería hermosa también si usase polvos y colorete.

Nina Konstantínovna se apoyaba en su sombrilla blanca, dando golpecillos en el suelo con la punta de sus zapatos blancos. Reía, echando un poco atrás la cabeza. Los oficiales se reían también.

Savelyev, aparentemente aburrido, se había apartado y hacía dibujos con su bastón en la arena.

—El sombrero le tapa casi toda la cara —dijo Vasia, lamentándose.

—Vamos, acerquémonos. Así podrá usted ver mejor a esa desvergonzada. Pero le aconsejo que no la mire demasiado. No es bonita. Cuando serví a la generala Gollolobova, entonces sí que veía a señoras realmente distinguidas y verdaderas bellezas. Comparada con aquéllas, ésta no vale nada.

Pero la curiosidad de Vasia era notable. Ansiaba saber por qué Volodia amaba a aquella mujer.

En el preciso momento en que Vasia y María Semiónovna se adelantaban para ver pasar a Nina, ella se despedía de los oficiales, exclamando en voz tan alta, que Vasia pudo oír: «Nos veremos en Moscú». Dando la vuelta, se dirigió a la puerta, seguida de Savelyev.

—¿Quiere usted que le demos alcance? Aunque no deberíamos hacer eso, Vasilisa Dementyevna. Tendrá que dejar que se vaya la pájara. La gente la conoce a usted; ésa no es la forma de detener las habladurías.

Aunque le hiciese perder la calma, Vasia no podía apartar sus ojos de la otra.

Era alta, esbelta; contoneaba los hombros un poco al andar. Al alejarse del quiosco de la música llevaba la cabeza inclinada. Vasia pensó que Nina lloraba. Savelyev, inclinado hacia ella, parecía querer convencerla de algo. Pero Nina negaba con la cabeza. «No», dijo, levantando su mano enguantada hasta la cara, como para secarse una lágrima. ¿Lloraría? ¿Habría venido a despedirse de la música? O sea que... amaba a Volodia. Quizá no sólo quería sacar algo de él. Vasia se quedó confusa. No se encontraba mejor después de haber visto a Nina Konstantínovna. Era un sentimiento nuevo el que le inquietaba. Algo parecido a lástima por Nina. ¿Por qué lloraba? ¿Por qué había venido a oír la música? ¿Para despedirse de su felicidad?

Vasia sintió un nuevo peso sobre su corazón. Estaba furiosa consigo misma. ¡Lo que faltaba! Sufrir por la otra mujer, por la que se había cruzado en su camino. ¡Bonita situación!

Nina se había ido a Moscú. Habían transcurrido casi dos semanas desde que ella y Savelyev dejaron la ciudad. Lógicamente pensando, Vasia debería gozar otra vez de la vida. La que se interponía entre ellos se había ido. Vladimir se había quedado con Vasia. Debía significar que ella le era más querida, más preciosa, y que el otro *affaire* fue meramente temporal.

Vasia estaba sonriente. Reía con frecuencia. Tosía menos y asistió regularmente al Comité del Partido. Vladimir trabajaba también; reorganizaba la empresa, según el nuevo plan de la gente del *trust*. Cuando terminase este trabajo, Vasia y él irían a Moscú, desde donde se trasladarían a su nuevo distrito. Vladimir estaba contento, abstraído completamente en su trabajo.

Pero faltaba la energía, la alegría sin límites de los tiempos pasados. No se podía remediar. No es que Vladimir estuviese frío con ella. Pero no era el mismo. Con frecuencia se ponía de mal humor y se irritaba por cualquier cosa.

En una ocasión, porque Vasia regresaba tarde del Comité del Partido. Era un inconveniente para los invitados, que no podían ponerse a cenar no estando el ama de la casa. Otro día se enfadaba por los cuellos de las camisas; no tenía ni uno solo limpio.

Vasia entonces se enfadaba también. Ella no tenía la culpa: que se ocupara él de sus cosas; que María Semiónovna se entendiese con él. Vasia no era la lavandera... Se separaban regañando. Y todo ¿por qué? ¡Por unos estúpidos cuellos de camisa! Otro día fue porque, lloviendo mucho, Vasia dejó su sombrero a buen recaudo en el local del Partido y se puso su chal a la cabeza. Al verla, Vladimir frunció el entrecejo y refunfuñó: «¡Cómo te vistes! ¡Tus zapatos están gastados, la falda está sucia y vienes a casa con el chal por la cabeza como una campesina! ¡Qué astrosa!». Ella perdió también la calma: «No todas podemos lucirnos como modelos; pero al menos no tengo que aceptar favores de Savelyev». Vladimir la quiso atravesar con la mirada. No contestó nada. Vasia pensó que se quedó con las ganas de golpearla. Pero que Vladimir se había contenido.

Algo iba mal. Vasia y Vladimir querían ser amigos; pero la más pequeña provocación hacía que se desbordase su odio.

Vladimir soñaba con el nuevo empleo. ¿Cómo arreglaría la casa, cómo organizaría la economía doméstica?

Esto aburría a Vasia. ¿Qué interés tenía llevar una casa? ¿Qué placer podía haber en ello? Sería diferente si tuviese algo que ver con el bienestar colectivo. Vladimir no coincidía con ella y le reprochaba tener ideas «atrasadas».

Vasia le contó una discusión de su círculo marxista sobre si la Historia estaba sólo determinada por cuestiones económicas o por las ideas también. Hablaba con entusiasmo, queriendo que Vladimir escuchase todo lo que habían dicho; pero él se aburría. Todo eso eran discusiones sin interés. Aumentar las ganancias de las empresas, eso era lo importante. Y riñeron otra vez.

Cuando se quedaban solos no tenían nada que decirse. Ni qué hacer. Telefoneaban a Iván Ivanovitch. Su presencia hacía que se encontrasen más a gusto.

Vasia esperaba noticias de su provincia; pero nunca llegaban. Ni Grusha ni Stepan Alexeyevitch escribían una línea. ¿Qué sería de ellos?

Aunque Vasia no quisiese admitirlo, deseaba en lo más hondo de su corazón que la llamaran para que regresase a su provincia a trabajar. ¿Debería irse o quedarse?

Llegó por fin una carta. Certificada. De Stepan Alexeyevitch. Corta y sin circunloquios. Proponía a Vasia que se ocupase de un grupo de fábricas textiles y organizase el trabajo allí de una manera nueva, que indicaría el Comité Central. Vasia tendría que vivir allí y no en la ciudad. Pedía que le contestase si aceptaba.

El corazón de Vasia latía con violencia. Añoraba a los suyos. Porque ¿qué clase de vida llevaba aquí? No trabajaba, no tenía alegrías; sólo preocupaciones y disgustos. Parecía estar atada de pies y manos. Se acordaba de un grajo que su hermano Kolyka tenía. Lo había cogido en el bosque y atado las alas para que no pudiese irse. El pájaro daba saltos en el suelo, abría el pico y dirigía sus negros ojos, brillantes, hacia la ventana. Probaba a agitar sus alas, que estaban fuertemente sujetas. Probaba otra vez, y por tercera vez graznaba con angustia y volvía a dar saltos solemnemente sobre el suelo, como si nunca hubiera intentado querer volar. Esto era lo que le pasaba a Vasia ahora. Tenía también atadas las alas y le era imposible volar. Pero ¿qué era lo que le ataba las alas? ¿Alegría o amor? No; ni lo uno ni lo otro. Estaba encadenada por el temor de que le sucediese otra vez algo a Volodia. Por gratitud, por haberse quedado con ella, por haber alejado a la desvergonzada. Hilos delgados, pero sujetos fuertemente a Vasia. Le parecía que estaba enredada sin esperanza en las tramas de una red.

Lisa se lo decía: «No te entiendo, Vasilisa. Te digo que te estás convirtiendo en una verdadera "mujer del director". No puedes librarte de ello».

¿Cómo podría romper los hilos y deshacer la red?

Vasia tenía aún la carta de Stepan Alexeyevitch en la mano. No quería separarse de ella, como si fuera un talismán que le ayudase a encontrar su camino, como en los cuentos de hadas.

—Vasilisa Dementyevna, la cerveza se ha acabado. Tendrá usted que decirle a Vladimir Ivanovitch que encargue más de la fábrica. Si no, cualquier día vienen convidados de repente y no sabemos de dónde sacarla. No se puede hacer del aire —María Semiónovna contemplaba de mal humor a Vasia—. Veo que está usted preocupada, Vasilisa Dementyevna. ¿Y por qué, si puedo preguntar? La señoritinga ha aterrizado por fin en Moscú, y Vladimir está con usted y nunca va a ninguna parte. ¿Por qué está siempre

triste? A los maridos no les gusta eso. Quieren que sus mujeres estén alegres; quieren oírlas reír; quieren pasarlo bien en casa, después de estar todo el día trabajando y con preocupaciones.

Al escucharla, Vasia sonreía y pensaba: «Tal vez tenga razón. Debería enmendarme y ser otra vez la Vasia de siempre, la luchadora del año 18. Aquellos tiempos eran de mucho trabajo, pero de mucha alegría también».

¿Por qué no ir a la oficina a ver a Volodia, hacerle una visita inesperada? Le contaría lo de la carta y alegremente le diría que rehusaba, que ella no podía dejar a su Volodia. Y él comprendería cuánto le quería. Se alegraría, la abrazaría gozoso y besaría sus ojos castaños. La llamaría «mi Vasia, mi alborotadora».

Escogió una blusa blanca y se puso un pañuelo azul al cuello. Mientras se ponía el sombrero se miraba al espejo, arreglando sus rizos. Quería gustar a Volodia, poque le traía un regalo, un don inapreciable: su negativa a aceptar el ofrecimiento de Stepan Alexeyevitch. Se iría con Vladimir cuando éste fuese a ocupar su nuevo cargo y emprendería allí algún trabajo.

Cuando llegó al edificio de la empresa se dirigió a la oficina del director. Estaba vacía. El director celebraba una conferencia. Pero pronto terminaría. Volvería probablemente dentro de diez minutos.

Vasia esperaba, hojeando sonriente los periódicos de Moscú. Ahora compensaría a Volodia por todo, por su separación de la otra, por su mayor lealtad para con ella.

Alguien trajo el correo, dejándolo sobre la mesa del director. Tal vez hubiera cartas para Vasia. Pasó por alto los sobres de negocios. Allí... Repentinamente, su corazón latió locamente; luego pareció dejar de bombear. Un sobre pequeño, tintado, y una letra delicada, como si estuviese grabada. Esa carta sólo podía ser de aquella otra mujer: Nina Konstantínovna.

Así que no había terminado todo. Seguían las mentiras.

Vasia sintió como si cayese infinitamente al vacío.

Debió perder el equilibrio, porque un cenicero que había en el escritorio se hizo añicos contra el suelo.

Mientras miraba aquel sobre pequeño, de color, Vasia sintió que contenía su destino.

¡Zas! Desapareció dentro de su bolsillo. Ahora sabría la verdad. Ahora se acabarían las mentiras.

Vladimir entró con un miembro de la dirección.

—¿Tú aquí, Vasia? ¿Quieres algo o vienes solamente a verme?

—No hay cerveza... Tendrás que encargar más de la fábrica.

—¡Te ocupas de eso! ¡Te estás convirtiendo en toda un ama de casa! No puedo reconocer a mi alborotadora Vasia.

Vladimir se reía gozosamente.

«Ríe, sí, ríete —pensaba ella—. Pero yo destrozaré la red con que me aprisionas. Llegaré hasta el fondo de este engaño.»

—¿Qué tienes, Vasia? ¿No puedes quedarte más tiempo? ¿Tienes que marcharte?

Hizo, sin decir nada, un gesto afirmativo con la cabeza. Temblaba de ira, que podía estallar en cualquier momento.

No podía esperar llegar a casa para leer la carta. Fue al parque, e impacientemente rompió el sobre de color.

Mi adorado Volya: ¡Mi rey, mi adorado tormento!

Otro día sin una palabra tuya. El tercer día sin recibir una línea. ¿Has olvidado ya, no quieres a tu caprichosa Nina? ¿A tu pequeña monita egipcia? ¡No me lo creo! ¡No me lo creo! Pero es terrible, sin embargo. Estás con ella y yo estoy sola. Tu «mentora» podrá cambiarte, convencerte de que nuestro amor es un «pecado contra el comunismo», que debes ayunar comunísticamente, perdiendo todo lo que pueda agradarte y viviendo sólo para los sábados comunistas.[13] La temo. Sé todo el poder que tiene sobre ti. Pero, ¡Dios mío!, yo no le quito nada. ¡Me contento con tan poco! Después de todo, pasa por tu mujer legítima; tú estás todo el tiempo con ella y yo sólo suplico unas pocas horas para nuestro amor. Sólo quiero que tengas compasión de mí... ¡Sólo te tengo a ti, a nadie más en todo el mundo!

Me despierto por la noche temblando; «no me quiere, va a abandonarme». ¿Qué será de mí entonces? Miedo me da pensarlo. Sabes que Nikanor Platonovitch me acecha como una

[13] Según Lenin, «una gran iniciativa». Eran días de trabajo voluntario, colectivo y no remunerado. «Brotes de comunismo», en palabras del jefe bolchevique, que indicaban el camino hacia una sociedad fundada en el trabajo libremente asociado.

araña. Claro que todavía representa el papel paternal; pero ya sabemos qué espera. Aguarda ansiosamente el día que me dejes, cuando esté sola sin que nadie me proteja o ayude. Será un día de fiesta para él. A veces le odio tanto que preferiría verme por las calles a estarle obligada de alguna manera.

¡Volya, Volya! ¡Mi locamente adorado amante! ¿Nunca terminará este tormento? ¿Nunca acabará esto? ¿Nunca rescatarás a tu Ninyka? ¿No te da lástima de ella? ¿No quieres protegerla?

Lloro, Volodia. No tienes compasión de tu monita. No piensas nunca en ella, hombre cruel, sin fe. Ahora estarás acariciando a esa otra mujer. La quieres. ¡Sé que la quieres! ¡Y duele eso tanto! ¡Mucho, mucho!

Te deseo, ansío tu amor ardiente e insaciable. ¿No añoras mis labios? ¿Ni mis abrazos?

Mis brazos suaves quieren rodearte, mis senos anhelan tus caricias...

¡No puedo más, Volodia! No puedo estar más tiempo lejos de ti. ¿Por qué me has mandado a Moscú? ¿Por qué?

Ésta será nuestra última separación. En tu nuevo distrito me buscarás una casita en las afueras de la ciudad. Nadie sabrá que vivo allí. Una «casita misteriosa», a la que irás al anochecer. Y yo te enseñaré que un amor como el nuestro es lo mejor y más importante del mundo.

¿Cuándo vienes a Moscú? ¿De verdad viene ella contigo? ¡Si pudiéramos pasar una semana solos para resarcirnos de esto! ¡Una semana entera para nosotros!

Nikanor Platonovitch dice que en el nuevo distrito tendrás una casa espléndida, con un comedor gótico. Pero que no hay lámpara en el comedor. He visto un candelabro espléndido aquí, un poquito caro, pero muy artístico. Sé que te gustará.

Ya he contado bastantes cosas. Divago. ¡Qué carta más larga! No podrás esconderla. Bromeo; pero en verdad lo que quiero es llorar. ¿No comprendes todo lo que sufro? ¿Por qué, ¡oh!, la vida no nos deja gozar de un poco de felicidad?

No te inquietes. No me quejaré más. Después de todo lo que he pasado me he hecho más razonable. Haz lo que creas que debes hacer y yo estaré conforme con todo. Dame sólo una cosa: tu ternura apasionada, tu amante compasión para tu pobre, desgraciada y caprichosa Nina.

Moscú, Ostoshenka 18, número 7 (y no 17, como pusiste la última vez, que casi se pierde la carta).

Soy tuya, enteramente tuya, desde los pies a los labios.

Tu dulce niña,

Nina

Y en el margen:

Figúrate mi alegría al encontrar en Moscú el perfume *L'Origan de Coty*.

Vasia leyó la carta de Nina despacio, cuidadosamente, palabra por palabra. No sólo con sus ojos, sino con su corazón también.

Cuando terminó dejó caer la carta sobre sus rodillas; miró la hierba seca y polvorienta, escuchando el furioso zumbido de una abeja. Volaba afanosamente sobre las hojas, se remontaba por el aire y, desilusionada, volvía a caer sobre la hierba. En la primavera, cuando las lilas florecían, había también abejas; pero aquéllas eran felices. Ésta estaba furiosa, como si el verano la hubiese engañado.

Vasia se dio cuenta de que pensaba en la abeja y no en la carta. Su corazón estaba entumecido: parecía no dolerle y ser indiferente a todo. Pero la víbora ya estaba haciendo su trabajo. «Brazos suaves», «ternura apasionada». La cola de la serpiente azotaba su corazón. ¡Le dolía tanto! Cada rincón de su corazón debía estar repleto de veneno.

Despacio, minuciosamente, Vasia dobló la carta y la metió otra vez en el sobre.

Se levantó.

Se dirigió a la salida del parque. Pasó por el quiosco de la música. El parque estaba vacío, silencioso. No tocaba la música. Ya sabía Vasia a quién amaba Vladimir; sabía que no era a ella, sino a la otra, a quien pertenecía.

Vasia atravesó la puerta del polvoriento parque para volver al ruido de la calle. Sentía que en el parque había dejado una tumba.

Volvía a casa tras un funeral: el funeral de su felicidad finada.

CAPÍTULO XIII

Vladimir volvió más pronto que de costumbre. Sonreía lleno de alegría por las buenas noticias. Había recibido de las autoridades centrales lo tanto tiempo esperado: su nombramiento para el nuevo cargo. Tendría que ir a Moscú inmediatamente.

—¿A Moscú? Muy bien; vete enseguida. Yo también me voy; pero no a Moscú. Me voy a casa, a mi provincia.

Exteriormente, al hablar, Vasia parecía tranquila, aunque por dentro estaba agitada. El pequeño sobre de color estaba en su bolsillo con la carta de Nina.

Vladimir no se dio cuenta del cansancio que exteriorizaba la cara de Vasia. No vio tampoco los destellos de rabia que brillaba en sus ojos castaños. No se imaginó por qué Vasia arreglaba y empaquetaba sus cosas.

—¿Quieres ver a tus amigos? Muy bien. ¿Nos reuniremos en Moscú o irás directamente al nuevo distrito?

El corazón de Vasia perdió la última esperanza: que pusiese dificultades a su viaje, que no la dejase marchar. Esto también había terminado.

—No voy contigo al nuevo distrito. Me llaman para que vuelva a trabajar y me voy a quedar allí. No por una temporada, sino para siempre. Ya he descansado bastante en esta prisión. Estoy cansada de representar el papel de «mujer del director». Debes buscarte una mujer que sepa apreciar este género de vida.

Parecía que algo moría en Vasia. Un torrente de palabras se escapaba de sus labios. No se dejaría engañar de nuevo. Se alegraba de que su amor hubiese muerto. Lo había pasado mal: sin trabajo, entre aquella gente del *trust*, entre aquellos burgueses. Se había quedado sólo por el bien de Vladimir, y se resentía porque ya no la necesitaba. La quería sólo para que fuese el ama de casa y una tapadera. «¡Pero si mi mujer es comunista!» Pero era la otra la que le daba placer y amor en la «casita misteriosa». ¡Una combinación magnífica! Pero había algo que Vladimir y Nina olvidaban: si ella, Vasia, estaba conforme en vivir de aquella manera tan repugnante.

Sus ojos estaban verdes, rencorosos. Tuvo que hacer una pausa porque le faltaba el aliento.

Vladimir movía la cabeza con asombro.

—¿Eres tú, Vasia? No te reconozco. Si te he ocultado alguna cosa ha sido siempre por tu bien.

—¡Vaya, gracias! No necesito tu compasión. Soy fuerte. ¿Crees que tu amor llena mi vida por completo? Estoy harta de tu amor. Es sólo una espina que hiere mi carne. Quiero apartarme de ti lo más pronto posible. No me interesa lo que haces. Ama, besa cuanto quieras. ¡Miente, engaña! ¡Olvídate de quién eres! ¡Traiciona el comunismo! ¡No me importa!

Pero tenía el corazón destrozado.

—¡Vasia, Vasia! ¿Y nuestra amistad? ¿Y tu promesa de comprenderlo todo?

—¿Nuestra amistad? ¿Dónde está? ¿Dónde está esa amistad? Ya no creo más en ti, Vladimir. Has matado mi confianza en ti. Si hubieras venido y me hubieras dicho: «Vasia, algo terrible, espantoso, pasa; quiero a otra», ¿qué crees que hubiera pasado? ¿Crees que te hubiera acusado? ¿Crees que me hubiera interpuesto en el camino de tu felicidad? Ya ves, Vladimir; te has olvidado de que yo no era solamente tu mujer, sino tu amiga y tu camarada. Y eso es lo que me duele, lo que nunca perdonaré —las lágrimas le corrían por las mejillas. Para secárselas con la manga se volvió de espaldas a Vladimir—... Creí en ti como en un camarada. Pero has deshecho mi fe sin piedad. Y ¿cómo vamos a vivir juntos si la confianza mutua ha desaparecido? Ahora comprendo claramente que nuestra vida juntos, nuestra felicidad, terminó para siempre.

Un gran peso oprimía el corazón de Vasia; sus hombros temblaron. Le dio la espalda a Vladimir.

Se sentó sobre la cama, arrugando la colcha con las manos. Las lágrimas bañaban sus ojos. Vladimir se sentó a su lado y la estrechó con su brazo.

—¿No dices que somos como dos extraños y que ya no me amas? Si no me quisieras no sufrirías tanto. ¿Y yo? ¿He dejado de quererte? ¡Por favor, intenta comprender! Sí, quiero a Nina; pero de distinta manera. Mi cariño por ti es más fuerte, más profundo. Sin ti estoy sin rumbo, Vasia. Con cualquier cosa que hago me pregunto siempre: «¿Qué le parecería a Vasia? ¿Qué me aconsejaría?». Tú has sido la estrella que me ha guiado, y te necesito.

—Sólo piensas en ti mismo —alegó Vasia—. Y te olvidas de mí. No puedo vivir así. No me importa tanto que tengas una amante. Lo que me hiere es que ya no seamos camaradas.

—¿Crees que yo no lo veo? Pero, ¿por qué? Yo no soy capaz de entenderlo. Cuando nos separamos suspiramos por el otro, pero cuando estamos juntos nos sentimos aprisionados. Tú dices que antes no era así. Pero ¿hemos vivido juntos alguna vez? Nunca hicimos vida familiar. Siempre estábamos trabajando y sólo nos veíamos a ratos. ¿Deberíamos volver a vivir así, Vasia? ¡Quizá una temporada! ¿Te gustaría? Cada uno viviendo independientemente del otro, y cuando queramos vernos nos reuniremos. Di, ¿quieres? Entonces Vasia volverá a ser mi adorada alborotadora, la única en el mundo. Y terminarán las mentiras. No debemos romper para siempre, excitados por la discusión. Eso es perjudicial. Ten lástima de mí.

Vladimir hundió la cabeza en su regazo como lo hacía siempre y se tapó la cara con tas manos, que le ardían.

El cuarto estaba silencioso.

Una ola de deseo vehemente, que pensaban haber olvidado, les cubrió a los dos con ardiente desbordamiento. Las pequeñas ascuas de la pasión, enterradas en las cenizas de las sospechas y de las ofensas, se inflamaban de nuevo más brillantemente.

—¡Vasia, vida mía!

Los brazos de Vladimir abrazaban a Vasia, arrastrándola sobre sus rodillas. Cubrió sus labios de besos y su cuerpo de caricias apasionadas.

Vasia no se resistió; se entregó sin reservas a un dulce placer que casi había olvidado.

¡Que así sea! En este instante, para ella, Vladimir la amaba como antes. Por completo. A ella sola le pertenecía, olvidándose de Nina. A ésta le era infiel, no sólo con el cuerpo, sino con el corazón y el alma.

Vasia experimentó un goce malicioso, inusual en su carácter. Le pesaba; pero al mismo tiempo le causaba alegría. ¡Que fuese infiel!

Los días que siguieron fueron extrañamente ardientes. Las brasas de la pasión, resplandeciendo bajo las ascuas de la cólera

y la desavenencia, ardían como una pira de carbón hasta convertirse en llamas por el viento de otoño. Lamieron sus viejas quemaduras y buscaron rincones en su corazón que no hubieran sido pasto de las llamas.

Vladimir estaba muy afectuoso.

Vasia, amante y complaciente.

Parecía que se habían vuelto a enamorar. No podían vivir sin estar juntos. Por la noche dormían abrazados, como si tuviesen miedo de que el otro se escapase. Vladimir besaba los ojos castaños de Vasia; Vasia apretaba la cabeza de Vladimir sobre su corazón. Nunca se habían amado, nunca se habían poseído como ahora, con tal deseo y ese goce agridulce. ¿Habían renovado su amor o se despedían de él? ¿Despedían su perdida e irrecuperable felicidad?

Cuando Vasia sonreía y bromeaba tenía miedo de que en cualquier momento se le saltasen las lágrimas. Vladimir la acariciaba y se miraba en sus ojos castaños; pero ella leía una infinita tristeza en su mirada. No el pícaro centelleo del placer. Sus ojos no reflejaban el amor de Vasia. Parecía que silenciosamente se despedían de ella.

Para no ver los ojos de Vladimir y sus lágrimas, para atenuar aquella infinita tristeza, Vasia rodeaba con sus delgados brazos el cuello de Volodia. Ella buscaba sus labios; él la estrechaba contra su corazón. Ella se sometía a sus caricias apasionadas. Él aspiraba su cuerpo insaciablemente, hasta que los dos, extenuados, se dormían.

Fueron días extraños. Calurosos, sofocantes, melancólicos. No encerraban felicidad, ni el goce sin preocupaciones nacido del amor.

Hablaban de todo. Quedaron en que, «mientras tanto», Vasia se iría a su provincia a trabajar. Cuando Vladimir estuviese instalado en su nuevo cargo, convendrían por carta donde se reunirían. ¿Dónde? No lo decían. Ni una palabra de separación se pronunciaba. Todo parecía natural, claro y comprensible, como si entre ellos hubiese confianza ilimitada. Pero había una cosa que Vasia no mencionaba nunca: que había cogido y escondido la carta de Nina, que la conservaba porque algún día podía serle útil. Ella insistía en que telegrafiase a Moscú diciendo que iba

solo. ¿Por qué deseaba que hiciera eso? Le molestaba, pero por algún motivo lo creía necesario. Al principio Vladimir se negó a hacerlo y miraba con recelo a Vasia, como si temiera algo. Pero, al fin, telegrafió. Y, después de hacerlo, estuvo con ella más enamorado y ardiente.

Tenía que ser así. Estaban bebiendo las últimas gotas de felicidad que quedaban en el cáliz de la vida, aunque ésta contenía tanto el embriagador vino de la pasión como la amarga dulzura de la ruptura.

Vasia estaba contenta, animada, bulliciosa. Volodia no la había visto así en mucho tiempo.

—Como no me gustaba mi piel, la he mudado como las serpientes. ¿Qué clase de «esposa del director» iba a ser? Necesitas otra clase de mujer. Además, que yo no puedo adaptarme a la NEP —riendo, gastaba bromas a Volodia.

—No sé lo que eres. Lo único que sé es que eres otra vez Vasia, mi querida alborotadora. Y yo no perderé a mi Vasia, ni aunque cinco Comités del Partido te reclamen. Por una temporada, sí; pero para siempre, no, nunca.

Vasia se reía. Así sería. Se reunirían casualmente como camaradas libres. Pero no como marido y mujer. Sería mejor.

Vladimir coincidía también en que sería mejor. Pero no podría vivir sin la inteligente cabecita rizada de Vasia.

—¡No tengo muchos amigos, Vasia! Especialmente en estos tiempos. Ya no existen; cada uno sólo piensa en sí mismo. Pero nosotros somos amigos fieles y verdaderos, ¿no es cierto, Vasia?

Hablaban como si el muro que se alzaba entre ellos no existiese, como si se hubiera derrumbado.

La víbora del corazón de Vasia estaba dormida. Ella pensó que sus celos habían desaparecido. Pero repentinamente, sin esperarlo, sintió los agudos colmillos otra vez. Vladimir no podía libertarse del pasado. Hablaba de Nina, dejando ver cuán frecuentemente pensaba en ella. «¡Estaba tan bien educada!», decía. Hablaba francés correctamente con los franceses, alemán con los alemanes. Había aprendido idiomas en el instituto.

—Si está bien educada, ¿por qué no puede encontrar trabajo? ¿O es que prefiere vivir a expensas de otras personas? Supongo

que su parasitismo viene de familia. Además de que es mucho más cómodo ser tu querida.

Vasia sabía que no debía decir esas cosas; pero no pudo contenerse. La serpiente la lastimaba y por eso quería herir a Volodia. ¡Que sufriese él también!

Volodia se enfadó y dirigió a Vasia una mirada llena de reproches.

—¿Por qué hablas así, Vasia? Está feo. Mi alborotadora Vasia no lo diría. Ha sido otra Vasilisa Dementyevna.

Le clavó el aguijón; Vasia se avergonzó de sí misma. Pero no podía detenerse y continuó hiriendo a Volodia hasta que él se puso furioso. Entonces ella reaccionó.

—No te enfades, cariño mío. ¡Perdóname! Te quiero. Si no te quisiera no te atormentaría...

Y en besos extáticos, en el delirio carnal se buscaban para no pensar, para no sufrir, para olvidar, para esconder la verdad inevitable.

Vasia se despidió de sus camaradas del Comité del Partido; recogía todo lo de la casa. Tenía mucho que hacer: cajas, baúles, trapos, esteras... Pedía consejo a María Semiónovna, celebrando importantes conferencias con ella sobre cómo debía empaquetar cada una de las cosas para que nada se estropease o rompiese, para que todo llegase bien a la nueva casa del director.

—¿Por qué se preocupa usted tanto? —decía María Semiónovna—. Si no se va usted con él, ¿para qué se toma tantas molestias? Fíjese en lo que le digo: en cuanto se vaya usted, la otra ocupará su lugar enseguida. ¡Y usted está trabajando y preocupándose por ella!

¿Por qué no? ¡Qué más daba! Ella no le ayudaba a él en calidad de esposa; en ese caso no lo haría, hubiera condenado a Vladimir por haberse convertido en un burgués. Pero ahora esto no tenía nada que ver con ella. Vivía independiente de ella. Cada uno seguía su camino. ¿Pero por qué no ayudar entonces a un viejo camarada? No porque fuese su marido, no porque él lo pidiese, lo expresase o desease, sino porque era un camarada, un amigo. Tampoco se sentía enojada con él. Si quería llevarse todos aquellos trastos y cargar los trenes con sus cajas, sus platos y sus

baúles con sedas, era asunto suyo. Ella no podía ya ir a través de la vida cogida de su mano; pero, ¿por qué no ayudarle a embalar?

Volodia no podía creer lo que sus ojos veían. ¿Desde cuándo se había hecho semejante ama de casa? Hablaba de ella, alabándola, a Iván Ivanovitch y a los miembros de la dirección. Y una y otra vez preguntaba a Vasia cómo pondría su nueva casa en orden si ella no se iba con él.

—Eso le corresponde a Nina Konstantínovna. ¿O es que no quiere mancharse las manos? Como es una «señorona» todo tiene que dársele hecho y presentado en una bandeja de plata. A expensas del sudor y trabajo de otros, claro está.

Había herido a Volodia y lo sentía. ¿Qué sentido tenía aquello?

Él la miraba resentido como preguntándole: «¿A qué ha venido eso, Vasia?».

—¡Vida mía, adorado mío! Soy mala, lo sé. Pero es que te quiero. No te enfades, vida mía. Era sólo una broma.

Escondió su cara en el pecho de Volodia, intentando tragarse las lágrimas que la ahogaban. Porque, a pesar de todo, le quería. Le adoraba, sufría. Le asustaba perderle. ¡Oh, mejor sería morir!

—¡Pobrecita mía, mi Vasiuk! Te conozco; por eso te quiero; por eso no puedo arrancarte de mi corazón. No hay otra Vasia en todo el mundo. Y nunca tendré una amiga como tú.

Y una vez más aquel sofocante delirio embotó sus sentidos; otra vez buscaron ahogar su dolor en caricias.

—¿Guardarás un rinconcito en tu corazón para tu rebelde «anarquista»?

—Cuando seas feliz, ¿te acordarás también de tu alborotadora Vasia?

Fueron días extraños. Apasionados, melancólicos...

TERCERA PARTE: LIBERTAD

CAPÍTULO XIV

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Vasia llamaba a la puerta de su antigua buhardilla, donde vivía ahora Grusha. Volvió a llamar. Abajo le habían dicho que Grusha había regresado del trabajo. Pero la puerta continuaba cerrada. ¿Dónde podría estar?

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

¿Dormiría?

Se volvió y vio que Grusha venía por el extremo del corredor con una jarra de agua caliente.

—¡Grusha!

—¡Vasilisa, querida! ¿Cuándo has llegado? ¡Qué sorpresa! —Dejó la jarra en el suelo para abrazar a Vasia—. Pasa. Éste es tu sotabanco. Vivo aquí por ti. Espera que abra la puerta. En esta casa roban de un modo terrible. Cierro la puerta incluso cuando salgo por agua. No hace mucho se llevaron un abrigo que estaba colgado en el cuarto de Furyashkin. Un abrigo de entretiempo completamente nuevo. Registró toda la casa e incluso fue a la policía; pero no pudo encontrarlo. ¡Por fin has vuelto a tu hogar, Vasilisa! Quítate el abrigo. Quítate el polvo del viaje. Iba a hacer té. ¿Quieres comer algo? Tengo huevos, pan y manzanas.

¿Hogar? Grusha le había dicho que estaba en su hogar. Pero ¿las personas como Vasia tienen un «hogar»?

Miró en derredor. ¡Aquel sotabanco le era tan familiar! Pero no parecía ya el de Vasia. Había una máquina de coser, un maniquí de modista en un rincón y pedazos de retales por el suelo. Las paredes, desnudas. Ni Marx, ni Lenin, ni los *communards* que había colgado cuando se celebró el aniversario de aquella revolución.[14] En su lugar un abanico de papel descolorido. Al lado, manchada por las moscas, una postal con un huevo de Pascua y una

[14] *Communards*: participantes de la Comuna de París (1871), primera experiencia revolucionaria que llevó al proletariado al poder. En 1921 se había cumplido medio siglo de la gesta parisina, y la clase obrera rusa pudo conmemorarla como clase dominante.

inscripción dorada: «¡Cristo ha resucitado!». Un icono en un rincón. Grusha no pertenecía al Partido. Creía en Dios y ayunaba, aunque era partidaria del poder soviético y tenía muchos amigos comunistas. Había tenido un novio con el cual pensaba casarse; pero había luchado con los blancos y probablemente estaba muerto. En ese caso, lo más seguro era que lo hubiesen matado los rojos. Por eso Grusha no quería hacerse comunista. Guardaba el recuerdo del amado: «Si me uniera a vosotros me maldeciría desde el otro mundo».

Antes Vasia no podía comprender a Grusha. ¿Cómo podría amar a un guardia blanco? Pero ahora ya sabía que el corazón no obedece órdenes. Vladimir y ella se habían separado, pero su amor vivía y no le dejaba descansar.

Grusha se alegró muchísimo del regreso de Vasia. No sabía qué ofrecerla. La abrumó con todas las cosas que habían ocurrido durante su ausencia y se extrañaba de que Vasia no se hubiese repuesto durante la temporada que había pasado con su marido. Estaba tan delgada como cuando se fue, o más delgada aún. Vasia no decía nada. Había creído que en cuanto viera a Grusha caería en sus brazos llorando y le contaría todas sus penas. Pero al verla no pudo abrir la boca, no encontraba palabras. ¿Cómo podría contarle a alguien su sufrimiento?

La noticia del regreso de Vasia se extendió enseguida por toda la casa. Los antiguos inquilinos se mostraban encantados, mientras que los nuevos deseaban conocerla para saber cómo era. Uno de los miembros del comité de la casa dijo que seguramente ahora querría ocuparse nuevamente de la administración.

Los primeros que acudieron a la habitación de Grusha fueron los niños, los viejos amigos de Vasia del «Club de los Niños». Los mayores expusieron una queja: el Club había sido disuelto cuando se instituyó la NEP. Dijeron que no compensaba y que las habitaciones se necesitaban para otras cosas. Pero, ¿dónde estudiarían los niños sus lecciones? Sus colecciones habían sido deshechas y su biblioteca repartida; incluso se habían vendido algunos libros.

Vasia escuchaba. ¿Cómo era posible? Se interesó enseguida. No permitiría que la cuestión quedase así. Iría inmediatamente al Comité del Partido, a los departamentos de educación y

vivienda. ¡Que la NEP se ocupase de sus asuntos, pero que dejase en paz las cosas que los obreros habían edificado laboriosamente!

—Lucharé con ellos. No lo permitiré. No os preocupéis, muchachos. Yo haré que se os dé aquello a que tenéis derecho, aunque tenga que ir a Moscú.

Los mayores se echaron a reír llenos de alegría. Creían en Vasia. No dejaría de ocuparse y lucharía hasta conseguirlo. En toda la casa la conocían por «la luchadora». Así debía ser. Todos los chicos eran partidarios de ella.

Después de los muchachos entraron a saludarla los antiguos inquilinos. Pero en cuanto decían «buenas tardes», cada uno de ellos tenía una demanda urgente que hacerle; todo el mundo venía a contarle sus contrariedades y desgracias. Vasia los escuchaba pacientemente a todos. Como siempre, se interesaba por todo, les aconsejaba, les consolaba.

La buhardilla se llenó con tanta gente que era imposible moverse.

—¡Paciencia, camaradas! —rogaba Grusha—. No la dejáis ni comer. Y está cansada, porque ha viajado durante varias noches. Venís con vuestros asuntos y la mareáis.

—No importa, Grusha. ¿Qué me estaba diciendo, Teimofeiyevitch? ¡Ah, sí!, de los impuestos que tiene que pagar. ¿Cómo puede ser? No es usted propietario, ni empleado, ni director...

Al pronunciar la palabra director pensó en Volodia. Pero su dolor quedó sumergido en las penas de los demás. No le quedaba tiempo para ocuparse de él.

Los viejos amigos se retiraron uno a uno. Y olvidándose de su debilidad, Vasia decidió ir a la sede del Partido y ponerse a trabajar inmediatamente.

Mientras escuchaba las noticias que le daba Grusha, se puso el abrigo. Uno se había casado, otro había dejado el Partido, aquella muchacha era ahora miembro del Soviet. De pronto oyeron la voz de la mujer de Fedosseyev que resonaba a través del corredor.

—¿Dónde está nuestra amiga, nuestra defensora? ¡Mi querida Vasilisa Dementyevna!

Le echó los brazos al cuello y la cubrió de besos. Al mismo tiempo las lágrimas corrían por sus mejillas y mojaban la cara de Vasia.

—¡Cuánto tiempo te he esperado, querida mía! ¡Te echaba tanto de menos! ¡Te he esperado como al sol! Pensaba: «Cuando venga Vasilisa Dementyevna, nuestra protectora, lo arreglará todo. Cuando esté aquí, ese infame no se atreverá a convertir a su mujer en un hazmerreír. Se avergonzará de deshonrar esta casa con esa puta. Me tendrá lástima, porque tengo que cuidar sola a mis hijos. Le llevará a los tribunales. Hará que se someta al Partido». Tú, querida Vasilisa, eres mi única esperanza.

Generalmente Vasia adivinaba las penas de los otros a las primeras palabras. Pero ahora no entendía de lo que hablaba la mujer de Fedosseyev. ¿De quién se quejaba? Había cambiado tanto que casi era imposible reconocerla. Antes era una mujer joven, robusta, en la plenitud de la vida; ahora estaba delgada, aviejada y amarilla.

¿Qué pena atormentaba su corazón?

Fedosseyev se había enamorado de Dora, una judía «no bautizada». No quería saber nada de su mujer y la convertía en el hazmerreír de todo el barrio. Nadie podía hacer que se avergonzase de sí mismo. Había abandonado a sus hijos y todo se lo daba a su amante. «¡Toma, nenita; eso es para ti! ¡Que la familia se muera en un rincón! Pero no me dejes, no abandones a tu amante picado de viruelas.»

—Pero ¿qué había visto en él la gansa de Dora? —se desgañitaba diciendo la Fedosseyeva—. ¡Si fuera un hombre! ¡Pero es repugnante! ¡Es tan sucio! Yo le he resistido durante ocho años y besado su cara picada de viruelas por el bien de los niños. Me decía a mí misma: «Vassilyevitch, creo que eres un asno; pero el destino nos unió y la Iglesia nos casó y tengo que aguantarte.» Cuando se ponía insistente me daban ganas de vomitar. Pero lo he soportado. Nunca he mirado a ningún otro hombre. Creía que me lo agradecería. Le he dado toda mi juventud a esa bestia repugnante. Y ésta es mi recompensa. Ya no soy guapa y él se va con una joven. ¡Y se enreda con una muchacha judía! ¡Es una vergüenza para todo el barrio!

La mujer de Fedosseyev lloraba sin consuelo. Vasia escuchaba. Y su corazón se llenaba también de pena. Volvía a enfrentarse con su propio dolor e indignación. Tembló de pesar. ¿Adónde se había marchado su resolución? No tenía ya deseos de ir al Comité del Partido. Deseaba solamente enterrar la cabeza bajo la almohada y no ver nada más.

La otra, sin embargo, continuaba sollozando, besando el hombro de Vasilisa, suplicando que le diese la razón a la esposa, que defendiera los intereses de sus hijos. Debía amenazarle con llevarle ante los tribunales.

Al regresar a su casa desde la sede del Partido, los compañeros rodearon a Vasia. Todos hablaban a un tiempo. Ella se sentía feliz y contenta. Todo lo había olvidado, como si nunca hubiera vivido y se hubiera preocupado más que por el Partido. Se excitaba, discutía, mantenía su punto de vista; hizo preguntas de cómo marchaba y encontró que todo estaba bien. Quedó interesada y satisfecha. Su cabeza trabajaba, y su alma remontaba el vuelo.

Se apresuró a subir a su buhardilla, sin preocuparse de las escaleras. Pero fue entonces cuando se dio cuenta de su estado de debilidad.

Mientras Grusha preparaba cena, Vasia se echó en la cama e inmediatamente se quedó dormida.

Grusha contemplaba a su amiga sin decidirse a despertarla. Sentía pena por ella. Vasia estaba extenuada; que durmiese.

Desvistió a Vasia como si fuese un niño. Le quitó los zapatos, la arropó. Puso una toquilla en la lámpara y se sentó a hacer ojales.

¡Pum! ¡Pum!

«¿Quién demonios vendrá ahora?», murmuró entre dientes y enfadada Grusha. «No la dejan a una tranquila.»

Abrió la puerta. Era Fedosseyev, el marido.

—¿Qué desea?

—Quiero hablar con Vasilisa Dementyevna. ¿Está en casa?

—¿Estáis todos locos? Acaba de llegar de un viaje larguísimo; está cansada, no ha podido dormir y caéis sobre ella como una

jauría de perros hambrientos por un hueso. Vasilisa Dementyevna duerme.

Grusha y Fedosseyev discutieron. Fedosseyev se aferraba a la posibilidad de convencer a Vasilisa; pero Grusha se negó a dejarle entrar.

Quedaron, por fin, conformes para el día siguiente.

Cerró la puerta en las mismas narices de Fedosseyev. ¡Un hombre repugnante! Tenía mujer y tres hijos. Y Dora estaba embarazada. Aquello era demasiado para Grusha.

Ella juzgaba que Fedosseyev hacía mal. Y culpaba también a Dora. ¿Por qué había comenzado a tener relaciones con un hombre casado? ¿Es que no había bastantes solteros? La moral de Grusha era muy recta. Todavía recordaba a su novio.

Cuando Vasia se despertó se sintió en paz y calma con el mundo. La luz del otoño brillaba a través de la ventana, lanzando un rayo dorado sobre la máquina de coser. Grusha calentaba una plancha en la estufa de petróleo; se disponía a planchar un vestido.

—¿Para quién es?

—Para una del Comité Ejecutivo, para un bautizo.

—¿Qué? ¿Vuelven a celebrar los bautizos?

—Ya lo creo. Debías verlo. Mucho mejor que los antiguos señores. La mesa repleta de comida, vino, vodka...

La plancha de Grusha comenzó a silbar. Así no había forma de hablar. Vasia se estiró en la cama. Se acordaba muy bien. Era dura y estrecha, y, sin embargo, había dormido allí con Volodia. ¡Cómo cambian los tiempos! Últimamente se estorbaban en aquella cama tan ancha.

En sus viejos tiempos no sucedía así.

¿Volvía la desgracia de nuevo a invadir su corazón, a perturbar su paz? No; todo parecía dormido en su corazón. La calma que sigue a la tormenta.

Grusha se acordó de la cita que había dado a Fedosseyev y se lo dijo a Vasia.

—No me importa, que venga.

No quería tener mucha relación con los Fedosseyev. Parecía ofendida por que aquellos chismosos pasaran el mismo sufrimiento que ella.

Preguntó quién era Dora.

—¿No te acuerdas? —dijo Grusha sorprendida—. Es morena, guapa; bailó con una pandereta en la fiesta del Komsomol.[15]

Vasia la recordó favorablemente. Había trabajado con el Comité Cultural de los curtidores. Una joven muy inteligente. Además, cantaba bien. ¿Cómo podría la mujer de Fedosseyev compararse con ella?

Grusha protestó. Acusaba a Dora. Las leyes tenían que cumplirse. Si los comunistas iban a permitir que los maridos se portaran así, todos los hombres dejarían a sus mujeres y se irían con chicas jóvenes. El Partido consideraba expedientar a Dora.

—¿Tomar medidas contra ella? Sólo a la mujer de Fedosseyev puede ocurrírsele una cosa así. ¡Una criatura infame! —Vasia defendía a Dora—. No hay ley que pueda obligar a un hombre a vivir con una mujer que no ama. ¿Cómo quieres forzarle a abrazar a esa mujer? ¿Aunque le repugne? ¿Aunque sea una bruja?

Vasia se excitó. Estaba furiosa contra la mujer de Fedosseyev. ¿Por qué? No lo sabía. Al defender a Fedosseyev defendía a Vladimir. Al defender a Dora veía la sombrilla blanca de encaje y los labios rojos de Nina.

Grusha se sorprendió al ver que Vasia se ponía al lado de Fedosseyev.

—Te pones como si se tratase de tus mejores amigos. ¿No estabas siempre renegando de ellos? Bien sabes todos los disgustos que te han causado. Claro que es una cuestión absolutamente tuya. Pero ya te aconsejo que no te mezcles en ese lío. No hay por qué meterse en una pelea de perros.

Vasia era terca. Defendería a Dora si se tomaban medidas contra ella.

—Dime, haz el favor: ¿acaso cree la legítima esposa de Fedosseyev que ella es la única que tiene ciertos derechos? Pues está

[15] Acrónimo de la Unión Comunista de la Juventud, organización juvenil del Partido.

equivocada. Hay otros derechos que no los dictan las leyes humanas. Y son los mandamientos del corazón.

Grusha, que planchaba el dobladillo del vestido, miró a Vasia con gran atención, como para averiguar los más ocultos pensamientos de su amiga.

Vasia se enfurruñó. ¿Por qué la miraba así Grusha? ¿No tenía razón? ¿Había alguna ley que se le pudiera imponer al corazón?

—¿Quién dice eso? El corazón es lo más importante. No se puede ser humano sin corazón. Pero cuando te miro veo claramente que tú también estás enferma del corazón. Vasilisa, veo todos tus sufrimientos. Por eso defiendes a Fedosseyev. Piensas en tu adorado, ¿no? Y quieres encontrar una disculpa para él. ¿Verdad que tengo razón?

Vasia no contestó; inclinó tristemente la cabeza.

Grusha ya no hizo más preguntas. Sacó el vestido de la tabla y quitó los hilvanes sueltos que se agarraban a la tela. Estaba terminado.

—¿Has terminado? —preguntó Vasia, pensando en algo completamente distinto.

—Sí.

—Bien. Entonces iré al Comité del Partido. Que espere Fedosseyev.

—De acuerdo.

Los días siguientes fueron de mucho trabajo para Vasia. Se preparaba para irse a los telares. Conferenció con Stepan Alexeyevitch; se puso al corriente de sus instrucciones y pasaba las veladas en reuniones con sus nuevos compañeros. Las horas pasaban tan rápidamente, que no tenía tiempo de pensar o escuchar a su corazón.

Y también tenía preocupaciones a causa de los Fedosseyev y Dora. Sus disgustos no dejaban descansar a Vasia.

Fedosseyev la había ido a ver y se lo había contado todo. Conoció a Dora Abramovna en el Comité Cultural. Él cantaba en el coro. A Dora le gustó su voz de bajo y le llevó al profesor de música. Ella también sabía música. Y le había hecho entrar en el Comité Cultural. Así empezó aquello. Pero pronto su mujer se enteró y los disgustos empezaron.

Fedosseyev se quejaba de su mujer, que inventaba toda clase de historias y enzarzaba a los compañeros contra Dora Abramovna. Decía que Dora le «robaba» su familia y permitía que Fedosseyev la mantuviese. Y la verdad era casi todo lo contrario. No sólo Dora se negaba a aceptar un solo kopek de él, sino que ayudaba a su familia, partiendo todo cuanto tenía con Fedosseyev. Se preocupaba de los pequeños y había hecho que los niños entrasen en el jardín de infancia, y había dado libros de texto y cuadernos al mayor, que iba a la escuela. Claro que él no podía decirle todo eso a su mujer. Además, le había comprado a Fedosseyev una blusa y una corbata para que se la pusiese cuando organizaban conciertos. Pero las vecinas decían todo lo contrario, alentadas por su mujer.

Fedosseyev estaba indignado por Dora. No le herían a él: se inquietaba por ella, por si tenía problemas con el Partido. Su mujer tenía la culpa, al interponerse en su camino.

Al escuchar a Fedosseyev, Vasia no podía menos de pensar en Vladimir y Nina. Ellos también habían sufrido así; se habían enfadado contra Vasia porque no les dejaba ser felices. Ella había aconsejado a la mujer de Fedosseyev que se quitase de en medio voluntariamente. Era imposible poner dificultades a la felicidad de otros. Pero ¿y la propia Vasia? ¿No se interponía también ella en el camino de otros? ¿No había intentado detener la felicidad ajena, poniendo toda clase de obstáculos?

Fedosseyev amaba a Dora. Cuando hablaba de ella su cara resplandecía; casi parecía menos feo. También había observado ese cambio en Vladimir cuando pensaba en Nina.

—Dora Abramovna tiene un corazón de oro. En el sindicato todo el mundo la quiere. Los que no pertenecen al Partido no creen que pueda tomarse ninguna acción contra ella. Pero si acaso se hiciera se alegrarían. «Que venga con nosotros, los independientes. Defenderemos a Dora Abramovna, no os preocupéis.»

Apenas se había marchado Fedosseyev cuando su mujer fue a buscar a Vasia; la abrazó, la besó en los hombros y suplicó que se pusiese de su parte.

Vasia, a quien le disgustaba la Fedosseyeva, la rechazó ostensiblemente. Desde entonces escandalizaba toda la casa con sus

gritos contra Dora, contra su marido, contra Vasia, insultándoles a todos.

Vasia vio a Dora en la sede del Partido. Encontraron un rincón apartado, donde la mecanógrafa estaba muy ocupada aporreando la máquina, donde aquel ruido permitía que pudiesen hablar sin ser oídas.

Dora era bonita. Tenía ojos inteligentes. A Vasia le gustaba. Disimulaba su embarazo con un chal.

Dora empezó a hablar la primera. No de ella, sino de Fedosseyev. Se preocupaba por él, le estimaba, admiraba sus dotes de cantante; su voz era excelente, tan buena como la de Chaliapin.[16] Solamente necesitaba estudiar. Por eso quería Dora casarse con él. Para que rompiese con su familia y su oficio de zapatero remendón y pudiera dedicarse exclusivamente a educar su voz.

Pero, aunque Dora tenía en tan alta estima a Fedosseyev, lamentaba su falta de decisión. Mientras estaba con ella estaba dispuesto a todo, completamente decidido a dejar a su mujer y solicitar el divorcio. Pero en cuanto volvía a su casa perdía todos sus arrestos. Se amilanaba y ella tenía que comenzar a convencerle de nuevo. Durante meses y meses había querido convencerle, y siempre sin éxito.

Vasia se inquietaba oyendo a Dora. ¿No habría dicho Nina lo mismo de Vladimir?

A Dora no le importaban nada las formalidades del matrimonio y del divorcio. Todo eso eran para ella cosas sin importancia. Era partidaria de la «unión libre». Pero la Fedosseyeva no les dejaría en paz hasta que se registrasen en el Comisariado; por eso Dora recurría a la excusa del embarazo para convencer a Fedosseyev e inducirle a conseguir el divorcio. No tenía miedo a ser madre. Ella sabría afrontarlo igualmente sin marido.

¿Convencerle? ¿Obligarle a conseguir un divorcio? ¿Habría hecho Nina lo mismo, dando lástima con el embarazo? Dora, al hablar de Fedosseyev en tan buenos términos, lo que quería era que Vasia la defendiese.

---

[16] Cantante bajo de ópera ruso, el más célebre de la primera mitad del siglo XX.

Pero Vasia sólo pensaba en sus penas. Dora sólo veía las buenas cualidades de Fedosseyev. Probablemente Nina amaba a Vladimir de la misma manera. Vasia era diferente. Veía las cualidades malas de Volodia. Le amaba y sufría por sus faltas. La inquietaban y la impulsaban a reformarle. ¡Quizá esto hiriese a Volodia!

—¿Por qué su mujer se agarra de aquella manera a él? ¿Porque se quisieron un día? ¡Pero hacía tanto tiempo de eso! ¡Ahora ya no tenían nada que les uniese! Ella no le comprende, no puede apreciarle. No le comprende absolutamente nada.

«¡Ah! —pensó Vasia—. Eso es lo que nos pasaba a Vladimir y a mí. Él nunca sabía lo que yo quería y yo no podía comprender sus ideas. Nuestros caminos seguían opuesta dirección.»

—Es un extraño para su mujer. Son distintos en todo, en sus gustos, en sus ideales. Quiere conservarle como marido, pero no lo necesita como persona. No es algo esencial en su vida.

Y Vasia, ¿necesitaba a Vladimir como persona? ¿Era esencial a su vida? Al preguntarse a sí misma esto, el corazón de Vasia respondió claramente: «No, ella no le necesitaba ahora, no como era ahora».

Pero Dora continuaba diciendo:

—¿Qué amor es el suyo? No pueden aguantarse. Parecen perro y gato. Ni amistad ni confianza en el otro.

«Así es —asintió Vasia en silencio—; sí, ni amistad ni confianza en el otro.»

—Y nosotros, el compañero Fedosseyev y yo, nos entendemos como si tuviéramos un solo corazón, una sola alma.

«Así debían quererse Vladimir y Nina.»

Vasia lo comprendía ahora. Se quedó pensativa.

Tenía mucho que hacer. Asuntos urgentes del Partido; preparativos para su marcha. Sin embargo, no olvidó a los Fedosseyev. Hizo todo lo que pudo para apresurar el divorcio; intentó reconciliar a Fedosseyev con sus camaradas y defendió a Dora.

Todo ello era muy importante para Vasia; pero no podía decir por qué.

Vasia volvía con prisa de la sede del Partido. Salía para los telares al día siguiente. La cabeza le daba vueltas. ¿Cómo reorganizar el trabajo siguiendo las directrices y, a la vez, convenciendo

a los muchos que no pertenecían al Partido? Las masas sin-partido eran en estos tiempos tan importantes como los comunistas. Querían investigarlo todo profundamente. No se fiaban de nadie. Si uno no tenía una sólida base para establecer sus argumentos, valía más no hablar con ellos.

Su cabeza estaba ocupada con todas estas cosas. Parecía que había olvidado su dolor. Como si no hubiera perdido a su marido, a su amigo; como si no hubiera vivido todo un verano como la «mujer del director».

Vasia iba deprisa. No había comido nada desde por la mañana. Y al pensar en la comida le daban náuseas; todo lo veía negro, perdía la cabeza. ¿Qué día era? Quizá estaba enferma, aunque... Una sospecha surgió en su mente. Hacía casi tres meses desde su última regla. ¿No sería mejor que la reconociese María Andreyevna, la doctora? Vivía cerca, en una de las bocacalles. Habían trabajado juntas en la organización de la guardería de la casa-comuna. Vería lo que le pasaba. Si estaba enferma, Vasia quizá no podría desempeñar su cargo.

Tomó la bocacalle y se detuvo en la casita blanca donde vivía la doctora. Llamó a la puerta. María Andreyevna salió a abrir. Se alegró de verla.

—¿Usted por aquí? ¿Es un asunto de negocios o requiere mi ayuda profesional?

Vasia estaba tan azorada que se ruborizó. Después de observarla con atención, María Andreyevna le puso la mano en el hombro.

—Entremos en mi clínica. La examinaré.

María Andreyevna inquirió el apetito de Vasia, sus períodos, sus mareos. Parecía que todo lo sabía de antemano. Luego exploró a Vasia.

Era desagradable y vergonzoso para Vasia. Nunca había consultado un ginecólogo. Cuando se sentó en la silla para que la examinase estaba asustada.

Al vestirse de nuevo, sus manos temblaban tanto que no podía abotonarse.

María Andreyevna, ante el lavabo, con su bata blanca, se lavaba las manos con jabón y cepillo.

Permanecieron calladas.

—Bien, querida compañera. Yo no sé si se alegrará o será un disgusto; pero no hay duda alguna. Está usted embarazada, camarada Vasilisa.

Vasia se quedó sorprendida. Pero inmediatamente una sonrisa alegró su cara. ¿Un niño? ¡Qué alegría!

—¿Piensa reunirse con su marido pronto? —preguntó la doctora, mientras se secaba las manos en una toalla bordada.

—¿Con mi marido? ¡No! —Vasia negaba con la cabeza—. Ya no vuelvo con él. Nos hemos separado. Cada uno va a seguir su camino.

—¿Se han separado? ¡En buena ocasión! ¿Cómo se las va a arreglar ahora? Aún podemos hacer que la cosa no siga adelante. ¿Qué dice? ¿Va a vivir sola con su hijo? Usted no tiene una salud robusta.

—No estoy sola. Mañana me voy a trabajar a un grupo de fábricas textiles. Hay una célula del Partido y un grupo magnífico; casi todas mujeres, tejedoras. Trabajaremos juntas, organizaremos una casa-cuna. Quería preguntarle algo: ¿qué hay que hacer para que una casa-cuna se mantenga a sí misma? Dígame todo lo que sepa. Aconséjeme.

Discutieron todo lo referente a la casa-cuna: los subsidios, las contribuciones, los salarios a los empleados profesionales, etc. Vasia se olvidó de las «noticias» que acababan de darle. María se lo recordó cuando se despedían.

—No trabaje usted demasiado. Acuérdese de que no tiene usted mucha salud. Temo por usted, querida.

Dio varios consejos finales a Vasia. Una cosa le estaba prohibida, otra era buena para ella. Vasia escuchaba para no olvidarse de nada, por el bien del niño. Tenía que ser un nene robusto. ¡Tan pequeño, tan necesitado de cuidados!

Por la calle, sonreía.

¡Un nene! ¡Qué gusto! Ahora podría enseñar a las otras mujeres cómo educar a un niño de manera comunista. No había necesidad alguna de familia, de cocina ni de todos esos sinsentidos. Lo que había que hacer era organizar una casa-cuna capaz de mantenerse a sí misma. Que sirviera de ejemplo.

Vasia pensó tanto en esta idea, acerca de una casa-cuna autofinanciada, que casi se olvidó del niño. Sin embargo, tampoco se acordó de Vladimir. Como si no tuviese nada que ver en aquello.

Vasia hacía su equipaje. Se le cayó una caja, con el retrato de Volodia y sus cartas. La de más arriba era la de Nina Konstantínovna, en el pequeño sobre tintado.

Vasia le dio vueltas entre sus manos. Se la sabía de memoria y, sin embargo, sintió deseos de leerla otra vez. Renovaría su dolor; pero no podía resistir la tentación. Siempre que la leía, el dolor ahogaba su corazón. Luego se preguntaba: «¿Por qué había mentido, por qué me había engañado?».

Tomó la carta y se fue más cerca de la ventana. Obscurecía. Desdobló aquella hoja tan conocida. La leyó atentamente, palabra por palabra.

Pero la pena que roía su corazón había desaparecido. Y la serpiente, aquel tormento ponzoñoso, parecía haber perdido su fuerza.

En cambio, en lugar de pesar o celos, Vasia sintió que la lástima inundaba su corazón. Sentía lástima por todas las lágrimas que Nina Konstantínovna había derramado, por la tristeza y las humillaciones que había padecido. Recordó a Nina alejándose del quiosco de música, secándose las lágrimas con los dedos. ¿Por qué había sufrido tanto? ¿Por qué le había causado ella aquella angustia? Había esperado un hijo y se había deshecho de él. ¿Por qué?

Fue a la mesa, separó las telas de Grusha y se puso a escribir una carta.

¡Nina Konstantínovna!

No la conozco y no tengo ni idea de cómo es usted. Sólo la he visto una vez. Y le diré con total franqueza que no me fue usted simpática. Pero al verla llorar al separarse del quiosco de la música, mi corazón comprendió su pena y lloró con usted.

Acabo de releer su carta a Vladimir Ivanovitch. Se la devuelvo a usted. Sé que apoderarme de ella no estuvo bien. Pero ha servido para mucho, así que no se enfade conmigo por haberme hecho con ella.

He pensado mucho en esa carta suya. Ahora que acabo de releerla, sé que no guardo ningún rencor contra usted, que ya no estoy enfadada. Por eso deje que le diga lo que le he repetido a Vladimir: ya hemos jugado bastante al escondite. Debe casarse con Vladimir Ivanovitch, ser su legítima esposa: él y usted se comprenden mejor. Yo no soy la mujer que él necesita, porque nuestros gustos son distintos y nuestras vidas corren en opuestas direcciones. Yo no sé nunca lo que piensa, y él nunca me comprende. Cuando Vladimir y yo nos separamos no fue porque usted me lo robara; se pudo hacer con su corazón porque ya no me pertenecía. Continuaré viviendo sin Vladimir, como lo hice antes de conocerlo. Usted, en estos momentos, no puede vivir sin él. Pasa siempre así cuando dos personas se aman.

Vladimir Ivanovitch y yo vivíamos en unión libre; por lo tanto, no será preciso el divorcio.

Nada tengo que reprocharle. Si hubiera sabido hace tiempo cómo se amaban, hubiera hecho esto antes. Dígale a Vladimir Ivanovitch que no siento ningún resentimiento contra él. Siempre será mi amigo como antes. Y si algún día necesita usted algo de mí, siempre estaré dispuesta a ayudarla. Hubo una época en que no la apreciaba. Pero ahora que todo lo comprendo, sólo siento simpatía hacia usted, por todas sus lágrimas, por todos sus sufrimientos y dolores de mujer. Le deseo que sea feliz, como se lo desearía a una hermana. Dé recuerdos míos a Vladimir y dígale que cuide mucho a su esposa.

Le mando mi nueva dirección. Si me escribe responderé, porque no somos enemigas, Nina Konstantínovna, aunque sin querer nos hayamos causado mucho daño. Pero ninguna de las dos queríamos herirnos.

Adiós.

Con mis mejores deseos,

Vasilisa Malyguina

Al final de la carta escribió claramente sus señas. Después metió las dos misivas en un sobre, humedeció la goma con la boca y la cerró.

Entonces sintió que su alma, y no su razón, le decía: «Esto es el fin».

¿El fin?

¿Y sufría?

No, no sufría.

¿Y la víbora de los celos?

No estaba.

¿Y su agonía, el dolor pertinaz que la destrozaba?

Había desaparecido.

Volodia, «el americano», quedaba; pero no Vladimir Ivanovitch. Pensaba en Vladimir, y veía a Nina. Pensaba en Nina, y Vladimir se le aparecía a su lado.

Como si se hubieran convertido en uno para Vasia. En un ser indivisible, inseparable. ¡Uno! Este pensamiento no la hería. ¿Por qué no habían de serlo?

Las brasas del amor se habían extinguido. Sólo quedaban las cenizas.

Su corazón estaba en calma, lleno de paz. Como un jardín después de la tempestad.

Vasia, asomada a la ventana, gozaba de la puesta de sol. El sol desaparecía detrás de nubes purpúreas con bordes dorados. Los cuervos giraban sobre la tierra graznando y buscando un cobijo para la noche.

El aire olía a hojas secas, a setas, a tierra otoñal. Fragante, refrescante, familiar. No era el aroma asfixiante de casa de Volodia.

Vasia aspiró profundamente, bebiendo aquel aire con avidez.

Sí, la vida era bella.

Sacó el cuerpo por la ventana. En el pequeño patio, Grusha se apresuraba a recoger la ropa de las cuerdas antes de que anocheciera.

—¡Grusha, Grusha! Ven corriendo. Tengo noticias, buenas noticias...

—¡Voy!

Llegó y echó la ropa limpia sobre la cama.

—¿Qué noticias tienes? ¿Has recibido alguna carta?

—¿Carta? Sí, es una carta; pero no la he recibido, sino que la he escrito. A ver si adivinas a quién.

—A Vladimir Ivanovitch; estoy segura.

—Pues te equivocas. No le he escrito a él, sino a su amante, a Nina Konstantínovna.

Grusha no lo quería creer.

—¿Para qué la has escrito?

—Mira, Grusha, al leer una vez más la carta de Nina sentí pena por ella. Después de todo, también ha sufrido por mi culpa. Y ha perdido un niño por mí. Lo soportaba todo; sufría esa desgracia. Y ¿por qué? No somos rivales, no somos enemigas. Si me hubiese quitado a Vladimir por interés, no la hubiese perdonado nunca, siempre la hubiera odiado. Pero ahora la comprendo... Ella quiere a Vladimir. Le quiere mucho, mucho, más que yo. ¡Y tiene razón! La vida sin Vladimir no significa nada para ella. Así dice en su carta: «¡No puedo vivir sin ti!». ¿Necesito yo a Vladimir? Lo he pensado mucho, lo he pensado muchas veces. Ahora me doy cuenta de que puedo vivir sin él. Si Volodia, «el americano», volviese, sería diferente. A él es al que añoro, Grusha, al viejo Volodia. Pero «el americano» murió. ¡Nunca volverá! Entonces, ¿por qué atormentar a Nina? ¿Por qué perturbar la felicidad de esa pareja? ¿Qué me importa a mí «el director»? No lo necesito.

—Sí —convino Grusha—; para nada necesitas al «director». Eso es lo peor de todo; el modo como nuestros hombres desertan para convertirse en directores. Pero no te sientas desgraciada, Vasia. ¡Quedan muchos más de los nuestros! Fíjate en esos que no pertenecen al Partido. Entre ellos encontrarás comunistas de verdad, proletarios comunistas sinceros.

—Claro, cada día hacemos nuevos afiliados. Pero ¿y los otros? Hace tiempo que cambiaron sus ideas proletarias por lámparas y colchas de seda. Con esos ya no es posible entenderse. Por eso, Grusha, pensé: «¿Por qué atormentar a Nina? ¿Por qué permanecer unida a Volodia?». Él no era realmente ni esposo ni libre. ¿Para qué mantener así las cosas? Tenía que resolverse y sin amargura. Han sufrido bastante. Todo esto no podía comprenderlo cuando me separé de Vladimir. Entonces todavía esperaba algo, no sé qué. Deseaba algo. No veía las cosas claras. Cuando llegué aquí estaba extenuada por el dolor. Esperaba que ocurriera alguna cosa. Pensé que si me dejaba por la otra me moriría de pena. No me di cuenta ni del viaje. Pero cuando comencé a trabajar en el Comité del Partido, cuando otros vinieron contándome sus penas y amarguras, me pareció que mi pena desaparecía. ¿No me crees? Sinceramente puedo decirte que no siento ni amargura ni celos. Gozo de calma, de paz.

—Gracias, Madre de Dios —dijo Grusha santiguándose y mirando el icono del rincón—. ¡No me he arrodillado y rezado a la Santísima Virgen todas estas noches en vano, Vasilisa! «Compadécete del corazón de esa mujer», rezaba. «¡Ayuda a Vasilisa!»

Vasia sonreía:

—Calla, Grusha; eres incorregible. ¿Pero es posible que creas todavía en esos iconos? Pero lo que dices es cierto: estoy curada. ¡Cuántos meses he vivido como una sonámbula! No tenía conciencia de mí misma. No sabía que quería en la vida. Llegué a olvidar al Partido... Pero ahora estoy bien otra vez. Todo me encanta, todo es nuevo para mí. El mundo sigue girando. Vladimir puede haberse ido; pero el Partido sigue ahí. Me siento como después del tifus, cuando comencé a recuperarme.

—Sólo temo que vuelvas a recaer si tu marido te escribe una de sus malditas cartas.

—No, Grusha. Eso no sucederá ya —y Vasia decía que no con la cabeza—. Mi corazón es distinto. No estoy ofendida por nada; mis celos de Nina han desaparecido. Pero queda mi compasión por ellos. Los tres nos habíamos perdido en un laberinto. Los tres nos sentíamos indignados unos contra otros. Y no podíamos hallar la solución. Cuando he comprendido a Nina he podido salir de ese laberinto de sufrimientos. Y no es porque la haya perdonado. ¿Qué es lo que tengo yo que perdonarla? Simpatizo con ella como por una hermana, porque ella también ha padecido como yo. No por su culpa, sino porque la vida no ha alcanzado todavía el ideal al que aspiramos. Me dio pena de ella y me sentí mejor. Se acabó el dolor, se acabaron las penas, todo el padecimiento...

—Y así tiene que ser, si ya no le quieres. El amor siempre trae consigo el sufrimiento. Te da un poco de placer; pero la tristeza le sigue como una sombra. Y cuando ya no se siente dolor, el amor ha desaparecido también.

—Eso no es cierto, Grusha. No debes ver las cosas de esa manera. Yo no he dejado de querer a Vladimir. Le tengo todavía en mi corazón. Mi amor es el que es distinto. Ya no me hace desgraciada, ya no me ofende. Le agradezco todo el amor pasado, toda la felicidad que gozamos juntos. ¿Por qué he de sentirme ofendida con Vladimir? Mientras me quiso fuimos felices. Ahora ya no me quiere. Pero, ¿quién tiene la culpa? Le doy las gracias por

todo lo gozado. Siento que Vladimir es mi hermano y Nina mi hermana. Cuando les recuerdo no hay resentimiento ni celos, sino calor y simpatía. ¿No me crees, Grusha? ¡Te doy mi palabra! Fuimos felices; que ahora lo sean ellos. Todo el mundo tiene derecho a serlo, si no median engaños.

—Tienes razón en eso de los engaños. Pero es extraño oírte considerar a Nina como una hermana. Tratas de engañarte a ti misma, Vasilisa. No quieras ser demasiado inteligente, no pretendas ser una supercomunista. Claro que es mejor que hayas perdonado a Vladimir. Perdonado y olvidado. Fuera de tu corazón y de tu cabeza. Pero no tienes por qué quererlos. Guarda tu amor, tu corazón para los trabajadores; su situación es difícil ahora. Muchos de ellos han perdido la fe en sí mismos. No sacan mucho de las doctrinas del Partido. Dales más, el calor de tu corazón. Yo no pertenezco al Partido, pero lo comprendo todo. Pregúntame siempre a mí, Vasilisa, que siempre te diré la verdad. Yo entiendo el comunismo tan bien como tú.

—Ya sé que estás con nosotros, Grusha. Todos lo sabemos. Pero, ¿por qué crees todavía en esos iconos? No te enfades, no te ofendas. Lo retiro. No hablaré más de esto. Ya no te gastaré más bromas, ni discutiré por este motivo contigo. ¡Estoy hoy tan contenta! ¡Contenta, feliz, libre! ¿Sabes quién me ha curado? ¿Sabes? ¡Adivínalo!

—¡Yo qué sé!

—Los Fedosseyev.

—¡No va en serio! Bueno; si es así, que a la Fedosseyeva le sean perdonados todos sus pecados y mala voluntad.

Se echaron a reír.

—Pero aún no te he contado la noticia más importante de todas. He visto a la doctora. Voy a tener un nene.

—¿Un nene? —Grusha juntó sus manos, con un gesto de sorpresa—. ¿Estás segura? ¿Cómo dejas entonces que se te escape tu marido? ¿Vas a dejar al niño sin padre o vas a seguir la moda y abortar?

—¿Por qué abortar? ¡Que crezca el niño! No necesito un hombre. ¡Eso es lo único que ellos pueden hacer: ser padres! Mira a la Fedosseyeva con sus tres hijos; eso no le ha impedido a su marido irse con Dora.

—¡Está bien! Pero, ¿lo vas a criar tú sola?

—¿Yo sola? Tenemos nuestras instituciones. Voy a organizar una casa-cuna. Había pensado en ti para trabajar en ella. A ti también te gustan los niños. Será nuestro nene. Lo tendremos en común.

—¿Un niño comunista?

—¡Justamente!

Otra vez se echaron a reír.

—Ahora, querida Grusha, tengo que ponerme a hacer mi equipaje. El tren sale por la mañana temprano. Mañana vuelvo al trabajo. Voy a organizarlo todo conforme a mis ideas. Stepan Alexeyevitch me ha dado su bendición. ¡Otra vez a trabajar! Grusha, ¿te das cuenta de la alegría que eso significa?

Cogió a Grusha por las manos y se pusieron a bailar como dos niñas. Casi tiraron el maniquí.

Se echaron a reír ruidosamente. Hasta los que estaban en el patio podían oírlas.

—¡Debemos vivir, Grusha! ¡Vivir!

Vivir y trabajar.

Vivir y luchar.

Vivir y amar la vida.

¡Como las abejas entre las lilas!

¡Como los pájaros en la espesura!

¡Como los saltamontes entre la hierba!

EL AMOR DE TRES GENERACIONES

Una mañana, en la oficina, entre el montón de cartas de trabajo y personales, hallé un grueso sobre que atrajo mi atención. Pensé que contenía un artículo y lo abrí antes que los demás. Se trataba de una carta de varios folios. Miré la firma: Olga Vesselovskaya. Me extrañó.

Yo conocía a la camarada Olga Serguéievna Vesselovskaya: era responsable de la organización de una de las ramas importantes de la industria soviética. No se interesaba para nada por la cuestión del trabajo entre las mujeres. Entonces, ¿por qué me escribía una carta tan larga?

Eché un vistazo al sobre y tan sólo entonces reparé en una amplia inscripción con lápiz rojo: «Estrictamente personal».

¿Personal? «Personal» significaba por lo general, para mis corresponsales, el relato de un «drama familiar». ¿Era posible que también Olga Serguéievna conociese un «drama familiar»? ¡Imposible!

No podía leer la carta de inmediato. Tareas corrientes y urgentes me aguardaban. Pero, a mi pesar, mi pensamiento volvía de continuo a aquella carta y al personaje de Olga Serguéievna.

Me acordé de nuestras entrevistas de trabajo, de la sequedad y reticencia que mostraba en sus relaciones conmigo, así como de su eficacia extraordinaria, incluso poco «femenina». Recordé que estaba casada, que su marido era un buen camarada, antiguo obrero, un hombre de rostro simpático y franco, apreciado, pero tenido como muy inferior a ella. Él trabajaba bajo la dirección de su esposa en la misma administración. Era más joven que ella. Pero ¿qué drama podría haber en ello? Ambos eran individuos conscientes, camaradas, y siempre que yo los había visto juntos, rezumaba de sus relaciones un acuerdo excepcional.

Recordé una frase de aquel hombre: «¿Por qué sigue usted discutiendo? ¿No ha oído que Olga Serguéievna es de la misma opinión?». Para él, ella representaba sin duda la autoridad suprema.

Cuando en una asamblea habían venido a avisar a Olga Serguéievna de que su marido se sentía mal (era un hombre enfermo), el rostro de ella se volvió de repente «humano» y perdió su altiva sequedad.

Acaso el drama residiera en esa enfermedad, en ese perpetuo temor por la vida de su marido. Pero no, no habría emborronado por eso decenas de páginas.

Únicamente por la tarde, en mi cuarto, pude al fin leer esa carta que tanto me preocupaba.

¿De qué se trataba?

La escribo a título privado, como una camarada a otra. La escribo como una mujer a otra que conoce mejor que yo estos problemas, y que podrá, por lo tanto, ayudarme quizá a salir de una situación que me oprime y se ha convertido en intolerable para mí.

Estoy en un callejón sin salida. Nunca, en el curso de mis cuarenta y tres años, me he hallado en una situación tan ridícula. Estoy realmente en un callejón sin salida.

Usted no me conoce sino en un plano profesional y, además, bajo la reputación de «pedante». Probablemente le resulta muy difícil imaginar que yo, y más a mi edad, experimente un simple drama «femenino». Un drama por entero común, mediocre, banal como un vodevil y, por ello mismo, aún más doloroso y ofensivo...

Y, sin embargo, me parece que la banalidad del asunto no es más que exterior, que no reside en el fondo de las cosas. Me parece que toda esta historia es consecuencia directa de las transformaciones en el estilo de vida y de pensamiento que está experimentando ahora Rusia, donde, junto a lo «grandioso», encontramos mucha mediocridad, mucha mezquindad, bajeza, mala intención.

A veces, me produce repugnancia tener que enfrentarme con tales hechos. La sola idea de que no son casos aislados suscita en mí un asco y una repulsa puramente físicos. Otras veces, por el contrario, me parece que soy yo quien está en un error, que tengo una mentalidad ya pasada, que en efecto me mueven «prejuicios burgueses», tal y como me asegura mi hija Genia, o que, como dice mi marido, el

camarada Riabkov, yo deformo la realidad. ¿Quién lleva razón? ¿Ellos o yo?

Ayúdeme a comprender. Y sáqueme de dudas si, desde el punto de vista de la «nueva moral», encuentra usted que estoy equivocada, que mis conceptos tienen su raíz en una educación burguesa.

Aquí se interrumpía la carta. En la página siguiente, Olga Serguéievna reemprendía la escritura de forma más nítida y tranquila, como si fuese una conversación que hubiésemos empezado:

Hubiera querido ir directamente a los hechos, a la esencia de mi tragedia personal. Pero, si le confesaba únicamente los hechos al desnudo y seguía usted ignorándolo todo de mi vida, el cuadro sería falso. Sin duda hubiese usted prestado atención a sucesos secundarios, sin advertir que el mal no reside allí, que yace más hondo, que es más complejo; yo misma puedo entender los hechos, pero en cuanto a los motivos, los motivos...

En una palabra, le pido tener paciencia y leer hasta el final mi carta. Tenga presente que quien le escribe es una camarada que necesita ayuda.

Seguían algunos tachones. Continuaba en otra página:

¿Recuerda usted a mi madre? Vive todavía y se ocupa, como siempre, en el marco del Comité de Instrucción Pública, de la primera «biblioteca ambulante» en la provincia de N. Usted conoció personalmente a mi madre, así que no se la describiré.

Sí, yo conocía y me acordaba bien de María Stepánova Olshévich, una típica «educadora de choque» de los años 1890, editora de obras de divulgación científica, traductora, militante infatigable en la «instrucción del pueblo». Había ejercido una gran influencia en los liberales de la época. Los militantes clandestinos también la apreciaban a su manera. Les había hecho numerosos e importantes servicios. El círculo de sus relaciones era amplio y diversificado.

Sus opiniones políticas la aproximaban a los «populistas» (*naródniki*), pero no tenía actividad política directa. Los libros,

la biblioteca, la instrucción en los campos y en los tugurios, ésa era su pasión. Poseía muchos amigos y contactos en el mundo obrero. Cuando fue enterrada (algunos meses después de la carta que me había escrito Olga Serguéievna), todas las organizaciones de la región siguieron su ataúd: organizaciones del Partido, sindicales, por más que ella nunca hubiese entrado en el Partido.

Alta, muy delgada y erguida, de bella cabeza, de ojos inteligentes y mirada sutil y expresiva, inspiraba respeto e incluso intimidaba. Su voz era seca y clara. Se expresaba con brevedad, aplomo y concisión, sin quitarse nunca el cigarrillo de la boca. Se vestía siempre sencillamente, y no seguía la moda: pero sus manos eran bellas, cuidadas, manos «de aristócrata», y en el anular llevaba una gran sortija de oro en la que se insertaba un rubí.

Pero lo que acaso usted no sabe —continuaba Olga Serguéievna— es que, en su juventud, también mi madre conoció un «drama amoroso». Después de aquello habíase forjado, en lo referente al amor, un riguroso código moral. Condenaba en su interior, y llegaba incluso a despreciar, a aquél que no siguiera ese mismo código. Y, sin embargo, mi madre era buena y tenía opiniones avanzadas en todos los aspectos. Pero, en lo concerniente a la moral amorosa, era severa y despiadada a su estilo.

Nuestras disensiones no aparecieron, como hubiese usted podido creer, en el terreno político, sino precisamente acerca de aquello que «se debía» y «se podía» hacer en cuanto a mi drama personal.

Mi madre habíase casado con un oficial, por amor y en contra de la voluntad de sus padres. Vivía en provincias como «esposa del coronel». De creerla, fue dichosa durante largo tiempo. Tuvo dos hijos y se la consideraba como «una madre de familia ejemplar». Su marido la adoraba.

Pero, poco a poco, la vida pasiva y demasiado cómoda de «esposa del coronel» le fue pesando. Usted conocía bien la inagotable energía de mi madre. Había recibido una buena educación para lo que la época era: leía mucho, había salido al extranjero y se carteaba con Tolstói. Puede usted suponer que un coronel no podía satisfacerla.

El destino quiso que trabara conocimiento con el doctor del *zemstvo*, Serge Ivánovich Vesselovski.

Serge Ivánovich (mi padre) era un personaje de Chéjov, de idealismo indeterminado, siempre vuelto hacia lo desconocido, por

supuesto que amante del buen comer y de la buena vida, pero absolutamente desamparado ante los males e injusticias de la vida real. Era un hombre hermoso, lleno de salud, leía idénticos libros que mi madre, hablaba compasivamente de los campesinos y del *zemstvo*, deploraba «la ignorancia del pueblo» y soñaba platónicamente con instalar en Rusia bibliotecas, escuelas, y con desarrollar la instrucción.

Todo ello terminó como es fácil figurarse. Un bonito día de verano, en tanto que el coronel estaba de maniobras, mi madre se halló en brazos de mi futuro padre... De esta manera, no terminaron de leer la obra sobre *Las bibliotecas ambulantes en Nueva Zelanda,* que quedó olvidada en el césped...

Parece ser que mi padre no se mostraba muy inclinado a considerar aquel «sueño poético» de una noche veraniega[1] como un acontecimiento que debiese cambiar radicalmente su existencia. Estimaba mucho su propia libertad y, por otra parte, mantenía relaciones amistosas y estrechas con una joven viuda campesina.

Pero mi madre, como ya he dicho, tenía sus propias «reglas morales». Según me confesó más tarde, no luchó en contra de su amor hacia mi padre por pensar que «el amor tiene mayores derechos que el deber conyugal». Pero el amor, el amor sí era para ella algo grande y sagrado. No sabía «jugar con los sentimientos», e incluso lo encontraba indigno.

Había, a su juicio, hallado en Serge Ivánovich la encarnación de todo a lo que su corazón aspiraba: un hombre apasionadamente enamorado, un hombre a quien ella respetaba y también un amigo con el cual compartir su empeño educativo.

No le quedaba sino romper con el coronel y, pasando por encima de denuestos y murmuraciones, empezar una nueva vida; sobre todo, una vida a su gusto.

Al día siguiente, mamá citó a Serge Ivánovich y, en la avenida de los Tilos, rodeados del canto de los grillos, le leyó la breve pero decidida carta que había escrito a su marido, en la que nada ocultaba y le pedía el divorcio.

Serge Ivánovich se turbó. No esperaba tanta rapidez en la decisión. Al parecer, trató de balbucear a mi madre que ella debía «cuidar su reputación», e incluso le habló de sus deberes maternos para con

[1] Referencia a la obra de Shakespeare *El sueño de una noche de verano*.

sus hijos: pero mi madre, si bien se extrañó de tal discurso, permaneció inflexible. Y como en el fondo se hallaba radiante y mi padre locamente enamorado, la discusión acabó en nuevos abrazos, lo cual decidió definitivamente a mi madre a poner lo más deprisa posible «en claro» las cosas.

No obstante, no era tan simple ponerlas en claro. El pobre coronel, apasionadamente fascinado por mi madre, regresó a casa, carta en mano, ebrio de dolor y cólera. Rechazó categóricamente el divorcio. Tan pronto abrumaba a su esposa a fuerza de reproches, como amenazaba con matarla, con matarse, con matar al médico, ese traidor; o bien suplicaba a mi madre que se quedase en el hogar, aunque no fuera más que en calidad de madre y señora.

Mi madre se apiadaba de él, pero su amor hacia el héroe cuyo espíritu «vibraba al unísono» con el suyo propio era más fuerte que la piedad. Convencida de que ningún argumento causaba efecto en su marido, cogió sus cosas y su dinero, besó a sus hijos y, sin despedirse del coronel, se fue...

En la provincia resonó largo tiempo semejante escándalo. Los liberales apoyaban a mi madre y veían en aquel abandono del oficial en provecho de un doctor del *zemstvo* una especie de protesta «contra el régimen»; se le dedicó algún poema al asunto en el diario local y en las cenas del *zemstvo* se propusieron brindis en honor de «la heroína que se había burlado de la unión tradicional a fin de aliarse a los trabajadores en bien del pueblo»...

Mi madre se instaló abiertamente en casa de Serge Ivánovich. De inmediato se dedicó a realizar su más caro deseo, que era también el de aquel personaje de Chéjov que fue mi padre: la organización de una «biblioteca ambulante». La idea requería un enorme derroche de esfuerzos y de energía. En efecto, se trataba de una época violentamente reaccionaria. Pero mi madre, con la obstinación que la caracterizaba, luchó tan eficazmente con las instancias del *zemstvo* y con el gobernador que acabó por ir a Petersburgo, donde puso en funcionamiento sus «relaciones», insistió, argumentó.

La idea estaba ya próxima a realizarse cuando arrestaron a mi madre y, con ella, al pobre Serge Ivánovich, tan desamparado y despavorido; los exiliaron a una región no muy lejana. Allí nací yo.

Incluso en el exilio, mi madre no perdió nada de su actividad: organizó un grupo de autodidactas, «sentó las bases» de futuras bibliotecas, enseñó, educó...

Mi padre languidecía, engordaba, se abandonaba.

Pero, al regresar del exilio, encontróse con que había adquirido una nombradía como «revolucionario» y se convirtió en miembro del *zemstvo*. Con redoblado brío, mi madre comenzó a extender «la instrucción» por el distrito. La vida de mis padres parecía seguir otra vez su curso tranquilo y definido.

Pero acaeció un pequeño accidente desagradable: mi madre sorprendió a su marido, a la sazón un hombre de sienes grises, pero aún hermoso, en la tesitura de expresarse en términos fuertemente inequívocos con la vaquera Arisha.

Papá trató de justificarse. Pero la situación era aún más confusa de lo que suponía: Arisha estaba embarazada.

Sin demora, mi madre hizo las maletas y se instaló conmigo en la ciudad. Dejó a mi padre una carta lacónica, sin reproches ni lamentaciones. Le recomendaba, entre otras cosas, asegurar la educación del hijo de Arisha, y le recordaba no dejarse atraer en demasía por el alcohol, debilidad cada vez más fuerte en mi padre.

Mi madre no me confesó todos estos puntos sino mucho más tarde, cuando, merced a su «franqueza» para conmigo, trató de influirme, es decir, de ponerme en la senda «del deber».

Me acuerdo perfectamente de que mi madre soportó sus penas con un gran dominio de sí: nunca la vi llorar y, sin embargo, según lo que ella me dijo, no dejó de querer a Serge Ivánovich y le fue fiel toda su vida.

En la ciudad, mi madre se dedicó en organizar la edición de libros de divulgación, lo cual le dio tanto renombre.

Yo vivía con ella. Desde niña, estuve sumergida en un ambiente de pensamiento y acción revolucionarios; cuando adolescente, leí prensa clandestina: los «ilegales» y la «ilegalidad» me resultaban familiares.

Vivíamos con extrema sencillez, incluso «ascéticamente». En casa reinaba siempre una atmósfera de trabajo, sentíanse manar «ideas»» y «empeños». Aún no tenía yo dieciséis años cuando fui detenida por primera vez, de lo cual mi madre se congratuló.

Pero fue a partir de entonces cuando nuestros caminos se separaron. Yo me uní a los marxistas; mi madre permaneció populista.

A lo largo de mi actividad revolucionaria entre las masas, conocí a un miembro activo y volcado en la Unión de Lucha.[2] Era bastante

[2] La Unión de la Lucha para la Emancipación de la Clase Obrera fue la organización marxista más decisiva para la posterior constitución,

mayor que yo y tenía «un pasado». Bajo su influencia me convertí en marxista y después en ardiente bolchevique.

Habíamos hecho el amor. Pero, «por principio», no nos habíamos casado. Mi madre movía la cabeza, encontrando que yo era demasiado joven, que había en mí ciertos rasgos de mi padre que no prometían constancia en el amor; pero hizo lo que le correspondía en la situación. Nos instalamos en casa de ella, sin dejar de proseguir nuestras actividades.

Como mi «marido» era un «ilegal», aquello terminó con un arresto general. Algunos amigos se hicieron cargo de mamá. Yo partí al exilio con mi pareja.

Temo que la lectura de este prólogo interminable le sea aburrida. Pero, sin estos preámbulos, no podría usted comprender lo que me tortura actualmente. Quiero que tenga usted siempre presente y que entienda a fondo que soy la hija y la alumna de María Stepánova. Y lo que le impregna a uno en la infancia, lo que asimila en la juventud, eso ninguna lógica puede borrarlo...

Por lo tanto, tenga la paciencia de leer esta carta que cada vez se prolonga más. Llego ahora al drama de la «segunda generación».

Conseguí escapar del destierro; él tuvo que permanecer en el exilio. Llegué a Petersburgo. A fin de ocultar mi identidad, los compañeros me inscribieron como «preceptora» en casa de un ingeniero acomodado, el señor M. Durante sus estudios, habíase unido al «círculo marxista».

Era una casa ricamente amueblada en la que daba gusto vivir. Allí la gente se interesaba tanto en la política como en el teatro artístico o en los cuadros de Vrúbel; la política constituía un interesante tema de «discusiones de salón».

Aquel ambiente me era por completo desconocido, me sentía extraña en él. Desde el primer día discutí con el dueño de la casa a propósito del bernsteinianismo[3] —según me parece recordar—, con tal fervor y pasión que la actitud estaba fuera de lugar en una «atmósfera de salón». Por la noche, me atormentó mi falta de aplomo y, sin

---

en 1898, del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Lenin ocupó un destacado papel en ella.

[3] Corriente oportunista del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), nacida a finales del siglo XIX y dirigida por Eduard Bernstein, que renunciaba a los fines y medios revolucionarios del programa marxista y proponía la integración reformista del proletariado en la sociedad burguesa.

saber por qué, me indigné de modo especial con la mirada tiernamente burlona del ingeniero M. Desde mi primer encuentro con él, algo de aquel hombre me había irritado. Se me antojaba antipático en extremo, sin convicción alguna y, no obstante, yo sentía unos tremendos deseos de demostrarle, a él precisamente, nuestro acierto, de hacerle cambiar de opinión, de obligarle a reconocer nuestros principios.

Su mujer, una frágil muñequita, ahogada en pespuntes y pieles, pero que, sin embargo, había sido capaz de dar a luz cinco hermosos niños, seguía a M. con una mirada llena de admiración y, riendo, aseveraba que «contra toda regla, cuanto más vivía con su marido, más fascinada se sentía».

Esa atmósfera de bienestar y «dicha familiar», demasiado pregonadas, conseguían irritarme. La atención del marido para con la esposa, su preocupación constante por la salud de ella, suscitaban en mí despecho e incluso animadversión.

Alimentaba adrede opiniones, que mantenía luego en alta voz, claramente resentidas e insultantes acerca de los «liberales acomodados», la «ahíta felicidad del pequeñoburgués», la «mediocridad de lo cotidiano»; relataba mi vida en el exilio y provocaba lágrimas histéricas en la nerviosa Lidia Andréyevna.

—Pero ¿por qué hace usted eso? —me decía el ingeniero M. con tono de reproche, mirándome con ojos tristemente reprobadores, pero a la vez tiernos.

En ocasiones, me parecía que les detestaba hasta el punto de hallarme dispuesta a realizar cualquier «imprudencia» con tal de destruir su tranquilidad beata; tan sólo me contenía la posible intervención de la policía...

Resultaba imposible abandonarles. Su vivienda no me servía únicamente de refugio; constituía asimismo un lugar idóneo para las reuniones clandestinas.

Cuando hablaba de irme, los camaradas se enfadaban y no comprendían en lo más mínimo mis argumentaciones.

—¿Por qué, entonces, tienes relaciones con ellos? Mantente al margen.

Pero eso era precisamente lo impensable. Me parecía detestar la bonita silueta satisfecha del ingeniero M., su ligera redondez y su despreocupado modo de andar. Pero, si no le veía durante uno o dos días, me ponía nerviosa. Ya era bastante lo que me pesaba el hecho

de sentirme de más, «extraña», en la casa, como para no sentir dolorosamente la menor indiferencia por parte de él.

Sin embargo, cada vez que nos encontrábamos, indefectiblemente acabábamos discutiendo. Disputábamos hasta desgañitarnos, hasta cambiar palabras fuertes, hasta espetarnos groserías... A un tercero podría haberle parecido que nos odiábamos profundamente. Pero, en medio de la discusión, a veces nuestros ojos se encontraban mutuamente, y nuestras miradas hablaban un idioma que yo tenía miedo de comprender, de interpretar...

Un día, mis actividades políticas me retuvieron en el extrarradio más tiempo del que había previsto, y volví a casa muy avanzada la noche. Fue el propio M. quien me abrió la puerta.

—¿Ya de vuelta? Había perdido toda esperanza.

Y antes de que me diera tiempo de hacer algo, me encontré en sus brazos, bajo una avalancha de apasionados besos...

Pero lo más raro es que aquello no me extrañó en absoluto; era lo que esperaba desde hacía tanto...

Al amanecer, volví a mi cuarto y M. se quedó durmiendo en su despacho, donde él se acostaba habitualmente cuando trabajaba hasta tarde.

Por la tarde, delante de todo el mundo volvimos a discutir con ardor, implacablemente... Y de nuevo pareció que éramos enemigos.

Cuando los invitados se marcharon, M. me propuso un viajecito por las islas (era primavera, la época de las noches blancas de Petersburgo). Su mujer insistió riendo en que yo aceptase... Le parecía «divertido». Sin duda no me juzgaba digna de sus celos.

De esta forma mi vida empezó a complicarse.

Era un período difícil para el Partido. Me hallaba sumergida en trabajo y preocupaciones. Justificándome a mí misma por «no haber tenido tiempo» y aguardando la partida inminente de la mujer de M. para el sur con los niños, retrasaba cobardemente el desenlace de aquella historia.

Acaso le parecerá a usted inverosímil, pero sepa que en aquel momento yo pensaba con una ternura especial en mi amante exiliado e incluso emprendía gestiones a fin de hacerle regresar.

Si me hubieran entonces preguntado a quién quería, habría respondido sin reflexionar: «A aquél que está lejos, mi compañero y amigo». Y, sin embargo, si me hubieran puesto como condición abandonar de inmediato al ingeniero M., sé que seguramente habría preferido la muerte. Me era a la vez extraño y curiosamente próximo:

odiaba sus miradas, sus costumbres, su forma de vivir, y le quería hasta desfallecer, le quería con todas sus debilidades, sus imperfecciones, con todos esos rasgos que en tanto contradecían lo que yo estimaba y amaba en las personas...

Nuestro amor no nos procuraba dicha alguna a ninguno de los dos. Y, no obstante, no podíamos ni siquiera pensar en separarnos.

Estaba asombrada, y hasta tal punto lo estoy aún, que me pregunto qué podría atraerle de mí a M. Incluso en aquel entonces, yo no era nada guapa, ni sabía vestirme ni me gustaba, era seca y «poco femenina». Pero sabía que M. me amaba como nunca había amado a la esposa que le adoraba.

El verano lo pasamos juntos, a solas... Fue un verano raro, a lo largo del cual nos vimos atormentados por los sentimientos contradictorios que experimentábamos el uno hacia el otro. No conocíamos la felicidad. Pero ninguno se atrevía a explicitar nuestra mutua insatisfacción, y ello nos aproximaba de una manera extraña.

En el otoño quedé embarazada... ¿Abortar? Ni él ni yo concebíamos esa posibilidad.

Marché a casa de mi madre...

La carta de Olga Serguéievna se interrumpía aquí. Resultaba patente que ella la había escrito en varias sesiones. Ahora proseguía con lápiz, a trazos nerviosos, en una hoja de papel administrativo:

Al llegar a casa de mi madre, le conté todo. Le puse al corriente de mis tormentos, de la dualidad sentimental que me torturaba y torturaba a la par a M., enamorado al tiempo de su muñeca-esposa y de mí.

Mi madre me escuchó hasta el final: después permaneció un largo rato reflexionando, silenciosa, fumando su eterno cigarrillo.

Al día siguiente vino a mi cuarto, se sentó en mi cama y expuso con tono firme:

—Quieres a M. Para mí, está claro. Lo primero que debes hacer es escribir a Konstantín.

Konstantín era mi compañero.

—¿Y escribirle qué?

—¿Qué va a ser? Que quieres a otro. No puedes ni siquiera dejar que se haga ilusiones. La piedad está aquí de más. No sería sino más doloroso para él.

—Pero yo no siento piedad por él. Quiero a Konstantín, siempre le he querido...

—Si aún le quieres, ¿cómo has podido amar a otro? —preguntó perpleja mi madre—. No digas tonterías.

—Nada de eso... Ahí está nuestra desdicha.

Y, una vez más, traté de explicar a mi madre los dos sentimientos que coexistían en mí: un hondo cariño, una ternura inmensa por Konstantín, un sentimiento de comunión espiritual con él, y también ese vivo atractivo que M. ejercía sobre mí, por más que no le tuviese, como ser humano, ni amor ni respeto.

—Si sólo notas una atracción física hacia M., y en realidad amas a Konstantín, entonces debes volver a él y romper con M.

—Pero, mamá, no se trata únicamente de una atracción física. Es también amor, pero distinto... Si se me anunciase que un peligro amenaza a M., yo daría la vida por salvarle... Pero, si me dijeran: «Muere por Konstantín», no aceptaría... Y, no obstante, quiero a Konstantín: en el fondo de mi alma le necesito, sin él todo es frío y vacío; en cuanto a M., como hombre, entiéndeme, como hombre, ni le quiero ni le respeto.

—Cuentos chinos —dijo mi madre montando en cólera.

Pero pronto también ella se halló confusa: tan pronto me exigía escribirle de inmediato todo a Konstantín para romper con él, como por contra declaraba que debía romper con M.

Por primera vez en mi vida experimenté el sentimiento de que mi madre y yo no nos comprendíamos ya; el sentimiento de haberme equivocado al venir a verla en espera de hallar en ella un apoyo. El punto principal de nuestro desacuerdo estribaba en que mi madre exigía que yo rompiese con uno u otro, mientras que en mi interior yo quería conservar al tiempo a Konstantín y a M. Y tal solución se me antojaba más «justa», más «humana», y más conforme con mi íntima verdad.

En definitiva, le escribí todo a Konstantín: no sólo le conté los «hechos», sino también todos mis tormentos, mis dudas, la dualidad de mis sentimientos. Primeramente, recibí una pequeña carta suya, en la cual me decía que, antes de responderme, debía «asimilar» todo el asunto y «comprenderlo». Pero aquellas breves líneas estaban tan llenas de calor, que inmediatamente pensé: «Konstantín no es como mamá. El sí comprenderá».

Y, efectivamente, Konstantín comprendió. En su lejano exilio revivió en sí mismo todos mis tormentos, mi dualidad sentimental, y

«captó» mi estado de ánimo. Se inclinaba ante lo inevitable y había sabido entender esa parte de mí, de mi propia alma, que tendía hacia él y no podía vivir sin él...

Para mí, todo estaba arreglado. Pero mi madre esperaba siempre una «decisión». Le extrañaba recibir a su nombre a la vez cartas que me llegaban de M. y de Konstantín. Y, al tiempo, se enorgullecía de ello.

Fue en aquella época cuando me relató su «drama amoroso». Trataba de impulsarme a encontrar una solución. Mi «cobardía» y mi «falta de voluntad» la apesadumbraban.

—Para otras cosas tienes carácter, tenacidad, audacia. No comprendo de dónde te viene esa «flojera» en amor. ¿La habrás heredado de tu padre? —me preguntaba en voz alta.

Ella no podía admitir en absoluto que ya era una solución poner las cosas en claro y «aceptar» a la otra persona tal como es.

—¿Y qué va a pasar con la mujer de M.? ¿También vas a contarle a ella todo y obligarla a tomarte tal como eres?

—No; desgraciadamente, ella no lo entendería. No hay que decirle nada. Por otro lado, M. nunca se ha sentido cerca de ella espiritualmente. La quería, la quiere aún, pero como a un juguetito frágil y encantador. Su amor hacia mí no ha hecho disminuir sus sentimientos hacia ella.

Todo esto irritaba a mi madre, y le hacía asegurar que, a la postre, tan sólo éramos espíritus triviales de la especie más vulgar, ya que esa clase de matrimonio a cuatro florecía en la sociedad archidepravada de París; además, tarde o temprano, me sería menester «escoger».

Con la primavera me nació una hija. M. vino a visitarnos y esas semanas pasadas en casa de mi madre fueron acaso las más felices de mi vida.

Lo más raro vino a ser que las relaciones que se instauraron entre M. y mi madre fueron inmediatamente mucho más cordiales de lo que nunca habían sido las de ella y Konstantín. Cuando M. partió, mi madre decidió de una vez por todas que «ahora la elección está clara, debes quedarte con el padre de tu hija».

Pero, curiosamente, cuanto más se inclinaba mi madre por M., más sentía yo crecer mi soledad interior sin Konstantín. Como si mi madre y M. formasen un bando y Konstantín y yo, otro. En el terreno ideológico, sin duda ocurría así: la «educadora de choque», la «populista», se alineaba junto al representante de la «burguesía liberal»,

en tanto que Konstantín y yo nos encontrábamos ambos en el bando del «proletariado».

Un nuevo arresto y un nuevo exilio eludieron el problema de «la decisión». Mi hija crecía en casa de mi madre, y yo seguía escribiéndome con M. y con Konstantín, cuando por fin se me presentó la ocasión de ver en el exilio a este último. Otra vez volvimos a hacer el amor, con gran escándalo de mi madre. Lo hicimos «sin dramas», sin escenas de «perdón», de forma natural, dichosos, como corresponde a dos personas espiritualmente compenetradas. Eso mi madre no lo aceptó nunca en su fuero interno. Me escribía cartas llenas de reproches y de profunda amargura. Había tomado partido por M. y consideraba que yo causaba la desgracia del hombre al que quería, y todo en nombre de una «piedad mal entendida».

Por su parte, M., después de haberme enviado algunas cartas conminatorias, había roto bruscamente toda relación conmigo. Me quedé con Konstantín.

Después llegó la «primavera liberal», la época de los «banquetes», bajo la benévola égida de Sviatopolk-Mirski.[4] Volvimos del exilio. La fortuna me envió de nuevo a Petersburgo. Era inevitable un reencuentro con M. No se lo ocultaré: lo deseaba, lo buscaba.

Nos encontramos, y fue como si no hubieran existido esos tres años de separación. Todo volvió a empezar: las angustias, las alegrías, las dudas, aquella disparidad de caracteres, la fuerza de nuestra mutua atracción. La violencia de tal sentimiento me abrumaba, tanto más cuanto que, bajo el imperio de su pasión renovada, M. estaba dispuesto a romper con su esposa e insistía en que nos uniéramos públicamente, en que «contrajéramos matrimonio». Pero, aún con más intensidad que antaño, yo sentía que espiritualmente éramos extraños el uno al otro. Las luchas políticas se intensificaban. Afirmábanse los distintos partidos, precisaban sus características. Lo que, tres años antes, no era sino una discusión teórica, se convertía ahora en una «plataforma de acción».[5]

---

[4] Príncipe de tendencia liberal, nombrado ministro de Interior en 1904.

[5] Sin duda Kolontái tiene aquí presente cierto pasaje de Lenin, escrito sólo un par de años antes (1920), en el que al definir las etapas principales de la historia del bolchevismo el líder bolchevique dice que, entre 1903 y 1905, «la prensa de la emigración plantea teóricamente *todos* los problemas esenciales de la revolución. Los representantes de las tres clases principales –la liberal burguesa, la democrática

M. no tenía siquiera la mentalidad de un miembro del grupo «Liberación».[6] Hablábamos idiomas diferentes. En cada uno de nuestros encuentros, yo me despreciaba interiormente; y, cuando no le veía, sentía una infinita tristeza. M. odiaba mis actividades, despreciaba a los «bolcheviques» y pretendía apoderarse de mí «de una manera firme y para siempre». Yo aborrecía lo «limitado» de sus intereses, le reprochaba su «liberalismo burgués», pero era incapaz de echarle de mi corazón. Es curioso, pero mis sentimientos hacia él tenían algo de maternal, sentía piedad por él, me asaltaba siempre la impresión de que se calumniaba a sí mismo, de que yo debía ayudarle a comprenderse, de que no debía abandonarle ante aquella encrucijada política.

Esas angustias duraron meses enteros. Hasta que Konstantín llegó de pronto. Esta vez sí recibió con dolor mi confesión: los celos hablaban en él. Sin embargo, nos instalamos juntos, «como amigos». Pero aquello M. no podía soportarlo. Rugía y tronaba. Exigía que rompiese abiertamente con Konstantín, rehusaba creer que vivíamos tan sólo «como amigos», dudaba de si romper con su mujer... En suma, era una serie ininterrumpida de escenas penosas y absurdas... Por fin, ocurrió algo del todo estúpido: M. irrumpió en nuestra casa, lanzó un montón de groserías a la cara de Konstantín y exigió que yo le siguiera de inmediato pues, de otro modo, «todo habría terminado entre nosotros». No le seguí. Nos separamos como enemigos. Fue una época lamentable, insufrible. Konstantín veía mi dolor, pero no sabía ni podía ayudarme: estaba celoso.

Por primera y única vez en mi vida (y es, sin embargo, algo idéntico lo que ahora me atormenta), no llegaba a consagrarme por entero a mi trabajo político. Mi quebranto me doblegaba.

---

pequeñoburguesa (encubierta con los rótulos de las tendencias "socialdemócrata" y "socialista revolucionaria") y la proletaria revolucionaria– anticipan y preparan, con una encarnizada lucha de concepciones programáticas y tácticas, la futura lucha de clases abierta.» LENIN, V. I.: *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*; en *Obras Completas*, tomo 41, páginas 8-9. Editorial Progreso, Moscú, 1986.

[6] Grupo liberal, partidario de la monarquía constitucional, liderado por el antiguo «marxista legal» P. Struve. El grupo se integró en el Partido Democrático Constitucional (*Kadete*, por sus siglas en ruso) en 1905.

Entonces llegó mi madre. Fueron las cartas desesperadas de M. lo que la obligó a venir. Venía con mi hija y con la orden categórica de «dejarme de todas esas historias y encontrar al fin una solución».

—Mi decisión hace mucho que la tomé, mamá —le dije.

—Pues bueno, en tal caso, deja de vivir con ése (se refería a Konstantín). Quiero creer que no te consideras como su mujer ya; pero entonces, ¿por qué se lo dejas imaginar? ¿Por qué haces sufrir a M.?

—Te equivocas, mamá, me quedo con Konstantín.

Mi madre no quería oír hablar de la cuestión. Por las cartas de M. sabía cómo nos había ido a él y a mí por espacio de meses; yo misma le había contado mis dudas y mis angustias.

—Tú quieres a M. El amor tiene sus derechos. Y tú los rompes con tu lógica absurda —repetía tercamente—. No te partas el corazón. Ten valor, en nombre del amor, para superar todos los obstáculos, incluso las disensiones políticas. Lograrás incluso hacer un marxista de M. Él te quiere tanto que está dispuesto a todo, y tú eres más fuerte que él.

Pero las argumentaciones de mi madre ejercían sobre mí el efecto contrario. Me invadía aún más nítidamente el sentimiento de que ni debía ni podía ligar mi vida con la de M., que tal decisión sería una derrota espiritual. M. era incompatible con mis convicciones.

Mi madre obtuvo de mí que accediese a ver a M. Probó a unirnos mediante la presencia de nuestra hija, pero, más allá de un penoso sentimiento de falsedad, aquel encuentro no produjo nada.

Después ocurrieron los históricos acontecimientos de 1905.

Esos acontecimientos se impusieron con tal fuerza, se apoderaron tan imperiosamente de todos, que los problemas personales pasaron de pronto a segundo plano. Las pequeñas desgracias personales se ahogaban en el océano de los sucesos históricos. La revolución nos arrastró a todos en su torbellino. Partí hacia el sur; Konstantín marchó al extranjero; mi madre se apresuró a volver a la provincia; M. se halló en cabeza de una de las «Uniones» liberales...

Trabajábamos, esperábamos, nos inquietábamos, discutíamos, luchábamos...

Luego vino la reacción. De nuevo no tenía sentido pensar en uno mismo.

En el otoño de 1908, la suerte me puso delante de M. en una pequeña ciudad industrial. La reacción se reforzaba, la revolución parecía maltrecha. Me encontré otra vez en la ilegalidad. En tanto que M., por su parte, abandonando el pasajero «radicalismo» de 1905,

trepaba con rapidez los escalones del mundo industrial y financiero, hacíase evidente que se convertía en un «importante» y los diarios locales mencionaban su visita.

Yo sabía que estaba en la misma ciudad y, como antaño, eso me turbaba y me impedía trabajar con calma. Pero no quería volver a encontrármelo, y le evitaba. Por aquellos días ocurrió que la policía halló de nuevo mi pista. Los camaradas me avisaron. Era preciso «escabullirme» sin tardanza. Aunque no fuese más que hasta la mañana siguiente, necesitaba encontrar un refugio seguro, no sólo para mí, sino para los documentos que poseía y que no quería destruir. Tuve la idea maliciosa de ir a ver a M. al cuarto que ocupaba en la fábrica que le había invitado «en cuanto notorio personaje»; allí estaría a salvo. Y me encaminé al lugar.

Un lacayo me anunció (yo di mi antiguo nombre). M. me recibió con una alegría sincera. Pero, cuando nos quedamos a solas y le dije el motivo de mi visita, se mostró inquieto, empezó a temer y me miró con una expresión que rezumaba hostilidad. No había en aquella mirada el menor trazo de nuestro antiguo amor.

Estábamos cara a cara, como dos extraños, y nos preguntábamos sin duda el uno sobre el otro: «¿Será posible que yo haya podido quererle, sufrir por su culpa, morir de amor por causa suya?». Yo tenía la impresión de que no era M. quien estaba ame mí, sino un lejano familiar suyo; había desde luego un cierto parecido con aquél a quien yo había amado, pero en conjunto no era más que un hombre que para nada me interesaba y que me resultaba completamente ajeno.

Lamenté haber ido. Pero estaba decidida a «permanecer firme» a fin de salvar los documentos. Era necesario que aquel «burgués» me maldijese y me temiera un poco... Ello no podría sino favorecernos a ambos y le haría perder alguna grasa.

Por su lado, él se esforzaba en hacerme comprender cortésmente que mi presencia en su aposento le resultaba en extremo molesta; yo ponía cara de no entender y llegaba incluso a invocar «los derechos que confiere una antigua amistad». Lo único que él podía hacer era dejarme pasar la noche allí. Y por Dios que imagino qué nochecita pasó M. En cuanto a mí, dormí bien. Había olvidado por entero que dos habitaciones más allá dormía (o, más bien, «no dormía») aquél cuyos pasos, cuya risa o una mirada furtiva llenaban a cada instante mi alma de una emoción intensa, aquél cuya presencia yo notaba de un rincón a otro de la casa... Pero, ahora, comprendí que nuestro

amor estaba muerto y enterrado. Sólo quedaban un vacío y mi hija. M. ni siquiera había preguntado por ella.

Nos despedimos fríamente, sin expresar deseo de volvemos a ver. El pasado estaba enterrado, dado al olvido.

Pero le voy a confesar a usted lo que me extraña y no consigo explicarme. Poco después encontré a Konstantín, a quien no había visto desde hacía tanto tiempo (trabajábamos en dos regiones diferentes). Figúrese que, de pronto, sentí hacia él una frialdad inacostumbrada. Le veía bajo un nuevo prisma también a él. Era como si todo lo que habíamos vivido a lo largo de los agitados años de la primera revolución nos hubiese marcado, hubiese aniquilado la antigua visión que nos era familiar. Teníamos un modo distinto de apreciar los «sucesos», de abordar los problemas del momento, de considerar el futuro.

Konstantín había soportado con entereza no pocas vicisitudes: estaba «en desacuerdo» con el Partido. Discrepancias mitad personales y mitad políticas le habían hecho «amargo» y pesimista. Konstantín no se veía, como antes, animado por su fe en la revolución; estimaba que este período actual de convalecencia se prolongaría inevitablemente durante largos años, y nos demostraba nuestros errores con una vehemencia y una tristeza en la que se mezclaba un sentimiento de amargura. Se había convertido en defensor de la «prudencia» y de la «circunspección», y yo escuchaba en sus palabras y en sus tomas de posición la voz de un hombre cansado de la lucha y que, sin querer reconocerlo, se apartaba del movimiento a fin de encontrar «una bahía de paz».

En cuanto a mí, me encontraba llena de energías. La revolución, contrariamente a Konstantín, había redoblado mi valor y exaltado el ánimo; sentía que había madurado por dentro, que había cogido nuevas fuerzas y que era precisamente ahora cuando podía trabajar «a fondo».

Nos reencontramos, pues, sin entusiasmo; soñamos con actuar de nuevo a dúo, pero yo notaba que nos habíamos convertido en extraños. Tuve ocasión de salir al extranjero, por supuesto que de manera ilegal. Y me fui, para seguir asiduamente mis estudios de química, interrumpidos por las actividades en el seno del Partido.

No volví a ver a Konstantín. Poco a poco, se había apartado por entero de nosotros. Durante la guerra dio clases en un colegio. Se dedicó activamente a sabotear el poder soviético, y al parecer le mataron en el curso de un complot tramado por los blancos.

M. consiguió huir a tiempo al extranjero y así escapó a «la diestra vengadora del proletariado». Pero, para mí, ambos estaban muertos desde mucho tiempo atrás. Y no me preocupaba de su suerte.

Pero sin duda que usted se preguntará, leyendo con impaciencia esta biografía que no acaba: ¿dónde está el drama? Todo esto es parte del pasado, de lo vivido, y todo está enterrado: ¿de qué se trata, pues?

Para comprender lo que en este momento me hace sufrir, era menester mostrarle a usted quién soy. Quería, por lo tanto, explicarle que, por mi profesión, no soy menos «mujer» que otras y que sé comprender toda la «complejidad» del alma humana.

Pero no puedo aceptar lo que se me enfrenta en la persona de mi hija, pese a toda la tolerancia de que soy capaz.

Se lo repito, me consuelo a veces diciéndome que no entiendo a Genia, tal como mamá, María Stepánova, no me entendía a mí. Pero, en la mayoría de las ocasiones, eso me parece un dejar correr las cosas y una vulgaridad tan exagerada que la cabeza me da vueltas.

Ayúdeme a ver claro... Y obre conmigo en consecuencia si, en efecto, yo estoy «atrasada», si se trata de una nueva psicología a la que aún no nos hemos acostumbrado y que desarrolla en nosotros un nuevo estilo de vivir.

No, hoy no puedo escribir más. Escuche... Permítame ir en persona a hablar con usted. Ahora que ya sabe todo lo que ocurrió, podré contarle con mayor facilidad, y sobre todo más rápidamente, este nuevo enigma ante el cual me ha colocado la vida y que no consigo resolver. Llámeme al 2-07-51, extensión 31, para decirme cuándo puedo ir a verla personalmente. Lo que más cómodo me resulta son las tardes a última hora. Espero su llamada.

Saludos comunistas.

Olga Vesselovskaya

Algunos días más tarde, Olga Serguéievna vino a verme a última hora de la tarde, con arreglo a la cita que habíamos fijado. Enseguida noté la tensión de sus rasgos y su mirada inquieta. Esa mujer modestamente vestida, peinada con discreción, siempre aplomada, calmada y poco locuaz, se me aparecía ahora de modo diferente. Y, sin embargo, al verla allí, al discutir con ella los acontecimientos políticos que nos apasionaban en aquel instante a todos los rusos, yo no lograba establecer un nexo entre la responsable de la organización de la industria y la mujer que me había enviado su confesión.

—No obstante, volvamos a mi problema —cortó Olga Serguéievna con su voz nítida y un poco seca, que recordaba la de la autoritaria María Stepánova—. Ahora se trata de Genia. Me gustaría que hablásemos de ella. Es posible que algo me sobrepase, que todo esto no sea más que el inevitable «conflicto intergeneracional», pero acaso trátese de otra cosa, de una deformación que en Genia se derive de las deficiencias de su educación. La niña ha ido de un lugar a otro desde que era muy pequeñita: sea a casa de su abuela, a mi casa, a casas de amigos. Estos últimos años vivió en una fábrica, metida en la vida fabril: fue al frente, tomó parte en las campañas de producción y evidentemente se ha visto enfrentada a multitud de experiencias, tales como una chica de su edad no conoce más que de palabra. Tal vez todo esto sea bueno, porque hay que conocer la vida en todos sus aspectos: pero, por otra parte...

Olga Serguéievna continuó su relato:

—¡Ah!, ¿sabe usted? Desde hace algunas semanas no entiendo ya nada, no sé ya dónde está el bien o el mal. Antes me sentía dichosa de ver que Genia no tenía prejuicios, que miraba la vida cara a cara, que en el terreno práctico sabía desenvolverse en cualquier coyuntura, que no había rastro en ella de esa veleidad que caracteriza a los intelectuales, ninguna falsedad, que era (tal me parecía) de una franqueza casi ingenua; pero, bruscamente...

—Prosiga, por favor.

—He aquí rápidamente de lo que se trata. Usted sabe que, durante mi emigración al extranjero, encontré al camarada Riabkov y le saqué de apuros en Davos. Desde entonces vivimos como marido y mujer. Por supuesto que yo soy mucho mayor que él. Él es, por así decirlo, «mi alumno», pero durante los siete años que hemos pasado juntos, nuestras relaciones han sido radiantes, excelentes. Volvimos a Rusia juntos en 1917 y juntos hemos tomado parte en el establecimiento del poder soviético. Usted conoce lo bueno que es el camarada Riabkov; sabe que es un auténtico proletario, sin compromisos, y que, naturalmente, no podría ser de otra forma. Resulta inútil decir qué buen trabajador es: todo el mundo está de acuerdo en ello... Está tuberculoso y le he cuidado como he podido... Me parecía que no había la menor sombra entre nosotros. Todo era nítido, claro, armonioso... Cuando el

último año nos instalamos en Moscú, me llevé a Genia con nosotros. Ella trabaja en el Partido, aunque sólo tenga veinte años. Es tenaz, incansable y apasionada, como su abuela. La aprecian en el barrio. También sabe usted las condiciones de nuestra vivienda: tres por habitación. Se está estrecho, pero resulta inevitable en las actuales circunstancias. Por otra parte, ninguno de nosotros estaba mucho en casa, sobre todo yo. Además, yo iba con frecuencia a visitar nuestras fábricas. Después de tan larga separación, Genia y yo nos entendimos muy bien; manteníamos relaciones amistosas. Sí, digo bien, amistosas. Yo no me sentía en absoluto su «madre», e incluso rejuvenecía en contacto con ella. Me sentía contaminada por su espíritu de iniciativa, por su risa, por su juvenil confianza en mí. El camarada Riabkov enseguida simpatizó con ella. Yo era feliz porque había temido que no se entendiesen. Pero Genia y Andréi se convirtieron en excelentes amigos. Yo misma los mandaba al teatro, a mítines, a aperturas de congresos. Vivíamos unidos y agradablemente. Yo estaba contenta sobre todo por ver que Andréi se había entonado un poco, y que sufría menos... He ahí cómo íbamos, hasta que... Hasta que «algo» surgió y trastocó todo...

Olga Serguéievna se interrumpió, como si le resultase penoso proseguir. Aguardé. Olga Serguéievna miraba por la ventana y callaba.

—Me lo figuro, Olga Serguéievna. Ocurrió lo que inevitablemente tenía que ocurrir en tales circunstancias y que tan difícil resulta de olvidar: Genia y el camarada Riabkov se acostaron. Pero ¿qué hay de tan terrible en ello, de tan reprobable, de tan sucio? Debe usted tratar de comprenderlo.

—¡No es eso lo terrible! ¡No es eso! —me cortó vivamente Olga Serguéievna—. Lo terrible es lo que, después de eso, he visto en el alma de Genia, y allí...

—¿Qué ha visto usted?

—Una especie de carencia de sensibilidad, de calma, de seguridad de estar en su pleno derecho que no acierto a comprender... Algo frío, calculado... Una especie de cinismo. No amor, ni pasión, ni culpa, ni deseo de salir de esta situación, ya me entiende usted... Como si todo fuese natural y yo fuera la única que no «comprendiese», que estuviese «atrasada»... Y tan pronto se me

antoja todo una debilidad de lo más mezquina, una sensualidad que no entiendo, como me digo que, en efecto, debo de estar «quedándome atrás»... Mi madre, María Stepánova, tampoco me comprendía cuando conocí mis sinsabores amorosos. Y por eso necesito precisamente que usted me ayude. Ayúdeme a ver claro.

Olga Serguéievna me contó que su hija había ido a verla al despacho y le había pedido que le concediese una «audiencia» de diez minutos.

—No te puedo atrapar de otra forma, mamá.

Después, con mucha calma, sin preámbulo, había comunicado a su madre que presentaba todos los síntomas del embarazo. Olga Serguéievna se sintió turbada y había exclamado sin querer:

—Pero ¿de quién?

—No lo sé —había contestado la hija.

Y la madre había sacado la conclusión de que la hija no quería decirlo, pero ya, en aquel instante, sentía un pellizco en el corazón.

Genia venía a pedir consejo a su madre a propósito de un posible aborto (la ley acababa de entrar en vigor), y a procurarse cartas de recomendación para las administraciones competentes. No quería tener un niño.

—No tengo tiempo de tenerlo.

Olga Serguéievna no relató a su marido la noticia que Genia le había anunciado, por juzgar que se trataba de un «asunto personal» de su hija. Lo único que a ella misma le podía corresponder decir es si juzgaba útil la decisión de Genia. Pero algo pesaba en el alma de Olga Serguéievna. Una especie de aprehensión inconsciente. Empezó a dudar, a recordar ciertos detalles de su vida en común que ahora se le aparecían bajo una luz distinta.

Olga Serguéievna se aborrecía a sí misma por tener tales pensamientos y los rechazaba. Pero se habían instalado en ella y le impedían trabajar. Eran tan tenaces que Olga Serguéievna, pretextando un malestar, regresó a su casa en mitad de la reunión vespertina de la fábrica y encontró a su hija y a su marido abrazados.

—Comprenda usted, lo que me aterró no fue el hecho en sí, sino todo lo que vino después. Andréi simplemente se puso el

sombrero y salió. En cuanto a Genia, le pregunté: «¿Y por qué me dijiste que no sabías de quién estabas encinta?»; y me respondió con toda tranquilidad: «Te lo repito: no sé si el responsable es Andréi o algún otro.» «¿Cómo que algún otro?» «Sí, eso he dicho. Estos últimos meses, he tenido relaciones también con un camarada a quien tú no conoces». ¿Entiende usted ya cómo me aterró todo aquello? Genia me dijo que ya cuando iba al frente a llevar paquetes tenía una vida sexual. Pero lo que me resultaba aún más incomprensible es que declaraba tercamente no amar y no haber amado nunca a nadie. «Entonces, ¿por qué te has acostado con ellos? ¿Es que la atracción física es tan fuerte para ti? Tú eres aún muy joven. No es normal...» «Cómo te lo diría, mamá. Sin duda, nunca he sentido "atracción física", en el sentido en que pareces entenderlo, antes de encontrar a ese otro con el cual te digo que he mantenido una relación estos últimos meses (ahora ya se ha acabado). Pero ellos me gustaban y notaba que yo les gustaba... Es muy sencillo. Y, además, eso no compromete para nada. No entiendo lo que te preocupa tanto, mamá. Si me vendiese, o si me violaran, sería diferente. Pero yo lo hago por mi propia voluntad. Mientras nos gustamos, permanecemos juntos. Si la cosa pasa, nos dejamos. Nadie pierde nada con ello. Evidentemente, se me hará preciso interrumpir mis actividades por espacio de dos o tres semanas a causa del aborto. Por supuesto, resulta fastidioso. Pero yo soy la única afectada. La próxima vez, tomaré precauciones.»

Cuando Olga Serguéievna le preguntó cómo se las arreglaba para mantener relaciones con los dos y qué sentido tenía aquello para ella, puesto que no quería a ninguno, Genia le contestó que había ocurrido «por casualidad», y que era del otro, y no de Andréi, de quien se sentía más cerca sentimentalmente, pero que como la trataba «como a una niña» y no la tomaba en serio, hizo el amor con Andréi, porque le conocía «a fondo» y le quería mucho, como se quiere a un camarada, y con Andréi todo había sido sencillo y alegre.

—¿Y ambos saben del otro?

—Sí, ¿por qué iba a ocultárselo? Si no les agrada, no tienen más que dejar de acostarse conmigo. Yo pienso seguir con mi vida. A Andréi esto le da igual. El otro se enfadó, me dirigió más

de un ultimátum. Pero, por supuesto, siempre acababa por transigir. Soy yo quien le ha abandonado ahora. Ya me cansaba. Es zafio, y eso no me gusta.

Olga Serguéievna había probado a demostrar a su hija que semejante actitud despreocupada hacia las relaciones sexuales, hacia la vida y hacia las personas era «inadmisible». Pero Genia protestaba:

—Tú dices que está mal, mamá, y que no debe hacerse el amor si no se ama, que mi cinismo te desespera. Pero, mamá, dime francamente; si fuese un chico de veinte años, tu hijo, quien hubiera ido al frente, quien hubiera llevado de forma general una existencia independiente, ¿te horrorizarías de verle haciendo el amor con las mujeres que le gustan? No con prostitutas a quienes se paga, ni con chiquillas seducidas con engaños (eso sí es una bajeza, estoy de acuerdo), sino con mujeres que le gustan y a las cuales él gusta. ¿Te horrorizarías? ¿No? Entonces, ¿por qué te desespera mi «falta de moralidad»? Te aseguro que conmigo pasa lo mismo. Tengo perfecta conciencia de mis deberes, conozco mis responsabilidades en relación con el Partido. Pero ¿qué tiene que ver el Partido, la revolución, la lucha contra los blancos, el caos del país, todo de lo que me has hablado, con el hecho de que me acueste con Andréi y con otro hombre al mismo tiempo? En cambio, ese niño no puedo tenerlo. En este período de caos no es el momento. Eso lo entiendo muy bien, y por nada del mundo quisiera ser madre. Pero, en cuanto al resto...

—Y en cuanto a mí, Genia, ¿no te has preguntado cuál sería mi reacción al saber la relación que tenías con Andréi? —preguntó Olga Serguéievna.

—¿Y qué es lo que cambia? Tú misma querías que fuéramos «íntimos». Estabas orgullosa de ver que nos hacíamos «amigos»... ¿Dónde se acaba la «intimidad»? ¿Y por qué podríamos sentir ciertas cosas juntos, divertirnos juntos, y, sin embargo, no acostarnos? Nada te hemos quitado. Andréi te adora, como siempre te ha adorado. Yo no te he arrebatado ni una pizca del sentimiento que él experimenta hacia ti... Y, en cuanto a que nos hayamos besado y acostado... De cualquier forma, tú nunca tienes tiempo para besarle. Y, además, mamá, ¿querrías acaparar a Andréi hasta el punto de que no pueda conocer otra dicha, salvo a

tu lado? Ése sería un mal instinto de propiedad. Debe de ser una tara de la educación burguesa que recibiste de la abuela. ¡No es justo! Tú has vivido con arreglo a tus creencias, en tu época. ¿Por qué Andréi no tendría también derecho a hacerlo?

Lo que confundía e indignaba a Olga Serguéievna era que ni su hija ni Andréi experimentaban la menor sombra de remordimiento. Como si todo aquello fuese natural, legítimo, sencillo, como si no valiera la pena hablar de ello de no ser por condescendencia hacia ella, que «no entendía»; sólo por eso Andréi y Genia se habían sentido obligados a pronunciar algunas excusas chatas, a decir que «lamentaban lo que había pasado» y haberle causado pena. Pero ella notaba que, en el fondo de sí mismos, ni el suave y tierno Andréi ni Genia se sentían nada culpables. Uno y otro no dejaban de repetir que «nada había cambiado», que ella se equivocaba al «tomarlo a la tremenda», que nadie había tenido la intención «de herirla o causarle daño alguno». Pero que, si todo el asunto la atormentaba, ambos estaban dispuestos a «poner término» a lo suyo, aunque no comprendiesen en absoluto lo que aquello podría cambiar en caso de seguir.

Y presa de aquel caos de pensamientos y sensaciones, Olga Serguéievna había decidido venir a pedirme consejo y a suplicarme que la ayudara a ver más claro. ¿De qué se trataba, en efecto? ¿De un desencadenamiento de la lujuria que ninguna norma moral podía contener, o de una manifestación del nuevo estilo de vida, consecuencia de los problemas que se le plantean a la nueva clase en el poder, es decir, de una «nueva moral»...? Discutimos largamente sobre ello.

—Lo que me resulta más penoso —dijo Olga Serguéievna, moviendo con aire cansado sus bellas manos, que tanto recordaban a las de María Stepánova— es que no veo en ellos ninguna pasión, ningún sentimiento... En conjunto, todo está fríamente razonado. Parecen dos ancianos... No hay ninguna emoción. Si Andréi amase a Genia, y Genia a Andréi, todo estaría claro para mí. Sin duda también sufriría yo, pues amo a Andréi, pero no tendría ese desagradable sabor, ese rechinar de dientes... ¿Cómo expresar todo esto sin brutalidad? En suma: tengo malos sentimientos con respecto a Genia y Andréi, no les perdono el haberme engañado y mentido... No llego a comprender cómo han podido

conducirse de una forma tan falta de delicadeza conmigo, sabiendo mis sentimientos, mi dolor. He llegado a preguntarme si esos dos seres serán incluso capaces de amar, ¿me entiende usted...? Los dos afirman amarme. Pero, dígame, ¿qué amor es ése, que nos hiere así, como por juego, sin remordimiento alguno? No, ahí hay una sequedad, una dureza de alma... No lo entiendo... Un día, involuntariamente, se me escaparon reproches, y Genia me replicó: «Y tú, ¿acaso no ocultabas a la mujer de mi padre la relación que mantenías con él? ¿Acaso tú no mentías?». Pero ahí reside precisamente una diferencia considerable que Genia no capta, que no quiere comprender. En primer lugar, yo nunca he querido a la mujer de M., me era totalmente ajena. No tenía ninguna afinidad con ella y le ocultaba las cosas tan sólo por «caridad humana». Y, en segundo lugar, yo quería a M. ¡Y cómo le quería...! No menos que su mujer, y probablemente más. Nuestros sentimientos hacia él acarreaban derechos: la fuerza de mi amor, mis angustias, me justificaban. Pero en esto de ahora, nada hay: ni amor, ni angustia, ni remordimientos... Nada. Una especie de gélida seguridad de que la razón les asiste y el convencimiento absoluto de que tienen derecho a recoger los placeres donde y cuando se presenten... Eso es lo que resulta terrible. No hay el menor calor, la menor atención hacia los demás, la menor bondad... ¡Y, pese a lodo, se dicen comunistas!

A mi pesar, tuve que sonreír al escuchar tan ilógica conclusión. Olga Serguéievna reconoció, también con una sonrisa, con aire confundido, que semejante conclusión no tenía relación alguna con sus acusaciones.

Acabamos por concluir, al despedirnos, que yo me encargaría de ver a Genia en los días siguientes.

Genia me vino a ver una mañana; por la larde y por la noche está ocupada en el barrio.

Genia es una chica alta, de miembros largos, con expresión viva, y cuya cabecita recuerda a la de su madre, María Stepánova. Cuando vino a verme, aún estaba un poco pálida, tenía ojeras y las manos húmedas: aún no se había repuesto por completo de su aborto.

Tiene los gestos sencillos «de camarada».

—Lo que más le extraña a usted, me supongo, no es que yo haga el amor con hombres simplemente porque me gusten, sino que no espere a caer enamorada. Pero, dese cuenta, para enamorarse es preciso tener tiempo libre; he leído novelas y sé que eso toma su tiempo, y también se requiere fuerza, quiero decir, lo de estar enamorada. Yo no tengo tiempo. Tenemos tantas responsabilidades en el barrio en estos momentos... Y, por otra parte, ¿cuándo hemos tenido ocio estos últimos años? Siempre estamos con prisas, nuestros pensamientos están siempre ocupados en otra cosa... Por supuesto que nos ocurre a veces hallarnos menos ocupados. Entonces podemos notar que alguien nos gusta. Pero, entiéndame, no hay tiempo para enamorarse. Cuando apenas se ha dado cuenta uno de que hay una atracción recíproca, nos envían al frente o a otra ciudad. Entonces son preciosas esas pocas horas en que se está juntos por casualidad y se está a gusto... Ello no compromete a nada. Lo único que me da miedo siempre son las enfermedades venéreas. Pero ya sabe usted que si le preguntas bien a la cara a un hombre si está enfermo o no, no te engañará nunca. Eso me pasó dos veces. Había uno al que yo gustaba mucho, incluso parecía quererme. Cuando le planteé la pregunta, le fue penoso confesármelo y vi que sufría. Pero no hicimos el amor. Él sabía que yo no se lo habría perdonado.

Genia tiene ojos grandes, llenos de bondad, y produce una impresión de gran espontaneidad y franqueza.

—Pero dígame, camarada Genia, ¿por qué no se lo dijo usted, sin embargo, todo a tu madre? ¿Por qué esconderle durante meses su relación con el camarada Andréi?

—Consideré que aquello no la tocaba en absoluto. En caso de haberme enamorado de Andréi y de que Andréi me hubiese amado, entonces evidentemente se lo habría dicho todo a mamá, o más bien me habría ido... No quiero que sea desgraciada en lo más mínimo. ¡Pero es que no hay nada que pueda quitarle el cariño de Andréi! ¿Cómo no entiende ella que, si no fuese yo, sería otra...? Ella no puede de ninguna forma atar a Andréi hasta el punto de que no pueda ver ni ligarse con otra persona... No lo entiendo. Mamá no se siente en absoluto vejada porque yo sea amiga de Andréi, porque él se confíe más a mí que a ella, o porque, en el plano intelectual, se sienta más de acuerdo conmigo,

más próximo por así decirlo. Pero que nos hayamos acostado significa, según ella, «quitarle a Andréi»... ¡Pero mamá, se lo aseguro, nunca ha tenido tiempo de mimarle! Y, además, por su edad, Andréi está más cerca de mí que de ella. Y tenemos los mismos gustos y, por otro lado, todo esto es tan natural...

—Pero ¿no puede ocurrir que en realidad quiera usted al camarada Andréi, incluso sin darse cuenta?

Genia sacudió la cabeza negativamente.

—No sé a qué llama usted amor. Pero, según mi opinión, lo que siento por él no es en modo alguno amor. Cuando se quiere, se siente siempre deseos de estar juntos, de darle todo a quien se quiere, se piensa en él, se preocupa una por él. Pero si me propusieran vivir siempre con Andréi, contestaría: «No, gracias». Me siento bien con él, todo es tan alegre y sencillo... Es un verdadero camarada. Y tengo piedad por él, es tan frágil y delicado, como dice mamá... Pero, a la larga, me aburro con él. Prefiero aún a Abrasha... ¡Bueno, tampoco! Tampoco a él le quiero y nunca le he querido, aunque haya tenido un cierto poder sobre mí... Le obedecía, era más fuerte que yo —Genia frunció las cejas, recordaba algo; después, bruscamente, reanudó sus palabras con animación—. Mamá se indigna de que yo no quiera ni a uno ni a otro, y encuentra «anormal», «amoral», que a mi edad haga el amor sin amar. Pero creo que mamá se equivoca. A mi juicio, es más sencillo y mejor así. Recuerdo cómo mamá, cuando yo era pequeña, se debatía entre Konstantín y mi padre. Ello la agotaba y la atormentaba... Y todos sufrían, Konstantín y también mi abuela. Oigo aún la voz de mi abuela cuando exigía de mi madre que «se decidiera»: «No te dejes llevar. Hay que elegir, tomar una decisión». Y mamá no llegaba a decidirse porque los quería a los dos y los dos la querían... Y todos sufrían, se torturaban mutuamente, y después llegaron a detestarse y se separaron como enemigos... En cuanto a mí, nunca me separo «como enemiga» de quienquiera que sea. Se acabó, no nos gustamos ya, y eso es todo... Cuando alguien empieza a estar celoso de mí, recuerdo siempre los sufrimientos de mamá, de Konstantín, aquellos celos, y me digo que por nada del mundo querría conocer lo que ellos han tenido que vivir. Que se metan bien en la cabeza que yo no pertenezco a nadie.

—Pero ¿es entonces posible que no ame usted a nadie y que nunca haya amado a nadie? —pregunté, siempre perpleja—. Y, sin embargo, ha dado usted una buena definición del amor. ¿Ha tomado esa definición de los libros?

—¿Qué le hace pensar que no amo a nadie? —se extrañó sinceramente Genia—. Yo he dicho que nunca he sentido amor por aquellos con quienes he hecho el amor. Pero no que no amase a nadie...

—¿Puedo, por lo tanto, preguntarle a quién ama?

—¿A quién? Pues lo primero, y por encima de todo, a mamá. No hay persona que pueda comparársele. En cierto sentido, incluso la coloco por encima de Lenin. Y, de manera general, es una persona absolutamente aparte. No podría vivir sin ella. Y su felicidad es lo más importante para mí...

—Y, no obstante, usted ha atentado contra esa felicidad y le ha dado un duro golpe en el corazón. ¿Cómo se explica?

—Mire —dijo Genia con aire pensativo—, si hubiese sabido que mamá iba a tomarlo así, que le haría tanto daño.... creo, no, estoy segura de que no lo habría hecho... Pero me parecía que mamá estaba por encima de eso. Que ella tenía las mismas concepciones que Andréi y yo... Y que, si ella se enteraba, no le daría ninguna importancia... Pero ahora veo que me equivoqué y ello me resulta muy penoso. Mucho más de lo que ella supone...

Por vez primera en nuestra conversación, brillaron lágrimas en los ojos de Genia. Avergonzada, las secó con la punta de los dedos para que yo no las advirtiese.

—Estoy dispuesta a dar la vida por mamá. No es una frase hueca. Es lo que siento. Mamá puede contarle a usted cómo estaba yo cuando ella creyó tener el tifus... ¿Sabe usted lo más doloroso para mí en este momento? Pues que tengo mucha, mucha pena por mamá, y que me aborrezco a mí misma por haber sido tan tonta, tan incapaz de entender, de prever, de adivinar que esta historia tendría semejante efecto sobre ella... No sé lo que daría por que nada hubiese ocurrido... Y, no obstante, en el fondo de mí misma, siento que mamá está en un error, que Andréi y yo somos quienes tenemos razón... Hay que juzgar y comprender todo esto de un modo un poco distinto. Entonces veremos que es claro y sencillo. Todos seremos amigos y nadie «despreciará» a

nadie, sea quien sea... Usted me entiende, por mucho que yo quiera a mamá, por vez primera en mi vida tengo la impresión de que se equivoca... Y de que... ¡Eso es lo más duro para mí! Siempre he considerado a mamá infalible, y ahí se ha quebrado algo; ya no creo que mamá esté por encima de todo y de todos, ni que ella entienda todo... Eso me es terriblemente, terriblemente doloroso... No quiero perder mi amor por mamá, dejar de creer en ella... ¿Cómo, entonces, iba a creer en los demás? Usted no puede saber hasta qué punto me atormenta esto... Pero no por los motivos que mamá querría... Es penoso, muy penoso...

Grandes lágrimas corrían ahora por las mejillas de Genia, sin que ella las ocultara, y caían en su vieja y gastada falda negra...

Discutimos la forma de salir de la situación. Genia había decidido instalarse en un hogar, con camaradas, y empezar a sacar las cosas de casa de su madre en los días inmediatos. Lo único que le preocupaba era el modo en que Andréi y su madre iban a vivir sin los cuidados que la propia Genia les suministraba continuamente. Era ella quien se encargaba además de traer las menguadas «provisiones».

—Estoy completamente segura de que mamá tendrá siempre el estómago vacío —dijo Genia con inquietud—. Si uno no se ocupa de ella, si no la damos de comer, pasa el día sin tragar nada. Y Andréi es parecido. No sé cómo van a vivir sin mí. Son como dos niños indefensos. Por supuesto, iré a verlos, haré lo que pueda, pero no será igual. Yo también estoy muy ocupada, y cuando se vive juntos resulta más sencillo.

Suspiró. Había en su tono, cuando hablaba de Andréi y de su madre, algo maternal, como si en efecto se tratara de niños, de su hermanito y su hermanita.

—Me alegro de poder dar un poco de seguridad a su madre y decirle lo mucho que la quiere usted —le dije al separarnos—. La cuestión principal para ella es saber si es usted capaz de albergar «sentimientos fuertes y sanos», si no es usted demasiado «racional».

Genia sonrió.

—Que mamá esté segura... Todavía haré muchas tonterías amorosas. No soy su hija y la nieta de mi abuela en vano... Pero, incluso en este momento, hay personas a las que quiero, y de qué

forma... No sólo mamá... Hay otras. Por ejemplo, a Lenin... No sonría usted. Es muy serio. Le quiero mucho más que a todos los que me han gustado y con quienes he hecho el amor... Cuando sé que voy a verle y oírle, estoy emocionada durante días enteros... Por él también estoy dispuesta a dar la vida. Y el camarada Guerásim, ¿le conoce usted? Es el secretario de nuestro barrio. Ya lo creo que es una persona importante para mí... Le quiero, sí. Verdaderamente. Siempre estoy pronta a obedecerle, incluso si no siempre tiene razón, porque sé que sus decisiones son siempre justas... Usted se acuerda, el año pasado, cuando se desencadenó toda aquella intriga en su contra: bueno, pues entonces me pasaba las noches sin poder dormir. ¡Lo que luchamos por él...! Yo solivianté al barrio entero. Sí, le quiero —dijo finalmente Genia, con tono convencido, como para verificar una vez más sus sentimientos—. En suma, ahora me voy. Tenemos un trabajo enorme en el barrio. He sido elegida secretaria de célula —y añadió, no sin orgullo—: por lo tanto, tengo mucho que hacer... La vida sería más bonita si mamá pudiera tan sólo comprender y reconciliarse con todo lo que ha ocurrido.

Después, una vez más, como un niño, lanzó un suspiro como una casa:

—Volveré a verla a usted para pedirle consejo a propósito de mamá, pero asegúrela de que Andréi le pertenece por entero. A mí me hace tanta falta como esta mesita de aquí... En su opinión, ¿cree que lo entenderá? ¿Y que me querrá todavía?... Temo tanto que no sea así... No puedo vivir sin mamá, sin su amor. Y, además, es tan lamentable que toda esta historia repercuta sobre su trabajo... ¡No! Pese a todo, no quiero amar como amó mamá... ¿Qué tiempo queda entonces para trabajar?

Y dejando esa pregunta en el aire, se fue Genia.

Quedé de pie en medio de la habitación, en busca de una respuesta para la pregunta: ¿quién, a fin de cuentas, tenía razón? Razón desde el punto de vista de la nueva clase, con sus sentimientos nuevos, sus nuevas concepciones y su nueva manera de ver las cosas.

Oí detrás de la puerta la risa joven de Genia y su voz alegre que decía:

—¡Hasta esta tarde, camaradas! No me entretengáis... Ya llego tarde. Tengo mucho trabajo, muchísimo trabajo...

HERMANAS

Vino a verme, como tantas otras, para pedirme consejo y apoyo espiritual.

La había conocido fugazmente en alguna reunión de delegados. Tiene un rostro hermoso y expresivo, con ojos animados y algo tristes.

Este rostro estaba ahora más pálido que de costumbre; sus ojos eran más grandes y aún más tristes.

—Vengo a verla, porque no sé dónde refugiarme... Hace tres semanas que estoy en la calle... No dispongo de dinero para vivir... ¡Necesito trabajo! De lo contrario, no me queda más que un recurso: la prostitución.

—Si mal no recuerdo, ha tenido usted un empleo, tenía trabajo. ¿La han despedido?

—Sí. He trabajado en el departamento de envíos. Perdí hace dos meses el empleo... A causa del bebé, que había caído enfermo. No tuve más remedio que faltar al trabajo. Tres veces fue aplazado el despido a ruego mío; pero en agosto se me despidió definitivamente. Y dos semanas después se murió la nena. Pero no se me ha readmitido...

Agacha la cabeza. Las largas y abundantes pestañas ocultan los ojos. Quizá esconden alguna lágrima.

—Pero ¿por qué se la ha despedido a usted? ¿Es que no estaban contentos con su trabajo?

—Al contrario, soy una buena obrera. Pero se opinaba que yo no necesitaba trabajar, ya que mi marido, que está ahora en el Combinado[1], tiene un buen sueldo... Es una personalidad importante, un funcionario de la economía...

—¿Y cómo es que se halla usted sin techo y sin dinero? ¿Se ha divorciado usted de él?

—No, no nos hemos divorciado... Me he marchado sencillamente de casa. Y no he vuelto. Ni volveré... suceda lo que suceda. ¡Todo menos volver!

Las pestañas, tristemente entornadas, no pueden ya ocultar una gran lágrima...

—Perdone usted. No he llorado en todo este tiempo. No he podido... Pero ahora... Es más difícil contenerse cuando una halla simpatía. Si le relato todo, me comprenderá.

Su marido y ella se conocieron en el año 1917, cuando la revolución agitaba furiosamente su oleaje. Él era entonces tipógrafo; ella estaba empleada en el departamento de envíos de una gran editorial. Ambos eran partidarios de los bolcheviques. En ambos ardía la misma fe, el mismo apasionado deseo de «sacudir el yugo de la explotación» para edificar un mundo de justicia... Ambos sentían gran entusiasmo por los libros y eran aplicados autodidactas. A ambos les había zarandeado el torbellino de la revolución, produciéndoles vértigo... Ambos habían estado en sus puestos durante las jornadas de Octubre... En el fuego de la lucha, entre el castañeteo de las ametralladoras, se encontraron sus corazones. No tuvieron tiempo de consagrar legalmente su unión. Cada uno continuó viviendo su antigua vida, y ambos se reunían de vez en cuando en el trabajo. Pero estos encuentros eran luminosos y alegres... Entonces sí que eran «verdaderos camaradas»... Al cabo de un año, esperaba ella una niña. Su unión fue legalizada y vivieron juntos... El bebé alteró su forma de vivir por poco tiempo. Por iniciativa suya, se fundó una guardería en el

[1] *Kombinat*. Empresa que pertenece en parte al Estado y en parte a propietarios particulares.

distrito. El trabajo es más importante que la familia. El hombre refunfuñaba algunas veces. Quizá tenía razón. Ella descuidaba un poco la labor del hogar. Pero él paraba muy poco en casa. Cuando se la eligió como delegada al Congreso, el marido se sintió muy orgulloso.

—Ahora no pondrás mala cara si la comida está fría.

—¡Bah, la comida! ¡Con tal de que tu amor no se enfríe! ¡Vas a topar allí con tantas personas! ¡Ten cuidado!

Ambos bromeaban. Parecía que nada iba a ser capaz de enturbiar su amor. Eran no solamente «marido» y «mujer», sino camaradas. Marchaban a través de la vida cogidos de la mano. Los dos tenían las mismas aspiraciones. No se preocupaban de sí mismos, sino únicamente de cumplir con su deber, con su causa. También el bebé les producía alegría. Era una nenita sana y rolliza.

¿Cómo y cuándo ha cambiado todo esto? Quizá desde que su marido había entrado en el Combinado. Al principio estuvieron los dos muy contentos de ello: habían atravesado por situaciones difíciles y pasado hambre. La ropa que tenían estaba raída. A esto venía a agregarse el temor de que se cerrara la guardería. ¿A dónde irían luego con la niña? El marido se sentía orgulloso de poder «mantener» ahora a su familia como es debido. Propuso que ella dejara de trabajar. Pero ella no quería. Estaba acostumbrada al trato con los camaradas y familiarizada con el trabajo. Además, esto le daba una sensación de independencia, pues desde su juventud se había mantenido con su trabajo. Al comienzo, la cosa marchó y hasta parecía que les iba mejor. Se mudaron a otra vivienda: dos cuartos y cocina. Tomaron una muchacha que cuidara de la nena... Y ella se dedicó con mayor intensidad aún al trabajo en el distrito... También su marido estaba muy ocupado. Sólo venía de noche a casa.

Luego le destinaron a viajar en asuntos del Combinado. Estuvo ausente tres meses en compañía de *nepmen*. Cuando regresó sintió ella una punzada. Su marido no era el mismo. Apenas la escuchaba cuando hablaba, apenas la miraba a la cara. Vestía elegantemente, incluso se perfumaba y no paraba en casa cinco minutos seguidos.

Enseguida comenzaron a manifestarse los efectos del cambio... Antes no había bebido más que de vez en cuando, en días de fiesta señalados. Durante la revolución, el trabajo intenso y urgente no dejaba tiempo para pensar en el alcohol... Pero ahora empezó a beber de firme. La primera vez que él volvió a casa algo achispado, ella, más que enfadarse, se preocupó. Pensó: «con tal de que no le haga daño, con tal de que su prestigio no sufra a causa de ello...». A la mañana siguiente le regañó: pero él permaneció inalterable, tomó de pie su té —pues tenía prisa— y no dijo una palabra. Se marchó sin responder. Esto la molestó. Pero pensó que, sin duda, la cosa le resultaba enojosa y que por esto había callado. Apenas habían pasado tres días, cuando volvió de nuevo borracho a casa. Esto le produjo gran tristeza e inquietud... Por la noche tuvo que atenderle... Fue algo muy desagradable. Aun cuando sea el hombre amado, no deja de ser repugnante... Al día siguiente quiso hablar con él, pero apenas había comenzado cuando él la miró de una manera tan airada y hostil que no se atrevió a pronunciar una palabra...

Luego volvió a casa embriagado con mayor frecuencia. Ella no lo podía resistir más. Una vez faltó intencionadamente al trabajo, esperó a que él se hallara sereno y comenzó entonces a hablar. Le dijo todo, absolutamente todo... Que era imposible continuar viviendo así, y que si lo única que les unía era el lecho conyugal, entonces ya no eran camaradas... Le habló de su embriaguez, le advirtió, le avergonzó, se echó a llorar... Él la escuchó. Primero trató de defenderse. Ella no comprendía que fuera necesario «salir» con los *nepmen,* pues de lo contrario no se podían hacer negocios. Luego reflexionó y reconoció que eso no le agradaba tampoco a él... Él rogó que no se entristeciera, y le dio la razón... Al despedirse, se acercó a ella, tomó su cabeza entre las manos, la miró a los ojos como antes y la besó... Su corazón se sintió aliviado. Ese día acudió alegre al trabajo. Pero aún no había pasado una semana, y su marido volvió otra vez borracho. Como ella trató de recriminárselo, él descargó un puñetazo sobre la mesa y exclamó: «¡Esto no es asunto tuyo...! Así viven todos... ¡Si no te agrada, nadie te retiene!».

Él salió de estampida y ella vagó todo el día como abrumada por un gran peso. ¿Era verdad que él no la amaba ya? ¿Debía

marcharse? Pero al anochecer regresó él, inesperadamente temprano. Venía sereno, sensible, consciente de su culpabilidad. Hablaron largo tiempo, y de nuevo experimentó un alivio cordial.

Ella lo comprendía. Era la compañía, de la cual resultaba difícil alejarse. El dinero se gana fácilmente y es imposible quedarse atrás; esto sería penoso. Le contó muchas cosas de los *nepmen* y sus mujeres, de las muchachas de vida alegre... Y de cómo se hacían los negocios y cuán difícil es para un proletario descubrir a esos «tiburones».

Todo esto la puso triste, tan triste como nunca había estado durante toda la revolución...

Uno de esos días se enteró de que la «disminución del presupuesto» afectaba también a su plantilla. Se asustó.

Se lo notificó a su marido, pero él permaneció impasible. Estimó que así era mejor. Podría hallarse en casa con más frecuencia y atender bien a las labores del hogar.

—Hoy por hoy, nuestra casa está impresentable... No puede uno recibir a invitados decentes.

Ella se extrañó de su tono y trató de replicar.

—Eso es asunto de tu incumbencia. Yo no te lo impediré. Si quieres trabajar, allá tú.

Y se marchó.

Le dolía que su marido no la comprendiera, el cual se sentía ofendido por su actitud. Sin embargo, resolvió no dar su brazo a torcer. Fue a ver a los camaradas, trató de probar su derecho al trabajo, discutió con ellos, y al fin le dieron la razón: el despido fue aplazado. Pero las desgracias nunca vienen solas. Apenas se había tranquilizado en lo concerniente a su trabajo, su hijita cayó enferma.

—Me pasaba las noches junto a la cuna de mi niña enferma. Me sentía sola y la inquietud me atormentaba. Una de esas noches, sonó el timbre. Voy a abrir a mi marido, contenta de que vuelva ya. Pienso que le podré contar todo. ¡Ojalá esté sereno...! Abro la puerta, y casi no puedo concebirlo: ¿quién viene con él? Una mujer joven, maquillada y bebida...: «¡Déjanos pasar, mujer! —dice él—. He traído conmigo a una amiguita... ¡Deja, déjanos...! ¡Yo no soy peor que los demás! ¡Queremos divertirnos...! ¡No nos molestes!». ¡Veo que está borracho, que apenas puede tenerse en

pie! A mí me tiemblan las rodillas. Les dejé en el comedor, donde mi marido solía dormir, y corrí al lado de mi nena. Me encerré. Y allí estuve sin saber dónde tenía la cabeza. No sentía indignación contra él. ¿Qué puede pedirse de un borracho? ¡Y, sin embargo, era tan doloroso...! Al propio tiempo se oía todo lo que ocurría en el cuarto de al lado... Me podría haber tapado los oídos, pero tenía que atender a la niña... Por suerte, se callaron muy pronto. ¡Ambos estaban tan embriagados...! Muy de mañana, mi marido le abrió la puerta y volvió a echarse a dormir. Pero yo permanecí sentada..., y no hice más que pensar y pensar. Al anochecer volvió él otra vez temprano a casa. No nos habíamos visto durante todo el día... Yo le recibí fríamente y sin mirarle. Él se puso a revolver en sus papeles. Ambos callábamos. Noté que me observaba. Y pensé: «¡Déjale! Probablemente va a reconocer ahora su culpa, a pedirme perdón y a comenzar de nuevo la antigua vida... ¡Pero no lo toleraré! ¡Me marcharé de casa!». ¡Y el corazón me hacía tanto daño al pensar en esto...! Le he querido y le quiero todavía... ¿Por qué no decirlo? Le quiero aún, pero para mí es como si hubiera muerto. Pero ¿entonces...? Entonces mi sentimiento se hallaba vivo... Mi marido vio que cogía el abrigo para asistir a la asamblea del distrito, y, de repente, se enfureció... Me agarró del brazo hasta hacerme un cardenal, me quitó el abrigo de la mano y lo tiró al suelo: «¿Qué es eso de venirme con salidas histéricas? ¿A dónde vas...? ¿Qué quieres de mí? ¡Puedes ir a buscar un hombre como yo! ¡Te doy de comer, te visto, atiendo todos tus deseos..., no tienes derecho a condenarme...! ¡Para hacer negocios hay que llevar esta vida!». Habló y habló interminablemente. Las palabras le salían a borbotones. No me dejó replicarle. Ora gritaba como si quisiera descargar sobre mí y sobre sí mismo toda su cólera, ora trataba de justificarse cual si disputara con alguien... Vi cómo se atormentaba. Su rostro estaba demudado... Y de nuevo me inspiró tanta lástima que lo olvidé todo. Intenté tranquilizarle y demostrarle que la cosa no era tan grave; que la culpa no era suya, sino de los *nepmen*... Por la noche nos reconciliamos otra vez. Lo único que me amargó dolorosamente fue que me dijera que no debía disgustarme por su culpa. ¿Qué podía pedirse de un borracho? Entonces le rogué seriamente se abstuviera de beber. «No me molesta que hayas traído una prostituta

a casa, lo que me molesta es que vinieras en un estado tan bestial», le dije. Me prometió controlarse y evitar aquellas compañías. Pero, a pesar de nuestra reconciliación, había quedado un aguijón. Cierto, ¿qué puede pedirse de un borracho? Probablemente no podía acordarse de nada. Pero esto mordía y mordía en mi fuero interno... Siempre me obsesionaba este pensamiento: «¡Si verdaderamente me quisiera como antes, como en los años de la revolución, no habría ido a visitar a otras mujeres...!». Pensaba en el tiempo en que mi amiga, que era más linda que yo, se había esforzado por atraerle, sin que él se dignara ni mirarla siquiera... ¿Y si no me quiere por qué no me lo dice? Una vez traté de hablar con él sobre esto, pero él se enfadó y dijo que yo le atormentaba con tonterías femeninas mientras él se hallaba enfrascado hasta las orejas en los negocios, de tal modo que le importaban un comino todas las mujeres, incluida yo... Después de decir esto se marchó. La situación se agravó para mí. De nuevo se planteó la cuestión de mi despido. Rogué otra vez, traté de persuadir y se me concedió una nueva prórroga. Yo misma no sabía lo que me esperaba, pero seguía dándole largas. Temía más que nunca la dependencia de mi marido. Nuestra vida en común se hizo más y más difícil; nos volvimos mutuamente extraños. Vivíamos en una misma casa sin saber nada el uno del otro. Apenas vio una vez a su niña. Ella era la causa de que yo descuidara mi trabajo en el distrito para cuidarla. Mi marido bebió menos en este período; volvía a casa sereno, pero hacía como si no me viera. Además, no dormíamos juntos: yo, al lado de mi hijita, y él en el comedor sobre el diván. Algunas veces venía a visitarme por la noche... ¡Pero estos encuentros no me causaban la menor alegría...! Luego me sentía peor. Tanto más difícil parecía luego la vida en común... Como si al antiguo dolor se hubiera agregado otro nuevo. Cierto que me besaba, pero no me preguntaba cómo me sentía... Así vivíamos cada cual para sí. Callando. Él tenía sus preocupaciones, sus cosas enojosas... Y yo las mías... Hasta que sufrí el gran dolor de que muriera mi niña. Poco antes había sido despedida. Pensé que, por lo menos, el sufrimiento compartido podría hacer que mi marido se acordase de mí. ¡No! Tampoco el dolor pudo nada. Ni siquiera asistió al entierro de la niña. Le retuvo una reunión urgente. Así es que permanecí sola en casa...

Sin trabajo. Sin ganar nada. Trabajo podía hallar fácilmente, pues éste abundaba en el distrito. Pero lo difícil era ganar algo. Era penoso solicitarlo habiendo tantos parados. Además, todos sabían que mi marido era empleado del ramo de economía. ¿Como iba yo a rogar? ¡Ahora es dificilísimo hallar ocupación! Me esforcé por encontrar algo, busqué aquí y allá... Me resultaba penoso vivir a costa de mi marido, ya que nos habíamos vuelto recíprocamente extraños, pero no me quedaba otro recurso. Tuve paciencia. Siempre esperaba, aguardaba algo... Las mujeres tenemos un corazón insensato. Veía claramente que los sentimientos de mi marido para conmigo no eran los de antes, y yo misma sentía por él más enojo y amargura que amor. ¡Y, sin embargo, una cree que todo eso puede pasar! Cuando su amor vuelva, todo quedará arreglado, como antes... Y una espera. Cada mañana despierta una con esta esperanza. Vuelve una aprisa del distrito a casa pensando que acaso estará él ya allí, y solo. Y aunque él esté efectivamente allí, es como si no estuviera, pues no la ve a una, está ocupado consigo mismo o con los amigos, o, también, con los *nepmen*... Y una espera, espera siempre... Hasta que al fin ocurrió lo que ha sido causa de que me marchara de una vez... para siempre, para no volver jamás. Regresé de una asamblea a casa a eso de medianoche. Quise tomar una taza de té y coloqué el samovar. Mi marido no estaba aún allí. No le esperaba tampoco. De repente oigo cómo se abre la puerta de la antesala. Mi marido vuelve a casa. Posee llaves propias, a fin de no molestarme. Mientras estoy atendiendo el samovar caigo en la cuenta de que hoy ha llegado un paquete urgente para él. Éste se halla en mi cuarto. Dejo el samovar, y le llevo el paquete. Apenas puedo concebir lo que veo. Igual que la otra vez: al lado de mi marido se encuentra una mujer alta y esbelta. Ambos se vuelven hacia mí... nuestras miradas se encuentran, veo que está sereno... Esto me hizo daño, tanto daño que habría podido gritar. También la mujer se quedó cortada. Y yo... Yo misma no sé cómo pude poner tan tranquilamente el paquete sobre la mesa, y decir: «Ahí tienes un paquete urgente para ti». Luego me retiré. Cuando estuve sola, temblaba como si tuviera fiebre. Temía que pudieran oírme en el cuarto de al lado. Por esto me acosté tapándome la cabeza con la manta. No quería oír nada, saber nada, sentir nada... pero los

pensamientos se sucedían sin cesar... me torturaban... Los oigo cuchichear... No duermen... La voz de la mujer suena más alta, como si le hiciera reproches. ¿Es quizá su «amiguita», y la ha engañado diciéndole que no estaba casado? ¿Está quizá renegando ahora de mí? Todo lo he imaginado, lo he rumiado, lo he sufrido... Cuando la vez anterior, en su embriaguez, trajo consigo a una prostituta, no me atormenté tanto, aunque confieso que también fue amargo... ¡Ahora tenía la certidumbre de que ya no me amaba! Ni siquiera como camarada, como hermana... A una hermana la habría respetado, no habría traído mujeres a casa... ¡Y qué mujeres...! ¡Alquiladas en la calle! ¡Seguramente ésta es también de esa calaña! Y de pronto sentí una rabia tan grande que habría sido capaz de correr al cuarto y arrojarla de casa a empellones con mis propias manos. Así me torturé hasta el amanecer. No había podido dormir ni un instante... De repente oí pasos en el corredor, pasos sigilosos como de alguien que quiere deslizarse. Noté que era ella. Oigo que abre la puerta de la cocina. ¿Qué busca allí? Espero; escucho. Silencio. Entonces me levanto, y voy a la cocina. La encuentro sentada en el banquito situado junto a la ventana. Tiene la cabeza hundida entre las manos y llora amargamente... Sus cabellos son de un hermoso rubio claro y la envuelven casi por completo... Levanta los ojos y en ellos hay tanto sufrimiento que yo misma experimento dolor. Traté de acercarme, y ella se levantó y vino a mi encuentro: «Perdone usted —me dijo— que haya entrado en su casa... No sabía que él no vivía solo... Lo siento mucho, mucho...». Al principio no comprendí bien; pensé únicamente que no se trataba de una prostituta, sino de su «amiguita», y no sé cómo me vino a los labios: «¿Le ama usted?». Ella me miró sorprendida: «Nos hemos encontrado anoche por primera vez. Me prometió pagar bien, y a mí me es igual, sea quien sea, con tal de que pague». No recuerdo ya cómo fue, pero el caso es que me lo contó todo: que también ella había sido alcanzada, hacía tres meses, por la «disminución del presupuesto» en su plantilla; que había sufrido mucho por no poder enviar nada a su anciana madre, que moría de hambre. Hace dos semanas decidió hacer la calle y le fue bien, trabó buenos contactos, y ahora va bien vestida, come lo necesario y puede mandar algo a la madre... Mientras me relata esto, se retuerce las

manos: «He estudiado el bachillerato. Tengo una buena formación... Y aún soy muy joven. No tengo más que diez y nueve años. ¿Cómo he podido caer tan bajo?». No me lo creerá usted, pero, al oírla, todo en mí se estremecía de lástima. Y, de pronto, vi claro. Si yo no hubiera tenido a mi marido, me habría encontrado ya en la misma situación. Sin techo, sin trabajo... Cuando estaba en la cama, atormentada por mis pensamientos, había montado en cólera contra ella, pero ésta cambiaba ahora y se tornaba contra mi marido. ¿Cómo se atrevía a explotar así la desolada situación de una mujer? ¡Él es un obrero juicioso, con sentido de la responsabilidad e investido de un cargo de confianza! ¡En vez de ayudar a una camarada sin trabajo, la compra! ¡Compra su cuerpo para procurarse placer...! Esto me resultaba tan repugnante que inmediatamente me dije: «¡Con un hombre como ése no puedo continuar por más tiempo!». Me contó otras muchas cosas más. Juntas encendimos el fogón y preparamos café... Mi marido seguía durmiendo. Y, de repente, corrí hacia ella y la pregunté: «¿Le ha pagado ya?». Ella se ruborizó y me aseguró que, después de todo lo que habíamos hablado, no tomaría un céntimo... Era imposible. Vi que quería marcharse antes de que despertase mi marido. No hice nada por retenerla. Usted se extrañará acaso, pero me era difícil separarme de ella. Como si me uniera a ella algo indisoluble... Y es que era tan desdichada, tan joven, y se hallaba tan sola... Me vestí y la acompañé. Anduvimos largo tiempo, nos sentamos en el parque y hablamos, hablamos. Le conté mis penas... Tenía aún en el bolsillo el dinero de la paga percibida cuando se me despidió... La persuadí de que debía aceptarlo. Al principio se negó a ello; pero, al fin, lo tomó bajo la condición de que yo me dirigiera a ella en caso de necesidad... Así nos separamos como hermanas... Todo había muerto en mí en lo concerniente a mi marido. De un modo repentino. No me sentía ofendida ni dañada. Era como si le hubiera enterrado... Cuando volví a casa trató de justificarse. Pero yo no le respondí absolutamente nada; no lloré, no le hice ningún reproche. Al día siguiente me trasladé a casa de una amiga. Enseguida comencé a buscar trabajo. Lo estoy buscando desde hace ya tres semanas, pero no veo ninguna probabilidad de hallarlo. Cuando, hace algunos días, me di cuenta de que no podía permanecer por más tiempo en casa de la

amiga, busqué a la muchacha que mi marido había traído a casa la última vez. Pero ésta había ingresado el día anterior en una clínica... Y así vago ahora: sin trabajo, sin dinero y sin techo... ¿Me espera a mí también el mismo destino?

Los ojos tristes y desesperados de mi interlocutora dirigen esta pregunta a la vida. Toda la pena, todo el horror, todo el sufrimiento causado por el enemigo aún no vencido —el paro forzoso— se fundían en esta mirada: la mirada de la mujer solitaria que lucha contra el decadente y caduco orden social...

Se había marchó, pero su mirada me persigue. Esta mirada exige una respuesta, nos llama a la acción. A la labor constructiva, pero también a la lucha.

UN GRAN AMOR

Todo esto pasó muy lejos y hace mucho tiempo, en el oscuro y distante pasado, mucho antes de que el mundo experimentara los sangrientos horrores de la Primera Guerra Mundial o las poderosas convulsiones de la revolución bolchevique. Aconteció en los años de la salvaje reacción zarista que siguieron a la revolución de 1905, y la historia trata de un grupo de revolucionarios que vivían en el exilio en Francia. Desde entonces un nuevo mundo ha emergido en Rusia, pero quizá veamos elementos de la historia repetirse en nuestras vidas, y puede que aprendiendo algo acerca de los personajes aquí presentes aprendamos también algo acerca de nosotros mismos...[1]

[1] De la edición de 1923.

I

Hacía siete meses que ella no le veía, siete largos meses. Cuando se separaron, pensaron, creyeron, que esta separación sería «total», «para siempre»...

Con la cabeza apoyada contra su pecho y los ojos cerrados, él le dijo a ella que no le quedaban más fuerzas para continuar esta lucha, para soportar esta dualidad. Y a ella su rostro le parecía delgado, pero a la vez infantil, conmovedor e infinitamente dulce...

—Ahora que el doctor le ha detectado a ella —es decir, su mujer— una enfermedad cardíaca, yo me sentiré como un verdugo, como un criminal, si le provoco la más mínima ansiedad... No puedo atormentarla más. Es necesario hacer todo lo posible para que su salud mejore. ¿Me entiendes, Natasha? Y luego los niños... Ya no me quedan fuerzas, no puedo engañarlos. Sasha tiene una mirada tan inquisitiva... Los niños deben sentir que yo estoy con ellos.

—Pero ¿podrás volver totalmente con tu familia? ¿Podrás borrar lo que pasó, nuestra intimidad, nuestra mutua y completa comprensión? ¿No sufrirás de soledad? —preguntó entonces ella, con cuidado, pensando no en ella misma, sino en él.

—¡Qué le vamos a hacer! Claro que estaré solo... Será frío y deprimente... Más de lo que puedo decir —se acercó a ella y, con los ojos cerrados, se mantuvo en silencio—. Pero no hay otra salida.

Y, como queriendo alejar los pensamientos oscuros sobre el futuro, empezó a besarla con besos viriles, que la alegraron y la entristecieron al mismo tiempo.

Ahora ella ya no le entendía. Una agonía inenarrable se apoderó de su corazón.

Natasha se dio cuenta de que ni una sola vez en todo el día pensó en él o le recordó. Y no sabía si alegrarse o entristecerse por ello. El anhelo por él, familiar y triste, sólo estaba presente por la noche, cuando después de un día de duro trabajo ella abría con la llave la puerta de su habitación: la habitación de «una mujer soltera».

En estas horas de fatiga física y falta de energía, después del estrés de todo el día, ella se sentía especialmente sola, abandonada e inútil. Y ella lo llamó, atraída por su alma…

«¡Senechka! ¡Senechka![2] ¿Acaso no puedes sentir lo sola que estoy? Qué doloroso… Qué terrible es estar sola.

¿Por qué te fuiste? ¿De verdad no te podías haber quedado a mi lado como amigo? Podrías haberle dado todo a ella, toda tu atención, tu ternura, tus caricias, y a mí dejarme ni que fuera un poco de calor, simplemente calor humano…»

Ella escribió estas cartas por la noche, pero no las envió. Sólo necesitaba a alguien a quien quejarse, «refunfuñar». Esto la alivió. Y mientras escribía, creía que sólo interferían causas externas; que, si él estuviera en la misma ciudad, si no se hubiera ido para «siempre», él habría ofrecido calor humano, comprensión, compromiso…

En momentos como estos, Natasha olvidó lo que pasó, olvidó que con él su alma estaba extrañamente fría y solitaria, que tenía que hacer frente a la vida sola, ser fuerte y aguantar siempre. Olvidó que su presencia exigía una doble tensión, que ella estaba exhausta y cansada; y suspiró con alivio cuando él se marchó para no interferir en sus pensamientos, en su estado de ánimo…

Natasha olvidaba esto. El frío de la soledad y el abandono se sentía muy claramente…

---

[2] *Senechka*: forma cariñosa de Senia, a su vez diminutivo de Semión. Lo mismo, más adelante, con las formas Aniuta y Ania, de Anna, y Natasha y similares, de Natalia.

«Definitivamente, soy viuda —le escribió a él—, voy a los mismos lugares, donde íbamos cuando solo éramos amigos, y donde trabajábamos, pensábamos y sentíamos juntos. ¿No éramos entonces, en esos días, la misma alma? ¿Acaso nuestra intimidad no encendió nuestra pasión? Y ahora, a menudo, estoy dispuesta a arrepentirme. ¿Por qué surge esta pasión? ¿Por qué interferiste en aquel momento de felicidad vibrante y brillante que nos proporcionaba nuestra amistad? Si sólo fuéramos amigos, no te habrías ido, Senia.»

Pero también hubo horas de un profundo sinsentido en esta pretérita intimidad, horas en que la amargura del resentimiento se acumulaba en el corazón y la anterior felicidad, ya pasada, parecía engañosa...

—¿De verdad él me quería? ¿Acaso esto es amor, tal y como yo lo entiendo? —se atormentaba Natasha en esas horas—. Si me amaba a mí, Natasha, ¿cómo pudo quitarme tan fácilmente de su corazón, de su alma...? ¿Realmente podría no sentir, no darse cuenta de cómo me hacía daño? No había afinidad, no había comprensión... Afinidad: yo misma la imaginé, me aferré a ella, la creé artificialmente... ¡Y cuánta energía se desperdició en esa creación engañosa! Cuánta energía, cuánto tiempo... Resultó frustrante y amargo.

Recordaba cómo en esos años su trabajo, la causa a la que servía, se vio indirectamente afectada por ello. Tuvo que delegar en otros sus importantes tareas para estar libre para él, debía perderse reuniones importantes, llegar tarde.

Su reputación de trabajadora «ejecutiva» se vio afectada, su negligencia le causó críticas y reproches...

Y, a posteriori, ella le reprochó, le expresó toda la verdad de sus pensamientos, todo lo que se había acumulado en su alma durante los años anteriores...

Y en su habitación de mujer soltera, en medio de libros y un montón de documentos, estaba su carta. Su vieja carta. Él se la dio cuando entre ellos «no había nada». Poco después de su encuentro en una velada literaria.

Ellos sólo se conocían de oídas. Ella era su «seguidora» y había conseguido publicar una serie de folletos donde divulgó sus teorías.

—¿Usted sabe quién está hoy aquí? —le preguntó aquél que era una persona cercana a ella en esos días—. Tu amado Semión Semiónovich.

—¿De verdad? ¡Muéstremelo, muéstremelo! ¿Dónde? Quiero verlo —toda ella irradiaba una alegría interior y parecía una chiquilla—: deje que lo vea.

—¿Por qué está tan nerviosa? Temo que va a llevarse una decepción —Conmovido por su alegría, esa «persona cercana» intentó enfriar su pasión—. Él es una persona bastante apagada, y como hombre...

—¿Qué importa aquí que sea hombre? —Natasha encogió los hombros impacientemente—. ¡Qué tontería!

—Si está interesada, adelante. La llevaré con él.

La «persona cercana» se fue. Pero Natasha esperó de pie. Por dentro, sonreía y temblaba. De curiosidad, de alegría por conocer y ver en vivo a aquél que estaba tan cerca en sus pensamientos.

Ella se dio cuenta de que Semión Semiónovich se estaba resistiendo cuando vio que lo llevaban a rastras por el brazo hacia ella, y esto le pareció divertido y conmovedor.

—¿«Él» está avergonzado...? —pensó ella, que siempre sintió que Semión Semiónovich era un encanto, divertido, torpe, infantil y terriblemente conmovedor.

A ella le encantaba recordar ese primer encuentro y el periodo de dos años de su creciente amistad, mientras aún «no había nada».

Era un periodo con un dulce aroma de felicidad primaveral.

Entonces sí, entonces ella no estaba sola. Y se sentía tan animada, tan fuerte, que lo podía superar todo, creía en sus fuerzas... También había problemas, preocupaciones, incluso dolor, pero todo lo mitigaba, lo aliviaba una felicidad brillante, fluida y jubilosa...

¿La lucha? ¿Los obstáculos? Nada daba miedo, el camino de la vida transcurría audazmente por la pendiente de la montaña, serpenteando y haciéndote subir cada vez más arriba...

«¿Cómo puede vivir tan sola —se preguntaban sorprendidos sus amigos, la mayoría mujeres—, sin familia, sin un ser querido?»

Ella se separó de aquella «persona cercana» de forma inesperada, algo marcadamente inusual para ella.

—¿No es duro para usted estar sola, no es triste?

Ella se rio como respuesta. No, no estaba triste. Estaba feliz de estar de nuevo sola y libre, de que sus alas ya no estuvieran atadas por sus «experiencias», de ser una «mujer soltera». Ella y sus asuntos. No necesitaba nada más. Una vida plena. Vivir bien, tentadoramente bien.

Y, además, ¿qué significa estar sola? ¿De verdad no tiene buenos y cercanos amigos? Cuando hablaba sobre buenos y cercanos amigos, siempre se refería a él y a su familia: a su mujer e hijos. Los amaba a todos, como si fueran parte de él. ¿Qué, que Aniuta era «demasiado mujer»? ¿Que ella no entiende a las mujeres solteras, que a veces molesta a Natasha con su filisteísmo? No obstante, ella es amable y sencilla... Todo lo que piensa, lo dice. Y ama a su marido, confía en él... En esto, Natasha la comprendía. ¿Cómo no amarle? Un «pensador» tan auténtico, brillante y puro.

A Aniuta le encantaba mostrar a Natasha su felicidad familiar, regodearse en ella.

—Me da usted pena, querida. Sola, sin marido, sin un apoyo en la vida... Claro, yo sé que no todo el mundo tiene un marido como mi Senia. El matrimonio no siempre es dulce. Pero cuando se lleva doce años como yo y Semión Semiónovich, estando como en una luna de miel, entonces una siente pena por aquellas, como usted, que están solas, como si nadie las necesitara... Vea usted, querida, Senia hasta el día de hoy está enamorado de mí. ¿Lo puede creer? Bueno, ¡aquí tiene un hecho! Claro, esto no se puede contar, pero usted es una persona de confianza.

Y luego siguió con los detalles íntimos de la vida matrimonial con Semión Semiónovich, para convencer a Natasha de su enamoramiento hacia ella, su esposa.

Estas intimidades agitaron a Natasha, que no quería saber nada de ellas. En ella surgió de forma extraña un sentimiento espantoso, no sólo hacía Aniuta, sino también hacía Semión Semiónovich. La imagen de esposo legítimo opacó el hermoso rostro del «amigo-pensador». Y de forma temporal, hasta que no se

suavizó la impresión causada por el discurso de Aniuta, Natasha se mantenía al margen de Semión Semiónovich.

A veces a Natasha le parecía que Aniuta decía «esas cosas» de forma deliberada para torturarla, como si estuviera mintiendo.

Pero todos estos pequeños pinchazos eran poca cosa. Fueron rápidamente suavizados y sanados por la alegría envolvente, que brotaba de su creciente afinidad. Esta afinidad cogía forma en el trabajo. Les ayudaba a luchar por su lugar en la vida. Esta afinidad iluminaba las horas de soledad en la habitación de una mujer soltera…

Luego llegó la pasión. De repente, sin previo aviso. O puede que ésta estuviera madura desde hacía ya tiempo. Natasha estaba confundida. Ella se consideraba «experimentada» en los asuntos del amor. Ella misma creía en su «sabiduría», riéndose de que ya no estaría nunca más atrapada en una red de dramas amorosos. Ya era suficiente con los que tuvo… Siempre el mismo dolor, los mismos pinchazos, siempre la misma lucha y la misma incomprensión. Ella no deseaba amor… sólo amistad, comprensión y trabajo conjunto, común, grande y responsable…Eso quería Natasha. Pero la vida decidió otra cosa.

Iban en tren, en un vagón abarrotado de tercera clase. Viajaban hacia otra ciudad por una reunión de trabajo. En esa ocasión su esposa fue especialmente reacia a dejarlo ir, buscando e inventando historias para retenerlo.

Semión Semiónovich vacilaba.

Natasha fue a verle la noche anterior para saber si vendría o no. Pero Semión Semiónovich seguía indeciso.

—Realmente debería ir. Si yo no estoy allí, «ellos» («ellos»: la otra facción) lo aprovecharán. No aprobarán nuestra propuesta. Pero… ¡No! De hecho, no iré. Vitiusha[3] tiene fiebre… Aniuta se cayó. Mi conciencia no me permite dejarla sola. Y, aun así, ¿sabe qué? Venga mañana por la mañana. Después de todo le pilla a usted de camino.

No pasaba de camino, pero Natasha fue allí.

Natasha fue recibida por la mirada culpable y desorientada de Semión Semiónovich y la cara amarga de su esposa.

[3] Forma cariñosa de Vitenka, a su vez diminutivo de Víctor.

Él no marchó, pero convenció a Natasha de la gran importancia de su presencia en la reunión.

—Si no voy, esto tendrá repercusiones muy desagradables. Sé que ellos no aprobarán nuestra propuesta… Nunca me lo perdonaré… Pero, por otro lado, la fiebre de Vitenka… La pobre Aniuta está disgustada… Es sumamente frustrante. Realmente es imposible no asistir a una reunión tan importante…

Semión Semiónovich estaba preocupado.

—Bueno, no es ninguna tragedia. Sin usted también lo conseguiremos. Defenderemos nuestra propuesta —lo calmaba Natasha, pero sin darse cuenta aún de la causa real de su preocupación.

Natasha fue a la estación sola. Esto fue incluso agradable. Ahora podía repasar los detalles de la propuesta tranquilamente y trazar un plan de campaña para su defensa.

Era invierno. El frío picaba. Natasha caminaba rápido por el andén, manteniendo las manos en el manguito. Pensaba con claridad… Por dentro estaba muy animada y emocionada, como justo antes del combate. Defender «su» propuesta. Volver a él con noticias felices…

¡Natalia Aleksandrovna! ¡Natalia Aleksandrovna!

Natasha se dio la vuelta.

—Aquí estoy.

Semión Semiónovich estaba de pie frente a ella, sin aliento, pero con una apariencia triunfante.

—Me escapé, después de todo… Fue difícil… ¿Quizá le supo mal a Ania? A ella… —Él, familiarmente, consciente de su derecho, la tomó por el brazo. Y de nuevo sorprendió a Natasha su apariencia triunfante.

El tren estaba lleno. Tenían que sentarse muy juntos. Semión Semiónovich miró a Natasha muy atentamente y de forma inusual. Y esta mirada «viril», debido a las gafas doradas que le eran familiares, incomodaba a Natasha.

También le incomodaba el temblor de su propia mano, cuando él la tocó por accidente. El nerviosismo se apoderó de Natasha. La conversación se terminó de forma súbita. Sólo hablaban los ojos, que se buscaban y evitaban mutuamente… Natasha

sentía que una dulce corriente pasaba entre ellos, que les atraía y atormentaba…

Bajaron del vagón en una gran estación.

Olía a aire fresco y aroma invernal. La gran ciudad, con sus humos, estaba lejos. Ambos bebían ávidamente la frescura invernal y, como si se hubieran despertado de un sueño fantástico, pero a la vez terrible, suspiraron levemente.

—Se está bien aquí. ¡Mire: escarcha! Y el aire, ¡qué aire!

Hablaban de nimiedades. Y se sentían, simplemente, amigos… No querían entrar en el vagón.

Pero cuando regresaron al vagón, el pequeño astuto con arco y flecha empezó de nuevo a practicar su embrujo.

En el vagón, muy caluroso por la calefacción, el ambiente era sofocante, y de nuevo debían sentarse muy cerca el uno del otro. Semión Semiónovich encontró la mano de Natasha. Ella no la retiró.

Con voz interrumpida, de forma poco fluida y lógica, él le habló sobre los celos de su mujer, sobre sus sufrimientos… Le hablaba sobre Aniuta, pero resultó que él estaba hablando sobre su propio amor hacia ella, a Natasha. Él siempre sentía pena por Aniuta, su mujer. Se casó con ella por pena. Y vivía con ella como si fuera una extraña. Solo. Con sus pensamientos, sus aspiraciones… Llegó Natasha y todo esto cambió. Brillante, con alegría, poco solitaria… Ella encontró la llave de su alma… Y ahora él necesitaba a Natasha. Su sentimiento atravesó todos los niveles del amor y el dolor.

Él la amó durante mucho tiempo, sin atreverse a creer en su reciprocidad. Como aman los niños pequeños… «Como si fuera un estudiante». Y estaba celoso de ella. Se torturaba. Estaba celoso de la «persona cercana» que los presentó. Cuando se separaron, él estaba lleno de júbilo. Durante todos estos años él la amó. Él amaba con ternura y tormento.

Natasha estaba atónita. Como si estuviera encantada. Pero, por otra parte, se sentía avergonzada e incluso un poco extraña. En esta pasión, que la ha transformado, no reconoce a la imagen conocida y agradable del «pensador». Éste era un nuevo y extraño Semión Semiónovich, y no aquél con una sonrisa infantil, de la cual ella se enamoró.

Pero el nuevo Semión Semiónovich se inclinaba cada vez más cerca, buscando su mirada ... Dice que no puede imaginarse una vida sin ella, sin Natasha.

Y, sin embargo, él tenía una familia, a los niños, a Aniuta... Nunca dejará a Aniuta, nunca la dejará ir. He aquí el drama.

—¿Qué podemos hacer, Natalia Aleksandrovna? Natasha...

Él sufre, y esta tortura crea en ella ternura, llena su alma...

—¿Que qué podemos hacer? ¿Acaso hay que hacer algo...? ¿No es una suerte ser su amigo? Es felicidad, pura felicidad...

—¡Querida! —dice olvidando que hay gente a su alrededor, mirándolos... Él la abraza y la besa en la sien—. Qué bien se está contigo... ¡Tan bien!

Ella lo mira con sus ojos llenos de agradecimiento y lealtad. Sus labios dibujan una sonrisa, y en sus mejillas hay lágrimas.

—Son de alegría —dice ella.

Y él la abraza más fuerte y le susurra:

—Querida, mi amor... Natasha mía...

Salen ambos del vagón, embriagados de amor. Los reciben unos amigos, que los llevan al hotel. Luego a la reunión. La reunión transcurre sin problemas. Tanto Natasha como Semión Semiónovich están animados. A altas horas de la noche, sus amigos los acompañan hasta su puerta. Ríen y hacen bromas. Y Natasha, hoy, los ama a todos, le parecen agradables y simpáticos, incluso sus oponentes. En el fondo de su alma está llena de alegría. Quiere reír, quiere estar rodeada de gente, quiere que el día de hoy nunca se termine. Luego ya no será así. Hoy desborda felicidad. Luego empezaran los tormentos.

Y los tormentos empezaron.

Eso sucedió en el último día de reunión.

Después de tres noches de insomnio debido a las preocupaciones en el trabajo, Natasha cumplía sus obligaciones de secretaria con negligencia. Simplemente no disponía de las fuerzas para estar concentrada, escuchar con atención y anotar con exactitud los discursos de los otros, a veces innecesarios.

Finalmente, decidieron leer el acta de la sesión. Resultó que Natasha se había equivocado: transcribió de forma errónea las palabras del adversario. La oposición empezó a murmurar. Consideraron que era un truco del bando opuesto.

Natasha estaba confundida.

Y él, Senia, su Senia, de repente se irritó y la atacó bruscamente. Que los reunidos vean que éste es el «truco» personal de Natalia, que su dirección no se solidariza con ella...

Fueron hasta el hotel discutiendo, y Natasha luchaba por no llorar.

Al fin, los dejaron solos.

Entonces, Natasha corrió hacia él, se arrojó a sus brazos y se puso a llorar. No explicó por qué lloraba. Creía que Senia «lo entendería todo». Naturalmente, él, en el fondo, tampoco se sentía bien. ¿Por qué no la defendió, por qué la traicionó en nombre de la causa...? Ella quería decirle que lo entendía, que los intereses de «su» facción eran más importantes que sus sentimientos personales... Ella lo lamentaba ahora. Resulta muy ofensivo cuando piensan que es un «truco» y, en realidad, es sólo un error, agotamiento...

—¿Entiendes? Duele mucho, muchísimo...

—Claro que entiendo... Pobrecita mía. ¡Cómo te compadezco! Entiendo que debe ser muy duro para ti separarte de mí, pero ¿qué podemos hacer?

A ella le pareció que había oído mal. Sus lágrimas se secaron, lo miró y no lo comprendía.

—A mí también me duele —continuaba Semión Semiónovich, acariciándole suavemente su cabeza—. ¿Crees que yo no siento esto...? Pero nunca nos separaremos del todo... Continuarás viniendo como antes, como si nada hubiera pasado... Así debe ser. De lo contrario, Aniuta sospechará. Y no llores más. Ay, te he extrañado todo el día... Dame tus labios...

¿Cómo podría entonces Natasha decir por qué estaba llorando, si él no escuchó su alma, y si ahora, en este momento, en que ella albergaba tanto dolor, buscaba su última caricia antes de partir?

Él percibió que dos grandes lágrimas caían por sus mejillas. Y se las quitó con los labios.

—No llores, mi niña... Nos veremos a menudo...

En el vagón tuvieron que ir con amigos. Y en la estación de la gran ciudad se despidieron como extraños.

II

Ahora, al recordar el pasado, Natasha ha entendido por qué lloró en el momento de la primera despedida. Le pareció entonces que las lágrimas eran fruto de la separación. Ahora es consciente de algo más. Ahora sabe que su alma lloraba por el primer pinchazo... Una acumulación de pinchazos, que herían y atormentaban su corazón. Finas agujas, dirigidas hacia el mismísimo corazón. Y las guiaba Senechka... ¿Acaso no sabía que un corazón perforado deja de amar...? ¿Acaso no vio que de las finas heridas supuraba, se escapaba el amor?

Ahora, en estos siete largos meses de separación, Natasha empezó a comprender, a entender, que la felicidad los estaba envenenando, que dejó unos restos de amargura después de horas de dicha, incluso después de ebrias caricias...

Senia, Semión Semiónovich, no escuchó su alma. Ella estaba delante de él, sincera, dispuesta a abrirse hasta el fondo, y él no la vio, no vio a Natasha, no escuchó su voz... La tomó como mujer, pero Natasha se quedó sola, con los brazos extendidos hacia él... ¿De verdad conocía a Natasha?

Él estaba constantemente absorto por sus preocupaciones. La vida no le daba cuartel. La familia, los reveses del trabajo... «Crisis financiera». Esa atmósfera de celos, sospecha y tormentos que rodeaba su casa le asfixiaba y limitaba su capacidad de trabajo.

—Ayer Aniuta casi se envenena —así es como solían comenzar sus historias amorosas—. Si no hubiera llegado a tiempo hubiera tomado suficiente morfina. ¿Dónde está la salida, Natasha? ¿Dónde?

Semión Semiónovich se tapaba la cara con la palma de sus manos y Natasha, sobre sus rodillas, acariciaba la cabeza de este brillante y valioso pensador, y su corazón se desgarró, como el de una madre contemplando a su hijo enfermo postrado en la cama.

Al principio, Natasha estaba asustada por los mensajes de intento de suicidio de Aniuta. Luego su reiteración se volvió algo cotidiano. Natasha no juzgó a Aniuta por su «comportamiento desquiciado». Se compadecía de ella. Pero sólo sufría por él.

Perder su precioso tiempo, llenar su alma de constantes preocupaciones insignificantes... ¿Por qué hacía esto Aniuta? ¿Acaso no entendía su valor? No hay que gastar sus fuerzas, su tiempo...

Natasha lo respetó... Ella no le causó ninguno de sus problemas y tribulaciones... Ante su dolor y sus tormentos se apartó y desapareció. Todo lo que quedó fue su alma abierta, llena de ternura hacía él, hacía el pensador... Para compartir sus inquietudes, asumirlas y ayudarle a llevar su cruz...

—Qué fuerte eres —dijo él, suspirando—. Puedes estar sola en la vida... No como la pobre Aniuta... Sin mi apoyo, Aniuta morirá.

Natasha le sonrió como si fuera un niño. Sabía que, con él, no puede, no debe ser «débil»... Debe soportar la vida por los dos. Debe «ser su apoyo», su consuelo, su rayo de felicidad y alegría... Ya tiene bastante sufrimiento, lágrimas, tediosas preocupaciones junto a Aniuta. Con ella, con Natasha, siempre debe haber alegría.

Pero, a veces, dentro de Natasha surge una rebelión. Especialmente en los días de infortunios. ¿Por qué él siempre se compadece de Aniuta, siempre de Aniuta, y nunca de Natasha? Ella también sufre, lucha... Y la vida en absoluto es tan fácil. En ésta hay deberes. Difíciles y delicados. Otros lo entienden. Pero Senia, no.

—Ay, Senechka, querido, qué cansada estoy hoy —Natasha decide llamar su atención para obligarlo a percibirla, no sólo como «amada», sino también a Natasha, con sus infortunios y preocupaciones—. Ellos, los opositores, me han estado acosando estos días... ¿Te has enterado de la «revolución» que han montado?

—Bueno, vamos. No necesitas preocuparte por pequeñeces ni por gente insignificante. Mejor dime qué vamos a hacer. Aniuta se ha vuelto a poner enferma. El doctor exige que descanse. Deberíamos conseguir una niñera para la casa... Pero nuestras finanzas... Ya sabes en qué situación estamos. Ay, Natasha, cuando miro a Aniuta, cómo se preocupa, cómo nos lo da todo, a los niños y a mí, me siento un egoísta, un canalla, un criminal...

¿Podía Natasha pensar en sus preocupaciones, cuando a su querido y amado le era tan duro y miserable vivir...?

A veces, en raros momentos de tranquilidad, Semión Semiónovich parecía preocuparse por Natasha; ella siempre «daba» y él solo «recibía».

—Natasha, sé que nuestra intimidad te da algunos disgustos... Yo soy egoísta, no soy capaz de quererte como te mereces. Te cansarás de mí. Y, tal vez, me dejarás de amar... Natasha, ¿qué pasará conmigo entonces...? Tú no sabes lo que significas para mí.

—Lo sé, Senechka, lo sé... Si no lo supiera, no habría podido aguantar.

—Soy incapaz de demostrártelo, Natasha, pero soy tu mejor amigo, quiero que sientas esto... A veces, me parece que no estás conmigo... Que te alejas de mí... Que no me lo dices todo. Eso me duele. Lo más preciado, Natasha, es nuestra cercanía.

—Sí, sí, Senechka. Nuestra cercanía, nuestra afinidad, nuestra comprensión... Ay, qué feliz estoy de que pienses también así... A veces me horroriza pensar que esto no es lo que quieres... Y entonces es tan frío, tan doloroso, tan triste... No quiero que sólo me ames como mujer.

—Tontita...

—Tienes razón. Últimamente me he estado escondiendo de ti... ¿Por qué? No lo sé. Pero no quiero esto. No quiero. Senechka, yo quiero contártelo todo, absolutamente todo...

—Debes contármelo todo, todo lo que albergas en tu interior —preguntaba con una mirada sospechosamente atenta—. Hay algo que me estás ocultando.

—No, no... Simplemente no lo comparto todo. Lo pienso, pero no lo digo... Esto me atormenta, pero lo callo.

—¿Qué es eso que te atormenta?

—Bueno, pues, al menos esto... Ya sabes, Antón Ivánovich empezó últimamente a visitarme muy a menudo... Llega y se sienta... durante horas. Y de algún modo me mira mal, ¿sabes? Con esos ojos «varoniles». Es repugnante... No puedo evitar que entre en mi casa. No puedo. Ahora tenemos tareas en común... Y luego, él está tan solo... Me da pena.

—¿Qué tiene que ver esto con el trabajo en común? No lo comprendo en absoluto... Y tu piedad por él, discúlpame, es extraña: sentado durante horas, mirando con ojos de amor; y ella le compadece... ¡No hay mucho por lo que sentir pena por él! Si él te

mira con «ojos desagradables», simplemente hay que echarlo. Eso sí, si a ti te gusta sentirte cortejada por él...

—¡Senechka! ¿Qué estás...? ¿De verdad lo has entendido así?

Natasha estaba irritada y, a la vez, se reía. Él sentía celos de ella. Tonto, lindo. Lo que él no entiende es que ella lo continuaba «idolatrando», que, en sus pensamientos, en su interior, él seguía imperando, que su figura chepuda de erudito le parecía más adorable, más conmovedora que todos los hombres hermosos.

¿Quién puede compararse con Semión Semiónovich, con esa alma cristalina, con esa cabeza clara y lógica de pensador? Los celos de Semión Semiónovich eran ingenuos, «infantiles», como los llamaba Natasha. Algunas veces la hacían reír, a veces le hacían daño, le daban pinchazos. Ponerse celoso por un violinista en un concierto y estar enfadado todo el camino a casa, ponerse de acuerdo en que ella es «libre». Él llegó, incluso, a sentir celos por un conductor de tranvía con el que ella estaba bromeando.

—Pero ¿qué piensas, que no puedo ver a un hombre con indiferencia?

Se rio de él durante un buen rato, y él, calmado con sus caricias, culpable, sonrió como un niño y besó sus dedos...

Pero Natasha sabía que en esos momentos él no olvidaba su pasado, sobre las aventuras que ella había tenido antes que él.

—Tú misma dijiste que amabas a uno con ojos negros... ¿Cómo lo amabas? ¿Más que a mí?

—Más, muchísimo más... Si yo le hubiera amado más, lo hubiera despedazado fácilmente... Ya lo sabes. Ya lo has visto... ¿Aún no crees que te amo, Senechka? Eres inteligente y gracioso.

—Verás, a veces pienso: estos otros eran donjuanes, caballeros. Yo no puedo ser así, como ellos.

—Pues eso está bien. Esto es lo más valioso que hay en ti, Senechka. Por eso eres un encanto.

—Encanto. Ella encontró la palabra: «encanto» —se rio avergonzado, pero complacido.

Y Natasha, que estaba encima de sus rodillas, de nuevo analizaba todas sus cualidades, todos los atributos por los cuales ella le quería... Y, aun así, sus celos dejaron en su alma un residuo, una especie de incomodidad. Ella no podía entenderlo: ¿cómo puede ser? Mientras no había nada entre ellos, mientras sólo

eran amigos, fue el primero en condenar a los otros, que vinieron antes que él, por los tormentos que le causaron, por su desconfianza. Estaba indignado, los regañaba... Entonces, si ella se torturaba con reproches por lo sucedido en el «pasado», por los pasos imprudentes, por los «impulsos», él era capaz de encontrar palabras de consuelo para ella... Luego, ella se puso a llorar desconsoladamente delante de él por estas ofensas, causadas antes por otros hombres, que hasta ahora aún guardaba en su alma, y entonces él la perdonó... En esos días lejanos, esos días pasados, ella hablaba con él como hablaría con otra mujer, con una amiga. Ella, entonces, lo solía llamar a veces en broma «mi Senechka», pero esta expresión era sólo un eco de un pasado que ya no existía.

Este Semión Semiónovich —el pensador amigo, casi «amiga», como fue para Natasha mientras «no había nada» entre ellos— y «su Senia» —su esposo ilegítimo—, eran dos hombres diferentes. Así empezó a parecerle a Natasha en estos siete meses de separación.

Había otra cosa en sus relaciones sobre la cual Natasha empezó a reflexionar sólo después de la separación, evocando y reviviendo el pasado.

Senia no sólo no escuchó su alma, sino que no era capaz de cuidarla incluso como mujer. Sí, sí, como mujer.

Él, con su dulce y empática alma de niño, que «sentía más pena» por Anita; él, que era tan amable con las otras personas, que se aprovechaban de él, era extraño, confuso y grosero con la mujer Natasha. Nadie antes que él la había ofendido así, sin quererlo. Ella lo sabía, y por eso lo perdonaba. Pero el resentimiento seguía vivo y no lo olvidó. Era amargo y doloroso. Esto empezó en la primera noche. Entonces, en ese hotel, al que sus amigos los acompañaron por la noche, y luego se marcharon... Natasha se quedó sola. Y su alma temblaba toda ella de alegría, consciente de que «él» la amaba. Le idolatraba. Esto era felicidad, auténtica y enorme felicidad.

Natasha no tenía prisa por ir a la cama. Llamaron a la puerta. Pero antes que Natasha fuera capaz de responder, Semión Semiónovich ya había entrado y cerrado la puerta con llave.

Natasha quedó inmóvil, con el cepillo de dientes en la boca lleno de dentífrico.

—Qué graciosa estás. Como si fueras una chiquitina.

Y, sin prestar atención a la vergüenza de Natasha, la estrechó entre sus brazos.

—Hueles a menta.

—Espera, suelta... Deja al menos que me enjuague la boca.

La misma Natasha no sabía qué decir. Solo se sentía incómoda, quería librarse.

Pero él besaba sus codiciados y llamativos labios, que pedían ser besados, que estaban sucios de pasta de dientes; su cuello, sus hombros desnudos...

Natasha aún conservaba en su mente el recuerdo de la pasta de menta de la primera noche, desagradable y crujiente en sus dientes, y de sus demasiado apresuradas y ardientes caricias.

En esa primera noche sus caricias no la contagiaron; era demasiado extraño, incómodo y raro...

Pero cuando se quedó exhausto, dormido en su hombro, se apoderó de Natasha una conmovedora ternura hacia él y, con admiración, casi rozando sus labios, besaba su ancha frente, esa dulce y preciosa cabeza de pensador.

Y luego, más a menudo, cuando estaba entre sus brazos, no sintió ni placeres corporales ni el agotamiento de la pasión, sino una alegría iluminada y reverente. De la misma forma como las paganas se entregaban a los sacerdotes en las iglesias. Ellas se entregaban a su propio Dios. Para él, Natasha era una mujer, la primera mujer que él conoció de forma apasionada.

Y él exigía una respuesta a su pasión. Él quería que ella lo amara, no como a un Dios, sino como a un hombre.

III

A veces, en esos largos meses de separación, Natasha se preguntaba a sí misma si su amor, realmente, trajo sólo dolor, sufrimiento, aflicción y resentimiento. Hubo momentos preciosos,

hubo también alegría, tan grande que se desbordaba, en la que uno se podría asfixiar.

¿Acaso no hubo noches tórridas y sofocantes en el primer verano de su amor, entre la naturaleza extraña y exuberante del sur? Él vivía con su familia al lado de un lago. Ella, con su hermano estudiante, vivía en la montaña, en un hotel. Entonces, manteniendo las apariencias, ella estaba con su familia, quedaba con su mujer... Él quería eso. Por el bien de Aniuta... En ese verano, en medio de la magnífica naturaleza, fuera de su hábitat natural, apartada de sus cosas, para Natasha era más fácil tratar con Aniuta... Definitivamente, volvieron a los tiempos pasados, cuando entre ellos aún «no había nada» y cuando había felicidad al entrar en su casa y se sentía como un «huésped bienvenido».

Durante esos meses ellos experimentaron de nuevo «una primavera de amor». Se veían mucho, muy a menudo, pero siempre en público. Y en eso se basaba su encanto especial y oculto, que agudizaba los deseos y coloreaba cada mañana con una nueva ansiosa esperanza, un dulce tormento de expectativas... Los apretones de manos fueron fugaces, había muchas miradas apresuradas que decían mucho; hubo medias sonrisas, palabras que sólo ellos entendían; también un anhelo de intimidad y la imposibilidad de satisfacerlo...

No obstante, cuánto y qué bien se hablaba del trabajo, de sus asuntos... Y discutía... Como si lo hiciera con un extraño...

Y las noches en su balcón, las luces misteriosas del pueblo lejano, el agua, donde la luz de la luna se bañaba...

No importa que en el balcón estuvieran tanto su mujer como personas desconocidas... ¿De verdad ellos lo sintieron, eran conscientes de ello? Sólo estaban ellos y esa sensual hechicera, la noche de verano del sur...

Natasha se sienta en el sillón de mimbre, cierra los ojos y claramente siente que él está aquí, cerca... Sólo debe alargar su mano. Pero no puede alargar su mano. Y el deseo aumenta, duele. Lo huele, sabe que él se acerca a ella... Abre los ojos y bajo la luz de la luna percibe su mirada robada, su sonrisa...

Se ríe... De felicidad, de felicidad absoluta, para la que no hay ni palabras ni expresiones...

Se sienta hasta la medianoche. Habla. Calla. Discute. Y el alma tiembla, se regocija... Y ella espera, cree, que hacia adelante sólo hay felicidad... sólo nuevas alegrías...

—Bueno, hora de ir a casa.

Suspira Natasha, no porque esté triste, sino simplemente por la plenitud de la alegría, y empieza a despedirse...

—Te acompañamos.

Van caminando juntos bajo la luz de la luna por un camino blanco como la leche. Él está allí. Cerca. Casi tocando su hombro. Y ese toque fugaz la excita y la alegra, como nunca lo había hecho antes ni una delicada caricia a solas.

En la puerta del hotel se produce la despedida. Un apretón de manos innecesario y, de nuevo, un fugaz intercambio de sonrisas...

Desde el hotel se deslizan hacía Natasha los sonidos conocidos del *Hiawatha*.[4] Los jóvenes bailan.

A través del follaje del jardín, Natasha ve que las ventanas del hotel están abiertas de par en par y que allí hay un «baile improvisado». Rostros jóvenes, animados y enrojecidos pasan como un relámpago...Vestidos ligeros. Una risa resonante. Y la repetición insistente del sonido del *Hiawatha*. Y la cara sonriente de su hermanito. Su rostro era infantil, pero llevaba cuello de almidón y corbata.

Y todo él estaba muy feliz y emocionado, enamorado de su «dama» con una coleta voluptuosa en forma de trenza. Tiene una nariz respingona y ojillos astutos. Sabe que está enamorado de ella y por eso se siente «mujer».

Natasha está de pie durante mucho rato en el jardín, bajo las ventanas. No quiere estar ahora entre la gente. Y la noche es tan maravillosa, tan irrepetiblemente bonita... Movería las alas y volaría hasta allí, hacía el cielo oscuro y estrellado... O correría desde la montaña, con rapidez... Hasta su propia casa, para arrojarse presta a su cuello... O...

---

[4] *The Song of Hiawatha*, trilogía de cantatas compuestas por Samuel Coleridge-Taylor entre 1898 y 1900. Kolontái seguramente se refiere a la primera parte, *Hiawatha's Wedding Feast*, la más célebre de las tres.

Pensamientos y deseos tontos, divertidos, emotivos, irreflexivos…

La noche huele a flores del sur, sofocante, punzante…

Detrás de las luminosas ventanas del hotel giran, se mueven, se funden… Y de nuevo, de modo familiar, suena en los oídos el tono alegre del *Hiawatha*.

Un verano corto, pero colorido. Corto, lejano, como el sueño…

¿De verdad sólo entonces había felicidad? ¿Acaso no hubo más felicidad, auténtica y vibrante?

Natasha se esfuerza por recordar. Pero, recordando, frunce el ceño. Todo lo que le viene a la memoria es dolor, tormento… Horas de ofensas, horas de sufrimiento.

Y de repente sonrió.

«¡Recordé, recordé!»

Esto sucedió en primavera. Escribió entonces su último gran trabajo. Lo escribió febrilmente, sin descanso, hasta olvidarse de sí misma.

Y de repente, su telegrama.

En ese momento, ella fue volando a la cita con una caja de libros. Y se instaló en las afueras de la ciudad, en un cuarto infantil, ocultado del mundo por flores de acacia. Y allí permaneció sin sentarse durante horas; esperando sus inesperadas incursiones escribía apresuradamente, con pasión. Cuando él llegó, sus mejillas ardían, y en sus ojos se veía «la niebla del escritor».

Durante ese mes hubo felicidad. ¿Qué le daba felicidad? ¿Su amor? ¿O… su escritura? Era mejor no pensar, no preguntar. Estaba simplemente bien, feliz y con los ánimos levantados… Y su existencia se percibía en todas las fibras, alegre, como sucedía sólo en la juventud, en la infancia…

Por la noche se levantaba para abrir la ventana. Olía las acacias. La luna dibujaba a través de las hojas diseños extravagantes en el suelo, en la mesa con la vajilla del té sin recoger…

Y parecía que dormirse era una pena; sería una lástima que terminara esa alegría que desbordaba el corazón.

Poco antes de su regreso, fue especialmente recordada una noche calurosa y sofocante.

A Natasha le parecía que sólo en esa noche, impregnada de sombras verdes, bañada del aroma dulce de las acacias, entendió

cuál es la cúspide de la felicidad humana y lo que representa «la existencia»...

Natasha, inclinada desde la ventana, arrancó consigo una ramita de acacia y cogió un racimo blanco, suave y perfumado.

—¡Ay! Qué bueno, delicioso y dulce.

Quería reír, desperezarse, despertar a Senechka y decirle cuánto lo amaba, cuán feliz estaba...

Y Senechka se despertó de forma inesperada.

—Natasha... ¿Dónde estás?

—Senechka, cariño... ¡Qué noche...! Y estas flores... Senechka, ¿sientes el aroma?

Ella se inclinó hacia él, llevando un racimo de acacias.

—Lo noto. Es como el aroma de tu alma... Dulce y embriagador.

Y sus labios tocaron sus dedos, que olían a flores de acacia.

Y a Natasha le parecía que su corazón vibraba de alegría y flotaba en algún lugar...

No: en el pasado no hubo sólo sufrimiento, sino también felicidad, valiosa, única, delicada e irrepetible.

¿Y de verdad ya pasó? ¿Se fue? ¿Realmente ya no habrá más? ¿Nunca...?

IV

En las últimas semanas a Natasha se le acumuló una cantidad particularmente grande de trabajo urgente, que exigía su atención y el empeño de todas sus fuerzas. De su resultado dependía mucho. Como siempre, alrededor de una causa viva se agruparon personas vivas, la gente devota.

La atmósfera de trabajo empezó a darle a Natasha una nueva satisfacción. Se sentía como un engranaje de un mecanismo común, puesto en marcha de manera unánime. Ella era necesaria. Y esta necesidad se reflejó en un trato más cálido con sus compañeros. Natasha empezó a «descongelarse», y su risa inesperadamente ruidosa corrió a lo largo del oscuro pasillo del aburrido lugar de trabajo. Y los compañeros sonrieron.

—Nuestra Natalia Aleksandrovna está animada.

—Debe ser que se ha enamorado —afirmó su compañero más cercano; centrado, sin dejar de trabajar, preguntó—: ¿se ha enamorado usted, Natalia Aleksandrovna?

—¿Enamorada de quién? ¿No será de usted, Vanechka?[5] Sólo le veo a usted...

—Ay, que taimadas son estas mujeres. No sin motivo lo dijo Shakespeare... Y, mirad, está tratando de culparme. No, amiga Natalia, no me engañas. Me has subestimado. Yo lo veo todo.

Y Vanechka, moviendo su melena rebelde, lanzó a Natasha unas miradas amenazadoras por debajo de sus gafas. Pero Natasha se rio y se burló de Vanechka. Ella quería a Vanechka de una forma muy especial, cálida: en sus gafas doradas, en su forma de andar, parecía tener algo en común con Semión Semiónovich.

Natasha tenía prisa por llegar a casa. Ya era tarde. Estaba cansada, le quemaba la espalda y las orejas, tenía la garganta seca. En su interior estaba tranquila, satisfecha. Los primeros pasos difíciles de su trabajo ya habían sido superados, ahora las cosas estaban mejor e iban sobre ruedas.

Mientras Natasha subía a su habitación soñaba con un gorro, con un té caliente y con una revista nueva, donde hubiera un sensacional artículo con ideas afines. Incluso pensó qué bueno resultaba ser una mujer soltera y libre, que después de un día duro de trabajo posee el derecho moral de pasar el resto de la noche a su manera. Si Senia estuviera aquí, seguramente debería dedicarse a sus cosas, apresurarse para citarse con él, al otro lado de la ciudad, o tener una aburrida cena en casa...

Y ahora: té caliente con pastelitos y revistas.

Dicha...

En su alma nació un sentimiento agradable ya olvidado: la alegría de la «existencia».

—¿No vino nadie, Daria Ivanovna? —preguntó, rutinariamente, a la casera.

—Por la mañana alguien le trajo un libro. Luego llegó un telegrafista.

—¿Un telegrafista? ¿Para qué?

---

[5] Forma cariñosa de Vania, a su vez diminutivo de Iván.

—Trajo un telegrama.

Un telegrama... Su corazón temblaba de ansiedad. ¡Qué tontería! Seguramente, será del trabajo.

En el escritorio, al lado del libro devuelto, está el telegrama y un conocido sobre cuadrado de color gris con una caligrafía conmovedora y bonita.

A Natasha le temblaban todas las extremidades. Tuvo que sentarse.

El manguito de piel se le cayó por las rodillas, y el monedero, rodando, tintineó en el suelo.

¿Qué abrir antes? ¿El telegrama? ¿La carta?

En el telegrama ponía: «Saldré el 28 a G. Te espero. Envía telegrama para encuentro. Semión».

Las manos, que sostenían el telegrama, descendieron en gesto de impotencia. En el rostro de Natasha se dibujó una expresión de confusión.

Un año antes, un telegrama como ése habría llevado a Natasha a dar vueltas por el piso, como si fuera una niña. Natasha se reiría, se ahogaría de la alegría, besaría el telegrama...

«Senechka, querido. Te veré, te veré por fin.»

Habría contado cuántos días y noches quedaban para el 28.

¿Cómo puede ser? Siete meses, siete largos meses sin una frase, sin una palabra. Podía estar enferma, podía estar triste. Y podía simplemente haber muerto. Ni siquiera él lo sabría. Él no sabía nada respecto a ella, cómo vivía, qué hacía; no sabía en qué cuestiones tan serias tomaba parte, qué momentos duros había vivido.

Él no sabía nada de nada. No estaba interesado... Y de repente: «ven». Como si nada hubiera ocurrido; como si él no hubiera causado una herida brutal en su amor con sus propias manos.

Estar de nuevo cerca de él y sentir como si estuvieras al lado de un sordo, alguien que no escucha. Sentir de nuevo como si todo el tiempo fueras de perfil y Senia no te viera de forma completa, cómo eres, sino sólo una silueta, la parte que él quiere ver...

No, no... Este telegrama es un nuevo dardo directo al mismo corazón, una nueva ofensa... Esta vez ella no se ablandará, no caerá. Ya ha habido bastante...

Natasha echó su cabeza hacía atrás con un gesto de orgullo, por el que se burlaron de ella, llamándola «su excelencia».

Debía responder. Decir, decididamente, «no». Y Natasha cogió una pluma.

Sí, pero ¿a dónde escribirle? ¿A su casa? Imposible, su mujer podría impedir su viaje a G. Él vendrá allí sólo el día 28. Y si él sólo va allí para citarse con ella, sólo por ella... Qué golpe será para él, para el pobre y bueno de Senechka... Se pondrá triste, como un niño... Antes hay que saber: ¿para qué va a G.?

Natasha rompió el sobre de la carta. Mientras leía, se derretía, desaparecía su irritación, se fue su resentimiento. Una ternura cálida hacía él, hacia Senechka, a esta gran persona con alma de niño, inundaba su corazón de una alegría olvidada. Hacía tiempo que no escribía de forma tan cariñosa, tan amorosa. Cuanta más añoranza tenía ella hacia él, más autoflagelación. Durante todos estos meses, él la había estado siguiendo desde lejos, recogiendo con avidez pequeños rumores. Él sabía que ella estaba en un trabajo difícil y de responsabilidad, y se alegraba de que estuviera ocupada, distraída... Reconoció que «el sentimiento es más fuerte que la razón, que toda su lucha fue estéril». No hay día que no extrañe a Natasha.

La relación con su mujer no es la mejor; al revés, él se volvió más quisquilloso e irritable. En casa se vive «un viejo infierno». El trabajo era constantemente deficiente, y sólo en los últimos tiempos le ha asaltado «una idea interesante», que necesariamente debe compartir con Natasha para discutirla juntos. Es necesario el material para su desarrollo. Y por eso él decidió viajar a G., a visitar un profesor que conocía. Éste le prometió poner a su disposición la valiosa biblioteca que se encuentra en su ciudad. Irá un mes y medio o dos.

Pero ¿cómo no aprovechar esta ocasión? Natasha debe acudir. Evidentemente, como siempre, debe ocultar a dónde y para qué va (por el bien de Aniuta). Ella sabrá arreglárselas. En la posdata constaba la petición de «abastecerse de capital», pues él está en una «crisis financiera». En esta posdata no había nada de inusual. Ella se consideraba más rica que él y, de alguna manera, desde el principio, todos los gastos de las citas corrieron a cuenta de ella. ¡No «desplumes» a tu familia con tus caprichos! Sí, en el

hogar de Semión Semiónovich siempre hubo «crisis». Su economía es la típica de la intelectualidad bohemia, descuidadamente rusa. Había dinero, pero aún había más deudas que, aunque siendo pequeñas, iban en constante aumento. Por otro lado, Natasha tenía un sueldo decente e ingresos por parte de familiares.

«Sin duda, yo soy el hombre que se cita con la mujer de otro hombre y, naturalmente, paga todos los gastos materiales», piensa con una sonrisa Natasha.

Esta vez «las órdenes de Senechka» la confundieron.

«Lleva el capital contigo»... Es fácil de decir. ¿Y si no lo hace? Sólo hay un camino que vale la pena. Y sus finanzas acaban de pasar una crisis.

Ella debía «apoyar» sus asuntos, poner de su parte. Para ella dejó sólo lo justo, lo necesario para sobrevivir.

¿Qué hacer?

Natasha no dudó en si ir o no. Esta pregunta se resolvió por sí sola al leer la carta, y fue una decisión irrevocable. Ahora sólo debía pensar en cómo esquivar todas las dificultades. Todos los obstáculos. Y, antes que nada, solventar la cuestión económica.

Natasha empezó a hacer números. Tenía experiencia. El viaje le costará unos 300 rublos. Contó su dinero en efectivo. Lo justo para el viaje. ¿De dónde obtener lo restante? ¿Qué hacer? ¿Empeñar el reloj? Calderilla... ¿El cuello de piel? Menuda nimiedad... ¿Enviar un telegrama a la familia? Desagradable. Puede que ellos sólo envíen una carta, escrita de forma sarcástica, como reproche...

«Senia, qué extraño eres. Como si yo fuera millonaria. ¿Cómo no piensa de dónde voy a sacar esa suma de dinero? Y, encima, con tan poco tiempo.»

Un reproche la conmovió... Él nunca piensa en sus dificultades, especialmente las económicas. Es como un niño...

Esta comparativa ablandó y conmovió a Natasha.

«Pues sí, como un niño. Un niño grande y hermoso. Todas las grandes mentes son tan ingenuas como las de los niños en los asuntos prácticos del día a día. Pero es a la vez tan bonito, valioso, querido... "No es de este mundo".»

Natasha estaba pensativa: se quedó calculando el resto de la tarde y continuó reflexionando durante la noche. Cuanto más pensaba, menos clara veía la salida.

«¿Acaso debo quedarme, no viajar y ver a Senechka por culpa de esa tontería, por culpa del dinero?»

Natasha se levantaba de la cama, se retorcía las manos y daba vueltas…

Y al lado apareció otro obstáculo. Bastante importante. El trabajo, la responsabilidad tomada para sí. Digamos que esté ya está en marcha. Se puede encontrar un sustituto para tres semanas. Ella se había ganado sus vacaciones. Pero… todo esto era más fácil de decir que de hacer. ¿Cómo se lo tomarán sus amigos? Ella odiaba cuando la miraban de reojo. Una mirada de soslayo, una palabra de carácter hostil podría estropear su humor por el resto del día, hacerla infeliz en un instante. Y luego tendría que dar explicaciones a ese tipo en particular, que no le tenía ningún aprecio y que le llamaba desde hace tiempo, por las espaldas, «señora Natasha». Sólo en este último tiempo empezó a respetarla más. Su repentina, incomprensible y «misteriosa» partida le sentará fatal. Él considerará esto (y con razón) como una nueva evidencia de su frivolidad.

—¿Qué le he dicho? ¡Nuestra «señora Natasha» es una diletante!

A ella le parecía que escuchaba su áspera voz y veía su figura renqueante, que iba de una esquina a otra. Pero no quería pensar en esas cosas… Sólo cómo solucionar su viaje a G. Simplemente no quería defraudar a Senechka, no quería decepcionarlo… A él y a sí misma; sí, sí, a sí misma…

Ahora le parecía a Natasha que, si no se reunía con Semión Semiónovich, lo perdería para siempre, de forma irreversible.

—No, no podré soportar esto. Esta segunda tortura… En este caso, sería mejor morirse ahora mismo, en este preciso instante…

Natasha llegó al trabajo más temprano de lo habitual. Floja, con cara llorosa, preocupada. Ella encontró a Vanechka solo. Él, fumándose un cigarrillo, estaba sentado en un taburete alto, haciendo apuntes con un lápiz en los periódicos recién publicados.

—Hola, su excelencia —dijo sin alzar los ojos al ver a Natasha.

—Hola, Vanechka.

Vanechka notó un tono lloroso en la voz de Natasha y por encima de las gafas la miró a los ojos.

—¿Qué le ocurre a su excelencia? ¿Melancolía?

—Ay, Vanechka, no pregunte.

Natasha, sin esperanza, le hizo un gesto con la mano. Se sentía como si la vida le hubiera golpeado; tan infeliz, que incluso la participación bromista de Vanechka la afectaba.

—Bueno —se sorprendió Vanechka—, ¿y cómo es eso? ¿Por qué está triste? Cuente ya, si ya hemos empezado.

Él, dejando a un lado los periódicos y mirando hacia otro lado, para no incomodar a Natasha, tomó la posición de un hombre que está dispuesto a escuchar una confesión.

Natasha necesitaba una persona que la escuchara. Con pausas, de forma poco fluida, ella empezó a hablar y decir que «por causas familiares» debía irse, pero el tema del dinero le causaba inquietud... Sí, precisamente el dinero. No tenía dinero... Pero, si ella no fuera, sucedería una desgracia...

—Bueno, en una palabra, es una cuestión de vida o muerte.

Y Natasha, ya sin ningún tipo de reparo por Vanechka, empezó a llorar, como lo hizo por la mañana.

Vanechka sabía que Natasha era una mujer trabajadora y responsable, y la conocía enojada e incluso resentida; pero que Natasha pudiera llorar, como lloran sólo los niños tontos, eso ni lo esperaba ni contemplaba.

—Bueno, ¿para qué llorar? Las lágrimas no ayudarán a la causa y no llorará dinero. Será mejor que diga claramente cuánto necesita. Es mucho, ¿no?

—Mucho, Vanechka; ése es el problema, que es mucho: trescientos rublos.

—¡Qué suma tan grande! Enorme. En nuestros bolsillos no hay tal cantidad. ¿Y para qué necesita tanto dinero? Espero que no compre acciones; si se endeuda, acabará mendigando...

—Bueno, es que no es para mí, Vanechka... Es una situación inesperada... Ayer recibí un telegrama, Vanechka... Usted no entiende hasta qué punto es importante... Si yo no voy, si no consigo esos asquerosos y miserables trescientos rublos... Bueno, en una palabra: de esto depende la vida de una persona... Puede ser que la de dos...

—¿Alguien necesita ser rescatado?

A Vanechka le parecía que al final lo había entendido.

—Sí, algo así…

—¡Ah, haberlo dicho así! Y usted diciendo cosas incongruentes sobre «asuntos familiares», sin decir si debía ir a Píter[6] o a Moscú, sin aclarar si temporalmente o para siempre… Si hubiera dicho directamente: «A usted no le incumbe, es un asunto conspirativo. Si puede, ayúdeme». Genial. ¿Qué tendría yo que preguntar? No soy un chiquillo… La curiosidad no me mata. Si el otro no habla sobre ello, entonces no se pregunta. Y si se puede ayudar, ¿por qué no hacerlo?

Natasha no puso ninguna objeción. Le incomodaba que Vanechka interpretara a su manera «su asunto», pero ella vio que su cabeza se esforzaba en pensar dónde y cómo conseguir dinero. A ella le aterraba perder su apoyo… Al fin y al cabo, si Vanechka no acierta el destino el dinero, ¿acaso esto es un crimen? Es sólo un «préstamo», y Natasha pagaba sus deudas con precisión alemana: eso lo sabían. Ahora, ella estaba preparada para dar autorización para recibir su anticipo por el artículo escrito…

—Deje sus operaciones financieras. Primero debe pensar a quién sacar el oro del arco iris. Aquí hay un viejo… Es compasivo… y tiene capital. Sí, temo que hayan tomado dinero de él de todos lados. Puede que ahora no dé.

—Vanechka, querido. Ya sé de quién está hablando. Pruebe… Con usted hablará más cómodo. Pero dígale que este dinero pasará por mis manos y que responderé por él… Si quiere, le puedo dar ahora un pagaré…

—Vaya, que rápida… Aún no se divisa siquiera el dinero, y ella pregunta ya: «¿Y no querrá un pagaré?». Ay, caray, yo aquí hablando con usted de esto, y ahora debo hablar por teléfono… Es culpa suya, su excelencia, que desvía a la gente honesta del camino correcto.

Al cabo de dos días, Vanechka le entregó a Natasha de forma solemne un sobre.

—Nati, alégrese. Ha ganado.

—¡Vanechka, querido!

---

[6] Nombre coloquial de San Petersburgo.

Natasha estuvo a punto de besarlo.

—Ahora deje de intentar besar al «querido» Vanechka, y, por favor, deme este pagaré. Es un viejo tacaño. Gruñó, gruñó... Que si los tiempos son malos, que si he dado este dinero y ahora lo necesito... Bueno, aquí utilicé su autoridad. Funcionó. Y mencioné el pagaré. El viejo se ablandó completamente... ¿Por qué no cuenta usted lo que contiene el sobre? Tal vez la he engañado. Tal vez he guardado un poco de oro para mí.

—En caso de que se lo quedara, no me importaría.

—¿Para qué pediste tres, si con dos era suficiente? ¿O el tercero lo había dejado para gastárselo? Ay, su excelencia... Todo en este negocio me parece sospechoso... ¿Y a quién va usted a «rescatar»...? A no ser, por supuesto, que vaya usted a gastarlo en algún ritual cristiano, en cuyo caso no debería contarme entre sus amigos...

Natasha se rio con felicidad y cogió con fuerza la mano de Vanechka.

—Se lo agradezco, Vanechka, se lo agradezco... Es usted mi salvador. Así le llamaré ahora: salvador.

—¿Se bautizará usted, entonces?

—Uf, Vanechka, qué tonto.

—Y ahora, tonto. Aclárese: por un lado, salvador; por otro, tonto...

Vanechka se detuvo en la puerta, y continuó:

—Si hay tanta gratitud en usted, entonces envíe una tarjeta postal desde el lugar al que vaya. Me gustaría saber de usted.

Natasha se sentía avergonzada. Vanechka detectó su vergüenza. Él sonrió astutamente y añadió:

—Ay, venga, no importa. Está a salvo conmigo. Lo juro. No diré una palabra del origen de la postal. Me lo llevaré a la tumba... Lo ocultaré hasta del más curioso. Si me cree, entonces envíemela. Y si no lo hace, significa que nuestra amistad está muerta.

Y Vanechka, llevando un gorro de piel hasta las orejas, desapareció detrás de la puerta, con una mirada deliberadamente severa.

V

Natasha estaba ansiosa de esperar. El tiempo en el vagón se alargaba como si no tuviera fin. ¿Cuántas veces se llenaba su corazón de alegría al ser consciente de la proximidad del encuentro, contando cuántos minutos quedaban para el reencuentro? En la última hora, la alegría de la espera se convirtió en agonía. ¿Qué pasaría si él no se presentara? ¿Cómo encontrarlo? Si él no aparece, significa que deberá esperar hasta mañana, pasar toda la larga noche aburrida en un hotel extraño... A ella le parecía que no podría soportarlo... Cuando en las ventanas del vagón brillaron las luces de la estación, el corazón de Natasha dio un vuelco tan grande que incluso le pareció que los otros pasajeros podían escucharlo: *pum-pum, pum-pum*. Incluso dolía. Y por el cuerpo le recorrió un escalofrío bastante desagradable. Ella quería bostezar, estirarse... Los dedos, desagradablemente entumecidos, temblaban sordamente. Natasha estaba pegada en la ventana, tensa, mirando hacia fuera.

¿Estará aquí? ¿Estará aquí?

«Dios mío, haz que venga.» Naturalmente, Natasha no cree en las oraciones, pero es más fácil cuando susurras palabras que estás acostumbrado a oír, como en la infancia...

El andén... La multitud... ¡Cuánta gente! Él la verá... La encontrará. Él... Él... Por supuesto que lo hará.

A Natasha le tiemblan las piernas cada vez más, pero su corazón late, palpita de alegría y de júbilo.

Cuando Natasha, en el vagón, se veía a sí misma en su encuentro, después de tal separación, se imaginaba que, a pesar de la multitud, al miedo por ser reconocida, ellos se lanzarían mutuamente al cuello del otro...

Besos, abrazos, puede que incluso lágrimas de alegría. Pero no salió como Natasha había esperado. Al saltar al andén, Natasha se resbaló. El paraguas y el bolso salieron volando. Debía recoger las cosas esparcidas. Y él, Senia, antes de saludarla, se inclinó para recoger el paraguas y, entonces, le tendió la mano. Natasha estaba confundida; se mantuvo en silencio, como si fuera un extraño.

—Vamos, más rápido, Natasha. Vaya, cuánta gente. Espero que no nos encontremos con nadie conocido. Te enseñaré el camino, pero ve por detrás.

Con un aspecto independiente, como si él no tuviera nada que ver con Natasha, andaba por el andén hacia la salida. Natasha, todavía aturdida, apenas creyendo que el encuentro ya había concluido, trató de mantener su ritmo y no perderle de vista.

Ella consiguió verle sólo de pasada, pero le parecía que él era otro, que se había convertido en un extraño. Como si hubiera ganado peso... O se hubiera dejado crecer la barba. Ella entendía su miedo a encontrarse con conocidos, conocía estos paseos uno detrás del otro en una ciudad extraña, donde no había ni una sola alma conocida. Pero hoy la manía persecutoria de Senia la enfureció. Estaba loca de rabia.

«¡Ni siquiera saludas como es debido! Y esto después de semejante separación... Sin intercambiar ni una sola palabra, ni preguntar ni una sola cosa», pensó.

Cruzaron una gran plaza desierta con farolas intermitentes. Un hotel. Típico, con un portero con galones, con botones pequeños y brillantes. Alguien coge sus cosas.

—Bueno, ¿qué tal?

En el ascensor, Semión Semiónovich se acerca a Natasha, quiere tomar su mano. Natasha, de forma instintiva y por costumbre, la retiró, señalando con los ojos al chico con los botones brillantes.

No pasa nada... Dije que espero a mi mujer...

—Y he cogido habitación para dos. Luego te mudarás a otro hotel, pero mientras tanto... Ya ves lo experimentado que me he vuelto.

Y Semión Semiónovich se rio, mirando pícaramente a Natasha por encima de sus gafas doradas. Natasha sonríe. Pero es una sonrisa débil, infeliz. Y el fuego que iluminaba sus ojos durante todo el camino se apagó; ese fuego coloreaba toda su cara, lo que hizo que de forma involuntaria los pasajeros la miraran: los ojos de Natasha irradiaban tal resplandor de felicidad. Y ahora simplemente le asediaban dudas y preguntas.

A ella le parece que aún no se ha encontrado con Senia; que esta persona que ha subido con ella en el ascensor es alguien diferente, desconocido.

El chico con botones relucientes abre de par en par la puerta de la habitación doble, de esa vacía y típica habitación de hotel; se toma su tiempo en colocar sus cosas y, deseando a los señores las buenas noches, se va.

Semión Semiónovich está animado e inusualmente alegre. La estaba esperando, a Natasha...

—Bueno, déjame ver cómo estás. ¡Te veo delgada! ¿O es que estás agotada del viaje?

Él la toma en sus brazos.

—Déjame, Senechka, déjame desvestirme y quitarme el sombrero.

Natasha está de pie con los brazos hacia arriba, lidiando con su sombrero. La horquilla se enredó en su pelo...

—Espera, Senechka... Espera.

Pero Senechka no escucha. La abraza y la besa.

—Querida, estimada... Te he echado mucho de menos, ¡estoy tan feliz!

Sin haberse quitado aún el sombrero, Natasha ya está tumbada en la cama de matrimonio, y la respiración caliente y agitada de Semión Semiónovich le quema la cara.

Está incómoda, avergonzada. El sombrero le tira del pelo, las horquillas se clavan en su piel. Y el mismo Senia parece tan lejano, tan extraño...

Una alegría rota, incomprendida, irrepetible, de júbilo, que Senia ha roto y estropeado con sus caricias groseramente apresuradas, demasiado impulsivas...

—Dame tus labios... Natasha... ¿Me das la espalda? ¿Ya no me quieres?

Natasha, en silencio, acercó hacia sí su cabeza, la valiosa cabeza de pensador...

Ella le sonríe, pero en sus ojos hay lágrimas. Él piensa: son de felicidad.

Deja que piense así. Natasha sabe que su alma llora, que otro sueño está roto, que a su corazón lo han vuelto a herir con una nueva e irreparable ofensa.

Él duerme. Agotado, calmado. Pero Natasha está sentada en la cama al lado de Semión Semiónovich y lo mira en la oscuridad de la noche, intentando reflexionar, entender lo que ha pasado.

«Él me ama, pero ¿cómo? No a mí como tal... sino a mí como mujer. A un ser genérico. Y para esto yo renuncié a nuestro trabajo, me endeudé, he saltado por dios sabe dónde, me he preocupado, me he alegrado, he creído en algo, he esperado algo. Tonta, soy tonta...», se lamentaba internamente.

Una desesperación indescriptible y sin límites se acerca y se arremolina en el corazón. Como si lo hecho fuera algo irreparable. Quiere estirar los brazos y empezar a llorar.

A Natasha le parecía que ahora, después de sus caricias especialmente fogosas, ha entendido, ha comprendido que ella nunca tuvo a Senechka, al Senechka-amigo; que tiene y siempre tuvo sólo al Semión Semiónovich-hombre, que estaba enamorado de ella, de la mujer...

¿Para qué, por qué vino ella? Allí, a miles de millas de él, nunca estuvo tan sola, desplazada e infeliz como ahora... Allí su sueño estaba vivo, tenía esperanza... Ahora el sueño está roto... Completa e irreparablemente... Para siempre.

Natasha se levantó por la mañana con un escalofrío extraño en su interior. Indiferente y apático.

—Bueno, cuéntame ahora todo con detalle: cómo viviste, a quién viste, qué hiciste, qué hay de los «nuestros»...

Estaban sentados para tomar el café de la mañana en una habitación de hotel sin limpiar, lo que a Natasha le resultaba especialmente repugnante.

Natasha no quiere contar nada. Ayer, llegando a G., le pareció que las historias saldrían de su boca una tras otra. Se imaginaba que hablarían y hablarían toda la noche, hasta el amanecer. Ella trató de recordar todos los detalles específicos de su vida, sin olvidarse de nada. Incluso decidió «arrepentirse» de sus dudas hacia él: quejarse y, luego, con una tierna caricia de perdón, de comprensión, ahuyentar la tristeza de sus quejas. Primero, encontrarnos de nuevo el uno al otro, sentir que las almas se fusionan, que hay armonía... Y luego, como conclusión, como acorde final, la intensidad de la pasión terminará hablando, encendida por

una llama tan brillante y victoriosa... En sus sueños había tantos colores, tantos matices de experiencias compartidas...

Pero después de ese «encuentro» y de una noche conyugal tan plana, Natasha no quería hablar. Sus respuestas sonaban muy débiles, casi a regañadientes.

—Es como si estuvieses de mal humor.

Él mira su rostro con atención...

—Para nada, simplemente no he dormido muy bien. Estoy cansada.

—Pobrecita... Te torturé en una noche. ¿Qué será de ti?

Él se rio con picardía. Y coge la tarta con miel que había preparado Natasha para él. Natasha frunce las cejas, disgustada. Una palabra inusual y poco amable está a punto de brotar de su boca.

Llaman a la puerta.

—¿Quién es?

Semión Semiónovich se apresura hacia la puerta. Telegrama.

El telegrama está dirigido a la oficina postal, pero se transfirió al hotel.

Telegrama de Aniuta. Kokochka tiene el sarampión. Aniuta también ha caído.

Ya empieza. Semión Semiónovich suspira por toda la habitación. En su figura, con las piernas muy estiradas, y en su cabeza triste y cabizbaja, hay algo de impotencia infantil. Y Natasha sentía como una ternura conocida y familiar por él, por este gran hombre con alma de niño, una ternura que crece y fluye por todo su ser.

Sí, sí, finalmente él es su Senia.

El pobre, atormentado e indefenso Senia.

Un salto y Natasha estaba a su lado abrazando su cabeza, besándola... Como si sólo ahora lo viera y entendiera que está aquí.

—¿Qué haces? ¿Qué haces, Natasha? ¡Qué pasa contigo! —Él no entendía su impulsividad, su agitada ternura—. Espera, espera. Ahora... Tenemos que pensar primero en qué hacer. ¿Qué debemos hacer con Aniuta, con Koka?

Él extendía sus brazos con señal de impotencia, pero Natasha cogió y besó esas indefensas, bonitas y conocidas manos, y soltó unas palabras confusas y sin sentido.

—Siento como si acabara de llegar. Ahora, al fin, te reconozco. Sólo ahora, ahora. Eres tan conmovedor e indefenso… Qué contenta estoy de haberte encontrado, de que tú estés aquí. Pensaba que te había perdido para siempre… Que me había equivocado… Era terrible. Tan frío. ¡Senechka, Senia…! Ahora estoy feliz, tan feliz de que estés aquí…

VI

Se mudaron al día siguiente. Semión Semiónovich consideraba incómodo el hecho de continuar escondiéndose. Natasha, bajo un apellido ficticio, se mudó primero. Fue en el mismo pasillo del gran y espacioso hotel estatal, pero Semión Semiónovich se alojó a una distancia «prudencial». Natasha escogió para él una habitación con más luz y con más espacio: él aún debía trabajar. Para ella, una choza.

Mientras esperaba a Semión Semiónovich, Natasha le dio a la choza un toque habitable: movió el sofá, colocó los libros y compró flores.

Él entró en su habitación de forma inesperada, como siempre, sin llamar a la puerta, y encontró a Natasha sentada en el escritorio.

Ella estaba escribiendo la postal prometida a Vanechka.

—Aquí estás. Fue difícil de encontrar, aquí las habitaciones están distribuidas de forma muy torpe: después de la habitación ochenta y cinco, de repente aparece la habitación cincuenta y siete. Estuve vagando y vagando por el pasillo. Pero está bien, es agradable. Ay, estoy cansado. Para matar el tiempo he ido a la ciudad —Se sentó cómodamente en el sofá—. Simplemente no puedo descansar. ¿Qué hora es? Vaya, las siete… Ahora tengo que ir a ver al profesor.

—¿Y por qué hoy? Espera a mañana.

—No, no. Es embarazoso. ¿Y si Aniuta le escribe que yo he salido de casa el día veintiocho…?

—Dile a ella que no fuiste de inmediato a ver al profesor, y ya está. A ella no se le pasa por la cabeza que yo esté aquí. Se supone que yo salí de tu vida para siempre…

—Vete a saber. ¿Acaso no conoces a Aniuta…? No, si no voy estaré todo el tiempo preocupado. Cualquier cosa puede pasar luego… Quieras o no, debo presentarme hoy.

Natasha sabía que el apoyo era inútil. Su miedo a que Aniuta pensase «otra cosa», que ella no le creyese, casi se convirtió en una manía.

Natasha estaba en silencio.

—¿Y qué hiciste en mi ausencia? ¿Escribías?

—Sí, escribía.

Sólo ahora se ha percatado él de la postal que estaba encima del escritorio.

—¿Una carta?

Natasha se sentía avergonzada. Su correspondencia desde G. estaba estrictamente prohibida: las cartas sólo podían llegar haciendo un rodeo, a través de un intermediario de confianza.

Pero en la postal con el domicilio de Vanechka no sólo hay un paisaje, sino también el nombre, escrito por las manos de la misma Natasha, del sitio desde donde escribe.

—¿A quién le escribías? —ofendido por la vergüenza de Natasha, Semión Semiónovich se acercó hacia la mesa para ver la dirección.

Natasha, escondiendo su vergüenza detrás de una broma, tapó la postal con sus manos:

—No te lo diré… No te lo mostraré. Es mi secreto.

—Secreto… Lo voy a descubrir… Venga, trae aquí la carta. ¿No me la das? La tomaré por la fuerza.

Una lucha cómica empezó entre ellos, y ambos se esforzaron por fingir que era un «juego». Pero las caras decían lo contrario.

—Esto es algo nuevo… Esto nunca había ocurrido antes… Antes no escondías cartas.

—No quiero que leas mis cartas. No tienes derecho… No te atrevas. Esto es un abuso.

Él estaba siendo grosero, apretando los dedos hasta hacerle daño. Al final terminó haciéndose con la postal.

—No te atrevas. No te atrevas a leer… Es una infamia.

La voz de Natasha sonó inusualmente enojada. Y, de forma inesperada, quitándole la postal a Semión Semiónovich, la trituró en mil pedacitos y la tiró a la papelera de debajo de la mesa.

—¡Natasha!

Se miraron el uno al otro con ojos escrutadores y enojados. Como si fueran enemigos.

—Es un abuso. Es una infamia. No te atrevas a leer mis cartas. No te atrevas…

Natasha respiraba de forma impetuosa, sus mejillas estaban acaloradas y sus labios temblorosos repetían de forma inconsistente las mismas palabras: «Es una infamia. Es un abuso».

—Natasha, Natasha… ¿Qué es esto? ¿Acaso es verdad? —se le escapó con un gemido a Semión Semiónovich.

Cubriéndose la cara con las manos, se dejó caer en el sofá con ese aspecto de indefensión infantil, que siempre ha podido hacerla sentir culpable.

—¿Qué es verdad? —Natasha lo miraba con desconfianza.

—Lo que allí tenías era un substituto… Lo allí dejaste era un ser querido, tu nueva pasión.

—Te has vuelto loco… ¿De dónde has sacado esas ideas?

—He recibido dos cartas anónimas, con detalles…

—Y tú las has creído…

—Simplemente las he quemado… Pero ahora… Tu vergüenza, Natasha, tu incomprensible terquedad. Y tu rencor… Tú nunca antes me habías hablado con ese tono. Ay, Natasha, Natasha. ¿Acaso no es verdad esto…? ¿Cómo podré sobrellevarlo? ¿Para qué has venido? ¿Por qué me mientes? Sé honesta conmigo, dímelo.

—¿Yo te miento? ¿A ti? Senia… No, es una tontería… ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¿Para qué, para qué iba yo a mentirte? ¿Por qué debería? ¿Para qué?

—Por lástima.

—¿Por lástima hacia ti?

—Eres buena…

Su cara se frunció de un dolor interno, y en la pose de él había un dolor tan genuino que Natasha no pudo evitar decir:

—Tonto y adorable Senechka. ¿Cómo puedes pensar en tales cosas? ¿De verdad no sabes, de verdad no entiendes qué significas para mí?

En su posición favorita, sobre sus rodillas, ante él, Natasha le abrazó su cuello y le besó las manos…

Él apenas se resistió, no quería sucumbir a sus caricias y abrazos…

—¿Y la carta? —sus ojos miraban con inquisición y sospecha.

—La carta… Ay, Senia. Bueno, si eres tan tonto, toma: léela.

Natasha se abalanzó hacia la mesa, sacó la papelera y la volcó. Los trozos de la carta postal, de diferentes formas y tamaños, estaban esparcidos por el suelo.

Y mientras ambos recogían los trocitos de la carta en cuclillas, Natasha le habló de forma apresurada sobre la «operación financiera» y la ayuda que le había prestado Vanechka.

Semión Semiónovich conocía a Vanechka. Él no era un «rival», por supuesto. El contenido de la carta, de carácter amigable y divertido, le acabó de tranquilizar.

—Cómo me has asustado, Natashechka. ¿Y para qué montaste toda esta comedia ridícula? No comprendo en absoluto lo que te pasó por la cabeza —dijo con un tono casi malhumorado.

—Temía que te enfadaras por el hecho de que escribo desde aquí… ¿Cómo no iba a cumplir la petición de Vanechka? Él nos ha hecho este favor. Conozco a Vanechka: si él ha dicho que no diría nada, significa que morirá antes que hablar.

—Sí, ahora lo entiendo. Pero, aun así, es muy desconsiderado por tu parte, Natasha, escribirle desde aquí. Por algún tipo de causalidad puede ir a parar a alguien… Y, además, está lo que pensará el propio Vanechka.

—¿Qué pensará? Que piense lo que quiera. Una «aventura». ¿Y con quién? ¿A él qué le importa?

—No, no hables de esto, por alguna comparación o casualidad… él sabrá que yo estuve aquí. Bueno, le llegarán suposiciones y conjeturas. Como tú quieras, pero te pido que no escribas a nadie desde aquí, ni siquiera a tu Vanechka.

Las palabras pronunciadas por él eran firmes, casi autoritarias.

—Está bien, si esto te molesta tanto, no lo enviaré —dijo ella con un tono frío y seco.

Semión Semiónovich lazó a Natasha una mirada profunda.

—¿Estás enfadada? ¿Y bien, Natasha? ¿Estás molesta de que haya un «amo» que te mande? —Él abraza a Natasha—. Pero ¿qué hay de vosotras, las mujeres? Simplemente me he desquitado, ahora no debería haberlo hecho. ¿Me guardas rencor?

Él ya conoce el gesto característico de Natasha: mover la cabeza con orgullo.

—Bueno, bueno, no te enfades, Natashenka. Sólo estoy bromeando. Yo no estoy enfadado contigo. Al contrario, ahora estoy tranquilo... Feliz. Es un alivio. No te puedes ni imaginar cómo me has asustado... Me da miedo perderte, Natasha. No puedo estar sin ti —Y él, abrazando a Natasha, presiona su cabeza contra su pecho—. Estoy muy bien contigo, Natasha. No te vayas... Por Dios —Él, de repente, se levanta—. Y el profesor... A las siete. Debo irme. Bueno, perdóname, Natasha. Hasta la noche.

Él se marcha a toda prisa. Natasha recoge los trozos de la carta a Vanechka y lentamente, sumida en sus pensamientos, los tira de nuevo a la papelera.

Se siente terriblemente cansada. Se siente atraída por su hogar. Se revuelve, torturada por pensamientos extraños.

Completamente extraños...

VII

Semión Semiónovich volvió tarde, animado y satisfecho. Está lleno de ideas interesantes e innovadoras, fruto de la conversación con el profesor. El profesor trabaja en la misma rama que él.

—No te puedes ni imaginar cuán agradable es conocer a alguien con quien hablar y que entienda lo que digo, que tenga su propio criterio sobre la cuestión y que, por otro lado, te haga acercarte a su propia posición... Tengo la impresión de que no lo he pensado muy tranquilamente. Tengo que profundizar, investigar... Sí, es extremadamente importante tener a alguien conocido

con quien hablar. Sólo ahora comprendo cuánto necesitaba encontrar a una persona inteligente que me hiciera pensar.

Semión Semiónovich habla con ingenua satisfacción, convencido de que sus palabras obtendrán respuesta en Natasha. Él no sospecha que, de nuevo, sus palabras, como sutiles pinchazos, penetran en su corazón y la lastiman... Significa que Natasha, para él, nunca fue una persona inteligente con quien hablar; significa que ella se equivocaba, se equivocaba durante años, cuando imaginaba que «le hacía pensar», que era «necesaria» para su trabajo...

—¿Qué ha sido eso especialmente «inteligente» que tu profesor ha dicho para que tú incluso dudes acerca de la veracidad y del planteamiento de tu propia posición? —preguntó ella en un tono desafiante y sarcástico.

Pero Semión Semiónovich no se dio cuenta. Él no tenía ganas de repetir las conversaciones que había tenido con el profesor. Quizá mañana. Pero Natasha no se echa atrás, hace preguntas, con una inusual insistencia en obtener respuestas. Ella defiende apasionadamente las posiciones de Semión Semiónovich, como si estuviera «ofendida» por ellas, como si su excitación fuera provocada por el hecho de que alguien pusiera en duda el pensamiento de Semión Semiónovich. Si Natasha le diera la posibilidad a Semión Semiónovich de mirar en su corazón, él se sorprendería. Natasha estaba celosa. Celosa por primera vez. Ella, que no sentía celos de su esposa, de Aniuta, que había vivido junto a ellos, con una preocupación sincera por Aniuta, su embarazo y el parto durante aquellos años de proximidad con Semión Semiónovich, ahora podía sentir terribles celos de un profesor desconocido. Es tan fácil y cuesta tan poco ocupar un lugar en la vida de Senia, hacer que ella resulte «innecesaria» en su campo, dónde se pensaba que era tan relevante para él...

Semión Semiónovich repite de forma superficial las reflexiones del profesor, como si no estuvieran relacionadas con Natasha, como si sólo fuera a ceder por su curiosidad persistente. Y Natasha se regodea en la carencia de lógica que hay en las ideas y pensamientos del profesor. Ella le muestra de forma intencionadamente exagerada este despropósito a Semión Semiónovich. Pero, en esto, él no «cede».

—Si entendieras su línea de pensamiento verías que esto es más difícil de lo que parece —y, con una cruel indiferencia, Semión Semiónovich desvía la conversación y con obstinación, añade—; hoy ya estoy cansado... Es hora de acostarse. Buenas noches, Natasha.

—¿Ya te vas? Yo pensaba que nos sentaríamos, hablaríamos... He estado todo el día sin verte...

—¿Hablar ahora, cuando ya es más medianoche? Mañana charlamos. He dormido mal estas noches y mañana por la mañana tengo que trabajar. Debo ir con el profesor a la biblioteca. Necesito descansar.

—Claro, nosotros debemos descansar.

Natasha remarca la palabra «nosotros». ¿Por qué él siempre piensa sólo en sí mismo?

Se besan de un modo conyugal. Ya en la puerta Semión Semiónovich se da la vuelta:

—¿Sabes, Natashechka? Aun así, yo estoy muy satisfecho de que me haya venido esta brillante idea a la cabeza, la idea de venir a G. Asombrosamente, hoy ha sido un día agradable. Bueno, duerme bien, Natashechka.

Él, cariñosamente, asintió la cabeza y cerró la puerta al salir.

Natasha cierra el pestillo con fuerza. Se fue. Se fue sin hablar. Y esto después de todo un día... Después de todas estas horas de soledad, con pesadez, tormento y dudas en el alma. Se marchó con la afirmación: «hoy ha sido un día agradable»... Y luego, lo más importante: ese trato negligente hacia ella, no hacia Natasha, la amiga-mujer, sino hacia la compañera, la camarada de armas... Hasta ahora, esto no había pasado. Esto no lo podrá olvidar, no lo podrá perdonar... ¡Cuántas veces ha tenido ella constancia de que él escuchaba sus ideas, las valoraba, de que la ha ayudado a superar percances en el trabajo político, críticas negativas, ataques...! Siendo consciente de ello, ella canalizó sus fuerzas para seguir trabajando, luchando... Él la valora, así lo cree en su «cabeza», y nada más le importaba... Pero ¿y si es que él sólo «escuchaba» su opinión porque se trataba de «su Natasha», la mujer que le gusta?

«¿Qué pasaría si le llamara un día "viejo estúpido"? ¿Él, Senia, reaccionaría de esa misma de forma indiferente, como hizo

hoy? —Una malicia desconocida, cercana al odio, trepa hasta el mismísimo corazón y afecta a su ternura habitual hacia Senechka, el adorado Senechka—. Voy a verlo y le diré todo. Todo. Y mañana me iré a casa, volveré. Con los míos. Esto no es vida, es una dura humillación. Ya no lo amo; lo odio», pensó ella.

Natasha fue de forma decidida hacia la puerta. Pero cuando ya giraba el picaporte, le vinieron a la cabeza de forma clara las imágenes de sus explicaciones, todo lo absurdo de intentar que él la comprendiera. Natasha, con impotencia, volvió a tumbarse en su cama, al lado de la puerta.

¿De verdad es posible atravesar con palabras y explicaciones ese muro de incomprensión que se ha levantado entre ellos? Cuantas más palabras, más grueso e impenetrable es el muro. Como si las palabras pronunciadas, en el fragor del enfado, se pegaran a ese muro y lo ensancharan.

No, las palabras no ayudan en este asunto. Él no escucha a Natasha. Entonces todo quedará sin resolver. Ella no intentará «explicarse». Mañana le dirá de forma tranquila, sin dramatismo ni psicología: «vuelvo a casa, lo debo hacer, es necesario. El trabajo me llama». Y se marchará. Que él se quede con el profesor…

Ella misma estará triste y sola. No obstante, nadie le hará daño, la atormentará, la humillará, la pisoteará…

Natasha, con desagrado e irritante prisa, quitaba las cintas de su ropa, arrancándolas. Quiere irse rápido a dormir, acostarse sin pensar… Y aquí está la «ironía de las cosas»: las cintas, como a propósito, para fastidiarla, se enredan y hacen nudos.

«¡Ah, malditas! Bueno, os arrancaré… ¡Eso es…!» Lanza su ropa en el montón, deja que se arrugue… Y se da prisa en cepillar su pelo. Pero cuando se había quitado las cintas blancas tejidas en forma de trenzas y también los pelos de la cara, como hacía por costumbre «para Senechka» durante la noche, la tristeza le llegó al corazón. Se burla de una bata blanca, que Senechka llama «ropa seductora», y en cuyos anchos y suaves pliegues le gusta envolverse, abrazando a Natasha. Debía irse y no mostrarse ante Senechka en esa bata blanca nunca más. Irse con el frío en el corazón, con el rencor hacia Senechka. ¿Cómo sobrellevarlo? ¿De dónde tomar fuerzas en la lucha contra la vida, en caso de «romper» y alejarse de él totalmente, para siempre?

Natasha iba con unas suaves zapatillas de noche, con su bata blanca... Se movía por la habitación. Ni para ordenar ni para pensar.

Acudir a él o no. Al fin y al cabo, él estaba aquí, a pocos pasos de ella. ¿Acaso no sería natural ir a verle, acurrucarse en su pecho, quejarse ante él y perdonarle todas las ofensas que él mismo, el ciego de Senechka, le ha hecho en el día de hoy? Si no lo entiende, hay que explicarlo. Intentarlo al menos. Evidentemente, sin el rencor que antes sintió... Él debe escuchar, debe entender. ¿Qué clase de intimidad y cercanía tendrían si ellos mismos se ocultan el uno del otro? ¿Cómo cortarle el paso a ese nocivo gusano que te chupa el alma, que siembra ira y resentimiento, si no hablaban francamente?

Hay que explicarse. No importa: mientras no hable con él, ella no se dormirá.

Natasha, agarrando su bata blanca que rozaba el suelo, mirando con cuidado, temiendo que la vieran, atraviesa el largo pasillo del hotel hasta la habitación de Senechka. El pie se hunde desagradablemente en la demasiado blanda alfombra roja del pasillo del hotel, aparentemente infinito. Setenta y cuatro, setenta y seis, setenta y ocho... Ésta es: sus botas están en la puerta.[7]

Por un momento le vino la duda: ¿entrar o no? ¿Quizá es mejor no hacerlo? ¿Estará durmiendo? Ha pasado más de una hora desde la despedida. Pero el solo deseo de ver y acariciar esa cabeza bonita, de alejar ese sentimiento innecesario, de derretir el hielo que ha inmovilizado su alma, hace que Natasha gire el picaporte. La puerta chirría. La luz del pasillo le llega a la cara de Senechka, que estaba durmiendo. Entonces, se despierta.

—¿Quién está ahí...? ¿Qué...?

Sus ojos miopes, sin sus gafas, se entrecierran, sin reconocer a Natasha.

—Soy yo, Senechka.

Natasha cerró la puerta y se arrodilló junto a su cama.

—Tú, Natasha... Mira que... Viniste...

---

[7] En los hoteles, los zapatos de los huéspedes se dejaban durante la noche en el pasillo, para que se limpien por la mañana.

En su voz hay un tono ladino de autocomplacencia masculina. Ese tono lastima el oído espiritual de Natasha, genera discordia en su estado de ánimo.

—Senechka, he venido a verte porque me he sentido muy mal antes... Tan triste, tan sola.

—Venga, vamos, no hay nada que explicar. Apuesto que no puedes dormir sola. Sabes que yo estoy aquí, a tu lado. Y esta bata que llevas, ¡qué seductora!

Él la abraza e intenta llevarla con él a la cama.

Natasha se opone débilmente, pero responde a los besos.

—Déjame, Senechka. No es necesario. No he venido a eso... Tengo otra cosa totalmente diferente en mi interior. Sólo quería hablar contigo, entrar en calor y abrazarte.

—¿Qué es eso de «sólo», «sólo»...? Sois asombrosas. Las mujeres sois un grupo extraño. Sin duda, buscáis excusas. Os encanta aparentar que no tenéis pensamientos pecaminosos. Todos nosotros os hacemos caer en la tentación. Tú misma me despertaste, y ahora te haces la difícil... ¿Qué quieres, Natashechka? Como si te hubiera ofendido. Estoy bromeando. Menuda tonta... Estoy feliz que hayas venido... Cariño, delicada mía... Querida niña, ha venido a calentarse y está sentada en el suelo. Tus piernas han de estar frías... Ven aquí conmigo.

La bata blanca de Natasha resulta una mancha inconfundible sobre el fondo oscuro de la alfombra del hotel.

—Bueno, ahora no hay nada más que hablar. Yo quiero dormir —interrumpe Semión Semiónovich, cuando sus caricias no exigen más alivios; pero Natasha realiza intentos obstinados de hacer «psicología»—. Para conversar es mejor de día. No olvides que mañana debo trabajar. Y no podré hacerlo si mi cabeza no está fresca.

Esto suena casi como un reproche. Semión Semiónovich se da la vuelta, con su cara hacia la pared, y se envuelve más con la manta. Natasha se acuesta boca arriba, con las manos detrás de la cabeza. Algo desagradable le duele aquí, en el corazón...

Una vez más, este cambio abrupto y ya conocido en su trato hacia ella antes y después de una caricia intima. Como si «después de la caricia» en él se produjera una frialdad, un tipo de distanciamiento; pero en Natasha era al revés: cuanto más feliz y

mejor fue la caricia, más cerca le sentía, más aumenta la ternura, la ardiente creencia de que ellos son totalmente el uno del otro.

Natasha observaba con tristeza su ya conocida nuca... Aun así, es una cabeza bonita, que piensa... La cabeza del «inteligente Senechka». Con cuidadosa ternura, ella le besa su nuca. Luego se levanta cuidadosamente. En el fondo, su corazón está débil y deprimido.

—Bueno, duerme bien, Senechka. Mejor descansemos por separado. ¿Me das un beso de despedida, Senechka?

Ella se inclina hacia él.

—¿Qué pasa contigo, Natasha...? ¿Aún quieres más besos? Esto yo ya no lo entiendo. Menuda insaciabilidad. ¿No estarás enferma?

Natasha retrocede. Se siente como si Semión Semiónovich la hubiera golpeado.

De este modo interpretó sus palabras, que no adivinaban su deseo insatisfecho de calidez, ternura... ¿De verdad esos fuertes abrazos calentaron su alma? ¿No se va aún más alejada de él de lo que vino? Siente frío y angustia en su corazón...

Semión Semiónovich estaba con la cabeza en la almohada y Natasha, sin prisa, habiendo reflexionado, se puso la bata. Ahora, de nuevo, debe andar a través de ese pasillo infinito, sobre una demasiado blanda alfombra roja. En la mesita, en la curva del pasillo, estaba durmiendo un sirviente del turno de noche.

Cuando Natasha pasa por delante de él, agarrando su bata blanca que tocaba el suelo, él la mira de forma descarada y le lanza a continuación una palabra incomprensible, pero obviamente ofensiva...

Natasha se estremece, se encoge de hombros. Le parece que está cubierta de basura de los pies a la cabeza.

VIII

La estancia en G. se convirtió para Natasha en una «reclusión voluntaria». En algún momento, al principio de su intimidad, Natasha disfrutaba de este «juego de echar el cierre y tirar la

llave» a través de citas astutamente acondicionadas con Semión Semiónovich. Ella llamó a Senia «bajá» y, a sí misma, «odalisca» del harén. Ella disfrutaba de esta transición repentina y abrupta de una actividad impetuosa y neurótica, siempre con gente y a la vista, a una completa clandestinidad (ella perdió en esos días incluso su nombre) y al completo aislamiento de la vida y de las personas.

Estas desapariciones repentinas no sorprendieron a sus amigos. Algunos opinaban que ella tenía «responsabilidades» con parientes lejanos; otros atribuían sus desapariciones a la causa a la que servía.

Antes, esta pausa en su frenética actividad solía ser un descanso. Pero esta vez, en G., el rol de odalisca del harén la oprimía y la molestaba. No podía salir a la calle, por si de repente se encontraba a un conocido. Tampoco podía sentarse con calma en la sala de lectura del hotel, por si Senia entraba corriendo en su habitación y, no encontrándola allí, se iba presto y sin esperarla. Y esto sería especialmente frustrante.

Esta vez Senia le dedicó a ella poco tiempo, y los días en G. se prolongaron vacíos y aburridos en una espera inútil.

Semión Semiónovich está absorbido por el trabajo y, según le parece a Natasha, aún más por el profesor. Está encantado con toda la familia del profesor.

Ya durante el café de la mañana, Semión Semiónovich, una y otra vez, mira el reloj: no puede llegar tarde. Come con el profesor. Pasa largas tardes con él.

Para ella, para Natasha, quedan las sobras, las «horas robadas», cuando él, con el pretexto de escribir una carta o «resúmenes de materiales», regresa a la habitación de Natasha. Semión Semiónovich está inusualmente animado: habla de nimiedades, le da las noticias a Natasha, se relaja, estirado en el sofá de Natasha, permitiendo «amablemente» a Natasha que tome té, con una cena improvisada de galletas y frutas. Natasha lo escucha atentamente y, claro, se alegra de que esté contento, de que esté bien.

Pero un gusano le estaba chupando el alma. Él cada vez comparte con ella menos de sus pensamientos acerca de su trabajo y

es cada vez más tacaño a la hora de hablar sobre sus encuentros con el profesor.

En Natasha crece la antipatía hacia el profesor. La «vieja rata de biblioteca» es erudita... Y Senechka se imagina, ingenuamente, que esa vieja rata es realmente más inteligente que él mismo.

—No te entiendo, Senia —le sale a Natasha—, ¿por qué eres tan abierto con el profesor? Sin duda, eres un niño. Le expresas todas tus posiciones aún sin desarrollar, y él se aprovecha. Con ellas completará su erudición académica y las hará suyas, mientras que tú aún piensas en ello, escribiendo tu trabajo.

Sirviendo el té, ella habla a propósito en un tono indiferente, para «herir» con mayor precisión a Semión Semiónovich.

—¿Qué tonterías estás hablando, Natasha? Como si fueras Aniuta. ¿Dónde se ve esto entre colegas, eso de robarse las ideas el uno al otro?

—¿Crees, de verdad, que esto no está sucediendo? ¿Acaso no conoces ejemplos? Yo, en tu lugar, no sería tan ingenuo...

Semión Semiónovich se queja, pero Natasha siente que la chispa de la desconfianza hacia el profesor está encendida, y esto le ofrece una temporal satisfacción.

Pero cuando Semión Semiónovich se marchó, Natasha, de repente, sintió algo desagradable en su interior. Ella, sin duda, ha hecho una cosa horrible y sucia. Ella misma se preguntaba de dónde había salido ese deseo vil de echar pestes sobre el profesor. ¿Acaso todo esto es por celos? Ahora estaba entendiendo muchos de los actos de Aniuta...

«¡Uf, qué asco! Hasta dónde se puede llegar con este sentimiento, *brrr*...», pensaba Natasha dentro de sí con una sensación de repugnancia, como si fuera otra, una persona extraña.

Quería corregir lo hecho. Y la conciencia de la irreparabilidad de lo que había dicho la enfureció.

Desde ese día, Natasha escuchó con especial paciencia las alabanzas hacia el profesor y su familia, trató de expiar y extirpar, resaltando con admiración la mente del profesor y sus cualidades morales, el gusano de la desconfianza que ella misma había inculcado en el alma de Semión Semiónovich.

Pero Natasha sabía que el gusano estaba vivo. Cada mañana, Natasha se levantaba con la esperanza de que, hoy, Senia le dedicaría todo el día. Bueno, no todo, aunque sí unas cuantas horas, para tener una conversación sincera y conmovedora, para poder «abrir su alma».

Pero los días pasaron, y las horas de conversación no llegaron. Hubo caricias, besos, conversaciones de broma acerca del té, noches de intimidad, pero no de conversación: éstas no se produjeron. Natasha intentó trabajar. Debía preparar el artículo a tiempo. Pero el trabajo no fluía y transcurría lento e interminable. Lo que escribía hoy al día siguiente no le resultaba satisfactorio, lo sentía «forzado»... No había suficiente «nervio», y le sorprendía e incluso ofendía que Semión Semiónovich ni una sola vez le preguntara qué tal iba su trabajo. El tiempo se perdía sin rumbo, se escurría entre los dedos, yéndose a la infructuosidad, a la nada...

IX

A través de un largo rodeo, Natasha recibió todo un paquete de cartas: tanto personales como de su trabajo político. Estas últimas contenían noticias que afectaron a Natasha. Informaban de la «enfermedad» (que significaba arresto) de dos amigos; temían que su situación se prolongara con consecuencias serias y amenazantes. Natasha se sentía fatal.

Aún más molesta era la estancia sin sentido en G. ¿Quién lo necesitaba? Y, sin embargo, le faltaba el coraje para irse con esa incertidumbre en su alma, con ese frío... «Me iré, pero allí estaré atormentada... No, antes hay que hablar... Hay que resolverlo...», pensaba.

Ella misma no sabía bien qué «resolver». Solo quería «atravesar el muro» a cualquier precio e irse con la conciencia tranquila, la conciencia de que ella está más cerca de Senia, en su corazón. Natasha esperaba ansiosa a Semión Semiónovich. Hoy, pase lo que pase, hablará con él...

Pero Semión Semiónovich, como a propósito, pasó poco tiempo en el hotel. Llegó pasada la medianoche, después de la cena de gala en su honor. Estaba un poco ebrio, contento y animado, sin fijarse en el rostro borroso de Natasha.

—Comimos y bebimos, por así decir, hasta perder un poco el juicio. Pero ahora se me pasará. ¿Me has echado de menos…? Venga, acércate al cuello, detrás de la oreja…

—Déjame, Senia —se liberó ella con impaciencia—. Es un mal momento. He recibido una carta. Katerina Petrovna y Nikanor están detenidos.

—¡Por favor! ¿Qué dices…?

—Me sabe mal por ellos… Es tan lamentable… Tan doloroso.

Inesperadamente para sí misma, Natasha se puso a llorar. No lloró tanto por sus amigos como por sí misma. Ahora, todos los sentimientos se mezclaron de alguna forma. Parecía que en la vida solo había dificultades y dolor, una cadena de angustias, preocupaciones y desgracias… ¿Qué pasará ahora con su «empresa»? ¡Para qué se había ido! Ahora la necesitaban…

—Vamos, Natasha, de verdad. Déjalo estar. No te puedes poner a llorar por todo —le dijo en un tono de reproche. Él estaba cansado de las lágrimas femeninas—. Esto puede que se arregle…

—Sí, pero no sólo lloro por ellos, sino también, de alguna forma, por todo. ¿Qué clase de vida es esta? Sólo hay amargura.

—¿Qué le vamos a hacer? Así es nuestro trabajo —dijo él, creyendo que ella hablaba sólo de las dificultades de su causa—. Entonces, cuando trabajaba en el Volga… —Semión Semiónovich quería distraer sus pensamientos, y creía que para ello la mejor jugada era una «historia de aventuras» de su pasado revolucionario. Pero Natasha sabe todas sus «aventuras», y ella escucha distraídamente. Quiere hablar de otra cosa. Sobre su tormento, sobre sus dudas—. ¿Ves qué de dificultades suceden…? Y aún me mantengo con vida… Y como ves, incluso no he perdido la capacidad de dejarme llevar por las mujeres… Pero, Natasha, ¿no me estás escuchando?

—Escucho, Senia… Simplemente, quiero decirte algo: he decidido marcharme… Allí, de vuelta. Mañana mismo… Yo ahora no me puedo quedar aquí tranquila.

—Bueno, más tonterías. Justamente ahora no es prudente irse. No te dejaré ir, de ninguna manera. Con tu frivolidad, seguramente saldrás mal parada. Deja que todo se calme. Ellos ahora no te necesitan. Se las podrán arreglar bien si ti.

Natasha se opone, discute, se preocupa… Ella, sin falta, quiere que Semión Semiónovich reconozca exactamente ahora, en este instante, su importancia para la causa. Pero Semión Semiónovich de forma obstinada repite:

—Cosas de niños… Nimiedades. Como si sin ti la gente no fuera capaz… Créeme, todos lo harán, incluso mejor que tú.

Las citas de las cartas, dónde piden claramente a Natasha volver, tampoco ayudan.

—Bueno, ¿quién te escribe esto? La histérica de María Mijáilovna… Sólo son gritos de mujer. Entiendo que, si lo hubiera escrito Dontzov, entonces la cosa sería seria, pero María Mijáilovna… ¡Olvídate! No vale la pena preocuparse.

Y de nuevo las palabras de Semión Semiónovich hieren la fibra sensible de Natasha, dónde más le duele. Dontzov era esa figura renqueante que con los ojos la llamaba «señora». Lo que más le duele es que no la «llame» Dontzov. En caso de que él la hubiera llamado, entonces ello demostraría que ella es «valiosa», que es realmente necesaria… Y entonces, Natasha volvería ahora, inmediatamente, sin importar por qué…

Es una pena que no la llame Dontzov. ¡Cómo no lo entiende Senia! ¿Para qué hace hincapié en esto? Senia nunca la entiende, nunca la escucha, siempre la «hiere»…

Natasha se despide de Semión Semiónovich con frialdad deliberada. Para que lo sienta. Pero cuando él, como si no hubiera notado su frialdad, se retira, a Natasha la vuelve a atacar la melancolía y el miedo: el miedo a sus propias angustias, aún pendientes de resolver…

Hay que llegar a un acuerdo. Llegar a un acuerdo, sea como sea.

O lo entiende o se separarán. Cualquier cosa es mejor que esta hambruna del alma, esta falta de comprensión.

Natasha corre por el largo pasillo de alfombra blanda.

Toca esperar hasta mañana. No hay fuerzas para pasar por otro largo, inútil y vacío día.

En su puerta, Natasha ralentiza el paso, parándose. Presta atención. Todo está tranquilo. Senia, probablemente, ya estará dormido; suele dormirse en cuanto su cabeza toca la almohada.

Tiró un poco del picaporte y rápidamente lo soltó… La sangre inundaba sus mejillas. Su mirada soñolienta y su pregunta emergieron vivaces:

—Y, de nuevo has venido. Menuda tú… ¿Acaso no sabes que estoy cansado, y que mañana mi cabeza debe estar fresca…?

«No, por favor, esto otra vez no… No quiero escuchar de nuevo estas palabras hirientes…», pensaba.

Natasha corrió por el pasillo, de vuelta hacia su habitación, pasando por delante de un sirviente exhausto del turno de noche. Se preguntaba por qué la señora abruptamente cambió de opinión. «Debe ser una discusión…»

X

Natasha ya ha abierto la puerta de su habitación un montón de veces. Se pone a escuchar. Mira al pasillo, tenuemente iluminado por la noche. Todo está vacío y tranquilo.

Cuando a lo lejos se escucha una tos o desde la esquina del pasillo aparece una figura masculina, el corazón de Natasha se sobresalta… No, no es él… No es Senia.

Dentro de poco serán las tres de la madrugada. Y Senia no está. ¿Qué significa esto? Él no llega nunca tan tarde. ¿No le habrá pasado algo?

Natasha iba, una y otra vez, a su habitación con la ligera esperanza de que él ya hubiera llegado directamente allí, sin ir a verla. Pero la habitación está vacía. Un sirviente del turno de noche sigue con atención los movimientos de la *madame*. Cuando ella pasa delante de él, él sonríe con un gesto descarado en su mirada.

Pero hoy no le importa.

Le preocupa más el hecho de que Semión Semiónovich se fue por la mañana y no se ha pasado ni una sola vez en todo el día… Esto nunca había pasado…

Si ha pasado algo, ¿por qué no ha llamado? Puede que simplemente se haya quedado toda la noche hablando con el profesor. Pero, entonces, qué negligencia imperdonable hacía ella. ¿Acaso no pensó que ella se preocuparía? Él no haría eso con Aniuta... Cada hora que pasa aumenta su ansiedad.

Natasha se va a la cama, se levanta de nuevo y abre la puerta al pasillo. No hay nadie. Todo lo que circunda es el silencio del hotel, el pasillo tenuemente iluminado de noche, la alfombra excesivamente blanda que, extendida a lo largo del pasillo, resulta tediosamente roja... Si no fuera por esta alfombra ella escucharía sus pasos desde lejos...

Alguien ronca dulcemente, alguien tose.

Silencio y vacío...

Suena el reloj de la torre.

«*Din-don*, *din-don*.»

Son las cuatro y media.

Cada vez se preocupa más y la espera se le hace más insoportable. Pronto amanecerá. Aún existe la esperanza de que él simplemente se haya quedado toda la noche hablando con el profesor. Y que mañana por la mañana aparezca con una mirada de culpabilidad y se justifique de forma pueril y ridícula... «¿Cómo iba a llamar por teléfono? ¿Y si el profesor hubiera sospechado?» Él la mirará con ojos lindos y avergonzados, esperando la habitual reprimenda femenina. Y cuando Natasha sólo le sonría como respuesta, dejando ir su melena rebelde y besando su frente lista, dirá: «No hace falta que te excuses, Senechka, lo entiendo todo»; él respirará aliviado y dirá: «Qué buena que eres».

Y para ambos, en el fondo de su alma, será más fácil y claro, y a ella sus miedos nocturnos le parecerán absurdos.

—Qué nervios... ¿Qué pudo suceder? Aún estaré durmiendo cuando él llegue... No es necesario cerrar la puerta con llave...

Natasha se obligó a sí misma a acostarse. Pero incluso durmiendo, continuaba atenta. Al mínimo crujido, Natasha ya sacaba sus pies de la cama, escucha, y su corazón empieza a palpitar... «No, esto es aquí al lado... Están limpiando el suelo... Están hablando con la sirvienta...», piensa en duermevela. La mañana es gris y neblinosa, y apenas se percibe la luz que entra a través de las cortinas.

¿Qué hora es? Sólo las nueve pasadas. No dormirá más.

Natasha se levanta, alargando el proceso de vestirse. Y de nuevo está escuchando, intentando entender cada sonido; de nuevo abren una puerta en el pasillo. Éste está gris, sin luces nocturnas, y aún más vacío, sin esperanza. Mejor no mirar. Pero ella misma mira, observa. Parece que de la esquina aparece una bonita figura conocida con un sombrero viejo, blando y sin forma…

Ahora sí, ahora Natasha entiende cuán importante es Senia y cuánto lo necesita. Está preparada para recriminarse a sí misma por todos los reproches que aún no le ha hecho, por sus antiguos resentimientos hacía él, por cada sentimiento desagradable que ha surgido…

Si llegara por fin… Ojalá no haya pasado nada… ¿Y si él ya ha llegado, justo después de que Natasha se fuera a dormir? Apareció un pensamiento de inesperada esperanza. Y en bata blanca, con el pelo suelto y con un cepillo en la mano, Natasha corre por el pasillo. Una mujer, que estaba limpiando el suelo, se aparta al ver a Natasha y empuja el cubo, malhumorada. Natasha chocó con él, vertiendo agua sobre la alfombra.

—Disculpe.

La habitación de Semión Semiónovich todavía está vacía. La cama no está deshecha.

«¿Qué significa esto?», se pregunta. Natasha se sienta en su cama, decidida a esperarlo precisamente aquí. Como si estuviera aquí más cerca de él. Sus cosas, sus pantalones, su chaleco. ¿Y si de repente llegara Aniuta? Ahora sí que el pobre Senechka se volvería loco por que ambas se encontraran. Será mejor irse. Pero ¿cómo tranquilizar a Senia y avisarle de que ella ya no está aquí, que él puede llevar tranquilamente a Aniuta al hotel? ¿Debería llamar por teléfono al profesor? ¿Y si Aniuta está allí? En general, le estaba estrictamente prohibido llamar por teléfono…

La idea de que Senia pueda llevar allí a Aniuta hace que se levante de la cama y salga de la habitación con los ojos abiertos. ¿Hay alguna «prueba»?… Sus cosas, sus libros.

Luego, con la puerta medio abierta, ella vuelve dentro…

Las diez… Las diez y media… Las once. Las once y media… Durante una hora, Natasha dejó de escuchar. Le parece que ya no va a esperarlo, que se ha apagado cualquier esperanza de ver

alguna vez a Senia... Quién sabe si estará vivo aún. Podría haber tenido un accidente, él es tan miope... Podían atropellarlo, aplastarlo. Si estuviera vivo, ¿acaso no encontraría la forma de tranquilizarla, de darle solamente una pequeña señal: «vivo»?

Si se mantiene en silencio de forma tan tenaz, significa que algo terrible, serio y espantoso ha ocurrido.

Natasha está sentada con los ojos cerrados. La luz del día resulta deslumbrante... Por la noche anhelaba el día; ahora siente tristeza por las horas de la noche: entonces aún había esperanza... ¿Qué pasa con él? ¿Qué? Quizá está en el hospital. Y nadie lo sabe. Puede que la haya llamado. Si no llega antes de las tres (el momento del día en que Senia se pasa habitualmente), ella llamará por teléfono al profesor. Pase lo que pase. Natasha empieza a limpiar la habitación «por si acaso»... Y entonces, de repente, cuando Natasha decidió no esperar más ni escuchar los ruidos del pasillo, llaman con fuerza a la puerta.

—¡Entre!

Un escalofrío recorre todo su cuerpo.

El chico de los recados le trae una carta. Le cuesta romper el sobre... tiene ganas de saber qué hay escrito.

> He tenido un incidente inesperado. Durante el almuerzo he empezado a tener unos cólicos estomacales tan fuertes que me he tenido que acostar y llamar al médico. La fiebre me ha subido hasta los 40. El médico temía que fuera apendicitis. Los dolores son indescriptibles. Me han inyectado morfina dos veces. Pero hoy ya estoy mejor. El doctor acaba de decirme que todo acabará pasando y no será necesario operarme. La fiebre ahora es de 37,8; aún tengo dolor, pero es soportable. Sólo necesito reposo total... No te preocupes por mí. Es imposible encontrar una mejor atención que la de la familia del profesor. Ellos estuvieron conmigo toda la noche. Vendrán a buscar los libros. Es una excusa. Conté que en el hotel conocí a una familia rusa y les pedí que seleccionaran algunos libros y me los enviaran. Coje lo que sea. No tengo tiempo para los libros. Recuerda: no puedes ni escribir ni llamar por teléfono desde allí. Beso tus manos.
>
> *Tu Senia*

«...Pobre, pobre Senechka...»

—¿Va a responder?

El chico mensajero espera pacientemente a que Natasha termine de leer la carta.

—Respuesta, oh, sí. Claro. Siéntese, mientras le traigo los libros.

Ella se apresura a ir a su habitación, como si realmente debiera hacer algo por él. El alma está helada, entumecida. Natasha aún no ha comprendido lo sucedido. Ella quiere escribirle al menos una frase sobre su preocupación, sobre su amor, sobre su amor infinito. Que no se preocupe por ella; que ella lo aguantará todo solo con saber que él está vivo, que él aún «existe».

Con los dedos helados y paralizados por el escalofrío interno, Natasha empaqueta los libros. El deseo de adjuntar una nota la ahoga y la atormenta. Aunque sea pequeña y corta... No, no es posible. Es un exceso de emoción. La verán y preguntarán por tal nota. Deberá entonces «dar explicaciones», pero él no sabe improvisar, el pobre y dulce Senia. Ahora no es tiempo para eso. Los libros son entregados al chico mensajero. Y de nuevo Natasha se queda sola en su habitación de «soltera».

En la mesita frente al sofá está el café de la mañana, aún sin beber, y en el alma un terror escalofriante y una angustia, angustia por el peligro que aún no ha desaparecido... Poco le puede decir el médico como consuelo. Morfina, dolores, fiebre... Y ¿cómo podría ella atormentarse por algunos resentimientos, emociones tontas, cuando aquí está el dolor real e irreparable? Se miró a los ojos y todo lo demás se borró. Todo palideció, se volvió pequeño e insignificante.

XI

Pasaron tres largos días vacíos. Tres noches con horas llenas de reflexión, en soledad, con una melancolía preocupante, con sueños tediosos, con un impulso al despertar: «¿Qué será de Senia?».

Y de repente creyó oír su voz. Natasha se asustó: ¿y si es una premonición?

Muchas veces al día Natasha corría hacía el portero del hotel para asegurarse de que no había telegramas, llamadas, ni nada enviado... Los sirvientes susurraban de manera burlona, y preguntaban respetuosamente:

—¿Permanecerá el *monsieur* aún en la habitación o ya se ha ido definitivamente?

—Por supuesto que se queda, el *monsieur* simplemente está enfermo, reposando con unos amigos, donde está más cómodo que en un hotel...

Está molesta. ¿Por qué dar explicaciones? Esto está más que justificado. ¿Realmente les incumbe...? Además, ¿qué pasa con él, con Senechka? Tiene la certeza de que la enfermedad ha empeorado. Si Senechka estuviera consciente, ¿de verdad no habría encontrado la forma de ponerla al día y tranquilizarla? Sólo necesita saber que él está vivo, sólo eso... Por lo demás, ya harán las paces.

El reloj iba lento, extremadamente lento. Le parecía que las horas pasaban, pero las agujas del reloj no se habían movido ni un minuto.

No trabajó en absoluto. Tenía miedo de salir del cuarto. ¿Y si llega un mensaje o una llamada?

En la tarde del tercer día, en Natasha maduró una idea: preguntarle al profesor por teléfono. No tenía fuerzas para seguir con esta tortura. Y por delante quedaba lo peor: la noche. Lo hará, pase lo que pase.

Natasha llamó. Y ella misma tenía miedo. ¿Y si el sirviente se confunde? ¿Y si al otro lado está Aniuta? Y si...

—*Que désire madame?*[8]

Es un sirviente el que responde su llamada.

A Natasha le parece que él la ha tomado por sorpresa, que ella misma no sabe qué preguntar por teléfono, que el sirviente, seguramente, se confundirá.

Pidió té.

[8] «¿Qué desea la señora?»

Y el lacayo, habiendo preguntado si con limón o con nata, desaparece moviendo su servilleta blanca. Y de nuevo, Natasha deambula sin rumbo por su habitación, con una sensación de dolor sordo en algún rincón de su corazón, con imágenes dolorosas en su cabeza, por las cuales quiere gemir y retorcerse las manos…

En el reloj de la torre tocan las nueve. Es la última esperanza para enviar el mensaje, el teléfono ya se apaga. Y Natasha, de nuevo, llama decididamente al sirviente.

Él tarda en aparecer. No sospecha lo difícil que es para ella parecer tranquila, cuán difícil le resulta ser clara y concisa para que él no se confunda, para explicar cómo y dónde debe llamar, qué preguntar y qué decir.

—No tiene que hablar de ninguna *madame*… Simplemente que «los amigos rusos» están preocupados y expectantes.

—Entiendo, entiendo —la tranquiliza el sirviente, y desaparece llevando una nota con el número de teléfono, el nombre de Semión Semiónovich y el apellido de los amigos rusos.

A Natasha le parece que esto es lo más importante, por eso espera tan preocupada al sirviente, a que traiga una respuesta. Ojalá que todo vaya bien con el teléfono, así Senechka no se preocupará ni se asustará…

Natasha ya no da vueltas por la habitación. Está sentada en el extremo del sofá, tensa como una cuerda. El corazón no le late en el pecho, sino en algún lugar de la garganta. Le cuesta tragar. Ahora ella lo sabrá… ¿El qué? Piensa aterrorizada… Los minutos pasan muy lentamente. ¿Por qué va tan lento? Cinco, siete, diez minutos. ¿Por qué motivo no regresa el sirviente? Quizá las noticias sean demasiado terribles y el sirviente no se decida a contarlo. Unas olas escalofriantes recorren su corazón. Resulta extremadamente angustioso. Aparece el pensamiento: ¿y si dentro de una hora ella echara de menos estos terribles minutos, en que aún existía esperanza?

Llaman a la puerta.

—¡Entre, entre!

Las palabras salen con dificultad.

La mirada hacia el sirviente es inquisitiva y suplicante. Pero él se toma su tiempo. Antes tiene que quitar una servilleta de la puerta.

—El *monsieur* me pidió que les diera las gracias a sus amigos rusos —apenas se percibe la sonrisa por debajo del bigote del sirviente—; tras los cuidados recibidos, *monsieur* está mucho mejor. Ya ha paseado esta mañana por su habitación, y ahora el *monsieur* se prepara para irse a dormir.

Natasha está inmóvil y en silencio.

—Eso es todo. ¿Manda la *madame* algo más?

—No. Nada.

Una vez más se ve la servilleta blanca, y Natasha se queda sola.

A Natasha le parecía que, si el sirviente le traía un mensaje de esperanza, aunque fuera un solo débil rayo, entonces de ella brotarían lágrimas de una indescriptible felicidad... Ésta era la misma noticia por la que Natasha, una hora antes, estaba preparada para entregar su vida; pero ahora está desorientada y confundida. Y un nuevo tormento surge en su corazón, el de un resentimiento amargo y corrosivo.

¿Qué es esto? ¿Qué...? ¿Él, Senia, el dulce y bueno de Senia, temeroso de causarle una herida a Aniuta, tortura de este modo a Natasha? ¿Por qué? ¿Para qué...? Y él se atreve a decir que la «ama».

Natasha, con su característico gesto, mueve su cabeza como si Senia estuviera aquí, como si él la viera...

No, su alma no perdona un insulto semejante.

XII

Natasha durmió profundamente y se levantó renovada y tranquila. El «gusano» aún se mueve por algún rincón profundo, pero ella no quería darle rienda suelta. Lo importante es que el peligro ha desaparecido. Senia está vivo, se está recuperando. En unos días le verá. Entonces, sí, entonces, sin falta, hablará con él en serio, como es debido, dejándole claro que no puede ser tan descuidado en el amor, que ni siquiera su gran amor por él lo soportaría. Es imposible tirar así de los hilos, impunemente, sin que se rompan.

Hoy Natasha, por primera vez, sintió el sabor del café y sonrió a la sirvienta que le informó de que hacía un tiempo hermoso, primaveral, y que la *madame* debe, sin falta, salir a pasear. Ay, si ella fuera libre, como una *madame*, pasaría todo el día en la calle.

Natasha volvió a leer las cartas del trabajo, las peticiones y, por primera vez, pudo tomarlas con la seriedad que el asunto requería. Ahora se sentía mal, incómoda: ¿cómo es que no respondió?

Habiendo preparado un paquete de cartas para enviar, a Natasha le entraron ganas de continuar con su artículo. Hoy, por primera vez en G., escribió con facilidad, sin presión, de modo que las palabras brillantes y exactas aparecieron con más facilidad, y los pensamientos se sucedían en una cadena lógica y articulada, sin lagunas. Natasha no se dio cuenta de cuán rápido pasó el día. Empezó a oscurecer. Los ojos se le cerraban.

Natasha se estiró felizmente. En su interior todo estaba, inesperadamente, ligero y claro. La conciencia se alegraba de que el artículo prometido empezara a escribirse... Fue un descanso el hecho de que no tuviera que esperar una llamada de teléfono, atormentarse, preocuparse por Senia. Él estaba a salvo y, aparentemente, estaba tan bien allí con el profesor que incluso no se esforzaba en pensar en ella, en Natasha. Este pensamiento estaba impregnado de amargura. Pero Natasha lo ahuyenta. Después de la tensión de estos últimos días, los músculos del alma piden paz y tranquilidad.

Ella quiere luz, movimiento, gente. La reclusión le parece algo ridículo y exagerado. Decide ir a la oficina postal a enviar las cartas, y desde allí ir a algún restaurante de moda que esté bien iluminado.

Natasha está ya de pie con un velo y un sombrero cuando, como siempre, sin llamar a la puerta, entra de forma inesperada Semión Semiónovich.

—¿Eres tú, Senia?

En su voz hay más sorpresa que alegría.

—Oh, Natasha, estoy agotado... Después de mi enfermedad estoy muy debilitado. Pero de algún modo me he arrastrado hasta ti. El doctor me aconsejó esperar hasta mañana... Pero yo no podía aguantar más.

—Será mejor que te acuestes, Senechka... Pareces cansado. Aún tienes ojos de enfermo. ¿Por qué has venido, querido?

—Te echaba de menos, Natasha... Mi alma no estaba tranquila.

—¿Quieres una almohada debajo de tu cabeza? ¿Quieres que te quite las botas? Déjame que te tape. Así. ¿Quieres té? Con limón. Mejor con leche. Ahora llamo para que te lo traigan y te lo preparo.

Natasha, con un cuidado quisquilloso, trató de ocultarse que en su interior carecía de esa alegría, de ese júbilo que debería tener por la visita de Senechka.

«Vendrá, lo veré... Me lanzaré a él, lo abrazaré, le besaré las manos...», pensaba antes. Ahora ese deseo no existía. Ahora le parecía que Senechka, de alguna forma, había llegado en un mal momento: él interrumpió su tranquilo estado de ánimo...

—No hace falta que te muevas, Natashechka. Mejor quédate sentada cerca de mí. Te he extrañado tanto... ¿Qué ocurre? ¿Por qué vas con sombrero? ¿Tenías pensado salir? ¿A dónde? Eso significa que ibas a pasear sin mí. ¿Así, su gentil alteza, quiere mantener su estado de incógnito?

Bajo esa broma apenas se escondía un serio reproche.

—Te lo aseguro, Senechka, es la primera vez... Todos estos días no he salido y ahora se han amontonado las cartas, ¿ves cuántas? Y, bueno, quería ir a la oficina postal a enviarlo por correo certificado.

—Sin embargo, es muy descuidado de tu parte. Especialmente ahora... ¿Y si de repente Aniuta aparece por la ciudad? Y, además: ¿de verdad era necesario llamar por teléfono al profesor? Ay, ay, ay, Natasha. Así te lo pedí. No me pensaba que tuvieras tan poco en cuenta mis peticiones... Todo este tiempo he tenido miedo de esta enfermedad... Y después de tu llamada de ayer no podía calmarme. Así que decidí que, pasara lo que pasara, vendría a verte... Si no, vendrías tú misma a casa del profesor...

—¿Sólo viniste aquí por eso? ¿Sólo por miedo a que yo me presentara en casa del profesor?

En su voz había una nota de resentimiento.

Semión Semiónovich lo percibe y se desliza rápido hacia Natasha, con una atenta mirada.

—Bueno, no sólo por eso. No sólo por miedo. Te extrañaba, eso está claro, Natashechka…

—¿Me extrañabas? ¿Tú? ¡Ja, ja, ja! —Semión Semiónovich nunca había escuchado a Natasha reír de ese modo—. ¡Me echabas de menos! ¡Ja, ja, ja! Después de haberme hecho sufrir todos estos días, martirizándome con una crueldad tan refinada.

—Natasha, ¿qué pasa contigo, de qué hablas? Como Aniuta… No es mi culpa que me pusiera enfermo… ¿Cómo te he martirizado? ¿Con qué, Natashechka? No fue mi intención… Yo te quiero, Natasha… Al parecer, Aniuta tiene razón: sólo soy capaz de atormentar a quien quiero… a Aniuta, a ti… Qué difícil.

Y Semión Semiónovich se puso las manos en la cabeza, y en toda su postura se apreciaban una impotencia y un dolor genuino, que ablandaron de inmediato a Natasha.

—Senia, Senechka, cariño, querido mío. Yo misma no sé de lo que hablo, qué pasa conmigo… Estos días he sufrido mucho. He tenido miedo por ti, por tu vida… ¡No he cambiado de opinión! Yo aún te amo. Senia, Senechka, Semión. ¿Me oyes, Semión?

Este nombre tiene un significado especial para ellos, y Semión Semiónovich sonríe a Natasha con una sonrisa iluminada y calmada, y Natasha, encima de sus rodillas, en su pose favorita, le besa esa cabeza tan dulce e inteligente.

—Y, ahora, dame tus manos, Senia… En estos días terribles, he soñado: «veré a Senia y, antes que nada, le besaré las manos».

—Tontita. Cómo me has asustado con tu risa. Has pasado nervios, pobre… Ay, Natasha, la vida es dura. ¿Por qué estás así encima de mí?

—Estoy feliz de que estés aquí… De que, en general, existas. ¿Entiendes?

—Entiendo, querida. Aún estoy débil después de la enfermedad. Tu proximidad me preocupa. Sabes que el médico dijo que toda esta enfermedad se debe a los nervios. Debo hacer reposo.

Natasha prepara el té y Semión Semiónovich, tumbado en el sofá con un cigarrillo, le explica sin prisas los pormenores acerca de su enfermedad, de la familia del profesor, de sus cuidados amigables y su atención. Habló sobre los miedos que experimentó, temiendo su intervención, y sobre los inconvenientes en la correspondencia con ella.

—Deberías haberme enviado al menos una nota... O quizá a por los libros. No era tan difícil...

—Pero ya sabes que yo tengo poca imaginación. Tan pronto las fuerzas me lo permitieron, he venido a ti.

Con el té, Natasha le explica las noticias de las cartas. Unas noticias son inquietantes y otras son estimulantes; hablan sobre las posibilidades de la evolución de los acontecimientos...

Semión Semiónovich y Natasha se abstraen, discutiendo sobre estas posibilidades, haciendo suposiciones, trazando un plan... Toman en cuenta los movimientos de la «oposición». Hay que luchar contra ellos. Pero esto no hace más que reforzar el deseo: hay que acelerar y avivar el trabajo.

—¡Ay, cielos! —soltó de repente Semión Semiónovich—. Aquí estoy tan a gusto que olvido todo lo demás. Prometí que volvería a casa del profesor a las siete y media, y son ya las ocho. El tiempo vuela contigo. Espero que no se preocupen... Ellos podrían venir aquí.

—¿Te vas...? ¿Vas a dormir allí?

—Ellos no quieren ni oír hablar de que yo me quede en el hotel... Debo recoger mis pertenencias y salir corriendo... Pero tengo algo más que decirte, Natashechka —Semión Semiónovich se esfuerza por no mirar a Natasha, y ella sabe que ahora vendrá algo «desagradable»—. Te lo quería proponer. ¿Estarías dispuesta a ir a X.?

—¿Yo a X.? ¿Para qué?

—Ya sabes que es una ciudad interesante. Tan antigua... Te encanta lo antiguo.

Él la intenta convencer, tal y como se convence a los niños de tomar su medicina.

—No te entiendo.

—No quieres —dice mientras la mira con cara de culpa y, a la vez, de súplica—. Mira, seré franco contigo: mientras estés aquí, yo no estaré tranquilo en ningún momento. Tuve que escribir a Aniuta sobre mi enfermedad... Ya conoces a Aniuta. Podría presentarse aquí... Es mejor que vayas a X. Así estaría más tranquilo.

Natasha está sentada con una taza de té sin beber, con la cabeza baja... Dos grandes lágrimas cayeron sobre la taza de té. Semión Semiónovich se dio cuenta de ello.

—Pobrecita mía... Qué difícil es para ella separarse de mí.

Él, con lástima condescendiente, le acaricia la cabeza.

—¿Para qué debo ir a X.? Me voy directamente a casa.

Las lágrimas se secaron de inmediato y la mirada de Natasha lucía seria y un poco extraña.

—No me has entendido. Te estoy pidiendo que vayas, pero no para siempre, sólo durante unos días. Y después, al final de la semana, ellos tendrán fiestas y la biblioteca estará cerrada. Ya mencioné el tema al profesor sobre el viaje a X., y piensan que quiero ver la ciudad antigua. Tú ve, y yo iré después de ti, en unos días.

—No, todo esto es, de alguna forma, ridículo y extraño... Si te estoy molestando, es más fácil para mí irme para casa.

—¿Que me estás molestando? ¡Qué tonta! Todo esto es por Aniuta. ¿Y si ella viene? —Para él éste es un argumento muy convincente—. ¿Te imaginas mi preocupación? Si, de todos modos, aquí casi no nos vemos. Hoy me traslado con el profesor. Así lo hemos decidido. Y si te vas a X., el viernes ya estaré contigo. Y viviríamos allí juntos, sin separarnos, sin trabajo, sin el profesor... ¿De verdad no te atrae esto?

—Pero olvidas que el próximo martes me tendré que ir. Es la fecha límite.

—Bueno, eso ya lo veremos allí... Si todo está tranquilo en el horizonte, ya cogeremos otro día más. Lo principal es vivir juntos con total seguridad, sin impedimentos. Descansaremos. Allí mi estado anímico será completamente diferente. Y, bueno, no estará el profesor. Pero aquí... Ahora estoy pasando nervios: ¿y si, de repente, me buscan? ¿Y si vienen aquí...?

—Bueno, bien, lo pensaré. Mañana hablamos.

Natasha se rinde a regañadientes.

—¿Cómo que mañana? Debes irte hoy, sin falta. Ya he pedido información sobre los trenes, los he apuntado... Espera, por aquí deben estar —dice repasando la libreta de bolsillo con sus ojos miopes—: aquí. Puedes salir hoy a las diez y media, y a la una y media estarás allí. Es muy cómodo. Es el tren más rápido. Será fácil para ti empaquetar todo. No estés tan triste, Natashenka, ya que parece como si realmente te hubiera ofendido... Yo también estoy triste de separarme de ti. Pero no será por mucho tiempo. Iré el viernes. Manda un telegrama a la oficina de correos, con

nuestras típicas iniciales, y dime dónde te alojaste... Y coge una habitación en común, para dos. Di: «espero a mi marido» —Esto es una especie de compensación para Natasha, según su opinión—. Ayúdame a empaquetar las cosas... Natasha, hoy ya las llevaré al profesor; y tú misma puedes pagar por el hotel, yo no soy muy bueno con estas cosas. Por cierto, ¿tienes dinero? En caso de que necesites, el profesor te puede ofrecer. Tienes una mirada malhumorada, Natasha, esto me tortura.

—No sufras, Senia, ya pasará. Y ahora acuéstate aquí y espera, mientras recojo tus cosas. No hay razón para que te canses. Lo haré todo por ti. Tú te sientes mal. Así que túmbate. Bien, así.

Natasha ya estaba cerrando la bolsa de viaje de Semión Semiónovich, cuando él, de un modo culpable, entró sigilosamente en la habitación.

—¿A qué has venido aquí, Senechka? Mejor será que te tumbes. Ya lo he puesto todo. Todo está preparado.

—Temía que estuvieras aquí, sola, sentada, llorando... Me tumbaré y sufriré. Ya que te quiero, Natasha.

Lo dijo tan seriamente, que Natasha sonrió de forma involuntaria. Pero su corazón está frío y vacío. Es posible que él la quiera. Pero ¿qué le da a ella ese amor? Pinchazos, menosprecio y tormento...

—Bueno, vístete, vístete, Senechka... De lo contrario, llegarás tarde a casa del profesor y, si eso ocurre, tal vez, la «reprimenda» sea de la *madame* del profesor.

—¿Quizá estabas un poco celosa de ella? Si ella ya es mayor...

Natasha sonríe de nuevo:

—Tú eres un chico muy malo, Senechka... tan divertido, tan ingenuo... Bueno, cuídate, no te hagas daño. He puesto tu libreta en una carpeta... Todos los libros están aquí. Adiós, Senechka.

Se abrazan.

—Me besas de una manera muy fría... Como si fuera por obligación.

—Como corresponde a una buena esposa. No quiero seducirte —bromea Natasha, que tiene prisa para llamar a la sirviente, para que se lleve sus cosas—. Irás en coche, para que no te canses...

En el pasillo Semión Semiónovich, de repente, delante de la sirvienta, abrazó a Natasha y le susurró a la oreja:

—No te enfades. Eres mi chica... Ya sabes cuanto te necesito... Es por Aniuta.

En la esquina del pasillo él se detuvo y en silenció asintió con la cabeza. Parecía que quería decir o explicar algo. Natasha, de forma jocosa, agitaba un pañuelo delante de él:

—No te enamores del profesor... Y ven pronto.

Entonces se rio para sí y, aparentemente calmado, dobló de forma decidida la esquina del pasillo. Natasha, con la cabeza gacha, caminando por la ya conocida y demasiado blanda alfombra, fue a su habitación.

XIII

X. es realmente una ciudad muy antigua. Sus encajes de iglesia[9] estampados y sus calles antiguas y silenciosas atraían a los turistas y, por eso mismo, Natasha no tuvo el más mínimo problema para encontrar un hotel que fuera cómodo y económico.

La habitación también era bonita: toda ella bañada por el sol, con muebles de estilo modernista. Líneas rectas y suaves, y la ausencia de «trampas de polvo» —alfombras pesadas y cortinas de terciopelo— tenían un efecto calmante para los nervios ópticos.

Las vistas desde la ventana no eran hacía un patio estrecho y un tejado, como en G., sino hacia una plaza amplia, sobria y tranquila, con casas que reflejaban el paso de las generaciones.

Tan pronto como se levantó, Natasha abrió las cortinas, sonrió con los rayos calientes del sol de primavera y sintió la alegría de la vida, un vigor y una energía que no había sentido en mucho tiempo. A ella le gustaba todo de este sitio: una cama cómoda, un lavamanos grande, y lo más importante, vistas desde la ventana. Cuando Natasha abrió la ventana, podía sentir en su cara la brisa primaveral, llena de aromas florales, y escuchar un coro de aves de primavera en el jardín vecino.

[9] El encaje era un técnica textil muy utilizada para decorar las vestimentas litúrgicas cristianas.

—Vida. Esto es vida… Y yo estaba tan atormentada allí… ¿Por qué?

Y de repente el trabajo mejoró. Fácil, fluido y sin tensiones. Desde la mañana era empujada hacía el escritorio y por la noche le daba pena alejarse de él… Le parecía que escribiría todo el día, sin levantarse. Pero también debía admirar a esa «vieja belleza», la ciudad, con sus calles silenciosas, sus casas que te hacían pensar, y sus encajes de iglesia.

Natasha se sentía feliz. Disfrutaba de su nueva y recuperada libertad. Como si se tratara de una estudiante en vacaciones… Sonreía mientras andaba por la calle, sonreía cuando decidía almorzar en un restaurante barato, sonreía con los rayos calientes del sol de primavera, sonreía al irse a la cama con una sensación de fatiga ligera pero agradable, después de un día de trabajo duro.

El viernes Natasha fue a la oficina de correos. Entre las cartas recibidas, todas enviadas a través de un largo rodeo, apareció de forma inesperada una de Semión Semiónovich. ¿Qué le escribió? ¿Otra vez un nuevo dolor? Quizá un aviso de que él no viene…

Natasha no se apresuró para abrir la carta. La metió en su bolsa de cuero, junto al resto.

En la placita, donde los pájaros se hicieron eco felizmente de la primavera, y donde, al lado de la vegetación oscura y frondosa de los árboles de hoja perenne, las flores de las almendras y los albaricoques se volvían rosadas, Natasha empezó a abrir las cartas.

En la primera carta de trabajo, la insistente llamada de los amigos. Los acontecimientos seguían evolucionando. Todos debían estar en sus puestos. No entendían su silencio. Estaban preocupados.

«Debo ir. Debo estar con ellos… Dedicarme a la causa, al trabajo…», pensaba al leer la misiva. Sin importar lo que haya en la carta de Senia, irá. Mejor que él no venga, ya que ella se irá mañana.

Natasha abrió la carta de Semión Semiónovich con la secreta esperanza de encontrar un rechazo.

La carta de Semión Semiónovich, escrita inmediatamente después de su partida, era inesperadamente afectuosa y sincera. Llena de autoculpabilidad y de la seguridad de que, sin ella, él no

podía vivir: «Tu mirada de reproche me persigue... Me siento como un verdugo, un criminal y, sin embargo, no sabes cuán valiosa eres para mí. Eres más de lo que puedo explicar con palabras, más de lo que puedo expresar... Sin ti, Natasha, sólo hay frío y vacío, y es como si el sol se hubiera puesto».

En otro momento, una carta como ésta de Senia habría hecho que el corazón de Natasha se llenara de alegría. Y, con las manos en la cara, ella se habría regocijado una y otra vez en sus «confesiones»... En otro momento, Natasha temía morir, ahogarse de felicidad por este tipo de cartas.

Ahora sonreía condescendientemente, con cierta amargura.

«Tarde, demasiado tarde se agita este sentimiento», pensó.

En la posdata ponía que él contaba las horas hasta su reencuentro. Pero esto no ablandó a Natasha. De alguna manera, todo se deslizó por el alma, sin afectarla. Como si no fuera con ella.

Natasha escondió su carta y la puso detrás de las otras. En una carta había algunas palabras de trabajo sobre Vaniusha. Natasha se reprochaba a sí misma por la postal que no le había enviado. Dulce Vanechka. Actuó de forma humana.

Natasha fue a la tienda, escogió una buena postal con paisaje y dibujó con lápiz un saludo gracioso. Ella escribió que en unos días se verían, que echaba en falta todo. Incluso a Dontzov. Y se hizo evidente para ella que realmente los echaba de menos a ellos, a sus amigos.

De camino al hotel, a Natasha le vino de repente a la memoria el largo pasillo con la alfombra excesivamente blanda; un sirviente, durmiendo en la mesa... Y creyó verse a sí misma, en su bata blanca, con trenzas anudadas con cinta blanca, al lado de la puerta de la habitación de Senechka... De pie, peleando consigo misma, atormentándose. Igual que una «mendiga».

Le resultaba repugnante, humillante... Es mejor no recordar... En el hotel le esperaba un telegrama: «Hoy llegaré a la una y media de la noche, allí estaré.»

—Hoy llegará mi marido.

Así, con gran indiferencia, informa al portero y se dirige a su habitación para aprovechar sus últimas horas de libertad, para responder a las exigencias del trabajo y para estar «consigo misma».

XIV

Natasha llegó a la estación media hora antes de la hora acordada, pero en la pizarra negra había anuncios escritos con tiza que indicaban que un tren se retrasaba. ¿Cuál? Natasha se dirigió al porteador de maletas, que resultó ser un ignorante. Su aclaración llamó la atención de un señor que pasaba por allí. El hombre, amablemente, levantó su sombrero…

—¿Puedo ser de ayuda?

Natasha expresó sus dudas.

El señor, con buena disposición, le informó de que el tren, en verdad, iba con un retraso de hasta cuarenta y cinco minutos a causa de un aguacero muy fuerte que había inundado la vía, pero ya estaba solucionado y sin ningún tipo de desgracia. Él también espera a ese tren, para ver a su madre.

Natasha miraba al señor. Alto, con una barba gris y recortada, con unos ojos negros vivos. Él causó en Natasha una agradable impresión. Le resultó simpático.

El señor continuó hablando. No ha visto a su madre en dos meses, lo cual es para él mucho tiempo. Le encanta que su madre siempre esté con él. Esto es una enorme alegría, un alivio.

—El amor de madre es el único amor desinteresado, el único amor que respeto.

Es expresivo, como toda la gente del sur.

—¿A quién espera usted, *madame*? ¿A un amigo, a su marido?

—A mi marido —dice sin querer, ruborizándose.

—¿La *madame* se casó hace mucho?

—Según cómo haga las cuentas…

Y Natasha se puso a reír de forma involuntaria.

—Ah, ya veo: está el periodo previo al altar y, luego, la unión legal. ¿Es así? Pero yo, mire usted, poseo al respecto una visión especial. Perdóneme, ya sé que las mujeres no están de acuerdo conmigo sobre esto, pero para mí, entre mujer y amante, *pas de*

différence.[10] Le diré más: la libre convivencia impone más cadenas que el matrimonio legal. No hablo sobre las obligaciones externas… sino sobre las internas, morales… Esa rigidez, esa dependencia de los propios tormentos. Oh, he pasado por toda esta escuela… Podría relatarle muchas cosas curiosas e interesantes… Perdone, ¿es usted alemana?

—Rusa, y además escritora. Usted puede hablar conmigo libremente. No temo ni a la vida ni a la verdad.

—Escritora —él levanta su sombrero respetuosamente—. Respeto a las mujeres que tienen una profesión. Mi madre era profesora… Aunque en las relaciones amorosas esto no cambia nada. Todas las cadenas son iguales, ¿entiende? Son internas. Y no; no hay ni sinceridad ni verdad. Siempre mentiras, mentiras mutuas, caretas, fachada; mentiras por la tranquilidad del otro, mentiras por miedo, mentiras por costumbre… ¿De verdad en el matrimonio y en las uniones libres las personas son en algún momento ellas mismas? ¿Acaso son realmente como con amigos, colegas o mujeres extrañas? ¿Alguna vez se ponen de acuerdo con sus pensamientos, dan rienda suelta a sus sentimientos, a su estado de ánimo? ¿Qué podría haber mejor para ambas partes…? Siempre máscaras, siempre fachada, siempre mentiras…

Él lanza sus acusaciones incoherentes, pero Natasha lo entiende. Ella complementa su pensamiento con un ejemplo, una observación. Y él, satisfecho, asiente con alegría: «*C'est ça! C'est ça!*».[11]

Ahora, también con premura y sin fluidez, como si tuviera prisa por decirle a él, a esta persona desconocida, todo lo pensado y sufrido, habla Natasha… Él escucha atentamente con la cabeza inclinada a su lado, y de vez en cuando complementa su pensamiento con una palabra cierta y certera…

Natasha es la primera en darse cuenta de que la aguja se acerca a la hora en la que debía llegar el tren. No notaron cómo el tiempo discurría en este paseo por el aburrido y gris andén.

—Estoy satisfecho, *madame*, de que el destino me haya regalado un encuentro tan feliz. No quiero ser indiscreto y no

[10] «No hay ninguna diferencia.»
[11] «¡Eso es! ¡Eso es!»

preguntaré su nombre. Pero, sin querer adularla, es la primera vez que encuentro a una mujer joven con unos puntos de vista tan maduros... Vea usted, hago hincapié en lo de «joven». Normalmente me encuentro a gente con ideas afines a las mías entre los más mayores. A las mujeres mayores no les gusta hablar sobre ello, pero saben mucho... Un ejemplo es mi madre. Sin embargo, mi madre es una mujer excepcional. Y estoy orgulloso de que en sus años de vejez yo pueda darle toda la alegría que se puede comprar con riqueza. Esta riqueza la construí con mis propias manos. Yo, *madame*, soy un viticultor, pero empecé mi carrera en una bodega. Mi madre era maestra y en nuestra familia éramos ocho hermanos. No conocimos a nuestro padre, y yo era el más joven. Y ahora la espero a ella, a mi anciana, con más impaciencia que la que tendría un amante al esperar a su...

En el andén empezó el alboroto. El tren llegaba.

Natasha le extendió su mano. Él levantó respetuosamente el sombrero, hizo el ademán de besar su mano, pero reculó.

Sus ojos se encontraron... Natasha se sonrojo y de alguna forma se escondió apresuradamente entre la multitud. El tren llegaba rodando, llenando la estación con humo.

—¿Has estado esperando? Bueno, ¿cómo estás, Natashenka? Se te ve fresca, rosada, bonita... Pareces una chiquilla. ¿Me has echado mucho de menos? Yo he estado ansioso toda está última hora... Quería saltar del tren e ir a pie corriendo.

Semión Semiónovich no sólo no tuvo miedo de abrazar a Natasha esta vez, sino que también besó durante mucho rato sus labios. Luego tomó su brazo y empezó a explicarle sobre cómo él, «astutamente», engañó y «escapó» del profesor.

—Aquí podremos, al fin, descansar los dos. Tendremos bonitas charlas. Celebremos nuestra vigésima luna de miel —dijo apretando firmemente su mano contra él—. Querida... Estoy tan contento de verte... Tan contento.

Natasha le sonrió. Ella lo observaba con una calma uniforme, como a un niño bonito e incomprendido. Pero también como a un extraño... Esto la sorprendió, pues no había sucedido antes.

En la salida de la estación se toparon con el recién conocido de Natasha. Él, cuidadosamente, con mucha atención, llevaba del brazo una pequeña anciana.

Natasha fingió no haberlo visto. Bajó la cabeza. Empezarán las preguntas, las explicaciones aburridas e innecesarias, las sospechas, las excusas…

Y en el alma se desató una protesta: ¿qué clase de esclavitud era ésa? Resultaba tedioso y agotador.

En el automóvil Semión Semiónovich atrajo a Natasha hacía sí, buscando sus labios.

—No te puedes imaginar hasta qué punto anhelaba este momento contigo… Hasta ahora sin ti sólo había vacío… soledad… y tormento. Todo me hacía pensar que te había ofendido, que era estúpido por enviarte aquí… Mi nerviosismo es culpable de todo esto. Después de la enfermedad, uno tiene poco control de sus nervios. Lo comprendiste, ¿verdad?

—Lo entendí, Senechka.

—¿No estás enfadada? Me da la impresión de que es como si aún no estuvieras feliz conmigo —dijo mirándola a la cara inquisitivo, temeroso e incluso atormentado—. Quizá ya no me amas más…

Esto lo dijo tan en voz baja como si fuera un pensamiento fugaz en el que uno teme hasta pensar.

—No te amo, no te amo en absoluto.

Natasha bromea a propósito para romper su estado de ánimo. Pero incluso a ella misma le parece que su voz suena poco convincente.

Semión Semiónovich suspira profundamente y reclina su espalda en el asiento. Se mantiene en silencio, pensando profundamente. Natasha siente lástima por él. No una lástima punzante, que corta y quema por dentro, en la cual desaparece todo rastro de ternura y admiración; no, ahora su lástima por él es como la pena que se siente por una persona que no se encuentra bien. Natasha se apresura a desviar sus pensamientos. Ella le cuenta las noticias que hay en las cartas de sus amigos. Semión Semiónovich se interesa y se anima.

Cuando llegan al hotel, Semión Semiónovich y Natasha hablan con interés y entusiasmo, como dos colegas que debaten un asunto común y de interés compartido.

XV

La mañana empezó tarde para ellos. El sol ya se veía desde la habitación de Natasha cuando corrió las cortinas y abrió la ventana.

—Mira, Senia, qué bonito. Estas casas… Escucha los pájaros… La primavera.

—Sobra decirlo, pero… esto es un auténtico paraíso.

Semión Semiónovich se acerca a la ventana y abraza a Natasha por los hombros. Están al lado de la ventana en silencio. Pensando.

En el alma de Natasha todo estaba claro y tranquilo. Es como si lo percibiera todo no por ella misma, sino refractado. Por Semión Semiónovich crece y se fortalece un sentimiento de simpatía, una ternura que ya está muerta, como hacia a una persona que es dulce y pintoresca, pero a la vez extraña. Incluso por la noche, ella percibe sus caricias de una manera objetiva, sin excitación. Bajo diferentes pretextos, ella desviaba su atención de lo importante.

—No debes cansarte, Senechka. Los dolores empezarán de nuevo. Prefiero contarte lo que vi aquí ayer.

Ella se dirige a él por primera vez como una persona mayor a una menor… No es él sino ella quien maneja el estado de ánimo. Hasta ahora, era ella quien obedecía a su eco. Ahora él, sin darse cuenta de ello, va donde lo lleva la voluntad de Natasha. Y Semión Semiónovich está satisfecho; satisfecho porque Natasha está tranquila, bastante alegre y, lo más importante, no piensa en empezar conversaciones y explicaciones de carácter «psicológico», cosa que él temía durante todo el camino. En su alma todo se ha vuelto fácil y sencillo. ¡Ojalá todo fuera siempre así!

Últimamente la insatisfacción de Natasha le estaba torturando; más que saberlo, él lo intuía. Y no sabía cómo abordarla ni qué hacer para que esto no sucediera. Cuanto más se esforzaba en entenderla, peor salía. Así sucedió antes con Aniuta, y así sucede habitualmente con Natasha.

Creía que toda la culpa recaía en su incapacidad para tratar a las mujeres. Él tenía envidia de los donjuanes, incluso trataba de pedirles consejo…

Ahora, en X., a él le parecía que ambos pisaban tierra firme, que de nuevo se encontraron el uno al otro, como lo expresaba Natasha. Y en el alma de Semión Semiónovich todo resultaba claro, fácil y alegre.

El desayuno se produjo entre risas y bromas. Semión Semiónovich comía con mucho apetito, alababa los panes y el café, y aseguró que Natasha podría ser una «fantástica anfitriona». Aquí, disfrutaba de todo.

A Natasha le parecía que se estaba pasando tiempo con un amigo; pero era fácil y natural.

—Con mucho gusto viviría aquí más tiempo. Pero aquí está el problema: la biblioteca abre el martes y el profesor ha invitado a su colega para que me enseñe algunos materiales de archivo… Así que, oficialmente, soy libre hasta el martes y debería haberme ido ya el lunes.

—El lunes. Eso es fantástico…

—¿Qué quieres decir con fantástico?

—Bueno, ya sabes que estoy ansiosa por volver. Me atormenta el hecho de estar aquí sentada sin hacer nada cuando me están esperando. Yo también me voy el lunes.

—Tonterías. Ellos no te esperan, para nada. Se las arreglan perfectamente sin ti. ¿Qué son uno o dos días? No veo por qué debemos tener prisa en irnos de aquí.

—¿Uno o dos días no significan nada para ti…? ¿Y la convulsa situación actual?

—Nuestra gente siempre exagera.

Natasha guarda silencio. Ella piensa que esta vez él sólo piensa en sí mismo… Aún no se ha producido el caso en que él, por petición de ella, le haya dado una hora extra… Si debe marchar porque Aniuta le espera, no hay vacilaciones ni concesiones. Es la ley. ¿Por qué no admite que ella pueda tener prisa, que para ella un día extra aquí es una pérdida?

—¿Te acuerdas, Senia —pregunta ella, como si pensara en voz alta— que hace dos años nos encontramos en N.?

—Me acuerdo. ¿Y qué?

—¿Recuerdas que me puse enferma? Anginas... Con fiebre... En la ciudad no había ni un alma conocida... Estábamos en un hotel desagradable... ¿Recuerdas cómo entonces te pedía pasar un día conmigo, un solo día, sólo para no estar sola en un hotel extraño e incómodo? Entonces te dije: «Senechka, un día... qué es para Aniuta un día, si siempre está contigo...». ¿Sabes? Rara vez te pedí algo, y cuando lo hice, te fuiste. Yo me quedé sola, enferma y delirando...

—¿Por qué recuerdas esto ahora?

El rostro de Semión Semiónovich expresa vergüenza e infelicidad.

—Porque, cuando se trata de ti, te das cuenta de que un solo día puede ser importante. Pero, cuando se trata de mí o de mis deseos, tú no me tienes en cuenta. Es una extraña desigualdad.

Natasha habla con una calma inusual, con frialdad.

—¿Cómo es eso de que no tengo en cuenta tus deseos, Natashenka? Eres injusta, palomita. ¿Cuándo te hice tanto daño? Dime. No puede uno acusar así, sin hechos. Si estoy haciendo algo mal, de forma inconsciente, sin querer... No deseo en absoluto esta «desigualdad»...

—Bueno, dejémoslo. En verdad, esto no es tan importante ahora. Sólo lo pensé y lo dije.

Natasha intenta llevar la conversación hacia otros temas.

Pero Semión Semiónovich responde de forma distraída. Camina por la habitación y piensa. De repente, su rostro se iluminó. En sus labios se dibujó una sonrisa buena y cariñosa, la cual Natasha había amado tanto, y en los ojos emergió una astucia simpática, bonita e infantil.

Él miraba a Natasha por encima de sus gafas:

—Bueno, Natashenka, voy a cortarme el pelo. Y luego iré contigo a ver la ciudad.

Se acercó a Natasha y besó sus ojos con gran ternura, luego ambas manos y, con prisa, se fue por la puerta.

—Date prisa, ya que pronto oscurecerá.

Natasha sólo tuvo tiempo de gritarle esto.

Semión Semiónovich volvió mucho antes de lo que Natasha esperaba.

—¿Ya has vuelto, tan pronto te han afeitado?

Él tiene una apariencia astuta y misteriosa.

—¿Qué has hecho?

Su apariencia divierte e intriga a Natasha. Así sonríen las madres ante los «secretos» de sus hijos.

—Adivina.

—Venga. ¿Cómo quieres que lo sepa? Venga, Senechka, suéltalo.

Riendo, ella lo importuna.

—He ido a enviar un telegrama al profesor —y él le saca la lengua de forma infantil.

—¿Un telegrama? ¿Cuál?

—Para decir que volveré allí el viernes.

—¡Senia!

Él esperaba que Natasha, en un ataque de gratitud, se lanzara a abrazarlo. Pero Natasha está de pie, con los brazos bajados, y en su cara no hay alegría, sino algo desconocido, malvado…

—Has enviado un telegrama para retrasar tu salida sin preguntarme, sin consultarme. ¿Cómo pudiste hacer esto? ¿Cómo te has atrevido, cómo…?

—Natasha, ¿qué es esto?

—Ya lo sabes: la fecha límite para mi partida es el martes.

—Pero, Natasha, tú misma te enfadaste conmigo cuando mencioné que me debería ir ya el lunes por la tarde… Lo he hecho por ti, para mostrarte cómo te aprecio, más que al trabajo, más que a nada en el mundo… Pensé que te alegrarías, pero…

Él tiene la apariencia de un niño injustamente maltratado.

Natasha intenta explicar algo, pero se interrumpe a sí misma. ¿Para qué? ¿Por qué sus almas discurren continuamente en paralelo, sin juntarse nunca? No se escuchan el uno al otro. Y aquí y ahora, Senechka quería hacerla feliz a su modo; para él, enviar un telegrama al profesor sobre un aplazamiento es una gran concesión. Esto es una prueba de su «gran amor». Y antes, sí, antes Natasha hubiera subido al séptimo cielo por un gesto así. Pero ahora… De nuevo aparecen de forma dolorosa la sensación y el pensamiento de que es tarde. Ya es tarde. Natasha decidió «hablar de otra cosa» para desviar la conversación y no hablar del incidente, dándole una apariencia ligera e inocua.

Ella se limitó a calcular mentalmente la duración del trayecto y le demostró gentilmente a él que quedarse aquí más allá del miércoles era «poco razonable». Las finanzas son insuficientes. ¿Y no le parecerá sospechoso al profesor? ¿Y si Aniuta viene realmente a G.?

Natasha hablaba ahora como una madre experimentada, conocedora de la psicología de su hijo. No habló de sí misma, como si ella no tuviera ningún tipo de prisa. Incluso le agradeció por su deseo de alegrarla y quedarse con ella unos días más.

Semión Semiónovich se fue calmando poco a poco. Cuando, una hora después, iban por las calles tranquilas de la vieja ciudad cogidos de la mano, el alma de Semión Semiónovich se volvió de nuevo ligera, alegre e incluso animada.

Pero a Natasha le pareció que le estaba mostrando la ciudad a un pariente simpático, con quien no se aburría y estaba a gusto, pero sin el cual uno puede vivir perfectamente.

XVI

—¿Sabes, Natasha? Me parece que éstos fueron los días más felices en muchos años —dijo Semión Semiónovich, cerrando su maleta.

Él se iba una hora antes que Natasha.

—¿Así lo crees?

—¿Acaso tú no? Es cierto que a veces estabas un poco rara... Como si fueras una extraña, pero debía escuchar tu alma —dice con sus palabras—, acercarme a tu verdadero «yo», y esa extrañez se disipó, desapareció. ¿Verdad...? Estabas tan sonriente y animada... Hacía mucho tiempo que no te veía así... Me voy feliz... casi feliz...

Semión Semiónovich piensa y, de repente, en un movimiento inusual en él, se pone de rodillas al lado de Natasha y coloca su cabeza en su vestido...

—Senia, ¿qué haces?

—Natasha, a veces, repentinamente, tengo tanto miedo, tantos escalofríos... Tengo miedo a perderte... Es estúpido y ridículo,

pero soy como un recién nacido que tiene miedo de que su madre lo abandone en un bosque oscuro, solo... ¿Acaso podríamos ser extraños? ¡Natasha! ¿Aún me quieres?

Sus ojos la interrogaban con una insistencia inaudita, con tormento...

—Esto es impropio de ti... ¿Qué pasa, ahora has aprendido a usar la «psicología»? Senechka, bobo.

Ella bromea para no tener que responder a su pregunta.

—Sí, tienes razón... Parece que nuestros papeles se han intercambiado —Semión Semiónovich habla con una tristeza melancólica, acariciando las manos de Natasha con una ternura apacible—. Es duro para mí, Natasha... Es como si todo fuera igual que antes... Pero algo chirría. Es muy triste...

El corazón de Natasha se aceleró. ¿Acaso él, ahora que ya es tarde, ha aprendido a escuchar finalmente lo que dice su alma, esa conclusión que ella misma tiene miedo de reconocer?

—He vivido tanto contigo en estos años, Senechka, que no podemos convertirnos en extraños... Tengo tanta ternura por ti en mi corazón... Realmente, es como si te hubieras convertido en un «hermanito pequeño» para mí, tan dulce, conocido y familiar...

Ella le acaricia su cabeza cariñosamente. Esa cabeza de pensador tan lista y amada.

—Adiós, mi querida y amada palomita...

Algo duele en el corazón y sube hacia la garganta. Natasha no puede contener sus lágrimas... Son lágrimas de despedida; pero no se despide de él, del Senia con vida, sino de un sueño, un sueño con amor, tormento y felicidad, pero ya concluido...

Pero las lágrimas de Natasha en el momento de la separación son el típico e inevitable final.

Y estas lágrimas calman a Semión Semiónovich.

—Bueno, significa que todo será como antes, todo en orden...

Coge a Natasha con sus manos y la lleva a la cama.

Natasha está en el andén, con su sombrero con velo, con su bolsa de viaje en el hombro; y Semión Semiónovich ya está en su sitio en el vagón del tren que va a salir...

—Tú vas al norte, yo voy al sur... ¿Dónde y cuándo nos encontramos? De momento, no será pronto... Estos viajes cuestan

mucho... Bueno, nos hemos visto y hemos reforzado nuestro espíritu... Aquí estuvimos especialmente bien...

¿Qué piensa Natasha? ¿Es verdad que estuvo bien? Él espera ansioso su confirmación.

—Sí, es una ciudad hermosa. De cuento. Y me voy con nuevas ideas... «Nuevas ideas». Esto es lo que te robé.

Es un cumplido en su lenguaje compartido.

—Bueno, no me adules. Tú tienes tu propia cabeza. En cualquier caso, escríbeme mientras esté en G. ¿De acuerdo?

—Naturalmente.

—Ya estoy empezando a pensar, a soñar, dónde nos encontraremos la próxima vez.

—Escúchame —Natasha lo interrumpe a propósito y, como si fuera una prueba, le repite las bases de su propuesta, la cual ella deberá transmitir a sus amigos.

Las puertas del vagón se cierran.

—Bueno, adiós, Natasha, no te aburras.

Él baja al andén una vez más para abrazarla.

—Te estoy muy agradecido...

—¿Por qué, Senechka?

—Por todo... Dame la mano... Vete, vete... —El tren parte—. Escríbeme, cariño.

Él, durante un largo rato, sacó su cuerpo por la ventana del vagón, agitando su sombrero desgastado y familiar...

La oscuridad de la noche engulle al tren...

Las personas que se acaban de despedir se amontonan en las salidas. Y Natasha se para y piensa.

Qué tranquilo está todo en su interior. No le duele. Si acaso, hay algo de tristeza. Tal como sucede cuando te despides de un hermano querido y familiar. Y, mientras tanto, ella siente que ahora, sí, justo ahora, ellos realmente se separaron completa e irreversiblemente...

Si se vuelven a encontrar alguna vez en el futuro, entonces que sea como extraños... Algo se apagó, murió... Y esto no podrá volver de ningún modo: ni con súplicas, ni con ternura, ni siquiera por comprensión.

Es tarde.

En el vagón, Natasha ya no piensa ni en Semión Semiónovich ni en sus vivencias. Rebusca entre los papeles, entre las cartas de trabajo. Tacha algo, reescribe otra cosa. Ella pertenece ya, en cuerpo y alma, al trabajo que exige su causa…

TREINTA Y DOS PÁGINAS

I

Pasaban como si fueran manchas las ventanas brillantes y luminosas de los talleres de las fábricas; transcurrían trabajadores, muy parecidos los unos a los otros; también aparecían viviendas, casas y cuarteles. El puente empezó a hacer mucho ruido: estaba temblando. Las luces de la estación, que se dejaban ver a través de las ventanas del vagón, iluminaban la oscuridad otoñal. El tren se detuvo. Los pasos crujían por la gravilla gris del andén. El viento jugaba con las luces de la estación, y desaparecía detrás de la pared de la fábrica, en la oscura inmensidad de los campos.

Ella, en el vagón, miró hacia atrás: comprobaba si se le había olvidado algo. Se abrochó la blusa y se dirigió a la salida.

Una calle interminable se extendía delante suya. Desierta y silenciosa. En ambos lados de la calle hay barracas, cada una igual que la siguiente... Veinte, treinta casas... Una igual que otra, todas iguales... En las ventanas, oscuridad. El asentamiento fabril está durmiendo. Las luces de las pocas farolas que hay son tenues, están casi apagadas. Todo está en silencio. Oscuro. Sólo silenciado por la distancia, llega un ruido familiar y desagradable: el turno de noche está en marcha. De forma inesperada, un perro que se encontraba cerca empezó a ladrar de forma estridente, como si estuviera asustado...

—No seas tonto... Perro, ¡deja de ladrar! Tú mismo eres un cobarde... Bueno, para ya.

Ella sonrió al perro en la oscuridad y aceleró el paso. De repente, de alguna forma todo se volvió más ligero, más claro. Tal vez todas las decisiones que iba a tomar sean violencia estéril e innecesaria. Quizá no haya que decidir nada en absoluto. Simplemente vivir como viven todos los demás... La fecha límite para el trabajo de investigación, las «grandes» ideas científicas ... Abandonarlo todo. Despedirse de ello. Vivir «con amor», irse al «pueblo»... Y no llevar nunca a cabo lo planeado, no desarrollar nunca su teoría científica.

Ella suspiró. Movió la cabeza... Era un pensamiento inoportuno e insoportable. Llegó a la última casa del asentamiento. La casa del té de la esquina está cerrada. Las persianas estaban bajadas, la luz estaba bien fijada en la farola encima de la puerta.

¿De verdad es tan tarde? Se detuvo cerca de la última farola, echó un vistazo al reloj. Las dos y cuarto. El turno de noche termina a las tres. Hay que esperar un largo rato. Se desvió del camino, cruzando un descampado.

A lo largo de paredes grises y sordas de un edificio sin terminar de construir, a través de la gravilla crujiente y de la arena pegajosa, se hace incómodo pasar. Ella se cansaba.

Rodeó el edificio gris a medio construir e, inmediatamente, la luz brillante, que emanaba de la maquinaria industrial, la golpeó en los ojos. La máquina resopla, retumba, golpea. Ahora la pared luminosa de las ocho ventanas de los talleres parece roja. La puerta de la fábrica estaba firmemente cerrada. Está desierta y vacía. Allí, en el interior, debajo de la pared de las ventanas, a través de luces brillantes, fluye una vida intensamente creativa y constante... Allí, cientos de figuras, que llevan los típicos monos azules, se mueven de manera uniforme, mesurada y atenta. Allí, la atención se centró en las miradas. Allí, las correas se mueven, se apresuran, se deslizan; el rodaje se mueve con rapidez, los martillos pesados caen suavemente, el acero afilado produce destellos de forma monótona, con chispas calientes salpicando...

Él está allí, con ellos... En medio de cientos de figuras en aquel conocido uniforme azul... ¿Dónde está? ¿En qué lugar? Entre la quinta y la sexta ventana. Uno, dos, tres... ¿Lo reconocería ella si él entrara allí, de forma inesperada? Claro que lo reconocería. Un movimiento de su mano es suficiente, un gesto con la cabeza...

Todo es familiar, querido, suyo... ¿Acaso tiene él esa tensión en la mirada, como todos los otros? Puede ser tristeza... La pared, cubierta por luces, desapareció, como si no estuviera, como si no existiera... Ella ve todo lo que está detrás de la misma con tanta claridad como si hubiese entrado en el taller. Figuras, vestidas con el mono azul, que se desplazan lenta y uniformemente, ruedas que giran, martillos pesados, correas silenciosas...

Su cara estaba demacrada, sus ojos... ¿Qué pasa con él? ¿Acaso está sufriendo? ¿Acaso sabe con qué intención ha venido ella hoy? La decisión, su bien pensada, irrevocable y sufrida reflexión... Está atormentada. Él también, como ella... ¿Por qué, de dónde viene ese dolor repentino y punzante, ese signo de la angustiosa soledad que arrastra...? Y toda esa ternura que la recubre, la ablanda hasta languidecer... Ojalá no hubiera «ahogado» sus decisiones; ojalá no se hubiera debilitado su voluntad. No es necesario mirar esa mole, con su pared luminosa de ventanas de los talleres; no hay que imaginárselo allí, con la maquinaria, las ruedas, correas... Deja que giren, golpeen, retumben... Que en sus ojos haya tristeza... Ella seguirá su propio camino, no se permitirá a sí misma atarse con «las cadenas del amor»... Simplemente, no hay que pensar en él; sencillamente, no hay que mirar a su alrededor... Hay que ir hacia delante, a por sus objetivos... Sola, para que nadie la retuviera en el camino o la desviara de él... Debe ir, como ahora, a través de la oscuridad, pero sabiendo que hay por delante una llama: su objetivo, su trabajo científico. No importa que sea difícil, que las piernas estén hundidas en la arena, que bolsas con libros y provisiones tiren de tus manos, que su falda le golpee insufriblemente en las piernas... Estar sola es difícil. Pero la recompensa es la libertad, dedicarse a todo lo que uno ama, al trabajo científico... Ella y sus asuntos. Ya no habrá más malentendidos, más resentimiento por sus diferencias con él, por no escuchar su alma, por no valorar las cosas que ella amaba... Vivir sin sufrir. Vivir y no volver a amar con un sentimiento de desesperación. ¿Para qué servía eso? ¿Para que él no entienda? ¿Para que no escuche? Sólo para estar juntos, para verlo, para asegurarse una y otra vez de que él aún la quiere... Pero, mientras, el trabajo, su querido y bien concebido trabajo científico está detenido, no ha avanzado nada en estos meses...

Oh, estos despertares con pensamientos intensos, que queman dolorosamente su conciencia: cinco meses, y sólo ha escrito treinta y dos páginas... No ha recopilado ningún material nuevo, ha dejado de escuchar con atención al «viejo», del cual es discípula. En lugar de un trabajo mesurado y asiduo, como enseña el «viejo», una espera eterna... Preocuparse, vivir contando las horas hasta el encuentro con el otro.

Volver a casa cansada, compungida y con la cabeza baja... Y con amargura, sí, amargura en el alma. Con pesadumbre: otro día perdido. Las mismas treinta y dos páginas... ¿Y si él tiene razón? ¿Y si ella no es capaz de nada? Otros son capaces de conciliar... ¿Por qué ella no puede? ¿O todas las mujeres tienen la misma discordia: trabajo o amor...? Las dudas aumentan y se acumulan. Corroen el alma y la torturan. Estar sola es terrible. Cerca, más cerca de él. Estando con él, todo se olvida. Y ya está descolgando el teléfono en la oficina de la fábrica.

—¿Ha empezado la hora del almuerzo? ¿Sí? Entonces pida, por favor, que se ponga al teléfono Piotr Mijáilovich. ¿Eres tú, amigo? ¿Cuándo nos veremos? ¿No vas a venir a verme hoy? ¿No puedes? ¿Estás ocupado? Bueno, entonces yo iré a verte a ti. Es tan triste estar sola...

Y fue. Le verá, su corazón temblará con dulce alegría. Así que se abalanzará sobre él. Empezará a hablar, a explicarle, a quejarse de sí misma, de que el trabajo está detenido. Pero cuanto más hablará, más gruesa será la pared que hay entre ellos, más impenetrable, más sorda... Como si no la escuchara...

El trabajo no avanza. No es para tanto. Trabaja más y esto se arreglará. ¿Por qué no lleva su trabajo con él? Se alojarían juntos y no perderían tiempo en la mudanza. Se necesita una biblioteca. Se puede ir. Todos los «problemas de mujeres» son insignificantes... No la escucha, no la entiende...Ella se acuesta a su lado, se acurrucas, así de cerca... Y de nuevo vuelve a doler, a clavársele en el alma. Juntos... pero sola. Como si estuviera lejos, en el desierto... Así de doloroso es. Y frío en el alma. No lo puede expresar con palabras. De nuevo, no lo comprenderá. Sólo le ofenderá, las palabras le molestarán. Y sentirá pena, como la siente un niño. No dirá nada. Bueno, algo sobre su trabajo. No, es suficiente. Suficiente. Es hora de salvarse a sí misma, sus fuerzas, su tiempo,

su trabajo... Los días pasan y pasan... No hay que sufrir, atormentarse con reproches, con pinchazos inconsistentes. No hay que deshacerse de ternura con él, no hay que esperar horas matando el tiempo... Hay que vivir de nuevo sola, vivir para sí misma... Debe ir a dónde ella sabe. Escuchar a su «viejo»... Recopilar material... Y trabajar, trabajar, trabajar... Aún no es tarde... La vida sigue adelante, ella aún contribuirá con su participación en la construcción de la nueva vida, enriquecerá a la araña de su pensamiento... Sólo un poquito más de esfuerzo. La decisión ya ha sido tomada. Hay que terminar con el amor. Bien. Fácil. Casi alegremente.

Aligeraba el paso. Salió fuera por el espacio iluminado con las luces de la fábrica. Se sumergió en la oscuridad. Se respiraba frescura primaveral. El viento soplaba con intensidad y tiraba de las puntas de la bufanda. Hacia delante sólo había la infinita oscuridad de un campo comprimido. Silencioso, muerto... Un poco aterrador.

Miraba hacia atrás. Le apenaba despedirse de las últimas franjas de luz. Hacia delante, la oscuridad la envolvía con frialdad. Ella se sintió atraída hacia atrás, hacía las ventanas luminosas de la fábrica. ¿Volver...? ¿Esperar en la puerta hasta el fin del turno de noche...? ¡Cobardía! ¿Tener miedo a la oscuridad...? Qué infantil... Primero, había una ladera. Baja, se pierde entre los arbustos. Algo se escucha abajo, en la oscuridad... Claramente, es el viento golpeando los arbustos. Es espeluznante. De repente, le parecía como si de los arbustos fuera a aparecer alguien, arrastrándose... Debe gritar. Pedir ayuda. Pero ellos no escucharán nada... Las ventanas de la fábrica brillan, pero por culpa del ruido de los golpes de las máquinas, él no la escuchará, ni siquiera él. Tan cerca y a la vez tan lejos... No debe llamarle. No debe dirigirse a él...

Debe irse. No puede esperar aquí, en la ladera. Es fría y oscura.

«Cobarde... Tienes miedo de la oscuridad y, aun así, planeas ir a luchar contra la vida como una mujer independiente. ¿Acaso existe "la mujer independiente"? Esa mujer es como las demás», dirá y se reirá con su risa «deliciosa». Y está vez tendrá razón. Caminó más rápido, más decididamente. No hay que pensar en

la oscuridad, sino en algo totalmente diferente. ¿Cómo se lo dirá? ¿Por dónde empezar? ¿Y cuándo decírselo? Hoy. Tan pronto como regrese del trabajo. Estará tan cansado, tan familiar y, claro está, feliz con ella…

—¡Ah! Mi «ama de casa» hoy ha venido a verme… ¿Por qué no me has visitado antes? Vamos, arrepiéntete. Ahora todo está en orden, pero antes vamos a…

El corazón se ralentizará dulcemente, agujas recorrerán su cuerpo… Se acercará a él y cerrará los ojos…

No, hoy no debería hablar sobre la decisión. Mejor mañana por la mañana.

Ella rodeó la ladera. El viento, con un golpe de aire en la cara, le tiró el sombrero. Éste removía las hojas caídas… Qué oscuro, qué desértico. Se volvió una vez más. Las ventanas brillantes de la enorme fábrica parecen ahora manchas de luz. Silencio y ruido. Congelado en la distancia. Sola en medio de la oscuridad… Lejos hacia delante aparecen y desaparecen los puntos luminosos. El asentamiento. Allí está su piso: una habitación-cocina. Qué lejos. Sus piernas están agotadas. Las bolsas pesadas empujan hacia atrás los brazos. Hace frío… ¿Por qué se ha levantado el viento? ¿Por qué susurra de forma tan molesta y siniestra? Mueve los arbustos. Como si unas manos oscuras y retorcidas se abalanzaran sobre ella… Y, de repente, ¿esto no es el viento? Todo se enfrió. Como en su tierna infancia, cuando estaba sola en una habitación oscura, ahora parecía que desde todos los ángulos se arrastraban figuras terribles, incomprensibles, pero también posibles… Si al menos hubiera un transeúnte. Un perro… El sendero es estrecho, los pies tocan de vez en cuando la hierba, las faldas se enganchan con algún cardo.

Ahora me encontraría en la ciudad, en medio de la gente, de la luz, del ruido de las luces de la ciudad… ¿Por qué ir de noche? Qué impaciencia más estúpida… ¿Por qué precisamente hoy debo compartir mi decisión? Estaba ansiosa por poner punto final. Y permanecer sola en este mundo… Sola… Bien sola en mi habitación, rodeada de libros y manuscritos, donde está mi lámpara sobre el escritorio, donde se escucha…

¿Qué es eso…? Un sonido sordo y plateado. Como si la campana de la iglesia estuviera profundamente bajo tierra, o muy por

encima de su cabeza, en el cielo oscuro cubierto de nubes... Era sólo una señal del ferrocarril... Soplaba el viento... Qué tonto era asustarse... Y de nuevo aceleró la marcha... Le molesta la falda. Se enreda con las piernas. Recogida por encima de las rodillas, ahora puede hacer pasos más grandes. Pero tiene esta desagradable sensación de cosquilleo en la espalda, como si alguien la siguiese. Como si, ahora, alguien fuera a agarrarla... ¿Quién?

Mira atrás. No hay nadie. Se detuvo, se puso a escuchar, a mirar a su alrededor.

Qué silencio... El aire es ligero y húmedo. Huele a tierra, a hojas. Ella aspiró el aire, se embriagó con el olor a humedad. Levantó la cabeza hacia el cielo... Y allí había la misma oscuridad, densa e impenetrable. Las luces de la fábrica ya han desaparecido. Solo negra, vacía e ilimitada oscuridad... Tan solo el viento de repente aparece, la envuelve, la golpea, la susurra... Ese viento nocturno y misterioso, diferente al diurno. Ahora mismo él es el amo y señor en la oscuridad. Largas e inquietantes sombras la perseguían. El ojo no las puede ver, pero ellas están aquí, muy cerca... ¿Susurran?... ¿Se mueven?... ¿Corren?... Van más allá... Casi la tocan. Esto da tanto miedo. Lo siente, pero ella sólo ve la oscuridad, la densa, cargada y profunda oscuridad... Las piernas son pesadas y desobedientes, como si estuviera en un sueño. Quiere gritar. Con su voz aterrorizada. ¿Salir corriendo? Le da terror correr. Escapar de la oscuridad... Hacia la gente, hacia la luz... Correr. Correr...

La oscuridad empezó a sonar, a aletear con sus alas oscuras, pesadas e invisibles. La rodeó con fuerza. Ella respira el soplo de aire fresco en su cara... Y tanto por atrás como por los lados, las largas, oscuras y persistentes sombras la acosan... El viento se ríe, se eleva, se enreda, susurra... Éste le levanta el sombrero y le agita los extremos de su bufanda blanca... Un poco más y su corazón va a estallar, no lo podrá resistir.

Aire, aire... Círculos azules, rojos y de fuego empezaron a dar vueltas y saltar... Una pesada campana empezó a golpear, a temblar, a resonar en sus oídos, inundando con su ruido tanto el cielo como la tierra... Ella corrió... Se tropezó... Cayó...

II

—Pero ¿qué te ha pasado, mi valiente mujer? ¿Quién te ha asustado? ¿Te has hecho daño? ¿Te has torcido la pierna? Bueno, ¿por qué estás llorando de nuevo? ¿Te duele? ¿Dónde? Bueno, cálmate, cálmate... No es necesario que estés así. Cálmate, cariño...

—Ahora estoy tan feliz de que tú estés aquí, de que estés tan cerca... ¡Qué contenta estoy!

—Qué tonta. Está contenta de que esté aquí. ¿Qué hay de extraordinario en ello? Pero ¿cómo es que estabas aquí, en el campo? Explícamelo. A lo lejos escuché algo que no era ni un chillido, ni un llanto... Como si estuvieran estrangulando a alguien... ¿Un suicidio? ¿Un robo? Voy corriendo... y de repente, un bulto en medio del camino, con bolsas alrededor... ¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha asustado? No lo comprendo. Dime, ¿qué ha pasado y cómo ha sido?

—Nada; realmente, no ha pasado nada... Simplemente huía de la oscuridad. Huía tontamente... Corría, el corazón no lo resistió y me mareé. Bueno, y caí. Y ahora me siento tan bien, tan bien... Estás aquí conmigo... Eres tan bueno y lindo... Te quiero. Te quiero mucho... Mucho más de lo que piensas... Y no me voy a ir, no te dejaré por nada en el mundo.

—¿Quién te está persiguiendo, tonta? Vamos, de nuevo lloras... Bueno, deja que te calme... Pon la cabeza en su lugar. ¿Así estás bien? Tus manos todavía están heladas... Ahora las caliento. ¿Estás más calmada? Está bien. Y ahora me explicarás con detalle todo lo que ha pasado en el campo, ¿de acuerdo...? ¿Alguien te ha ofendido? Lo debo saber, al fin y al cabo.

En su voz había impaciencia, y sus ojos la miraban con curiosidad e incredulidad.

—La cuestión es que nadie me ofendió... Te lo digo, no ha pasado nada, simplemente...

—¿Cómo es que nada, si cuando estabas allí fuera no parecías tú misma? Y por la noche, sola en el campo, tendida en el suelo, con las bolsas esparcidas, tu vestido desgarrado...

—Decidí a propósito venir por la noche. No quería esperar hasta mañana por la mañana. He estado «decidiéndolo» todo el día. Y quería decírtelo todo, cuanto antes, mejor... Que yo no puedo seguir así. Porque tú me quieres no como amiga, camarada o persona; sólo me quieres como mujer... Y porque debo trabajar, porque... Yo ya no puedo más, no puedo...

—No puedes más. ¿El qué no puedes más?

Él se alejó de ella.

—Vivir así, cómo hemos vivido hasta ahora. No quiero sufrir, discutir por tonterías... No entendernos el uno al otro... Perder el tiempo, las fuerzas... Llegar a casa cansada, con la cabeza vacía... Entiéndeme... Cinco meses, y sólo he escrito treinta y dos páginas... Ayer Samsónov me escribió que ya tenía un trabajo preparado... Y yo... si no lo termino este año... si no soy capaz de hacer mi trabajo, me dejarán sin los cursos y entonces ya me podré despedir de todos mis sueños. Adiós a la ciencia...

—¿Quién te impide trabajar? —pregunta él secamente, pero con reserva.

—¿Quién...? Nuestra relación... Es que llevo todo este tiempo dividida entre mi trabajo y tú... Ya te lo decía, intentaba explicártelo... No lo entiendes o no lo quieres entender... Y yo no puedo continuar así... Ojalá no te quisiera...

—Ay, déjalo, por favor. Sabes que no soy capaz de valorar las palabras vacías... Me amas. No hay nada que decir, me amas... Cuando dos personas se aman, viven juntos, desean estar juntos... Así entendemos las personas que no somos «científicos» el amor... Y tú al revés... No entiendo lo que quieres. Te pasas todo el día en la ciudad, y yo estoy aquí solo; yo también tengo mi propio trabajo, un montón de lío, ya lo sabes. También me gustaría recibir un poco de tu apoyo... Pero me callo, no me quejo... ¿De qué se trata? ¿Has decidido patalear con lo de «mujer científica»? Venga, no me molestes.

—Ay, querido... Entiende que si yo no vivo aquí contigo es sólo por el trabajo.

—Por el trabajo... ¿Y conmigo no puedes trabajar...? No creo que te quejes de mi presencia constante... Paso diez horas al día en la fábrica. ¿Por qué no puedes trabajar viviendo conmigo?

—Ya te lo he intentado explicar. Las conferencias, el laboratorio, los libros, la biblioteca... Yo no puedo estar vivaqueando.

—Si te mudas conmigo no vivaquearás.

Él mueve la cabeza con abatimiento.

—Lo intenté, pero no ha funcionado... Éste es un hogar nefasto... y la comida es horrible.

—Bueno... ¿Dónde está esa «mujer tan inteligente» cuando toca cocinar?

—Ay, no es eso, no es eso. Para nada es eso... No me enojes... Estoy cansada. Harta de todo esto.

—¿Estás harta? Ella está harta... ¿Y crees que yo no estoy harto de adaptarme a ti? ¿Piensas que me es fácil estar contigo?

—Entonces, ¿por qué estamos alargando esto? —soltó de repente—. Por eso venía a verte. A decirte que ya no quiero seguir más... Esto está matando mi voluntad de vivir. No es alegría, sino tortura... Y para ti también... Hay que terminar... Dejarlo...

—Bueno, entonces, vete... ¿Para qué viniste entonces? ¿Qué quieres de mí? ¿Querías que me arrodillara ante ti y empezase a rogar y suplicar que te quedaras? No hace falta que esperes... No será así...

—¿Por qué dices esto...? Es grosero...

—Grosero. ¿Crees que tu comportamiento es excelso? ¿De verdad lo crees?

—No creo nada. No quiero pensar en nada. Déjame.

— No te estoy atacando.

Silencio. Ambos piensan. La lámpara de queroseno brilla opacamente... En la ventana empieza a verse el amanecer.

—Y, aun así, es curioso lo que te pasó allí en el campo... De noche, sola... Y ahora esta «decisión». Algo pasó allí. No puede ser de otra manera.

De nuevo, otra mirada de sospecha hacia ella...

—Ay, qué aburrido. Ya te lo dije... Puede ser que fueran los nervios... Estos días he dormido mal, he estado pensando, buscando una salida...

—Pff...

—Tienes esa mirada, seguro que no me crees.

—Tienes que admitir que todo esto es bastante poco creíble... Esas bolsas esparcidas, ese mal aspecto, esas lágrimas... ¿Por qué

no quieres ser sincera conmigo? Si ya has decidido que entre nosotros se ha terminado... Ahora me da igual si allí en el campo «pasó algo». Hay muchos vagabundos... Yo no te culpo... Sólo te pido que no mientas. Dime lo que pasó, como si fuera tu hermano...

—¿De qué hablas? ¿¡De qué estás hablando!? ¿De dónde sacas esas ideas? ¿Cómo puedes no ver cuán ofensivo es esto...? Es insultante. ¿Cómo no lo entiendes...? ¡Cómo puedes, cómo te atreves...! —vislumbrando su recelo, se enojaba cada vez más—. ¿Qué clase de camarada eres para mí, si no me respetas, si no...? ¿Por qué tienes esos recelos hacia mí...? Ves, aquí está. Es por eso que me quiero alejar de ti. Cuando tú hablas así, cuando me denigras de esa manera, yo quiero huir, huir de ti, como huía por la noche de las sombras... ¿Por qué te quiero?

—¿De verdad aún me quieres?

Se ablandó.

—Ése es todo mi dolor... He sufrido mucho estos días. Lo decidí veinte veces. Veinte veces lo «redecidí». Y parece que no puedo vivir sin ti. La forma en que recuerdo mi trabajo y tu actitud...

—¿Mi actitud? ¿Qué hay de malo en mi actitud?

—Tú ya sabes el qué. Es que no me amas... No, no en el sentido en que yo entiendo el amor...

—Bueno, qué sentido es ése yo no lo sé —responde él aliviado y engreído—. Y, además, no es importante. Y mira que eres estúpida, que te esfuerzas en convencerme de que tú eres casi «el hombre científico», con todas tus «investigaciones». Obvio. Ella me ama, pero a la vez decidió huir de mí. ¡Menuda tontería! Sólo de una cabeza tan tonta pueden nacer tales pensamientos... Bueno, señora, muestre sus ojos —dice él cogiendo su cabeza—. ¿Qué pasa contigo? Sonríe. ¿Ya no estás enamorada? No. ¡Menuda eres! Una mujer lista e independiente, a la que le da miedo la oscuridad. ¿Y cómo le ha podido pasar una Oria[1] como ésa? ¡Cobarde! Y pretendías prescindir de mi custodia y protección... «Sasha, no te preocupes», pero ella sola siente que no puede...

[1] Referencia, posiblemente, a Oria de San Millán (1043-1070), santa que alegó haber tenido visiones celestiales.

Bueno, acurrúcate a mí con fuerza... Claro que me quieres. ¿A qué viene todo esto? Qué ganas tienes de torturarme a mí, y de torturarte a ti misma. No, aparentemente, hay que poneros a todas vosotras, mujeres, en vereda. Y no dejaré que vuelvas a irte. Nunca. Mañana iremos juntos a la ciudad, cogeremos tus cosas, tus libros, e iremos a mi casa... Es suficiente. Viviremos perfectamente, ya lo verás... ¿Por qué has puesto esos ojos tan asustados?

—No son de miedo.

—¿Y de qué son?

—Ellos sólo reflejan una idea...

—¿Cuál?

—No vale la pena hablar... Ahora no vale la pena.

—Bueno, no hables —suspira él—. Después de todo, eres rara... No te entiendo. Mira, está saliendo el sol. Y aún no nos hemos acostado. Ya estás cansada. ¿En qué estás pensando de nuevo...?

—En nada... Sólo en mis cosas. No prestes atención. Eres dulce.

Acaricia su cabeza con ternura como a un niño.

Cómo hacerlo para que no sea doloroso. Él es tan bueno e indulgente como un niño. Y ama a su manera... Está bien permanecer juntos. Renunciar a la decisión. Esperar aún más, intentarlo de nuevo...

—Bueno, eso significa que mañana, después de comer, iremos a por tus libros... Colocaremos estanterías... Y serás como mi «ama de casa». Así será, ¿oyes?

—Lo oigo —dice ella con tristeza—. A por los libros...

Eso significa mudarse aquí para siempre... ¿Y el «viejo»? ¿Y la biblioteca...? Es el fin del trabajo científico... En enero ya no existirá. No. Hay que huir, huir. Encontrar una excusa para ir sola a la ciudad... Hay que huir... Con más prisa... Mañana mismo. Mañana, mañana...

—¿Por qué tienes esa mirada...? De nuevo hay lágrimas en tus ojos. ¿Qué pasa contigo?

—Porque te sigo amando. Porque te amo, te amo, te amo...

UNA CONVERSACIÓN ESCUCHADA

Él abrió la puerta del vagón en la estación de Friedrichstrasse y la dejó pasar primero. Él respira juventud, fuerza y frescura. Sus labios son sensuales, su mirada alegre y su forma de reír es astuta. Ella es muy delgada y delicada, con un mechón de pelo negro rebelde, que cae sobre su ceja caprichosamente curvada. En el rostro, una sombra cansada de lo que ha vivido.

—Quieres decir que, si éste no fuera un encuentro casual, ¿me evitarías? ¿Te marcharías sin despedirte…? Nunca he conocido a un ser tan ridículo —El tono es gruñón, pero los ojos dicen lo contrario—. ¡Y qué cartas escribiste! «Te añoro, estoy sufriendo…» Pero tú misma te vas. ¿Y sin despedirte? Muy lógico…

—Sí, sentía añoranza. Ya sabes… Deberías entenderlo…

—¡Yo no tengo que entender nada! No quiero. ¿Escuchaste? ¿No estás siendo ridícula? ¿Por qué motivo estás sufriendo? ¿Por mi culpa…? Y además eres una «mujer libre»… ¿O cómo lo llamas? ¡«Mujer soltera»! Buena «soltera» estás hecha, si ya tienes un amo… Bueno, si al menos fuera un marido «legítimo»… para esto existen, para temblar ante ellos, y tú actúas de este modo. Él es tan marido como yo para ti. ¿O más? ¿Por qué más?

—No digas tonterías, Kotya. Tienes que entender: desde hace diez años trabajamos codo con codo… Como almas gemelas. Y sabes cómo lo valoro, cómo lo agradezco…

—¡Valóralo! ¿Quién te lo prohíbe? Sólo por tu «esclavitud» hacia él es que yo no te perdono. Una «mujer libre» así, que predica, escribe; pero aquí, actúa de este modo, de rodillas… «Lo siento, Vanechka, he pecado. Nunca más lo volveré hacer…»

—Estás bromeando.

—¿Cómo no bromear? Aquí ya sólo queda enfadarse y agitar las manos, con vosotras, con vuestros sentimientos «delicados», o ser «frívolos». Yo escojo lo segundo. Esto se aproxima más a tu personalidad... Y, aun así, ¿qué hará ahora la pareja perfecta, forjada con un vínculo «espiritual»? Significa que te irás con él, ¿no? ¿Continuarás rezando por él como hasta ahora y él estará a favor de aceptar este acto de genuflexión? ¿Escribiréis libros juntos...? ¿Todo como en los viejos tiempos...? E intentarás extirpar de tu alma este «sueño pecaminoso» que añoras tan poéticamente en tus cartas hacia mí, ¿no...? Y tratarás de olvidarme, para no reconocerme en las próximas reuniones, ¿no? ¿Y nuestros paseos nocturnos por el Tiergarten...? ¿Y mis besos envenenados...? Y...

—Kotya, ¡no es necesario...! Esto es cruel.

—¿Que esto es cruel? ¡Yo soy cruel! Mire usted, ella decidió huir de mí, regresar con su ilegítimo-legítimo marido, con el que comparte fuertes lazos espirituales; que, por mi culpa, por culpa del «niño», el cual sólo es capaz de amar, de envenenarla con besos, ella no va a sacrificar su paz, ella se aleja de mí. ¡Y yo soy cruel...! ¡Qué lógica!

Lo dijo con un tono deliberadamente negligente, pero a la vez nervioso. Ella está sentada, con la cabeza reclinada. Silencio.

—Kotya... —sus ojos se elevan hacia él con aire suplicante.

—¿Qué?

—¿Acaso no entiendes cuán difícil es esto para mí?

—¿Quieres que me compadezca de ti otra vez? ¿Quieres que te «entienda» sin falta? ¡No! No quiero, no quiero... ¿Escuchas? Si esto te hace daño, rompe con él. ¡Esfuérzate...! Escucha, pues eres una mujer independiente. No dependes de él para nada. Bueno, os amabais el uno al otro, erais felices... Pero eso ya se terminó... Tú misma has dicho que después de nuestro encuentro «todo aquello terminó». ¿Qué te retiene? ¿Vuestra amistad? Aclárale que vuestra amistad no se terminará por eso. ¿O acaso tu señor es realmente tan dueño de ti? Si ya te has alejado de él una vez... ¡Basta! ¿Has dejado de existir para él? ¿Y bien? ¡Palabra de honor! Tú me llamas a mí «chico frívolo», pero ¿de verdad yo te voy a amar menos por esto, porque tú no te quedes conmigo, porque vuelvas con él? ¿De verdad nuestra amistad se marchitará por esto? Digamos que tú no la valoras... ¿Dónde queda ésta ante

vuestra conexión elegante y espiritual...? Pero, ya sabes, cuando me necesites o me llames... Lo sabes, ¿no?

Se acerca a ella y le coge la mano.

—Lo sé —quedamente y con alegría.

—Bueno, ves, mi fierecilla, mi mujer «lista» e independiente, que se arrodilla ante un ídolo creado por sus propias manos. Esto es lo que sientes... Tu corazón lo siente. ¿Por qué huyes de mí? ¿Por qué me haces tanto daño...?

—¡Kotya, querido, no es necesario...! ¡Es horrible! Terrible... Aquí tú estás sufriendo; y, allí, él...

—De nuevo, «él» —se aparta con impaciencia—. Al menos ahora no lo has mencionado... «¡Él sufre...!» Y para que él no sufra, ella mata lo mejor y más valioso que hay en una persona: su amor, sus impulsos... Pena y cobardía estúpida y humillante para él y para ti...

—No lo hago por él, Kotya, no sólo por él...

—Y ¿por quién? ¿Acaso por mí? No quieres hacerme «infeliz», como escribiste, uniendo un alma tan atormentada como la tuya con la mía, ¿no? Yo nunca he tenido la intención de «atarme». ¿Quién te dijo esto? ¿Acaso un «artista libre» como yo soñaría con ataduras? Sabes cuánto amo yo la propia libertad... La mía y la tuya. Sí, la tuya...

—Espera, Kotya, no se trata de eso. Si yo he decidido dejarlo todo como antes, esto, de verdad, no es por «estúpida compasión». ¿Cómo no entiendes que mi alma está unida a él? Diez años de vida, diez años de trabajo conjunto, anhelos compartidos, tareas comunes... ¡Y menuda proximidad! Así lo he amado a él... Y así nos entendemos el uno al otro. Bueno, por supuesto, el año pasado no fue así... Algo emergió... Algo frío. Esta historia con mi último libro... Bueno, algo creció y se quebró. Pero, aun así, él es mi íntimo compañero, mi querido. Entiéndeme...

—Entiendo, entiendo... «Él» es íntimo y querido, y yo sólo soy capaz de «envenenarte» a besos... Y, sin embargo, tú misma dijiste que encontraste en mí a un camarada y que mi fe en ti estimulaba tu alma, que sólo por mí pudiste escribir «la historia de sus crímenes». ¿No es cierto? ¿Vas a negarlo ahora?

Con suma tristeza, ella niega moviendo la cabeza.

—No, es cierto. Pero tanto peor... Resulta aún más doloroso. Sí, eres un auténtico camarada, ya que no tienes una «batuta»... Pero esto no es nada, nada cambia... «Allí» hay demasiados vínculos. Si los rompo, yo misma me sentiré miserable... Para siempre... Me consumiré, sufriré por él y por mí misma. Y tú sólo eres un «niño frívolo», y todo esto se te pasará. Lo olvidarás todo.

—¡Bueno, naturalmente! No voy a suicidarme después de que con tanta sinceridad prefieras a «ése» que a mí... ¡Bueno, entonces ve, ve con él...! Y empezad a besaros de nuevo. Y a escribir vuestros libros... Dedicaos a la psicología... Y yo...

—Kotya, querido, no hables así, ¡no puedo...! —toma su mano y trata de mirarlo a los ojos.

—Ten cuidado, puede ser que en el vagón haya rusos. Le informarán a tu amo.

—¡Ay, no me importa! —dijo desesperadamente.

—¿En serio? Bueno, ¿y qué miras así...? ¿Qué piden estos ojos? ¿Quieren que yo diga que quiero besarlos? ¿Que quiero mirarlos durante mucho, mucho tiempo, hasta ver dentro de tu corazón, dentro de tu lugar secreto, donde eres reacia a dejar entrar a nadie...? Pero a mí me dejaste entrar. Y eras así, como eres ahora, sin esta «virtud» engañosa. ¿Piensas que no te veo tal como eres? ¿Crees que no sé lo que aún te atrae de mí, que si te beso como lo hacía en el Tiergarten[1], en la primera noche, no te vas a derretir en mis brazos? Tonta, ridícula, querida... Bueno, ¡deja ya esa hipocresía! Sé tú misma otra vez. ¿Por qué te torturas? Esto te está haciendo daño. Me río de que tú... No, no te dejaré ir así. Tienes que darme el beso de despedida que me prometiste. ¡Y ahí veremos! Y si después de eso vuelves con él... ¡Bueno, entonces allí está tu camino...! Pero ahora vendrás a mí... ¡Te he estado esperando! Cada noche... cada noche... Y las flores estaban erguidas, como a ti te gusta... Tienes que hacerlo, ¿me oyes? Tienes que hacerlo por mí. Es tan poca cosa... Pues, me lo estás quitando todo.

—¡Kotya!... Entiéndelo... Es imposible... No podré mirarlo a los ojos. Esta ambigüedad... Es una tortura, un tormento...

[1] El principal parque de Berlín.

—¿Vas a llorar? ¿En público...? ¡Ay, ay, ay, mi mujer independiente! Bueno, ahora creo en lo que me dijiste en la primera noche, ¿recuerdas? «Se equivoca usted. Yo misma soy una mujer corriente con todos los prejuicios, y sus ideales amorales no me cautivan en absoluto.» ¿Recuerdas? ¿Y qué te respondí yo a eso? ¿Y bien? Recuerdas, ¿verdad? Estás sonriendo... Bueno, si aún vas a llorar, voy a utilizar un viejo y probado remedio, aquí en público... ¡Cobarde!

—¡No voy a comprometerme a mí misma! No me preocupo de ti... Tú no lo vales... ¡Ah! Aquí está el tren a Charlottenburg. Bueno, no digas nada. ¡Vamos! Sí, rápido, rápido, si no el tren se irá... Y allí, después del «adiós para siempre»... allí lo veremos.

Las dos siluetas se perdieron en la multitud.

ÍNDICE

7 / Prólogo

15 / Pronto (dentro de 48 años)

23 / Vasilisa Malyguina. La bolchevique enamorada

201 / El amor de tres generaciones

235 / Hermanas

249 / Un gran amor

329 / Treinta y dos páginas

343 / Una conversación escuchada

mne
mos
yne